



Geopolítica del hambre

Ensayo sobre los problemas de la
alimentación y la población del mundo

Josué de Castro



Geopolítica del hambre

Ensayo sobre los problemas de la alimentación
y la población del mundo

Josué de Castro



De Castro, Josué

Geopolítica del hambre : ensayo sobre los problemas de la alimentación y la población del mundo / Josué De Castro ; prólogo de Ana Jaramillo. - 1a ed revisada. - Remedios de Escalada : De la UNLa - Universidad Nacional de Lanús, 2019.

Libro digital, PDF - (Cuadernos del ISCo / 6)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4937-42-1

1. Políticas Públicas. 2. Alimentación. 3. Hambre. I. Jaramillo, Ana, prolog. II. Título. CDD 320.6

Colección *Cuadernos del ISCo*
Serie *Clásicos*

Director: *Hugo Spinelli*

Editores ejecutivos: *Viviana Martinovich, Jorge Arakaki, Jescy Montoya*

Fotografías de tapa: *Lewis Wickes Hine (1874-1940). National Child Labor Committee collection, Library of Congress, Prints and Photographs Division*

Corrección: *Gabriela Presentado*

Diagramación: *Viviana Martinovich*

Título original: *Geopolítica da fome*

© 1951, Casa do Estudante Brasileiro

Primera edición en español

© 1955, Editorial Raigal

De esta edición

© 2019, EDUNLa Cooperativa

ISBN 978-987-4937-42-1 (PDF)

Doi: 10.18294/9789874937421

EDUNLa Cooperativa

Edificio "José Hernández", 29 de Septiembre 3901, B1826GLC Remedios de Escalada,

Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (54-11) 5533-5600 int. 5727

edunla@unla.edu.ar

Instituto de Salud Colectiva

Edificio "Leonardo Werthein", 29 de Septiembre 3901, B1826GLC Remedios de Escalada,

Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (54-11) 5533-5600 int. 5958

<http://cuadernosdelisco.unla.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia internacional Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0.

Índice

Prólogo. Geopolítica del hambre y geopolítica del poder <i>Ana Jaramillo</i>	V
Presentación. Josué de Castro: un médico social, un ciudadano del mundo <i>Hugo Spinelli</i>	IX
Presentación del autor	XV
Prefacio de lord John Boyd Orr	XIX
<i>Parte I. El fenómeno universal del hambre</i>	
Capítulo 1. El tabú del hambre	3
Capítulo 2. Los matices del hambre	25
<i>Parte II. Los matices del hambre</i>	
Capítulo 3. El hambre en el Nuevo Mundo	63
Capítulo 4. El hambre en la vieja Asia	111
Capítulo 5. El hambre en el continente negro	163
Capítulo 6. La Europa famélica	181
<i>Parte III. Un mundo sin hambre</i>	
Capítulo 7. La lucha contra el hambre	219
Capítulo 8. Geografía de la abundancia	233
<i>Bibliografía</i>	243



Foto: Lewis Wickes Hine (1874-1940). Familia Arnao (1910). *National Child Labor Committee collection, Library of Congress, Prints and Photographs Division.*

Geopolítica del hambre y geopolítica del poder

Ana Jaramillo¹

...cuando intentamos determinar cuáles son las ideas de un hombre o una época, solemos confundir dos cosas radicalmente distintas: sus creencias y sus ocurrencias o “pensamientos”. En rigor, solo estas últimas deben llamarse “ideas”. Las creencias constituyen la base de nuestra vida, el terreno sobre el que acontece. Porque ellas nos ponen delante lo que para nosotros es la realidad misma. Toda nuestra conducta, incluso la intelectual, depende de cuál sea el sistema de nuestras creencias auténticas. En ellas “vivimos, nos movemos y somos”. Por lo mismo no solemos tener conciencia expresa de ellas, no las pensamos, sino que actúan latentes, como implicaciones de cuanto expresamente hacemos o pensamos. Cuando creemos de verdad en una cosa no tenemos la “idea” de esa cosa, sino que “simplemente contamos con ella”.

José Ortega y Gasset (2012)

Antes que nada, quiero felicitar al Instituto de Salud Colectiva de la Universidad Nacional de Lanús y a su director, Hugo Spinelli, por su iniciativa, nunca más oportuna, de reeditar en forma digital, para que sea de consulta masiva, el libro *Geopolítica del hambre* de Josué de Castro en su primera versión en castellano de 1955.

Durante el exilio, en la década de 1970 en México, quienes trabajamos muchos años en la Organización Internacional del Trabajo (OIT), dependiente del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), vimos cómo se pasaba de la “Estrategia de desarrollo basada en la satisfacción de las necesidades básicas” al programa de “Desarrollo con Equidad” en la década de 1990. Los parámetros cuantitativos y el racionalismo implícito como cientificismo, lejanos de la realidad, especificaban cuántos metros deberían tener las viviendas. Cuando empezamos a trabajar y a hacer encuestas participativas, preguntábamos al “sector informal” —como se denominaba a la pobreza y a los pobres— y nos respondían obviamente que era utópico, dado el nivel de hacinamiento en que vivían las familias.

¹Rectora de la Universidad Nacional de Lanús.

Quizás nunca pensamos que deberíamos hacer una “Ley contra el hambre” en nuestro país, cuando Argentina se ufanaba de ser el granero del mundo que podía dar de comer a 400 millones de personas con una población de 40 millones de habitantes. *Pero el hambre llegó a la Argentina* y sostenemos que fue la política llamada neoliberal o el imperialismo financiero o del dinero —como dice el papa Francisco— que logró sumirnos en esta calamidad.

La Organización de las Naciones Unidas, que hizo la Declaración Universal de Derechos Humanos en 1948 después de la trágica Segunda Guerra Mundial, se encuentra presa e inerte frente a la *geopolítica del poder*. Stefano Rodotà (2014) sostiene que esa Declaración fue la “revolución de la dignidad”, ya que todos nacemos con “igual dignidad y derechos”.

En Argentina, en marzo de 1949, se votó y se estableció la primera Constitución Nacional después de dicha Declaración, en la que se sostenía la justicia social, la libertad económica y la soberanía política. Otro golpe de Estado la derogó y se retrocedió a la Constitución de 1853, casi un siglo atrás. Y ahora vemos atónitos y casi inermes que se siguen violando los derechos humanos y socavando la dignidad de las personas y los pueblos desde el poder de la política.

La segunda edición de *Geopolítica del hambre* apareció mientras América Latina sufría golpes de Estado para implementar las políticas de saqueo y dependencia. En los años setenta leíamos la edición de la obra de Josué de Castro publicada en 1975, editada en Madrid por la editorial Guadarrama, que aún conservo, en la que el autor menciona, citando a Leibniz, que “nada acontece sin razón”, para justificar el prefacio de esa segunda edición. Y la primera razón que sostiene el autor, “estriba en el hecho de que España y el hemisferio iberoamericano situado al otro lado del Atlántico, descubierto, conquistado y colonizado por los españoles, contribuyeron en mucho, tal vez incluso en la mayor parte, a los argumentos con que el autor procura sustentar su tesis. Y fue con la especificidad geográfica de esta región en donde adquirió la experiencia viva de la subnutrición y el hambre” (Castro, 1975, p. 5).

Tenemos que recordar que Josué de Castro nació en Recife, Brasil y que, por supuesto, si bien en el prólogo de esa segunda edición refiere que “la supervivencia con la que los hombres de nuestra época tratan de arreglárselas para defenderse mejor de la brutal agresión que sienten aumentar con la expansión de la civilización tecnológica”, en 1975 no había instrumentos para ubicar georreferencialmente a las personas, ni para socorrerlas ni para matarlas. No había Internet, ni celulares, ni drones que pudieran rastrear a las personas ni a los objetos. Continúa el autor sosteniendo que “el miedo a la guerra de destrucción masiva y el miedo al hambre generalizada, que se va incrementando como calamidad social, son las motivaciones básicas de la inquietud de los hombres de hoy, que ni siquiera saben explicar bien el origen de la misma, envuelta como está en la intrincada red de múltiples fenómenos interdependientes” (1975, p. 10).

En su libro *Tercera posición y unidad latinoamericana*, Perón sostenía que “...Es evidente que no hay región de la tierra que tenga mayores reservas que Latinoamérica. Es indudable que nosotros poseemos las mayores reservas de materias primas [...] pero no debemos olvidar que esto que representa quizás el factor de nuestra futura grandeza, representa también el más grave peligro para nosotros, porque la historia

demuestra que cuando se carece de comida o se carece de medio, se la va a buscar por las buenas o por las malas” (Perón, 1984).

El problema ya no es la invasión de los bárbaros para conquistarnos, sino el poder imperial financiero que utiliza otros métodos, con aliados internos, para establecer otras formas, como el *lawfare* o las *comunicaciones*, o a través de otros tipos de golpes de Estado para establecer una política que beneficie a quienes detentan el poder. Así sucedió con aquellos líderes políticos como Lula, Chávez o Maduro, Kirchner, Correa o Evo Morales que osaron desacatar al imperialismo financiero y decidir establecer un proyecto que sirva para el bien común en nuestra región y, con sus particularidades nacionales, quisieron establecer con su propia idiosincrasia su propio Estado de bienestar.

También en el texto, Josué de Castro nos explica que la “cultura racionalista” busca imponer el predominio de la razón sobre los instintos en la conducta humana, ya que los instintos provienen del animal y solo la razón accede a lo social y los trata como si fuesen fuerzas despreciables. Concluye que el imperialismo económico y el comercio internacional “controlados por esas minorías cegadas por la ambición de ganancias, tenían el mayor interés en que la producción, la distribución y el consumo de los productos alimenticios continuasen desarrollándose indefinidamente como si se tratasen de puros fenómenos económicos, dirigidos exclusivamente en el sentido de sus intereses financieros, y no como fenómenos del más alto interés social, destinados a asegurar el bienestar la colectividad” (Castro, 1975, p. 42).

Decía Ortega y Gasset que ideas, tenemos, pero en las creencias, estamos, y que las creencias son ideas que somos. Nosotros, los argentinos, sabemos que nos han impuesto a través de la geopolítica del poder a tener hambre en nuestro país. Por eso ahora estamos investigando la “geopolítica del poder” y sus vinculaciones con la tenencia de recursos petroleros, gasíferos, acuíferos o territoriales para volver a creer que otra realidad es posible.

Vuelvo a felicitar al Instituto de Salud Colectiva por la iniciativa. Porque la universidad pública y gratuita se debe a su pueblo, que la sustenta para colaborar a resolver los problemas que nos aquejan. Porque el racionalismo o el cientificismo no da cuenta del hambre, ni de la salud, ni de la injusticia, ni de los fines de la educación, en síntesis, del bienestar de los hombres y mujeres en nuestra realidad. No existen variables científicas para cuantificar los índices de la angustia, la soledad, la depresión, la desesperanza, el hambre o la infelicidad entre otros problemas que, junto a quienes padecen, debemos resolver los políticos, los científicos y los académicos. Para eso, debemos trabajar más para buscar y lograr un conocimiento situado de nuestra realidad, porque los que padecen son justamente los que nos sustentan. Y ya sabemos que las ideas surgen de la realidad y el que se copia las ideas como si fueran las mismas en distintas realidades y tiempos, se equivoca, al decir de Simón Rodríguez, el tutor de Bolívar.

Nos decía Antonio Caso (1970): “el bovarismo es la facultad de concebirse diferente a lo que se es. Bovarista es quien niega lo que es, creyéndose otro. Los pueblos también pueden ser bovaristas. Preocupados por ser distintos a sí mismos finalmente terminan imitando modelos y negando su propia realidad”. Este filósofo mexicano

nos propone “alas y plomo”, alas para perseguir los ideales y plomo para aferrarse a la santa realidad, ya que copiando modelos políticos, sociales o económicos se ha conculcado u obstruido la realización del modelo nacional, y concluye “¡Más nos habría valido saber lo que hay en casa que importar del extranjero tesis discordantes con la palpitación del alma mexicana!”. También se refiere al “bovarismo nacional de los pueblos latinoamericanos”.

No tenemos hambre en nuestro país porque no tengamos alimentos, tenemos hambre porque copiamos modelos socioeconómicos impuestos desde afuera, con la complicidad de los *bovaristas* nacionales, aporofóbicos con poder político y económico.

Referencias

- Caso, A. (1970). Discursos a la Nación Mexicana. En: *Obras Completas*. México: UNAM.
- Castro, J. (1975). *Geopolítica del hambre*. Madrid: Guadarrama.
- Ortega y Gasset, J. (2012). Ortega y Gasset. Madrid: Gredos.
- Perón, J. D. (1984). *Tercera posición y unidad latinoamericana*. Buenos Aires: Biblos.
- Rodotà, S. (2014). *El derecho a tener derechos*. Madrid: Trotta.

Josué de Castro: un médico social, un ciudadano del mundo

*Hugo Spinelli*¹

Josué de Castro nació en 1908, en Recife, capital del estado brasileño de Pernambuco, en el seno de una familia de bajos recursos económicos del *sertão*, región ubicada en el medio del nordeste. Rompiendo con el estereotipo de selvas, sol y playa, esta región está constituida por una enorme zona semiárida, castigada por periódicas sequías que obligan a los pobres a migrar. En una de estas migraciones, en 1956, a diez años de la primera edición de *Geografia da fome* y cinco de la de *Geopolítica da fome*, Luiz Inácio “Lula” da Silva partía del *sertão* hacia San Pablo, junto a su madre y sus hermanos. Uno de los libros más importantes de la literatura brasileña, la novela *Grand sertón: veredas*, escrita por João Guimarães Rosa (también médico) inmortalizó ese paisaje.

Castro culminó la carrera de medicina a los 21 años y, a los 23, fundó la Facultad de Filosofía de Recife junto a varios compañeros. Se especializó en nutrición y fue profesor de Fisiología, en la Facultad de Medicina, y de Geografía Humana, en la de Filosofía. Su tesis de grado *El problema fisiológico de la alimentación en Brasil*, publicada en 1932, constituyó un punto de partida para nuevas inquietudes e interrogantes. Para comprender el fenómeno del hambre en toda su dimensión comenzó a estudiar los aspectos sociales y económicos en que el hambre se producía. Así el contexto se volvió texto.

En 1930 abrió su clínica especializada en problemas nutricionales. Su trabajo en la Facultad de Medicina de Recife lo alternaba con la clínica y la escritura de artículos y de los 22 libros que escribió a lo largo de su vida. En 1932, comenzó a trabajar como médico en una fábrica de Recife, allí descubrió que “la pereza de los obreros” que las clases dominantes y los poderes económicos atribuían al clima y a una cuestión étnica, era consecuencia de carencias nutricionales que esos trabajadores padecían.

La experiencia vivida durante esos dos años en la fábrica fue plasmada, por un lado, en el cuento “Asistencia social”, publicado en el libro *Documentário do Nordeste* (1937) y, por otro, en *Las condiciones de vida de las clases trabajadoras del Nordeste*, obra en la que destaca la gravedad de los efectos del hambre sobre los trabajadores y, por lo tanto, sobre la producción. La metodología empleada para realizar la investigación, que aplicaría también en estudios posteriores, consistía en analizar el

¹Director de Cuadernos del ISCo, Instituto de Salud Colectiva, Universidad Nacional de Lanús.

concepto político-económico del salario, comparando la diferencia entre el *salario nominal* (pago que reciben los trabajadores por participar en el proceso de producción en un período de tiempo) y el *salario real* (capacidad de compra del salario nominal, es decir, cantidad de bienes y servicios que se pueden adquirir con ese salario). Castro propuso un cuestionario a 500 familias obreras, lo que representaba un total de 2.585 personas, para averiguar cuánto comían esas familias y qué parte del salario correspondía a gastos en alimentación, vivienda, agua, luz, carbón y vestimenta. El objetivo perseguido y el método empleado eran revolucionarios en el Brasil de la época, y estaban en consonancia con las más avanzadas técnicas de las ciencias sociales. Esta investigación pionera sobre las condiciones de los trabajadores en Brasil, publicada en 1935 por el Departamento de Estadística y Publicidad del Ministerio de Trabajo, Industria y Comercio, sirvió de base para la implementación del salario mínimo en 1940.

Cuando Castro planteó que los problemas de miseria y atraso estaban vinculados a cuestiones sociales y a las deficientes estructuras en que se asentaba la sociedad brasileña, la elite cultural y los políticos conservadores de Recife lo interpretaron como una provocación y reaccionaron acusándolo de publicar una obra “sin pensar en las consecuencias”, “de vivir de hablar mal de Brasil”, y “de comer a costa del hambre en Brasil”. La persecución que sufrió por parte de los sectores dominantes indujo a Castro a partir hacia Río de Janeiro en 1935, ciudad a la que trasladó su clínica de nutrición, la que no tardaría en alcanzar un alto reconocimiento. Sin embargo, a pesar de la buena marcha de la clínica, ese trabajo le provocaba tal rechazo que, a menudo, se desentendía de sus obligaciones. En aquella época, confiesa, “comencé a sentir que no me interesaba ganar dinero. Encontraba espantoso dedicarme a adelgazar a señoras gordas de clase acomodada, mientras la cabeza me martilleaba con el problema del hambre de tanta gente” [...] “la clínica no me satisfacía, faltaba quince días de cada treinta”, a pesar de lo cual siguió ejerciendo hasta 1955. Entre sus clientes se encontraban los familiares y el entorno presidencial y el propio presidente de la república de Brasil. Un colega de Castro recuerda así esa situación: “En el Palacio del Catete había un médico oficial y otro particular, que era Josué de Castro. Era tratado con mucha consideración por el presidente Vargas y su familia” (Ouviña García, 2017).

Josué de Castro consiguió obtener un importante prestigio internacional a través de las investigaciones que publicaba en la revista *Archivos Brasileños de Nutrición*. En consonancia con ese reconocimiento, en 1939, fue oficialmente invitado por el gobierno italiano para viajar a ese país, donde desarrolló un ciclo de conferencias en universidades con el título “Los problemas de la aclimatación humana en los trópicos”. Al regresar a Río de Janeiro recibe la visita de científicos de otros países interesados en conocer el laboratorio donde desarrollaba sus investigaciones. Castro les ofrecía a todos la misma explicación: “mi vocación es lo social. Los que dicen que nunca tuve una probeta en mis manos no mienten”.

Su trabajo científico concluyó y fundamentó que el hambre no estaba ligado a la cantidad de alimentos disponibles o de habitantes del planeta, sino a la mala distribución de las riquezas, es decir, a las desigualdades sociales, postura teórica

antimaltusiana que sostendría durante toda su vida. Esa visión del problema se plasma en dos de sus obras más conocidas: *Geografia da fome*, de 1946, y *Geopolítica da fome*, de 1951, las cuales fueron traducidos a más de 25 idiomas.

Geografia da fome lleva como subtítulo *O dilema brasileiro: pão ou aço* (El dilema brasileño: pan o acero) señalando que la causa principal de la difícil situación económica que vivía el país en la década de 1930 no solo se correspondía a una política económica responsable del subdesarrollo, sino también a las consecuencias de los diferentes modelos de organización económica: feudalismo agrario en la mayor parte de los estados del nordeste y capitalismo industrial en los estados del sur. Allí Castro se interroga: ¿el sector agrícola debe quedar supeditado de forma absoluta a favor del sector industrial? La respuesta que ofrece es muy razonable: mantener el equilibrio entre ambos sectores, sin abandonar ninguno en favor del otro, de lo contrario se pagaría el precio del progreso, y las consecuencias serían la disminución de la producción agrícola y el empobrecimiento de los campesinos. Castro demandaba soberanía alimentaria, a través de una reforma agraria que posibilitara que la mayoría de los campesinos sin propiedad accedieran a la tierra y pudieran producir y abastecer un régimen alimentario suficiente para las necesidades de los brasileños. En esta obra, Castro señala a los verdaderos responsables de la miseria en las zonas más desfavorecidas del planeta: el colonialismo decimonónico y el neocolonialismo del siglo XX, que disimuladamente implementaron las grandes potencias por medio de su explotación tecnológica, cultural, social y empresarial. Así, distingue entre el “hambre fisiológico y absoluto” y lo que él denominó “hambre específica”, originada por las dietas carenciales que regulan la escasez alimentaria de algunos pueblos sometidos a un régimen de monocultivo por los grandes intereses comerciales. En 1973, en el artículo “El subdesarrollo: primera causa de contaminación”, afirma:

El subdesarrollo no es, como muchos piensan equivocadamente, insuficiencia o ausencia de desarrollo. El subdesarrollo es un producto o subproducto del desarrollo, una derivación inevitable de la explotación económica, colonial o neocolonial, que sigue ejerciéndose sobre muy diversas regiones del planeta. (Castro, 1973)

En su libro *Homens e caranguejos*, publicado en 1967, narra las vicisitudes de una familia originaria del *sertão*, como fueron su padre y sus abuelos. En ese libro se refleja la historia de la familia Silva que, perseguida por el hambre, emigró del campo a la ciudad en busca de prosperidad, para encontrarse con una miseria semejante a la que habían dejado atrás. Entonces, para sobrevivir, viven en el manguezal del litoral, alimentándose con los cangrejos que capturan al bajar la marea, cangrejos coprófagos que, a su vez, se alimentaron de las deyecciones y basuras que la familia había depositado en el lecho del río en cuyos márgenes habitaban. Así funciona el ciclo del cangrejo. Ese relato grafica la penuria de miles de familias que viven en medio de la degradación, amontonadas en el manguezal y en las zonas aluviales de la ciudad de Recife.

La relación de Josué de Castro con Argentina aparece en distintos momentos. En su obra hay citas a Pedro Escudero (1887-1963), considerado el padre de la nutrición y quien formulara las leyes de la alimentación, aunque con una mirada menos social que la de Castro. No encontramos referencias cruzadas entre Castro y Ramón Carrillo (1906-1956) a pesar de ser contemporáneos y haber tenido, ambos, cargos importantes en los gobiernos de Vargas y Perón, que sí tuvieron muy buenas relaciones bilaterales. En cambio, Yolanda Ortiz, quien fuera designada en 1973 secretaria de Ambiente Humano, durante el tercer mandato de Juan Domingo Perón, relataba en una entrevista que, dialogando con Perón sobre el “Mensaje ambiental a los pueblos y gobiernos del mundo” de su autoría, difundido el 21 de febrero de 1972, le consultó cómo había logrado redactar algo tan preciso, con tanta visión, y la respuesta de Perón fue “lo escribí estando junto a Josué de Castro”. En la Conferencia de Estocolmo, donde se presentó el mensaje, Josué de Castro tuvo una participación muy activa. Enrique Pavón Pereyra (biógrafo de Perón) señalaba al respecto:

...buena parte del arsenal de las reflexiones que enhebra el General en Puerta de Hierro proviene de Josué de Castro, quien mantiene un fluido diálogo con Perón en París, hasta donde viaja el anfitrión. También los diálogos se establecen en Madrid, metrópoli que atrae los pasos de Josué de Castro. (Mendoza, 2018)

También hay publicaciones que vinculan a Josué de Castro con algunas figuras intelectuales identificadas con el peronismo. Fue colaborador de la revista *Sexto Contingente*, fundada en 1949 por Armando Casella y dirigida en sus principios por Alicia Eguren. También hay referencias a vínculos entre Floreal Ferrara y Josué de Castro, quien aparentemente fue la persona que lo invitó a Ferrara a participar de un congreso sobre salud y subdesarrollo realizado en Ghana, en 1962.

En 1962, los militares golpistas lo cesan en su cargo de embajador y lo privan de todos sus derechos políticos. Se exilia en Francia, acogido por el presidente de la República, general Charles de Gaulle, que le concede el puesto de director del Centro de Desarrollo Internacional (CID), en París, ciudad en la que muere en 1973, a los 65 años, de un infarto de miocardio.

Los cargos y distinciones alcanzados a lo largo de su vida fueron numerosos. En 1947, la Academia Brasileira das Letras le otorga el premio José Veríssimo. En 1952, es elegido presidente del Consejo Ejecutivo de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), siendo el primer latinoamericano designado para ese cargo. El mismo año, *Geopolítica del hambre* obtiene el premio Franklin D. Roosevelt de la Academia de Ciencias Políticas de EEUU. En 1953 recibe la Gran Medalla de la ciudad de París. En la ceremonia de entrega, su trabajo es comparado, por su pionerismo, al de Pasteur y Einstein. En 1954 es elegido diputado federal por Pernambuco, en representación del Partido Laborista Brasileño; recibe el Premio Internacional de la Paz, otorgado por el Consejo Mundial de la Paz, con sede en Helsinki (Finlandia) y es propuesto para el Premio Nobel de Medicina. En 1957, después de dimitir de su cargo de presidente del Consejo Ejecutivo de la FAO,

funda y preside la Asociación Mundial de Lucha Contra el Hambre (ASCOFAM), primera entidad creada para este fin, con difusión internacional. En 1958 es reelegido diputado federal. En 1960 preside la Campaña de Defensa contra el Hambre, promovida por la ONU. En su discurso, defiende que el primer derecho del hombre es el de no pasar hambre. En 1962, el presidente João Goulart lo designa embajador de Brasil en Naciones Unidas (Ginebra, Suiza). Para asumir el puesto se ve obligado a renunciar a su banca de diputado. En 1963, es propuesto por segunda vez para el Premio Nobel, esta vez de la Paz. En 1965, dirige el Centre de Développement International, en París. En 1970, es nuevamente propuesto para el Premio Nobel de la Paz. En 1972, participa en la organización de la I Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente, en Estocolmo (Suecia), lo cual lo ubica como pionero en el tema ambiental.

Desde hace muchos años, les pregunto a las y los estudiantes quién fue Josué de Castro, y me encuentro siempre como respuesta el total desconocimiento, incluso, en quienes estudian o se graduaron en Nutrición en distintas universidades. Ese desconocimiento no es un hecho aislado ni casual. En una publicación como *Historia de la nutrición en América Latina*, de la Sociedad Latinoamericana de Nutrición (Bourges, Bengoa & O'Donnell, s/f), es notable la poca relevancia dada a la figura de Josué de Castro (mirada social de la nutrición en el capítulo “Nutrición en América Latina: Algunos eslabones de su historia”, donde se destinan a Castro nueve renglones en los que no todo son elogios; en cambio, Pedro Escudero (mirada clínica de la nutrición) ocupa más de dos páginas. Y en el capítulo de “Pioneiros das Ciências Nutricionais no Brasil”, donde se lo ubica dentro de los científicos sociales vinculados a la nutrición social y claramente separado de aquellos que son referidos como parte de la historia biológica, el número de páginas de ambos grupos vuelve a ser claramente asimétrico. La mirada social de Castro sobre el hambre rompe con la disciplinarietà y lo asocial que domina el mundo académico, por lo que se trata de ignorarlo y olvidarlo. Con esta nueva edición, intentamos evitar lo anterior.

A manera de cierre, podemos volver a las preguntas de Josué de Castro sobre los factores ocultos de esa conspiración del silencio en torno al hambre:

...este fenómeno es tan evidente y se presenta con tal regularidad, que solo puede tratarse de un silencio premeditado, debido al espíritu propio de nuestra cultura: los intereses, los prejuicios de orden moral o de orden político y económico de nuestra civilización son los que hacen del hambre un tema prohibido. Si hiciéramos un estudio comparativo del hambre y de las demás grandes calamidades que se abaten sobre el mundo —la guerra y las distintas epidemias— comprobaríamos que el hambre es el menos debatido y, sin embargo, las devastaciones que ha causado son más importantes que el de las guerras y las epidemias juntas. (Castro, 1984)

En 1965, en Francia, desde el Centre de Développement International, afirma que todo el extraordinario progreso del mundo puede estar comprometido por el problema del hambre mundial. La toma de conciencia de este problema puede conducir a los pueblos hambrientos a la revuelta. En 20 años o tenemos una catástrofe provocada

por el hambre mundial o tendremos abundancia para todos, pues disponemos de recursos naturales, técnicos y financieros suficientes para resolver ese problema.

La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (2019), en una nueva edición del informe anual *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo*, calculaba que, en 2018, unos 820 millones de personas carecían de alimentos suficientes frente a 811 millones del año anterior, el tercer año consecutivo de aumento. No obstante la brutalidad de esos datos, la ONU supone alcanzar el Objetivo de Desarrollo Sostenible del Hambre Cero para 2030, sin explicar cómo, pensando tal vez en un mundo sin intereses, muy alejado de las ideas y el accionar de este médico social que, partiendo del *sertão* brasileño, llegó a ser un ciudadano del mundo. Josué Castro demostró que, al contrario de lo que se pensaba, el hambre no era un fenómeno natural, provocado por la escasez de alimentos, sino un producto de la acción humana, más concretamente, de la organización social y económica. Parece que algunos gobernantes no se han enterado ¿o será que no les importa?

Bibliografía

- Alves, J. J. A. (2007). Uma leitura geográfica da fome com Josué de Castro. *Revista de Geografia Norte Grande*, n. 38, p. 5-20.
- Andrade, M. C. (1997). Josué de Castro: o homem, o cientista e seu tempo. *Estudos Avançados*, v. 11, n. 29, p. 169-194.
- Bourges, R. H.; Bengoa, J. M.; O'Donnell, A. M. (coord.). (s/f). *Historias de la Nutrición en América Latina*. Disponible en: <https://tinyurl.com/wd7ohur>.
- Castro, J. (1973). El subdesarrollo: primera causa de contaminación. *El Correo*, v. 26, n. 1, p. 20-23.
- Castro, J. (1984). *Geografia da fome, o dilema brasileiro: pão ou aço*. Rio de Janeiro: Antares.
- Carvalho, L. R. T.; Shimizu H. E.; Garrafa, V. (2019). Geografía y geopolítica del hambre: bioética en la obra de Josué de Castro. *Revista Bioética*, v. 27, n. 1, p. 143-152. doi: 10.1590/1983-80422019271297.
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura. (2019). *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2019: Protegerse frente a la desaceleración y el debilitamiento de la economía*. Roma: FAO.
- Galluzzi Bizzo, M. L. (2009). Ação política e pensamento social em Josué de Castro. *Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi, Ciências Humanas*, v. 4, n. 3, p. 401-420.
- Kaplan, S. (2009). La naturaleza social del hambre: Entrevista a Anna Maria de Castro. *Ciência Hoje*, v. 19, n. 111, p. 18-21.
- Mendoza, M. (2018). Génesis y recepción del Mensaje Ambiental de Juan Perón. En: *VI Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-2018)*. Disponible en: <https://tinyurl.com/wmnnxevs>.
- Ouviña García, M. (2017). *Josué de Castro (1908-1973): Biografía intelectual, científica y política de un luchador contra el hambre*. [Tesis doctoral]. Barcelona: Universitat Pompeu Fabra.
- Schappo, S. (2014). Josué de Castro e a agricultura de sustentação em Geografia da fome. *Sociologias*, v. 16, n. 35, p. 306-338.
- Wagner, M. P.; Pirrone, G. (2008). Los medios siempre toman la catástrofe ambiental, nunca la otra parte. *Revista Tram[pl]as de la Comunicación y la Cultura*, n. 64, p. 91-96.

Prefacio del autor¹

Hace cerca de cinco años, se publicó nuestro libro *Geografía del hambre*, en el cual se ensayaba por primera vez la aplicación del método geográfico al estudio de la más terrible de todas las calamidades sociales. Al escribir *Geografía del hambre* esta expresión empleada por primera vez debió parecer a los oídos de mucha gente una chocante combinación de palabras. La geografía, en su sentido usual, siempre se ha ocupado de los aspectos positivos y favorables del mundo y no de sus aspectos negativos, de las riquezas de la tierra y las victorias del hombre, y no de sus miserias y fracasos. La llamada *geografía humana* —ciencia de nuestros días— se encarga de presentar los brillantes resultados de la epopeya del trabajo del hombre, escrita en la superficie de la tierra; de registrar todo lo que el hombre hace, alterando el medio natural, como un verdadero agente geográfico. En cambio, nuestra geografía trataba de otro aspecto de las relaciones del hombre con el medio; trataba, exactamente, de aquello que el hombre no hizo, no supo o no quiso hacer. Trataba de las posibilidades geográficas que no aprovechó o que malbarató. No era, pues, una geografía de las grandezas humanas, sino una geografía de sus miserias. Una geografía de trágicas singularidades, en la cual se estudiaba, no la tierra que da de comer al hombre, sino el hombre que apenas sirve para alimentar la tierra.

Felizmente, la chocante combinación de palabras se tornó luego inteligible y encontró la más simpática resonancia colectiva. La comprensiva y generosa acogida dispensada a nuestro trabajo, traducido a varios idiomas y recibido con los más estimulantes comentarios por la crítica americana y europea, nos convencieron de que, en verdad, no constituía ningún disparate nuestro concepto de la geografía del hambre y que debíamos proseguir en la aplicación de ese método que se había revelado tan fecundo, para estudiar el fenómeno del hambre en su expresión universal. La verdad es que, aunque hubiésemos concebido entonces el estudio de ese fenómeno social en su significación universal, apenas presentábamos en nuestro libro el análisis llevado a cabo en una zona limitada: el territorio brasileño. El volumen entonces publicado fue, en rigor, una geografía regional del hambre; solo abordaba el problema en Brasil, nuestro campo de experiencia y observación directa del fenómeno. Servía, mientras tanto, como una especie de introducción al estudio universal del problema. Era preciso, pues, proseguir el trabajo analizando, dentro del mismo método, las diferentes regiones del hambre en el mundo.

Nos preparábamos para continuar nuestro trabajo dentro de las directivas planeadas, cuando recibimos de la editorial estadounidense Little, Brown y Cía., de

¹Incluido en la edición original en portugués de 1951, y publicado en Argentina, en 1955, en la primera edición en español de la editorial Raigal.

Boston, una propuesta que dio origen a este nuevo libro en la forma en que hoy lo presentamos. Propuso aquella editorial que escribiésemos un volumen en que se estudiaran las múltiples manifestaciones del hambre en el mundo, con sus implicaciones y repercusiones políticas. Nos llevaba esa propuesta, por un lado, a condensar en un volumen toda la amplitud del problema con sus singularidades regionales y, por otro lado, a ampliar un poco más nuestra perspectiva del problema, correlacionando el fenómeno del hambre con las contingencias políticas en que se debate el mundo. Sería, pues, el libro encomendado, algo más que una *Geografía del hambre*. Tendría que ser una *Geopolítica del hambre*, al correlacionar la crisis biológica con la crisis política contemporánea. Aceptamos la propuesta, rehicimos nuestra estrategia de trabajo y, hoy, presentamos a nuestros lectores esta tentativa de ensayo geopolítico del hambre.

Relatando esos hechos, hemos pensado aclarar al lector de lengua española ciertos puntos que nos parecen indispensables para la mejor comprensión de nuestras intenciones al escribir este ensayo. Primero, deseamos afirmar que este libro fue escrito especialmente para el público estadounidense, procurando su autor atender, de la mejor manera, las exigencias del lector medio de EEUU. Este hecho influyó de manera decisiva en el trabajo de elaboración, tanto en el tratamiento de materiales como en la forma de exposición del asunto, e hizo que este libro fuera, en ciertos aspectos, un tanto diferente de los trabajos anteriores del autor.

Otra explicación que deseamos dar se refiere al título de nuestro trabajo: *Geopolítica del hambre*. Usamos este título porque no encontramos otro que pudiese corresponder al contenido del libro, sin la intención del autor ni el deseo del editor de que este libro fuese realmente una *geopolítica del hambre*. Esta es la razón de que figure en la tapa de este libro un título tan peligroso, aun más peligroso que el de nuestro libro anterior: la *Geografía del hambre*. Peligro que deriva apenas de la palabra tabú *hambre*, sino de esta otra palabra tan comprometida, tan alterada en su significado esencial, tan contaminada y tan execrada: *geopolítica*. Pero, degradada por la dialéctica nazi la palabra *geopolítica* continúa manteniendo su jerarquía científica y necesita ser rehabilitada en su sentido real. Tal rehabilitación merece el sacrificio del autor, que se expone al peligro de las interpretaciones apresuradas, a la simple lectura del título del libro. El sentido real de la palabra *geopolítica* es el de una disciplina científica, que busca establecer las correlaciones existentes entre los factores geográficos y los fenómenos de categoría política, a fin de demostrar que las directivas políticas no tienen sentido fuera de los cuadros geográficos, esto es, sacadas de la realidad y de las contingencias del medio natural y del medio cultural. Es claro que la geopolítica así comprendida, nada tiene que ver con la *geopolitik* germánica, seudociencia de Karl Haushoffer, que no pasaba de una nebulosa mezcla de principios contradictorios, concebida con la única finalidad de justificar las aspiraciones expansionistas del Tercer Reich y basada en conceptos arcaicos y completamente superados, como el “espacio vital” del viejo Ratzel, o el “determinismo geográfico”, del sueco Kjellen o el “corazón de la tierra” del inglés MacKinder.

Los lectores de este libro tendrán oportunidad de verificar que aquello que llamamos geopolítica no es un arte de acción política en la lucha entre los Estados,

ni tampoco una fórmula mágica de predecir la historia, como quería Spengler. Es apenas un método de interpretación de la dinámica de los fenómenos políticos en su realidad espacial, con sus raíces aferradas al suelo ambiente. Pocos fenómenos han influido tan intensamente en la conducta política de los pueblos, como el fenómeno alimenticio, la trágica necesidad de comer; de allí, la viva y cruel realidad de una geopolítica del hambre.

Aprovechamos la oportunidad para hacer constar aquí nuestro sincero agradecimiento a todos los que prestaron su valiosa ayuda para elaborar este ensayo, principalmente a los colegas y amigos que, de los más diferentes países del mundo, nos enviaron informes, estadísticas y publicaciones acerca de los problemas aquí tratados. Manifestamos un agradecimiento muy especial a nuestro eminente amigo, el hombre de ciencia inglés lord John Boyd Orr, por haberse ofrecido para escribir el prefacio de la edición inglesa de nuestro trabajo. Jamás olvidaremos el alto honor que nos ha dispensado un hombre de la categoría científica y la elevación moral de lord Orr.

Josué de Castro



Foto: Lewis Wickes Hine (1874-1940). Niños trabajadores de las minas, South Pittston, Pensilvania (1911). *National Child Labor Committee collection, Library of Congress, Prints and Photographs Division.*

Prefacio de lord John Boyd Orr

El título de este libro brillantemente escrito bien pudo haber sido *Hambre y política*, pues de las discusiones emergen consecuencias políticas de primera magnitud. Pero, según lo puntualiza el autor, se considera más bien indecente entre personas bien alimentadas discutir sobre el hambre de quienes son menos afortunados; además, nunca ha sido tema popular en política. Y, sin embargo, el hambre fue en política, de tiempo en tiempo, la fuerza más peligrosa. El hambre precipitó la Revolución francesa. Un tropel de mujeres de los arrabales de París marchó hacia el Parlamento pidiendo pan; los políticos huyeron. Las mujeres, acompañadas por los hombres, marcharon luego a la Bastilla; la toma de la Bastilla fue el golpe de gracia al sistema feudal en Francia, y el comienzo de una nueva era en la política europea. El movimiento revolucionario de la “hambrienta quinta década” del siglo diecinueve obedeció a la misma causa. La muchedumbre cartista de Inglaterra gritó “pan o sangre”. Con la importación libre de alimentos baratos se esfumó el espíritu revolucionario en Inglaterra. Hoy se empieza a reconocer un poco tardíamente que el hambre, la peor calamidad de la pobreza, es la causa fundamental de la rebelión de los asiáticos contra la dominación económica de los poderes europeos, rebelión que no puede ser sofocada con fusiles, mientras esa gente crea que su hambre y su pobreza son males innecesarios. En medio de la crisis actual este libro reviste vital importancia. Si los políticos de todos los países pudieran apartarse del conflicto político y lo observasen sin prejuicios, habría un panorama más sano en los asuntos del mundo, y mayor probabilidad de salvar a nuestra civilización de perecer en una tercera guerra mundial.

El término *hambre* empleado por el autor necesita ser definido. En el pasado se lo usaba para indicar carencia de alimentos con que satisfacer el apetito, y el número de los muertos por hambre se limitaba a la gente extenuada que moría de simple inanición. Pero el autor emplea dicho término con un sentido moderno, como carencia de cualquiera de los cuarenta —o poco más o menos— constituyentes necesarios para el mantenimiento de la salud. La carencia de cualquiera de ellos ocasiona la muerte prematura y, por lo tanto, no necesariamente a causa de la extenuación debida a la escasez de cualquier clase de alimento que pueda ingerirse. La carencia de cualquier clase de alimento, como ocurre en la inanición, ha sido siempre una causa mayor de muerte. Aún en épocas recientes murieron más personas de hambre que las que cayeron en la guerra. Estos números, empero, son pequeños si se los compara con el número de aquellos cuyo régimen alimenticio es inadecuado para mantener la salud y que sufren, en consecuencia, hasta cierto punto, de trastornos nutritivos. Si el vocablo *hambre* puede ser empleado en este sentido, diremos que en los mejores tiempos de antes de la guerra se estimaba que dos tercios de la población del mundo estaba hambrienta. Un Comité Americano reciente llegó a confirmar que ello ocurría con el 85%.

El proveer de suficiente alimento a toda la humanidad, teniendo en cuenta el anticipado crecimiento de población, requeriría aproximadamente una producción alimenticia mundial dos veces mayor que la actual en los próximos veinte años. Milton Eisenhower —autoridad tan distinguida y grande en su propia esfera como lo es su hermano, el general, en la guerra— afirma que se necesitaría un aumento del 110%.

Esto suscita la cuestión de si la tierra puede proveer de suficiente alimento a la población rápidamente progresiva. Los neomaltusianos creen que es imposible, y que el único camino de supervivencia para la civilización occidental es la fiscalización de la natalidad, impuesta rigurosamente si es necesario, para reducir la población. El autor, empero, puntualiza algo bien conocido: existe el índice de natalidad más alto entre quienes están mal alimentados, y el más bajo entre quienes están bien alimentados; estos mantienen un nivel de restitución o quedan por debajo de él, pese al índice siempre decreciente de mortandad. Luego brinda una explicación fisiológica para esta diferencia, basada en experimentos sobre animales. Una gran ingestión de proteínas lleva a un alto porcentaje de casos de esterilidad. El índice de natalidad cae al aumentar el consumo de alimentos ricos en proteínas como, por ejemplo, carne, leche y huevos. Siendo estos alimentos caros, el consumo está en proporción de la riqueza. Da una lista de países del mundo con ingestión de proteínas e índice de natalidad, comenzando por Formosa con una ingestión promedio de 4,7 gramos diarios por cabeza, y un índice de natalidad de 45,6; sigue una correlación regular entre la ingestión de proteínas y el índice de natalidad hasta Suecia, con una ingestión de 62,6 y un índice de natalidad de 15.

Hay, claro está, factores económicos y culturales, además del régimen alimenticio, que afectan el índice de natalidad. Con todo, casi no cabe duda de que el único método realmente efectivo de fiscalizar la natalidad es mejorar el régimen alimenticio, elevar el tipo de vida y la educación de las naciones con alto índice de natalidad según el de aquellas donde el índice de natalidad, alguna vez tan alto como el de cualquier nación, ha caído al nivel de restitución o debajo de él. Ello ha de constituir, de todos modos, un proceso lento. No hay duda de que, a menos que haya una guerra con armas biológicas de muerte que sean capaces de matar a más del 50% de la población de cualquier región donde se las use, la población de preguerra de dos mil millones aproximadamente será, en el período de vida de nuestros hijos, de tres mil o cuatro mil millones.

¿Puede la tierra proveer de alimentos, de calidad saludable, a semejante cifra? El autor presenta hechos auténticos que demuestran que no hay ninguna dificultad física en doblar o redoblar el stock mundial de alimentos. Si nos fallan los granjeros, el químico ya nos ha mostrado el camino hacia el alimento sintético. Las únicas limitaciones prácticas a la producción alimenticia lo constituirán el capital y la sociedad humana laboriosa que se dedique a ello.

La cuestión es: ¿quieren los gobiernos cooperar en un plan de alimentación mundial? Tal plan, considerado el único que llenaría la promesa de libertad, aunque saludado por casi todos los gobiernos, fue rechazado por EEUU, el Reino Unido y Rusia. Los gobiernos están preparados para unir sus hombres y sus recursos en aras

de una guerra mundial, pero las grandes potencias no están preparadas para unirse y desterrar el hambre y la pobreza del mundo. La razón de esa repugnancia a aplicar la ciencia moderna en beneficio de toda la humanidad, comenzando por los países más pobres, se expone en este libro. La historia de la dominación económica del mundo y de la explotación de la gente y los recursos naturales de naciones débiles por las naciones de Europa Occidental en los últimos 300 años, y desde la guerra hispano-americana, por EEUU, expuesta aquí con documentación completa, es un choque para cualquiera que tenga ideas preconcebidas acerca de las glorias y las virtudes de nuestra civilización occidental. Es la historia de una despiadada lucha por la riqueza, con pocos miramientos por los derechos o el bienestar de las “razas inferiores”.

Pero en los últimos cien años, la edad brutalmente mercantil de la lucha por el aprovechamiento del prójimo a cualquier costo ha ido cambiando rápidamente en una edad social, en la cual se comienza a tener miramientos por la libertad política y económica, como derechos inalienables para cualquier existencia humana. Si, por algún milagro, pudiera haber una garantía absoluta de que no estallará una guerra en los próximos cincuenta años, la generación próxima vería a la sociedad humana en el camino de la paz mundial y dispuesta a desterrar perpetuamente de la Tierra la pobreza, el hambre y las enfermedades evitables que siempre afligieron a la mayoría de la humanidad.

Según lo puntualiza el autor, este podría ser el suelo común donde se encontrarían las dos nuevas grandes potencias y sus satélites. Ambas declaran que su objetivo es beneficiar a toda la humanidad. Ambas declaran su apasionado deseo de paz. ¿Por qué no reunirse y considerar una cooperación en un plan concreto para aumentar la riqueza del mundo y proveer a las necesidades primarias de la vida, comenzando por la alimentación, y eso para la gente de todas las naciones? Como dijo una vez el presidente Truman, si pudiéramos discutir con Rusia nuestro interés común en la agricultura, sería más fácil discutir las diferencias políticas. ¿Por qué no convocar una reunión de ministros de relaciones exteriores por medio de las agencias de las Naciones Unidas, para cooperar en un plan mundial de alimentación, que sería de mucho más interés para el 99% de la gente, que las interminables discusiones sobre ideologías políticas?



Foto: Lewis Wickes Hine (1874-1940). Niños mineros de Pensilvania (1911). *National Child Labor Committee collection, Library of Congress, Prints and Photographs Division.*

Parte I

El fenómeno universal del hambre

Capítulo 1

El tabú del hambre

La historia de la humanidad ha sido desde el principio la historia de su lucha por la obtención del pan nuestro de cada día. Parece, pues, difícil explicar y aún más difícil comprender el hecho singular de que el hombre —ese animal presuntuosamente superior, que venció tantas batallas contra las fuerzas de la naturaleza, que acabó por proclamarse su maestro y señor— no haya aún obtenido una victoria decisiva en la lucha por su subsistencia. Basta ver que después de un largo período de algunos cientos de miles de años de lucha se verifica hoy, dentro de un criterio de observación científica, que cerca de dos tercios de la población vive en estado permanentemente de hambre (FAO, 1946); que cerca de un billón y medio de seres humanos no encuentran recursos para escapar de las garras de la más terrible de todas las calamidades sociales.

¿Será la calamidad del hambre un fenómeno natural inherente a la vida misma?; ¿será una contingencia inamovible como la muerte?; ¿o será el hambre una plaga social creada por el propio hombre? Tal es el delicado y peligroso asunto debatido en este libro. Asunto tan delicado y peligroso por sus complicaciones políticas y sociales que, casi hasta nuestros días, permanece como uno de los tabúes de nuestra civilización, una especie de tema prohibido o, por lo menos, poco aconsejable para ser abordado públicamente.

Así se transforma el hambre en una cosa cualquiera, vergonzosa, como el sexo. Una cosa cualquiera impura y escabrosa, y, por lo tanto, indigna de ser tocada, un tabú (Freud, 1934). La verdad es que, aunque en la antigüedad Buda haya afirmado que “el hambre y el amor constituyen el germen de toda la historia humana” y, más recientemente, Schiller haya declarado que “el hambre y el amor dirigen el mundo”, muy poco se ha escrito acerca del fenómeno del hambre en sus diferentes manifestaciones. Es chocante la exigüidad de la bibliografía mundial sobre el asunto, en contraste con la abundancia de libros y artículos publicados sobre otros temas de importancia social más bien secundaria. ¿Cuáles son las razones ocultas de esta casi abstención de nuestra cultura en abordar el problema del hambre y estudiarlo más a fondo, no solo en su aspecto estricto de sensación —impulso e instinto que ha servido de fuerza motriz a la evolución de la humanidad— como en su aspecto más amplio, de calamidad universal? Es curioso observar que, sobre este último aspecto, el silencio ha sido aun más opresor. El hecho sorprende en mayor grado cuando comparamos el caso del hambre con otras calamidades que suelen asolar el mundo —las guerras o las epidemias, por ejemplo— y verificamos cómo la menos conocida en sus causas y efectos es, precisamente, la del hambre. Por cada estudio acerca de

los problemas del hambre, aparecen más de mil publicaciones sobre los problemas de la guerra. La proporción es menor que el uno por mil. Y, no obstante, como demostraremos con abundancia de ejemplos en el curso de este libro, los estragos humanos producidos por el hambre son mayores que los de las guerras y las epidemias en conjunto (Walford, 1878). Estragos más extensos en número de víctimas y tremendamente más graves en sus consecuencias biológicas y sociales. Ya en el siglo pasado Waser llamó la atención sobre el hecho de que las pérdidas de vidas causadas por la peste o por la guerra requieren, para ser reparadas, un plazo medio de diez años, teniendo en cuenta que inmediatamente después de las grandes hambres, los sobrevivientes quedan desnutridos por el resto de su vida. Finalmente, para disipar cualquier duda y tornar indiscutible la primacía de la destrucción por el hambre, basta que se ponga de relieve un hecho de observación universal: el hambre constituye la más efectiva y constante causa de las guerras, y la preparación más propicia del terreno para que aparezcan las grandes epidemias (Sorokin, 1942). Es, pues, el hambre —indiscutiblemente— la más fecunda matriz de calamidades, y de ella, no obstante, nuestra civilización siempre procuró desviar la vista, por miedo a enfrentar su triste realidad. De la guerra siempre se habló, a grandes voces, hasta se llegó a componer himnos y poemas sobre sus gloriosas virtudes selectivas en esta civilización que comenzó siendo mercantilista y acabó siendo militarista. Se procuró, asimismo, demostrar —a la luz de teorías científicas— la necesidad de su existencia de acuerdo con una supuesta ley natural de la vida. De este modo, la guerra se tornó un *leitmotiv* del pensamiento occidental, mientras que el hambre continuó siendo mirada como una sensación, cuyas repercusiones no deberían ir más allá de los dominios de lo subconsciente, una vez que la conciencia le cerraba las puertas con ostensible desprecio.

Los preconceptos de la civilización occidental

Varios factores determinaron esa conspiración de silencio en torno del fenómeno del hambre. El primero obedece a un fundamento de orden moral. Siendo este fenómeno (tanto el hambre de los alimentos como el hambre sexual) fundamentalmente un instinto primario, se presenta como algo chocante para una cultura racionalista como la nuestra, que procura por todos los medios imponer el predominio de la razón sobre los instintos, en la conducta humana. Considerado el instinto como lo animal y solo la razón como lo social, se va intentando, aún sin resultado, negar sistemáticamente a nuestra civilización el poder creador de los instintos, tratándolos como fuerzas despreciables. Desde fines del siglo XVIII, la llamada cultura occidental, con sus enciclopedistas y filósofos idealistas, se forma tal concepto del hombre y de su conducta en el mundo que lo convierte casi en un ángel.

Un ser que procediendo del canibalismo primitivo, se considera elevado en alas de la cultura hasta el más puro intelectualismo, libre de impulsos bestiales. O, por lo menos, casi exento de esos impulsos porque, en realidad, cuando cada arrogante optimista del infatuado siglo XIX, hablaba de la perfección de la humanidad, en

su magnífica ascensión al dominio del pensamiento puro, sentía además en lo más íntimo de su ser el águila indiscreta del hambre o el deseo sexual; últimas manifestaciones vivas de la bestialidad primitiva. Pensaban, entre tanto, aquellos idealistas de la cultura, qué fácil les sería dominar los impulsos naturales a fuerza de esconderlos, de acallarlos, de silenciarlos. Se hace, entonces, táctica de civilización europea no tocar esos asuntos escabrosos. “Y durante todo un siglo, un siglo horriblemente largo, esa cobarde conjuración de silencio ‘moral’ dominó a Europa”, dice Stefan Zweig (1932). Hasta que un día, un genio atrevido, en un rasgo inconsciente y providencial, rompió el silencio opresor. En medio del fingido espanto de la ciencia oficial y de la moral de sus contemporáneos, Freud afirmó que el sexo es una fuerza tan intensa, que pertenece a la llamada conciencia, en su mismo dominio, porque el hombre es, ante todo, sexo. Lo que enunció no constituía una verdadera sorpresa sino una gran inconveniencia. Todos sus sabios colegas sentían dentro de sí, como un absceso cerrado, la lucha de los instintos sexuales, pero ninguno se atrevía a rasgarlo, delante del público, para no exhibir su pus. Freud rompió el absceso. Hostilizado por la desaprobación general, llevó a cabo la intervención salvadora. Desde entonces, fue posible debatir en voz alta el problema del sexo.

Hambre e imperialismo económico

En cuanto al tabú del hambre, había razones aun más fuertes que los preconceptos de orden moral. Razones cuyas raíces abandonaba el escaso mundo de los intereses económicos, de los intereses de minorías dominantes y privilegiadas, que siempre trabajarán para escamotear el examen del fenómeno del hambre en el panorama espiritual moderno. Pues al imperialismo económico y al comercio internacional, fiscalizados por aquellas minorías obcecadas por la ambición del lucro, mucho interesaba que la producción, la distribución y el consumo de los productos alimenticios continuasen el proceso indefinidamente como puros fenómenos económicos, dirigidos en el sentido de sus exclusivos intereses financieros y no como fenómenos del más alto interés para el bienestar de las colectividades. A la civilización europea contemporánea —que alcanzó su apogeo por la expansión del horizonte geográfico del mundo, después del siglo XVI, y por la economía colonial que le siguió— de ningún modo le convenía divulgar, en su mundo de aparente esplendor, la desagradable tragedia del hambre, producto —en gran parte— de su colonialismo deshumanizado. Producto, ante todo, de la inhumana explotación de las riquezas coloniales por procesos de economía devastadora, de monocultivo y de latifundio, que permitían la obtención, a precios extremadamente bajos, de las materias primas indispensables para su industrialismo próspero.

Fueron factores de naturaleza económica los que escondieron a los ojos del mundo los espectáculos desagradables como el de China, en donde, durante el siglo XIX, cerca de cien millones de individuos murieron de hambre, por falta de un puñado de arroz; o como en India, cuando veinte millones de vidas humanas fueron destruidas por ese mismo flagelo, en los últimos treinta años del siglo pasado (Reclus, 1875-1894).

La literatura occidental, indisolublemente ligada al patrimonio mental de esta cultura, sirviendo a sus intereses y deslumbrada por su falso esplendor se hizo, pues, cómplice del silencio que ocultó a los ojos del mundo la verdadera situación de enormes masas humanas que luchan dentro del círculo de hierro del hambre. Pocos fueron los escritores valientes que se aventuraron a violar el tabú y a traer a la luz de la publicidad las negruras de ese mundo subterráneo del hambre y la miseria: un Knut Hamsun, en su magistral novela *Hambre*, verdadero relato minucioso y exacto de las diferentes, contradictorias y confusas sensaciones que el hambre producía en el espíritu del autor; un Panait Istrati, vagando famélico por las luminosas planicies de Rumania; un Felekov y un Alexander Neverov, narrando con dramática intensidad el hambre negra de Rusia en la convulsión social; un Georg Fink, sufriendo hambre en los suburbios cenicientos y sórdidos de Berlín, un John Steinbeck, contando en *Las uvas de la ira*, la epopeya de hambre de la familia Joad, a través de las regiones más ricas del país más rico del mundo, los Estados Unidos de América. Pero aquellos y algunos pocos más constituirán simples voces perdidas en el desierto de la indiferencia.

La propia ciencia y la propia técnica occidentales, ciertamente envanecidas con sus brillantes conquistas en el dominio de las fuerzas de la naturaleza, no se sentían con voluntad para confesar abiertamente su casi absoluto fracaso en mejorar las condiciones de vida de esas masas famélicas y, con su reticente silencio sobre el asunto, se hacían consciente o inconscientemente cómplices de la misma conspiración mental.

Para mostrar hasta qué punto los hombres de ciencia occidentales ignoraban el fenómeno del hambre en su realidad social fuera de las paredes cerradas de sus laboratorios, basta referir el trágico episodio ocurrido en 1945, cuando las tropas aliadas que habían invadido Europa se encontraron con el pavoroso espectáculo de “los campos de concentración”.

A pesar de los enormes progresos de la ciencia de la nutrición y aunque, en nuestros días, millones de individuos viven muriéndose de hambre en Rusia, en China, en la India y en otras partes, ignorábamos por completo cómo hacer revivir a los moribundos del hambre (Drummond, 1946). Esta trágica revelación fue hecha hace tres años por el doctor Jack Drummond, gran especialista inglés en asuntos de nutrición, que anota lo siguiente: “Este hecho traduce de manera elocuente nuestra falta de interés por la raza humana en su totalidad”. Al ser libertado el campo de horrores de Bergen-Belsen, el 12 de abril de 1945, el servicio médico de las tropas aliadas y los técnicos de la Cruz Roja encontraron millares de individuos en último grado de inanición. Como les faltaran informes precisos sobre la manera de tratarlos, iniciaron sus servicios de asistencia médica con la administración, por vía bucal, de alimentos predigeridos y, en los casos más graves, con inyecciones endovenosas. Los resultados fueron catastróficos. Los edemas del hambre aumentaban con el uso de las inyecciones, y la ingestión de alimentos era mal tolerada.

Los médicos y las enfermeras encargados de salvar de la muerte a aquellos harapos humanos atravesaron un momento realmente difícil frente a las horribles reacciones de los hambrientos, que creían volver a ser torturados una vez más como

lo habían sido por los nazis. Solo con el correr del tiempo y después que muchas vidas fueron sacrificadas, se descubrió que el mejor alimento para el caso era la leche desnatada.

Ese desconcertante relato de sir Jack Drummond encierra una tremenda acusación a nuestra civilización occidental. De hecho, fue necesario que el hambre aguda volviese a propagarse sin trabazón en la propia Europa para que la ciencia occidental tomase algún interés en conocer los procesos adecuados para combatir sus efectos.

La verdad es que fueron necesarias dos terribles guerras mundiales y una tremenda revolución social, la revolución rusa, en la cual perecieron diecisiete millones de criaturas, doce millones a causa del hambre, para que la civilización occidental se convenciese de que ya no era posible ocultar la realidad social del hambre a los ojos del mundo. Era como querer tapar el sol con un tapiz. Y, a costa de hechos inexorables, fue vencido también el tabú del hambre. Les fue permitido por fin a los investigadores estudiar objetivamente el asunto. A los Estados se les aconsejó que publicasen datos estadísticos para mostrar la verdadera situación de vida de sus poblaciones. Asimismo fue estimulada la divulgación de informes y ensayos acerca del tema prohibido.

El mundo y la revolución social

La razón profunda de tan radical mudanza de actitud es que el mundo atraviesa en el momento una fase revolucionaria de su historia. Las dos guerras y la revolución rusa fueron apenas manifestaciones aparentes o síntomas de la revolución mundial en marcha; posibles manifestaciones cataclísmicas del ímpetu de las fuerzas sociales, que procuran remover obstáculos de su camino. Al hacer esta peligrosa cruzada afirmativa de que estamos viviendo una revolución mundial, mejor será tal vez que precisemos bien nuestro concepto de revolución. La palabra *revolución* es aquí empleada no para significar un proceso violento de derrumbamiento de las autoridades constituidas y de toma del poder, sino para expresar un proceso de transformación integral, de trasmutación histórica, de sustitución de un mundo de convicciones sociales, por otro diferente, en el cual los valores sociales anteriores ya no tienen significación. Llamamos *fase revolucionaria de la historia*, a lo que Ortega y Gasset llama “crisis histórica”. Explica el filósofo español que el proceso histórico se desenvuelve de dos maneras: por la mudanza sucesiva de las cosas en nuestro mundo o por la mudanza del mundo en conjunto. En el primer caso se trata de una evolución histórica, en el segundo, de crisis o revolución histórica. Asistimos, en nuestros días, a la completa decadencia de sistemas sociales vigentes y de maneras de vida de comienzos del siglo. Pasamos, en este momento crítico de la historia, de una era social a otra época diferente. Julian Huxley —procurando caracterizar las dos eras por sus expresiones sobresalientes— sugiere llamarlas, a la pasada, “era del hombre económico” y a la nueva, “era del hombre social” (Huxley, 1944). De hecho, lo que se presenta a los ojos del observador es el más violento contraste entre estos dos mundos vividos por una misma generación, el dislocamiento de intereses vitales de

los dos mundos. Hasta la Primera Guerra Mundial, nuestra civilización occidental, con su exagerada economía, preocupada exclusivamente en dominar con la técnica todas las fuerzas de la naturaleza, y concentrando todo su interés en problemas de explotación económica y de acumulación de riquezas, deja casi en completo olvido al hombre y sus problemas. Ya en nuestro mundo de posguerra —lo vemos por todas partes, tanto en el sector occidental, capitalista, como en el oriental, soviético—, hay un enfoque intensivo del hombre biológico como entidad concreta, una especie de prioridad de los problemas humanos sobre los problemas económicos. No quiere esto decir que en la nueva era del hombre social, la economía se haya relegado a un plano secundario; pero está ahora orientada, como elemento o factor, para la obtención del bienestar humano. Las democracias, en nuestros días, se muestran intensamente preocupadas con los problemas de protección y de revalorización biológica del hombre, y la URSS desenvuelve sus planes quinquenales dentro del llamado *principio de humanismo comunista*. La economía actual no es más un arte de establecer empresas lucrativas, sino una ciencia capaz de señalar los métodos para promover la mejor distribución del bienestar colectivo. Se esboza pues, promisoriamente en esta nueva era, la tentativa de poner el dinero al servicio del hombre, para que no sea el hombre esclavo del dinero. De dirigir la producción en forma capaz de satisfacer las necesidades fundamentales de los grupos humanos e impedir que el hombre continúe matándose estúpidamente para satisfacer la insaciable codicia de lucro de la producción.

Este común denominador —el interés por el hombre y por la rehumanización de la cultura— en las dos grandes estructuras económicas que luchan por la supremacía universal —las democracias occidentales y el comunismo ruso—, nos parece una evidencia de que no existen, en el momento actual, los mundos en lucha irreconciliable, sino apenas dos polos diferentes de un solo mundo. Dos polos sociales con diferencias y peculiaridades que no crean, sin embargo, distancias infranqueables mayores que las existentes entre las condiciones físicas de los dos polos de la Tierra. El progresivo interés del hombre por el hombre y la ávida búsqueda del bienestar colectivo marcan el punto en donde deberán converger los sistemas económicos, a fin de que obtengan, a través de una progresiva aproximación, la victoria definitiva sobre esta circunstancia crítica de la convivencia del hombre con el hombre.

La violación del tabú

Violado el tabú, comenzó a aparecer una serie de interesantes trabajos acerca del fenómeno del hambre.

Ya en 1928, la antigua Liga de las Naciones apuntaba el problema de la alimentación de los pueblos entre los temas de permanente discusión, ordenando realizar encuestas en diferentes países, bajo el patrocinio de su Organización de Higiene, y publicando una serie de valiosos informes sobre el asunto.

Las primeras investigaciones realizadas con método y rigor científicos, en las más variadas regiones de la Tierra, dejaron demostrado el hecho alarmante de que más

de dos tercios de la humanidad viven en permanente estado de hambre. Esta impresionante comprobación unida a la evidencia de que atravesamos una hora decisiva en la cual solo reconociendo los grandes errores de nuestra civilización, podremos encontrar el camino de la supervivencia, llevó a la conciencia universal a mudar radicalmente su actitud dentro del problema; a procurar enfrentarlo con valentía y resolverlo enérgicamente. La demostración más efectiva de esa mudanza completa de la actividad universal, dentro del problema, fue la realización de la conferencia de la alimentación de Hot Springs, la primera de las conferencias convocadas por las Naciones Unidas para tratar los problemas fundamentales, con miras a la reconstrucción del mundo de posguerra. En esa conferencia, reunida en 1943, cuarenta y cuatro naciones a través de la atestiguación de sus técnicos en el asunto, declararon las verdaderas condiciones de la alimentación de los respectivos pueblos.

Se planearon medidas conjuntas para que fuesen borradas, o por lo menos esfumadas, en los mapas mundiales de demografía cualitativa, esas manchas negras que representan núcleos de poblaciones desnutridas y hambrientas que exhiben, en sus características de inferioridad antropológica, en sus alarmantes índices de mortandad y en sus cuadros nosológicos —beriberi, pelagra, escorbuto, xeroftalmía, raquitismo, osteomalacia, bocio endémico, anemias, etcétera— por carencia de alimentos, la penuria orgánica, el hambre global o específica, de uno, de varios y, a veces, de todos los elementos indispensables para la nutrición humana.

Para que las medidas proyectadas puedan alcanzar su objetivo se hace necesario, todavía, intensificar y ampliar cada vez más los estudios sobre la alimentación en el mundo entero; de ahí la obligación en que se encuentran los estudiosos del problema, de exponer los resultados de sus observaciones personales, como contribuciones parciales para el levantamiento del plan universal para combatir el hambre, y exterminar la más ignominiosa de las calamidades. La más ignominiosa, por lo mismo que constituye una acusación permanente, una evidente prueba de incapacidad —de las organizaciones culturales y científicas vigentes— de satisfacer la más fundamental de las necesidades humanas, la necesidad de alimentos.

Uno de los grandes obstáculos para el planteamiento de la solución adecuada al problema de la alimentación de los pueblos es el escaso conocimiento que tenemos del problema en conjunto, como un complejo de manifestaciones simultáneamente biológicas, económicas y sociales. La mayor parte de los estudios científicos sobre el asunto se limita a uno de sus aspectos parciales, y proyecta una visión unilateral del problema. Son casi siempre trabajos de fisiólogos, de químicos, de economistas, especialistas que se limitan, por contingencia profesional, al cuadro de sus especializaciones.

La civilización de los especialistas

Estas limitaciones de la visión representan también una contingencia forzada de la civilización occidental. Desde mediados del siglo XIX se va desarrollando entre nosotros un tipo de enseñanza universitaria menos preocupada por transmitir una

imagen unitaria del mundo que por suministrar estereotipos de sus realidades parciales, didácticamente mutiladas, en el supuesto interés de las ciencias.

El tremendo impacto del progreso científico acabó por fragmentar la cultura, por pulverizarla en granos pequeños de saber. Cada especialista de la ciencia se aferra con uñas y dientes a su grano de arena, haciéndole dar vueltas y más vueltas bajo el poderoso lente de su microscopio para penetrar en su microcosmos, con pasmosa indiferencia y completa ignorancia de todo lo demás que sucede a su alrededor. En las universidades europeas y en las estadounidenses de los tiempos modernos se desarrolla al extremo ese tipo de enseñanza dirigida a la especialización que crea, dentro de la cultura, un tipo *sui generis* de civilización: la civilización de los especialistas, dirigida por hombres de rigurosa visión técnica, pero de visión cultural deficiente, de deplorable miopía política. Con razón afirma Ortega y Gasset (1940) que ese tipo de enseñanza universitaria es responsable de la formación de los “nuevos bárbaros, hombres cada vez más sabios y cada vez más incultos”. Y lo que es más grave, este es el tipo dominante de nuestras elites culturales, representante del proceso de dinámica social que provocó aquello que Rathenau llamó, con mucha propiedad, “la invasión vertical de los bárbaros”. Los especialistas de tipo limitado, “hombres que saben cada vez más de cada vez menos”, constituyen elementos altamente peligrosos para la vida de la cultura.

Como consecuencia natural de la técnica con que esos especialistas abordan los problemas universales, verificamos que aun después de rotas las barreras que bloqueaban el problema del hambre, surgieron muy pocos estudios que encarasen el fenómeno en su perspectiva universal, en sus múltiples aspectos correlativos. Es verdad que se hicieron algunos trabajos serios que atrajeron la atención mundial hacia el clásico dilema de la producción de alimentos al crecer las poblaciones del mundo, y que procuraron explicación y solución para el problema del hambre colectiva. Los trabajos de sir John Orr, de Imre Ferenczi, de Frank Boudreau y de algunos otros, pueden ser considerados de categoría verdaderamente científica, de amplia visión de la materia. También algunos de los exámenes llevados a cabo por la Organización de Alimentación y Agricultura de las Naciones Unidas y los sucesivos exámenes de la alimentación mundial, revelan la misma objetividad. Desgraciadamente, constituyendo el problema tan aguda contingencia social, la mayoría de los trabajos especulativos al respecto no consiguen libertarse de los preconceptos y de los prejuicios políticos vigentes.

Abundancia y mezquindad de la naturaleza

En esas especulaciones sobre el hambre del mundo aparecen dos tipos de teorías que, a nuestro parecer, representan verdaderas amenazas para el futuro de la humanidad; por eso falsean la realidad social del problema: las que intentan probar que el hambre colectiva es un fenómeno natural e irremediable, y las que presentan como única salvación la fiscalización forzada de la natalidad para retardar el crecimiento de la población del mundo. Esas teorías escépticas y pesimistas constituyen, en verdad, un

fenómeno explicable en el panorama cultural de un mundo de transición. Son productos de mentalidades formadas dentro de la estructura cultural que se desmoronó, mentalidades que se rehúsan a admitir el hecho consumado de la revolución social, y continúan razonando sobre la base de observaciones y antecedentes que no pasan de fantasmas o supervivencias, en el mundo de las realidades vivas. Una característica de las épocas de crisis históricas, afirmó Ortega y Gasset, es esa pérdida de valor del mundo de las convicciones, sin que se estructure ordenadamente un mundo nuevo para servir de directriz al pensamiento y a la conducta de las nuevas generaciones. Por eso mismo, muchos individuos permanecen sin saber cómo pensar acerca del mundo, y se vuelven hacia el pasado, como único recurso para suplir su vacío interior.

La tentativa de probar que el hambre es un fenómeno natural, que obedece a una especie de ley de la naturaleza, no encuentra apoyo en los conocimientos científicos de nuestros días. Basta el análisis de algunos datos estadísticos fundamentales, para que quede cabalmente demostrado todo su artificio: de la superficie total de la Tierra, los mares ocupan el 71%, y el 29% restante representa la parte sólida de nuestro planeta. Abarca, esta parte, una zona aproximada de cincuenta y seis millones de millas² de superficie, con los más diferentes tipos de revestimiento natural: el 30% está cubierto de floresta; el 20%, de campos abiertos; el 18% representa un relieve montañoso y el 33% un suelo desértico, de tipo caliente o de tipo polar. Según apreciaciones de especialistas como Roberto Salter y Holmer Shantz (1941) del Departamento de Agricultura de EEUU, apenas veinticinco millones de millas² —por lo tanto cerca de la mitad de los suelos del planeta— permiten alguna clase de explotación agrícola con los métodos actuales de utilización de la tierra. Esta apreciación nada exagera, porque excluye del cómputo de las tierras laborables el 50% de los suelos del mundo, representados por las regiones desérticas y montañas, a pesar de haber ya obtenido, en los últimos años, algunos triunfos decisivos de técnica agrícola en lo que respecta a la producción en regiones de esos tipos. Basta recordar que en los desiertos tropicales muchos cientos de miles de acres fueron abiertos a la agricultura gracias a los modernos métodos de irrigación, y que los rusos, con sus sorprendentes procedimientos agrícolas, están incorporando a la zona productiva de su país una larga franja de los desiertos polares. Regiones como la península de Kola, a 67° 44' de latitud norte, por lo tanto a más de 3° de latitud sobre el círculo polar ártico, producen hoy trigo, cebada, nabos, zanahorias, arvejas, rábanos, calabazas y pepinos, para proveer a sus 150.000 habitantes (Baker, Borsodi & Wilson, 1939); y aun más al norte, en la península de Taimir, que comprende las tierras del extremo norte del conjunto euroasiático, distante apenas ochocientos cincuenta millas del polo norte, se cultivan hoy plantas seleccionadas con los métodos de “vernalización” del agrónomo Lissenko, que acomodan su crecimiento y madurez al cuarto período del verano polar. En medio del desierto polar surgirán así, como indiscutibles conquistas de la técnica, verdaderos oasis con plantaciones productoras de batata, de melones, de frambuesas, etcétera. En aquellas latitudes, esas plantas no solo producen, sino que producen bien: una variedad de batatas cultivadas al norte del círculo polar produce 200 quintales por hectárea: en cuanto al centro del continente euroasiático, la producción media es de apenas cien quintales.

Pero dejando a un lado esas conquistas más recientes, de valor económico todavía discutible, y tomando como base los cálculos conservadores de los técnicos estadounidenses señalados, verificamos igualmente que no se puede atribuir el hambre a una supuesta mezquindad de la naturaleza; esos cálculos indican que la tierra ofrece al trabajo humano, para atender a sus necesidades alimentarias, cerca de 16 billones de acres y corresponden, en relación con la población actual de la Tierra, cerca de ocho acres por individuo. Según los cálculos de entendidos en agricultura y nutrición que estudiaron, a la luz de conocimientos modernos de nutrición, la correlación entre la zona cultivada y el suplemento alimenticio (Mikhailov, 1936), son necesarios apenas dos acres por persona, para proveer los alimentos indispensables a un régimen racional; casi cuatro veces menos, por lo tanto, de lo que la naturaleza pone a disposición del hombre. Otra prueba de la carencia de fundamento de la teoría natural del hambre reside en el hecho de que, hasta hoy, la región cultivada por la humanidad no alcanza a dos billones de acres, lo que corresponde, pues, a menos de la octava parte de las posibilidades naturales de la Tierra.

El problema del hambre mundial no es, por consiguiente, un problema de limitación de la producción por coerción de las fuerzas naturales; es, ante todo, un problema de distribución. La verdad está con Frank Boudreau, cuando afirma que “hemos obtenido mayor éxito en producir alimentos que en distribuirlos de manera adecuada” (Boudreau, 1946). El hambre y la guerra no obedecen a leyes de la naturaleza. Son, en realidad, creaciones humanas. Volveremos al asunto más adelante llamando en auxilio el gran acierto de las observaciones históricas y antropológicas; entre tanto, anticiparemos apenas, que los antropólogos ya presentaron abundante documentación probando que, entre los descubrimientos paleontológicos de los grupos humanos más primitivos, no se encuentran instrumentos, ni señales de la existencia de la guerra organizada; tampoco se evidencian en los esqueletos fosilizados de los grupos primitivos, signos de carencias alimentarias. En cambio, en los grupos más adelantados, los esqueletos llevan grabadas las marcas de varias deficiencias alimentarias —signos biológicos del hambre—. Resulta, de ahí, que el hambre y la guerra solo surgieron después que el hombre alcanzó un grado de cultura en que comenzó a acumular reservas y a establecer fronteras defensivas de sus riquezas acumuladas; esto es, cuando comenzaron las dificultades creadas por el hombre en cuanto a la distribución de las riquezas naturales.

El espantajo malthusiano

Otro grupo de especuladores en torno del fenómeno del hambre acusa a la naturaleza de provocar esa calamidad debido a un mecanismo indirecto: el dar al hombre la posibilidad de reproducirse de manera intempestiva y provocar, en consecuencia, la superpoblación de la Tierra. Pertenecen a ese grupo los llamados neomalthusianos, resucitadores de las teorías del célebre economista inglés Thomas Robert Malthus, quien las expuso a fines del siglo XVIII, época en que las primeras experiencias industriales daban la impresión de que la máquina podría sustituir al

hombre y, por lo tanto, convendría luego ir disminuyendo la fabricación de este, esto es, de la máquina humana, para evitar su competencia con las nuevas máquinas. Fue esta una de las razones por la que sus teorías tuvieron al principio gran aprobación, principalmente en su país, cuna del industrialismo. Afirma Alfred Sauvy (1944) que también el miedo al naciente socialismo contribuía en gran manera, tanto a la creación, como a la aceptación de las teorías de Malthus. Procurando defender su tesis de que el aumento de las poblaciones del mundo constituye un grave peligro para su equilibrio económico, Malthus planteó la hipótesis de que las poblaciones crecen en progresión geométrica y la producción de alimentos en progresión aritmética; resulta de ahí el callejón sin salida de una producción irremediamente insuficiente para las necesidades de las poblaciones. Faltó a las teorías de Malthus el necesario fundamento científico. Su primer error fue considerar el crecimiento de la población como una variante independiente, como un fenómeno aislado en el cuadro de las realidades sociales, cuando, en verdad, ese crecimiento está en la más estricta dependencia de los factores políticos y económicos. Su idea de que hay una ley natural del crecimiento de las poblaciones fue luego refutada por Marx, cuando este demostró que apenas existen tendencias o ciclos demográficos históricos, que cambian de un período a otro, de acuerdo con los tipos de organización social. Fourier, Proudhon, Engels y Kaustky también demostraron lo artificioso de la teoría malthusiana. La propia historia desmintió íntegramente lo previsto por Malthus. En los primeros años que siguieron a la publicación de sus teorías, el crecimiento de las poblaciones del mundo parecía confirmar sus previsiones. Pero antes de fin de siglo, ya ese crecimiento retardaba su ritmo inicial, y comenzó a decrecer la fecundidad de las poblaciones de varios países, surgiendo al lado del peligro de la superpoblación, el peligro de la despoblación.

Hoy vemos que si algunos países, como la India, China, Egipto y América Central, continúan con alto potencial de crecimiento demográfico, otros —Europa Occidental, América del Sur y del Norte, África— entran en una fase de equilibrio de tipo de transición; en cuanto a otros países, finalmente, tales como EEUU, Australia, y Nueva Zelandia, alcanzan un estado de aprendizaje llamado por Notestein “de declinación incipiente de la población”.

La doctrina principal de Malthus “fue así completamente desmentida por la evolución real”, afirma el notable demógrafo Imre Ferenczi (1938). “En la civilización occidental, el fantasma levantado por Malthus fue derrumbado”, escribió en 1937 el doctor Wallace Ruddell Aykroyd, director de la división de Nutrición de la Organización de Alimentos y Agricultura de las Naciones Unidas (Aykroyd, 1937). ¿Cómo se explica, entonces, que sepultada bajo los escombros de sus profecías aterradoras, se haya desenterrado en nuestros días y, con sus materiales, se haya estructurado una nueva profecía, aun más aterradoras: la del próximo fin del mundo, despoblado por el hambre en masa? Es que existen, en el momento actual, condiciones de receptividad colectiva muy semejantes a las del tiempo del viejo Malthus. Vivió el economista inglés una fase revolucionaria —la era de la revolución industrial— y, por lo tanto, una fase de inquietud y de inseguridad del futuro, fenómeno que se repite, aun en mayor escala, en la revolución social de nuestros días. La actual revolución

mundial envuelve una transformación tan radical de los procesos sociales, que torna enteramente imprevisible el futuro del mundo. Con razón afirma Julian Huxley que la actual revolución, aun dentro del cuadro comparativo de las revoluciones, es enteramente revolucionaria.

Ese cambio radical del orden social que ahora se forma, esa ciega huida hacia lo desconocido asusta a los espíritus prudentes, envueltos por azar en sus remolinos; y el sentimiento de miedo exagerado los lleva a atribuir a las masas humanas el desasosiego social, ahora como en los tiempos de Malthus. Los neomalthusianos que han afirmado que el mundo vive famélico y está condenado a perecer a causa de una epidemia total de hambre porque los hombres no fiscalizan de manera adecuada los nacimientos de los nuevos seres humanos, no hacen más que atribuir la culpa del hambre a los propios hambrientos. Aumentada la presión demográfica del mundo merced a su delirio reproductivo, esos pueblos famélicos son, a su manera de ver, pueblos criminales; criminales culpables de ese horrible y tremendo crimen de pasar hambre.

La teoría neomalthusiana es, en último análisis, una teoría del hambriento nato. El famélico pasa hambre porque el hambriento nato, como el criminal de la antigua teoría lombrosiana, roba y mata por ser un criminal nato. Como los criminales natos, merecen los famélicos un castigo ejemplar y, por esto, los neomalthusianos los condenan al exterminio individualmente, dejándolos que se mueran de inanición, y colectivamente, fiscalizando los nacimientos, hasta que desaparezca del mundo la raza de los famélicos natos, esos criminales natos, culpados del crimen masoquista de crear el hambre y sufrir sus consecuencias...

Es una condenación de este género la que defiende serenamente William Vogt, portabandera del neomalthusianismo, para los chinos, fabricantes del hambre: "Hay pocas esperanzas de que el mundo escape del horror de extensas hambres en China, en los próximos años. Pero para el mundo, eso es no solo deseable, sino también imprescindible" (Vogt, 1948). En otro capítulo de nuestro libro, procuraremos verificar, a la luz de datos objetivos y de hechos biológicos y sociales, si los fabricantes del hambre son realmente los propios famélicos, como lo afirma Vogt, o los apreciadores de las teorías neomalthusianas: los defensores y los aprovechadores de la economía de tipo imperialista.

Desde luego, anticipamos que los neomalthusianos nada de nuevo inventaron, ya que levantaron sus teorías sobre el mismo terreno precario en que se irguió el espectro de Malthus.

Para dar colorido realista a sus profecías de superpoblación del mundo, los neomalthusianos basan sus previsiones en los coeficientes medios anuales del crecimiento demográfico en los últimos dos siglos, para concluir que dentro de 300 años la población del mundo habrá llegado a los veintiún billones de habitantes. Ese cálculo tiene tanto valor como los de Malthus, que la historia se encargó de desmentir. Las alteraciones sociales, que sucederán inevitablemente en los tres próximos siglos, podrán determinar en lo que respecta a la marcha de las poblaciones en el mundo, tanto un aumento como un decrecimiento de su efectivo actual. Y como desconocemos los fundamentos sociales por los que se regirán las sociedades de los siglos

venideros, toda previsión a largo plazo sobre la marcha de las poblaciones es pura especulación, sin el mínimo interés práctico. También la afirmación de que la producción de alimentos ya no puede ser aumentada, por encontrarnos prácticamente en los límites máximos de aprovechamiento del suelo y de la saturación humana de la Tierra, es otra idea alarmista, sin fundamento en la realidad de los hechos. Conviene recordar primero, que del 50% de los suelos del planeta pasibles de cultivo, apenas 10% producen en la actualidad, y restan aún 40% para ser utilizados en la lucha contra el hambre (Black & Kiefer, 1948). Segundo, que la actual producción por hectárea en la mayor parte del mundo podrá ciertamente ser muy aumentada, con el uso de métodos agrícolas racionales. El comité especial de la FAO, que redactó el informe de la encuesta mundial de alimentos de 1946, llegó a la conclusión de que es posible, en diez años, aumentar la producción de trigo por hectárea en la India en 30%: 20% mediante el uso de fertilizantes; 5%, mediante la introducción de nuevas variedades y 5%, mediante la protección adecuada contra las plagas. Y afirma que después de ese período, nuevas medidas podrán elevar el aumento hasta el 50%. Lo que pasa en la India puede ocurrir en muchas otras regiones del mundo. Raymond Christensen calcula que 50% del aumento de la producción agrícola obtenida por EEUU durante la última guerra, resultaron de la introducción de nuevos recursos técnicos.

Lo que se observó en Inglaterra en materia de producción agrícola durante la última guerra, es una demostración cabal de que la fuerza de la necesidad es capaz de promover una expansión agrícola más allá de los límites de previsión en condiciones normales de vida. Antes de la última guerra, Inglaterra producía apenas dos quintos del total de sus necesidades alimentarias y recibía los otros tres quintos a través de la importación. Apremiada por el bloqueo marítimo, elevó su producción hasta atender cuatro quintos de las necesidades nacionales. Ese aumento se tornó posible gracias a la extensión de su región cultivada en cerca de 60%: de 1939 a 1944 esa zona aumentó de 6.800.000 a 11.700.000 acres. En estas condiciones excepcionales, se verificó el sorprendente resultado de que la situación alimentaria de Inglaterra, en lugar de empeorar durante la guerra, mejoró grandemente, y al fin del conflicto sus cifras de desnutridos habían bajado sensiblemente. Considerando que los suelos de Inglaterra no están incluidos entre los de excepcional fertilidad del mundo y que hace por lo menos dos mil años que allí se practica la agricultura, no es exagerado admitir que un aumento de idéntica categoría podrá ser obtenido en la producción mundial de alimentos, siempre que para tal fin fuesen dirigidas y coordinadas las fuerzas económicas, con la misma determinación con que los ingleses se empeñaron en sobrevivir al cerco del hambre.

No estamos enteramente de acuerdo con Marx, cuando afirmó que la producción puede ser indefinidamente aumentada; pero creemos que aún estamos infinitamente lejos de su límite máximo. Y por eso no nos asusta el espectro de Malthus o, como estamos siempre tentados de decir: el fantasma de Malthus. De hecho, nada nos hace recordar más su teoría que las imágenes grotescas de los espantajos, esos muñecos desmembrados que los agricultores ponen en el medio de sus sembrados para ahuyentar a los pájaros que amenazan devorar sus cultivos. A los ojos de los

neomalthusianos la población de la Tierra parece algo aún más calamitoso que una bandada de pájaros famélicos; algo así como una densa nube de langostas que amenaza devorar toda la producción de su pequeño huerto. De ese pequeño huerto que, como vimos, no ocupa más del 10% de la superficie de la Tierra. Contra esa plaga humana que amenaza la seguridad alimentaria y el nivel general de vida de las poblaciones más ricas, levantan los neomalthusianos, en los cuatro costados del mundo, los espantajos de sus teorías del exceso de población, espantajos que son un símbolo y un fantasma. Tiene razón el poeta que habla de los espantapájaros como “esculturas del miedo de nuestra gente y de nuestra época”.

El mundo llevado por las aguas

Otra idea que también está tomando forma alarmista y sirve de base a las trágicas profecías, es la de los efectos de la erosión del suelo (Osborn, 1948). Hay quien afirma que, al ritmo en que las aguas vienen removiendo los suelos y arrastrándolos hacia el mar, la Tierra será, en breve, un planeta muerto con su esqueleto de piedra a la vista, sin la carne del suelo ni la piel viva de la vegetación para recubrir el viejo esqueleto. Hay ciertamente en esta afirmación mucho de exagerado y de sensacionalismo. Nadie niega que la erosión sea factor de empobrecimiento del suelo, capaz de disminuir la productividad. Nadie niega que la erosión puede constituirse, a través de los tiempos, en factor universal del hambre y de la miseria; pero eso solo en un tiempo extremadamente largo, y si no fueran tomadas medidas protectoras contra su acción nefasta. Para dejar bien patente ese hecho, comencemos por aclarar que hay dos tipos diversos de erosión: los procesos de la erosión natural que ocurren en todas partes, y los procesos provocados por el hombre, fenómeno limitado a determinadas zonas geográficas. La erosión natural es un fenómeno geológico inherente a la evolución de los suelos y a su equilibrio vital. Se produce lentamente, de manera casi imperceptible porque, en la proporción en que el agua y los vientos van removiendo las capas más superficiales del suelo, en las capas más profundas los procesos de producción del suelo van compensando esas pérdidas. Ocurre con la piel de la Tierra lo mismo que con la piel humana. En cambio, en el caso de la erosión provocada por la intervención del hombre, la marcha del fenómeno es diferente y los suelos pierden mucha más riqueza de la que puede ser rehecha en el mismo período de tiempo, con riesgo de agotamiento total. Solo en EEUU, se calcula que cincuenta millones de acres de tierra productiva fueron esterilizados por la erosión (Russell, 1938). Pero como no se trata de un fenómeno natural no fiscalizable, sino de una consecuencia de la intervención del hombre, puede el fenómeno del despojo de la tierra, ser estudiado y resuelto por el hombre. Además, tal vez haya cierta exageración en las cifras presentadas y es probable que se atribuyan exclusivamente a procesos erosivos todos los casos de agotamiento del suelo que son consecuencia de muchos otros factores de degradación. Si fuese la erosión ese monstruo devorador que algunos presentan, con tan insaciable apetito de suelos, no se podría admitir que la tierra aún se presentara con vida en muchas de sus regiones. Tomemos un

ejemplo en el Extremo Oriente, en el valle del río Amarillo, cuna de la antigua civilización china. Calculan los especialistas en el asunto que este río arrastra hacia el mar, anualmente, una carga de veinticinco mil millones de toneladas de suelo; no obstante, hace cerca de cinco mil años que allí vive un verdadero hormiguero humano, a base de la agricultura. Y es esa agricultura, obtenida en un suelo tan castigado por la erosión, la que aún hoy sustenta una de las densas poblaciones rurales de la tierra, calculada en más de mil habitantes por milla cuadrada de superficie. Se deduce de ahí que la erosión no es un monstruo tan feo como lo pintan, porque si así fuese, ya hace mucho tiempo habría devorado toda la tierra de China, y de la “civilización vegetal” allí nacida, nada quedaría, porque haría ya mucho que se habría perdido en el fondo de los mares de China.

La verdad es que el fenómeno de la superpoblación mundial y el de la erosión del suelo, solo podrán ser considerados como serios factores de hambre, cuando mucho, en épocas futuras, y nunca, por ende, en nuestros días. Nos parece, pues, un contrasentido o hasta un extraño subterfugio, todo ese barullo en torno de factores latentes, mientras que continúa relegada al silencio la acción deletérea de otros, que trabajan activamente ante nuestros ojos provocando la decadencia del mundo, en los días que corren.

El hambre y la erosión del potencial humano

Mucho más grave que la erosión de la riqueza del suelo, que se produce lentamente, es la violenta erosión de la riqueza humana, es la inferiorización del hombre provocada por el hambre y por la desnutrición. Basta ver que, en todo el Extremo Oriente, el número de desnutridos abarca más del 90% de los habitantes; que, en la América Latina, dos tercios de la población están compuestos de individuos mal nutridos, mal vestidos y mal alojados (Soule, Efron & Ness, 1945); que, en Inglaterra, antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, conforme al notable informe del hombre de ciencia sir John Boyd Orr, más tarde Director General de la Organización de Alimentación y Agricultura de las Naciones Unidas, cerca de la mitad de la población estaba sujeta a los efectos nocivos del hambre, viviendo un 40% en un régimen de hambre parcial (deficiencias específicas) y un 10%, en un régimen de hambre global, de grave deficiencia de todos los principios alimentarios. Cuando en 1936, la Alemania hitlerista llamó al servicio militar a los jóvenes nazis, de los presentados a examen, apenas 75% pudieron ser aceptados. Y en el año 1938, apenas el 55%. El número de incapaces, de débiles mentales y de deformados crecía en forma alarmante en el seno de la raza “superior”. En un país nuevo como la Argentina, se verificó que desde 1920 a 1940, el número de los rechazados por incapacidad física entre los convocados para el servicio militar subía del 30% al 42,2%. Guillermo Ruse atribuía a la desnutrición la causa principal de ese progresivo aumento del número de incapaces. Asimismo, en EEUU, país considerado como el mejor alimentado del mundo, el servicio encargado de la selección para el alistamiento verificó que de catorce millones de individuos examinados, apenas dos millones reunían realmente

los requisitos de salud exigidos, esto es, apenas el 15%. Se ve así que no es un grupo, una raza o un país los que están en decadencia, sino la humanidad *in toto*.

El objetivo de este libro es estudiar el terrible fenómeno de la erosión que el hambre está provocando en el hombre y en la civilización. Erosión que amenaza remover y apagar de una vez, de la superficie de la Tierra, toda esa gigantesca obra humana esculpida por el trabajo arduo de centenas de sucesivas generaciones. Si la humanidad no pone en práctica, con urgencia y en escala universal, medidas capaces de trabar la acción corrosiva del hambre, dentro de breve tiempo serán desmoronadas y arrastradas por el polvo del tiempo todas las creaciones del ingenio humano, y eso mucho antes que la erosión natural haya consumido los incalculables recursos potenciales del suelo. Y la humanidad que hoy se estremece ante el peligro remoto de un mundo transformado en desierto por el agotamiento de sus recursos naturales, asistirá al paradójico advenimiento de un mundo despoblado y desierto, no obstante, hallarse pleno de fertilidad y de potencialidades geográficas.

No encierra esta afirmación ninguna profecía macabra, de una nueva forma de fin del mundo; porque creemos en la fuerza biológica y social de las necesidades, fuerza que siempre condujo a la humanidad al camino de la supervivencia, en los momentos más críticos de su historia. El hambre misma será la conductora y la piedra fundamental de una revolución social adecuada para separar progresivamente el mundo de la orilla de ese abismo que amenaza devorar la civilización con avidez mayor que la de los océanos cuando amenazan engullir nuestros suelos. Somos, pues, optimistas y vemos en las refriegas y en las agitaciones sociales de nuestros días signos de nuevos tiempos, cuando será finalmente alcanzada la difícil victoria sobre el hambre, victoria capital para la estabilidad social de los grupos humanos. Pero si en nuestros pronósticos acerca del futuro de la humanidad, nos sentimos llenos de optimismo, mucho más reservado es ese optimismo cuando se trata del bienestar y de la tranquilidad de la generación actual y de las más próximas. Tememos que esas generaciones tengan que pagar un precio demasiado alto por esa maravillosa victoria sobre el hambre. Es que, en el mundo de las realidades sociales, las ideas solo se propagan cuando se sobreponen a alguna necesidad indiscutible de determinado momento histórico. Y una gran parte del mundo aún no se ha convencido enteramente de la necesidad de acabar de una vez con el hambre. Continúa pensando que es más importante mantener regionalmente sus altos estándares de vida y, socialmente, ciertos privilegios de clases, que combatir el fenómeno del hambre en el escenario universal. Y mientras así piensen muchos, el mundo continuará bajo la amenaza de las hecatombes de guerras y revoluciones, hasta que la necesidad de sobrevivir a cualquier costo obligue a los privilegiados a abandonar sus privilegios.

Este libro es una pequeña contribución individual al indispensable trabajo colectivo, para tratar de obtener la madurez de esta idea: apremiante necesidad de iniciar una batalla mundial por el exterminio del hambre.

Con su publicación queremos contribuir, aunque sea con una parcela infinitesimal, a la construcción del plan de resurgimiento de nuestra civilización, a través de la revalorización fisiológica del hombre. Podrá, a primera vista, parecer pretensión desmedida del autor de un estudio de categoría tan modesta como este, atribuirle

cualquier influencia —por mínima que sea— en los destinos universales de la humanidad. Encontramos, por lo tanto, explicación y justificación para nuestra actitud en la reciente afirmación del filósofo inglés Bertrand Russell, de que “nunca hubo momento histórico en el cual el concurso del pensamiento y de la conciencia individuales fuese tan necesario e importante para el mundo, como nuestros días”. Y, aún más, “que todo hombre, cualquier hombre común, podrá contribuir a la mejora del mundo”.

Fue esta misma creencia en los destinos de la humanidad, en los frutos de la revolución social que ahora vivimos, y en la fuerza constructiva de la cooperación humana, la que nos condujo a la osada tentativa de estudiar el fenómeno del hambre en su expresión universal, mostrando con qué intensidad y en qué extensión manifiéstase el fenómeno en las diferentes colectividades humanas. Tentativa mayor que lo usual, porque exige, para su logro, el delicado manejo, dentro del perfecto equilibrio armónico de la experiencia científica, de la observación rigurosa de los hechos y de su interpretación imparcial. Es a este género de investigaciones, difícil y peligroso por el falseamiento de intenciones a que el autor está permanentemente expuesto, al que deseamos aproximarnos en este ensayo, no obstante sentir claramente la enorme distancia a que estamos del objetivo deseado.

Creemos que ya es tiempo de precisar bien nuestro concepto del hambre, concepto demasiado extenso y, por lo tanto, susceptible de grandes confusiones. No constituye el objeto de este ensayo el estudio del hambre individual, sea en su mecanismo fisiológico hoy ya bien conocido gracias a los magistrales trabajos de Schiff, Luciani, Turró, Cannon, Keys y otros fisiólogos; sea en su aspecto subjetivo de sensación interna, aspecto que ha servido de material psicológico para las magníficas creaciones de los llamados novelistas del hambre. Nuestro objetivo es analizar el fenómeno del hambre colectiva, del hambre que alcanza endémica o epidémicamente a grandes masas humanas. No solo el hambre total, la verdadera inanición, que los pueblos de lengua inglesa llaman *starvation*, fenómeno en general limitado a las zonas de extrema miseria y a contingencias excepcionales, sino el fenómeno mucho más frecuente y más grave en sus consecuencias numéricas, de la llamada hambre oculta, en la cual, por falta de determinados principios nutritivos indispensables a la vida, grupos enteros de población se dejan morir lentamente de hambre, a pesar de comer todos los días.

Es principalmente el estudio de esas hambres parciales, de esas hambres específicas, identificadas por la ciencia moderna en su infinita variedad a través del mundo entero, lo que constituye el objetivo de nuestro trabajo. Se verifica, pues, que nuestro concepto del hambre abarca desde las deficiencias latentes y las carencias alimentarias, rotuladas normalmente como estados de subnutrición y desnutrición, hasta los estados de inanición absoluta.

Procuraremos llevar a cabo este estudio sobre los diferentes tipos de hambre de manera objetiva, a base de hechos y observaciones científicas, y no con simples especulaciones abstractas. Nuestra experiencia de veinte años de observación de los problemas alimentarios y de nutrición en un país que, por su extensión y variadas características geográficas, es casi un continente —el Brasil— y las posibilidades que tenemos de entrar en contacto con renombrados especialistas en sucesivas

conferencias mundiales de la FAO y las visitas efectuadas a tres continentes distintos, recogiendo informaciones de todo orden acerca de los problemas del hambre, suministrarán las bases de la documentación científica de este ensayo nuestro.

El hombre por encima de los partidos

Hasta donde sea posible dentro de las contingencias humanas, y tratándose de problemas con tamaña carga de emotividad, procuraremos no tomar partido sino por la verdad científica. El agrónomo inglés doctor C. S. Orwin, en el prefacio de un trabajo sobre la organización agrícola en Inglaterra, escribió estas palabras: “no tengo partidismo político en lo que respecta a los problemas de la tierra, y las opiniones que aquí expongo están basadas en largos años de observación, y no en cualesquiera teorías políticas” (Bateson, 1946). Es idéntica la situación del autor de este libro, en lo que respecta al problema del hambre. Orwin estudió el problema de la tierra, indiferente a los principios partidistas; nosotros encararemos la realidad del hambre sin preceptos políticos, sin una idea preconcebida de cuál será la ideología política capaz de resolver el problema. Abordaremos el estudio del hambre como problema humano, como el más agudo problema de toda la humanidad y, por lo tanto, de todos los partidos. Seguramente, en algunos párrafos de este libro, el lector podrá sentir cierto apasionamiento en las palabras del autor, pero es la pasión por la verdad, que es la poesía de la ciencia. Pasión por los problemas humanos en su totalidad y en su universalidad. El hecho de que el autor haga uso, en algunos párrafos, de tintas un tanto negras debe ser considerado por el lector como una consecuencia inevitable de haber sido este libro —documentación de una era de calamidades— pensado y escrito bajo la influencia psicológica de la pesada atmósfera que el mundo viene respirando en los últimos diez años. Atmósfera contaminada por la corrupción, por la frustración y por el miedo, sofocadas por la humareda de las bombas y de los cañones, por la presión de las censuras de todo orden, por los gritos y clamores de las víctimas de la guerra y por los gemidos ahogados de aquellos a quienes el hambre aniquila.

El hambre, plaga fabricada por el hombre

Trataremos, primordialmente, de fijar algunos puntos fundamentales acerca del fenómeno del hambre, cuyo conocimiento es indispensable para el planeamiento de la política mundial de combate de esa calamidad. El primero de nuestros objetivos es demostrar que el hambre, a pesar de constituir un fenómeno universal, no traduce una imposición de la naturaleza. Estudiando el hambre en diferentes regiones de la Tierra, pondremos en evidencia el hecho de que, regularmente, no son las condiciones naturales las que conducen a los grupos humanos a la situación del hambre, sino ciertos factores culturales, productos de errores y defectos graves de las organizaciones sociales en juego. El hambre determinada por la inclemencia de la naturaleza constituye un accidente excepcional; en lo concerniente al hambre

como plaga hecha por el hombre, constituye una condición habitual en las regiones más diferentes de la Tierra: toda tierra ocupada por el hombre siempre ha sido por él trasformada en tierra de hambre.

En este mismo orden de ideas mostraremos que, en el mundo actual, constituido como un organismo vivo y unitario, con todas sus partes indisolublemente ligadas, ya no es posible dejar impunemente que una región sufra hambre —padeciendo y muriendo de hambre— sin que el mundo entero venga a sufrir las consecuencias de esa infección local y quede también amenazado de muerte. Las ideas sobre estos diferentes aspectos serán presentadas en las dos primeras partes del libro, en las cuales el mundo del hambre es analizado en su expresión universal y en sus peculiaridades regionales. La tercera parte está destinada al estudio de un mundo sin hambre, de un mundo de hombres libertados de esta terrible esclavitud biológica. En el estudio de los medios de combate del hambre como calamidad universal, mostraremos que hay otros recursos menos drásticos que los de reducción forzada de la población del mundo. Para combatir las teorías neomalthusianas que precognizan la fiscalización de la natalidad como única salvación posible para un mundo en supuesta bancarrota, echaremos mano de los actuales conocimientos de las ciencias geográficas y sociales, que ya no pueden aceptar cualquier determinismo rígido de la naturaleza, en ninguna de sus formas. Admitir que la Tierra determina un límite fijo, imposible de ser traspuesto, para el efectivo humano, es volver a las viejas teorías del determinismo geográfico de los tiempos de Ratzel, según las cuales, el medio natural hace y deshace mientras que el hombre no pasa de simple pieza pasiva en el juego de la naturaleza, sin fuerza creadora, sin voluntad, sin posibilidades de escapar y de reaccionar frente a abrumadoras imposiciones de las fuerzas naturales. Ahora bien, esto es lo que está más alejado de la verdad de los hechos. El hombre, con su técnica creadora e inventiva, consigue escapar a la coerción y a los límites impuestos por la naturaleza, liberándose de los determinismos geográficos, que transforma en posibilidades sociales.

El hambre, causa de la superpoblación

Llegaremos, entonces, al punto crucial de nuestro ensayo, que es aquel en que trataremos de demostrar que no es la superpoblación la que crea y mantiene el hambre en ciertas zonas del mundo, sino que es el hambre el que origina la superpoblación. Esta afirmación es, sin duda, paradójica en apariencia, desde que, siendo el hambre causa de muerte y de degradación, parece poco propicia para provocar el excesivo crecimiento de las poblaciones. Pero en realidad es esto lo que pasa. Basta recordar que los tres países del mundo apuntados como de superpoblación real son China, India y Japón, países de hambre. Y que, cuando más asola el hambre estas zonas, más crece su efectivo humano. Oportunamente mostraremos que esto se explica por la influencia del hambre que aumenta el coeficiente de fertilidad y los índices de natalidad de los grupos más miserables, sujetos a su acción permanente. De allí se puede deducir que, si no es posible exterminar el hambre del mundo con medidas

tendientes a fiscalizar el crecimiento de las poblaciones, es perfectamente posible obtener la fiscalización de ese crecimiento por el exterminio del hambre. El control de los nacimientos y el consecuente retardo del crecimiento de las poblaciones del mundo dentro de su actual organización económica solo servirá, a nuestro parecer, para disminuir aun más la producción de alimentos, y por lo tanto, para agravar aún más el fenómeno del hambre. Ya la medida opuesta de incrementar el potencial demográfico de los pueblos, no solo cuantitativa sino también cualitativamente, revalorizando al hombre por la obtención de un mejor estándar de salud, producirá un aumento garantido de producción. Tomemos un ejemplo concreto y simple: la técnica actual dispone de recursos que permiten prever con bases científicas, la posibilidad de eliminación del paludismo, por la destrucción del mosquito trasmisor de la enfermedad. Pues bien, en el momento actual existen en el mundo, conforme a los cálculos de la Organización Mundial de la Salud (OMS), cerca de 300 millones de individuos palúdicos, cuyos brazos enflaquecidos y fatigados casi solo se mueven para llevar comida a la boca. Si el mundo tomara la resolución de acabar con el paludismo, como lo hizo con la fiebre amarilla, podríamos contar dentro de algún tiempo con más de 600 millones de brazos capaces de producir alimentos y de colaborar, de esta manera, en la lucha contra el hambre.

Los resultados parciales de campañas de *dedetización*, higienizando extensas zonas en Grecia y en el Brasil, demostraron que, inmediatamente, se verifica un aumento espectacular de la producción en las regiones libertadas del flagelo.

La victoria sobre el hambre

En el análisis de los medios que el hombre dispone para dominar el hambre, pondremos en primer lugar, las posibilidades del aumento de producción basadas en los hechos comprobados de que las plantas y ciertos animales domésticos son máquinas vivas de fabricar alimentos, y que esas máquinas pueden ser perfeccionadas por el aumento de rendición cuantitativa y cualitativa de los respectivos productos. Desde la Primera Guerra Mundial hasta nuestros días, la aplicación de procesos técnicos en la crianza de animales elevó el rendimiento medio de leche, en Dinamarca, de 2.000 a 3.200 litros por cabeza; en Inglaterra, de 2.700 a 3.200; en Nueva Zelandia, de 2.000 a 3.100 (Jeans *et al.*, 1938).

Otro medio aun más efectivo del aumento de la producción es la expansión de la agricultura por nuevas tierras y por diferentes tipos de suelo y la introducción de nuevas plantas y nuevos animales como medios de subsistencia. Resta aún el recurso de la explotación racional de reservas alimenticias prácticamente inexploradas, como la gran riqueza marina y la posibilidad de cultivo de seres vivos en las aguas dulces y saladas, para ampliación de los medios de subsistencia humana.

Estudiaremos, al lado de los problemas de producción, los de distribución y de utilización racional de los alimentos, de acuerdo con las enseñanzas de la moderna ciencia de la nutrición. Analizaremos, finalmente, tanto las fuerzas productivas que deben ser puestas en juego, como las relaciones sociales que deben ser establecidas

para un reajuste, una redistribución equitativa de los medios de subsistencia, entre los componentes de los diferentes grupos humanos. Solo así habrá esperanza de que vivamos en un mundo limpio de las negras e infamantes manchas demográficas del hambre. Solo así dejará de existir una *Geografía del hambre*. Una geografía de zonas de miseria, como muchas existentes en Asia, en África y en América, donde el hombre parece nacer apenas para morir y abonar la tierra con su materia orgánica; una geografía de negros paisajes humanos como los de China donde, según la candente imagen de Keyserling, “no es la tierra la que pertenece al hombre sino el hombre el que pertenece a la tierra” (Keyserling, 1919).



Foto: Lewis Wickes Hine (1874-1940). Escuela para niñas y niños negros en Anthoston (1916). *National Child Labor Committee collection, Library of Congress, Prints and Photographs Division.*

Capítulo 2

Los matices del hambre

El hambre constituye un fenómeno de la más extrema variabilidad. En el enmarañado y policromo diseño del hambre universal, podemos sorprender los más variados matices; desde los más negros e impresionantes del hambre total, de la completa inanición, que trasforman a sus víctimas en verdaderos espectros vivos, hasta los tipos más discretos de los apetitos ocultos o específicos que actúan subterráneamente, casi sin signos aparentes.

Entre los dos tipos extremos —la devastadora inanición aguda y la insidiosa deficiencia crónica— vamos a encontrar toda una gama de tipos de hambre que asola la humanidad bajo los más insólitos y espectaculares disfraces.

Siendo uno de los objetivos de este ensayo el trazado del mapa del hambre en el mundo —la fijación de las diferentes regiones del planeta sujetas a su acción mortífera— debemos, ante todo, caracterizar los más frecuentes tipos de hambre con los que tendremos que trabar conocimiento.

Cuando entre nosotros se habla de hambre colectiva, las imágenes que acuden a nuestra mente son las de las poblaciones más miserables del Extremo Oriente, atacadas por las periódicas epidemias de hambre, o las de la escoria humana de la Segunda Guerra Mundial, que fueron encontradas casi a las puertas de la muerte, en los campos de concentración de la Europa devastada. Cuadros de multitudes famélicas, física y mentalmente destrozadas por la casi absoluta inanición. Para las personas ignorantes, para las que apenas a través de las noticias del periódico tienen conocimiento del fenómeno del hambre, solo existe ese tipo de hambre: el hambre aguda y violenta, que aparece durante las guerras o en ciertas regiones del mundo sujetas a cataclismos naturales periódicos.

Pero para los estudiosos del problema, además de ese tipo de hambre, que interesa a los reporteros y a los lectores, existen otros menos espectaculares, de mayor y más tremenda significación social, ya que conciernen a la masa más numerosa de individuos y actúan de manera permanente, generación tras generación. Citemos ejemplos concretos. En China, las epidemias de hambre son tan frecuentes, que el país ganó mundialmente el epíteto de “tierra del hambre”. A través de un cuidadoso estudio histórico, llevado a cabo en la Universidad de Nanjing, se puso en evidencia que, en los últimos dos mil años, los chinos sufrieron las consecuencias de 1.829 grandes epidemias de hambre, lo que da un promedio de casi una epidemia por año (Mallory, 1928). En esas epidemias, millones de individuos murieron de hambre. Pero a su lado se verifica, cuando se analizan las estadísticas de las vidas del país, que los índices trágicos de mortalidad general y de mortalidad infantil son, en gran

parte, resultado del hambre y de las desnutriciones crónicas que se propagan de manera permanente en China. No es exagerado afirmar que cerca del 50% del total de la mortalidad entre los chinos tiene como causa directa o indirecta el hambre crónica. Llamamos causa indirecta del hambre a su acción destructora, que conduce al organismo a un estado de debilidad y de falta de resistencia, y lo entrega enteramente predispuerto a las infecciones fatales. El número de individuos así sacrificados por la desnutrición crónica o el hambre endémica en el mismo período de años, es decenas de veces mayor que el de las víctimas de los espasmódicos episodios del hambre aguda, en las épocas de epidemia.

En Nueva Guinea, según Cilento (1948), de cada diez criaturas que nacen, ocho mueren antes de llegar a la pubertad. Recientes averiguaciones realizadas en esa región demostraron que tan espectacular mortalidad precoz se explica porque las criaturas nacen ya corroídas por el hambre del país y se desarrollan mal por una alimentación extremadamente inadecuada. Aun admitiendo la hipótesis de que una terrible epidemia de hambre aguda diezmasa de una vez toda la población de Nueva Guinea, esa epidemia se revelaría estadísticamente menos nociva que el hambre crónica reinante en esa región, porque solo alcanzaría a matar al 20% que habría sobrevivido a los efectos depuradores del hambre oculta, la cual acostumbra a matar el 80% de los nacidos en aquella zona.

Así, en China, en Nueva Guinea y en muchas otras partes del mundo, el fenómeno del hambre parcial o del hambre oculta es socialmente mucho más grave que el del hambre aguda, aunque despierte mucho menos nuestra compasión. Es exactamente en las regiones del mundo con menos desarrollo económico donde esa clase de hambre cobra sus tributos más altos. Tiene toda la razón la Comisión de Técnicos que, convocada por *Milbank Memorial Fund*, para estudiar el problema de las condiciones de vida en las áreas más atrasadas del mundo, llegó a la siguiente conclusión:

Con excepción, tal vez, de las psicosis, la dolencia más difundida y más grave que sufre la humanidad es la desnutrición, que predispone a un impresionante cortejo de otras dolencias y enfermedades. Es increíble que se permita que continúe la desnutrición, el atentado contra la salud de por lo menos 85% de la población del globo. (Boudreau *et al*, 1948)

¿Y qué viene a ser, en resumidas cuentas, esa terrible hambre oculta? Para que se pueda comprender bien su mecanismo de acción, es preciso enumerar, en rápida síntesis, en qué consisten los fenómenos de la nutrición humana, los fenómenos que se producen en la máquina humana, con el fin de mantener la integridad de su funcionamiento vital.

La máquina humana

El organismo humano es una máquina muy semejante a los mecanismos contruidos. Cualquier trabajo que realiza es siempre el resultado de una transformación

de energía que se produce en el interior de su complicado mecanismo. El combustible que la máquina humana utiliza es el alimento, el cual, quemado en el motor humano, suministra la energía necesaria para su funcionamiento vital, tal como el carbón de piedra o el petróleo, cuando se queman en las máquinas de combustión.

Pero la máquina viva tiene una particularidad que la distingue de otras máquinas. Es capaz de ampliar sus engranajes y de recomponer sus materiales usados, a través de su propio trabajo. Es el aparente milagro del crecimiento y del equilibrio vital que el organismo realiza a costa de los alimentos. Estos suministran, pues, los medios indispensables a la fabricación, manutención, trabajo y reparación de la máquina viva. De ahí su extraordinaria importancia biológica; de ahí el hecho mundialmente reconocido de que es la alimentación la más fundamental de las necesidades de la vida. A través de ella, el hombre obtiene la energía necesaria para sus funciones y la materia indispensable para la formación de sus tejidos y la recuperación de sus desgastes fisiológicos.

Si fuese el alimento apenas un proveedor de energía, el hombre podría vivir a base de un solo alimento, como soñaba Hipócrates. De una sola especie de combustible, como la máquina. Pero el hombre depende del alimento también para proveer múltiples sustancias que componen su compleja arquitectura viva. Como esas sustancias son insustituibles y el organismo humano es incapaz de fabricarlas directamente, deben ellas cumplir parte de la alimentación, so pena de que ocurran en la máquina viva graves deficiencias. Se concluye, así, que la alimentación, para ser racional, debe ser suficiente y completa, esto es, debe proveer al organismo el total de energía que necesita y el total de las variadas sustancias, principios esenciales de nutrición, indispensables para su equilibrio material. Se calcula que cerca de 40 principios esenciales son indispensables para el perfecto equilibrio nutritivo del organismo. El individuo que no recibe el total de energía necesaria a sus funciones, sufre el tipo de hambre llamado global o energética. Si la deficiencia es acentuada, estamos frente a los casos de semiinanición y, si es total, de inanición completa. Fue lo que ocurrió con los mártires de los campos de concentración de Europa, cuyas raciones contenían un total de 500 a 1.000 calorías, cuando las necesarias diariamente oscilan en las 3.000 calorías. Cuando, con independencia del aspecto energético, la alimentación es nula o deficiente en uno o más principios químicos esenciales, se constituyen las hambres parciales o específicas, también llamadas carencias alimentarias. Muchas de esas carencias no se presentan con alteraciones visibles, a pesar de las perturbaciones de la salud individual. Otras se manifiestan bajo la forma típica de dolencias: las enfermedades de carencias. La cantidad de las carencias es muy grande. La intensidad en que se presentan es variable, y la posibilidad de sus combinaciones casi infinita. Las más comunes son las que resultan de la supresión inadecuada de proteínas, de ciertas grasas, de sales minerales y de ciertas vitaminas. Este es el complejo dominio del hambre oculta, del hambre de determinados principios específicos, que ocurre muchas veces en medio de la abundancia de los demás, dificultando sobre manera su identificación. El diagnóstico de esos estados de hambre constituye, precisamente, uno de los capítulos más fascinantes de la medicina moderna, que mayor sagacidad ha exigido de sus investigadores, los

domadores del hambre oculta. No vamos a pasar revista, en nuestro ensayo, a los diversos tipos de carencias clínicas, porque este libro no es un tratado de nutrición; pero vamos a identificar los principios, por sus peculiaridades más marcadas, a fin de que el lector no familiarizado con el asunto pueda tener una idea precisa de su proceso y de su significación en el mundo actual.

Las hambres ocultas

En lo concerniente a los tipos de hambre global —los episodios de hambre aguda— tan comunes durante la Edad Media, se fueron tornando cada vez más raros o más espaciados con los progresos sociales; mientras los casos de hambre específica se fueron haciendo más frecuentes y más graves. El hambre oculta constituye hoy la forma más típica del hambre de fabricación humana.

Varias fueron las razones que determinaron el hecho de que el hambre oculta constituya una calamidad de los grupos humanos más civilizados. La primera de ellas es la monotonía alimenticia, impuesta por la civilización; es el hábito del hombre civilizado de alimentarse a base de un número restringido de sustancias alimenticias. Si comparamos la alimentación de los grupos primitivos con la del hombre civilizado, la primera diferencia esencial que se registra es que el primitivo disponía de un número infinito de plantas nativas y de animales que le servían de alimentos, mientras que el civilizado restringe esos recursos a una pequeña cantidad. Max Sorre (1947) llama la atención sobre el hecho, ilustrándolo con cifras demostrativas: valuando en cerca de 2 millones el número de especies animales conocidas, apenas 50 especies fueron domesticadas por el hombre y contribuyen para los recursos de subsistencia. Además, de las 350.000 especies vegetales del mundo, apenas 600 son cultivadas por el hombre. El hombre civilizado restringe de esta manera las bases de su dieta a un reducido número de productos, a un insignificante porcentaje de las variedades naturales existentes en la superficie de la Tierra. Una encuesta llevada a cabo entre las poblaciones primitivas de la Costa de Oro mostró que los habitantes de una pequeña comunidad de aquella región africana asimilaban, en su alimentación, cerca de 114 especies de frutas, 46 especies de semillas de leguminosas y 47 especies de verduras (Gourou, 1947). Compárese esa variedad espectacular de alimentos nativos usados por un mismo grupo humano, con el reducido número de alimentos que entran en la dieta habitual de cualquier grupo europeo o estadounidense. El contraste es violento. Esa limitación en el número de alimentos usados por los grupos civilizados fue una consecuencia directa de la imposibilidad de abastecer grandes concentraciones demográficas, con una infinita variedad de productos.

A través de los tiempos, el hombre fue sacrificando, poco a poco, la variedad por la cantidad, restringiendo el abastecimiento regular de las colectividades a las sustancias de mayor rendimiento alimenticio y de producción y conservación relativamente más fácil. Con la restricción de la cantidad de sustancias alimenticias en su dieta, la civilización aumentó las posibilidades de que se constituyan deficiencias corrientes de algunos de los principios nutritivos esenciales, que la gran

variedad alimenticia sería capaz de corregir. Con la alimentación variada día a día, las deficiencias específicas de un día son compensadas al siguiente; en cambio, con la alimentación monótona, las deficiencias se consolidan y se agravan a través de los tiempos (Randoin & Simonnet, 1927). Otro factor agravante de las carencias específicas entre los grupos de mayor civilización es el uso general de los alimentos concentrados, purificados o refinados. Los alimentos concentrados contienen altas dosis de principios energéticos hidratos de carbono o grasas que fueron obtenidas a través de procesos agrícolas especiales, partiendo de plantas silvestres. Los cereales representan el primer tiempo de aprendizaje de esta conquista, la que permitirá el levantamiento de las primeras grandes civilizaciones: la india, la china, la maya, la caldea, la egipcia, etcétera. Concentrado el alto potencial energético en simientes de fácil conservación, esos productos agrícolas permitirán la condensación de grandes grupos humanos en pequeñas áreas geográficas, como la de los valles del Tigris, del Éufrates o del Nilo. Pero esos productos de la cultura, sin ser ricos en energías, se presentan, regularmente, más pobres en minerales y en principios vitamínicos que las semillas de las especies nativas, no cultivadas. En África, en el extremo Oriente y en otras regiones menos civilizadas, encontramos aun hoy semillas alimenticias cuyos contenidos en sales y vitaminas son muchas veces superiores a los de las semillas de cereales con que se alimenta el grueso de la humanidad. Esto explica, hasta cierto punto, la rareza de las carencias entre las poblaciones primitivas que se conservan aisladas o casi aisladas del contacto con el hombre blanco. Esos grupos primitivos, aunque dispongan de una alimentación cuantitativamente escasa, incluyen en su dieta, por lo general, productos nativos muy ricos en principios minerales y vitamínicos. Ocurre casi siempre que esos primitivos, cuando establecieron contacto con los grupos blancos, lejos de mejorar, empeoraron su tipo de alimentación. Bigwood y Trolli (1937) observaron este hecho elocuente: los negros del Congo Belga, con su dieta nativa, a base de mijo, de sorgo, de mandioca, de batata dulce y de otros productos casi desconocidos, no presentaban signos de carencias alimenticias, cuando fueron examinados en sus aldeas nativas. Después que fueron a trabajar en las fábricas e hicieron uso de una alimentación de influencia europea, comienzan, sin embargo, a surgir entre ellos las carencias típicas, beriberi, pelagra, etcétera, que los diezma en gran número. La población indígena del Congo, desde la ocupación europea, decreció cerca del 50%; contribuyeron mucho a ese decrecimiento las alteraciones introducidas por los colonizadores en los hábitos alimentarios de esos pueblos.

Los procesos técnicos de purificación del arroz, de refinamiento del azúcar, de fabricación de harina de tipo blanco —eliminadas las envolturas de las semillas alimenticias o las supuestas impurezas existentes— son factores de empobrecimiento de la alimentación, en vitaminas y sales minerales, que condicionan, de este modo, las hambres específicas de sus consumidores. Otro factor de frecuente existencia de las hambres específicas entre los pueblos civilizados fue la pérdida, por parte de la mayoría de los grupos humanos, de su capacidad instintiva de sentir este tipo de hambre. Mientras el animal experimenta siempre la sensación de la falta de un determinado principio alimentario y busca instintivamente los medios de corregir la

deficiencia específica, el hombre civilizado entorpece su instinto de nutrición, a tal punto que ya no discierne lo que su organismo necesita para vivir bien. El hombre civilizado apenas siente apetito, pero una especie de apetito artificial no directamente orientado por sus necesidades específicas. El apetito del hombre civilizado es más de orden psíquico y propende más a satisfacer el placer de comer, que a la satisfacción de sus necesidades de nutrición.

Ya entre los animales, el instinto orienta el apetito hacia determinadas sustancias capaces de proporcionar ciertos principios específicos de que carece el organismo.

La gallina deficiente de calcio, durante el período de postura tiende a proveerse de este mineral, cuando falta en su alimentación, picoteando la cal de las paredes o los granos calcáreos del suelo. Los gatos mimados de las casas ricas, alimentados con una dieta de manjares delicados, poco equilibrada, huyen hacia los jardines, donde cazan lagartijas y otros bichos y roen sus huesos, para proveerse del calcio que les es negado en sus defectuosos regímenes domésticos. Los perros de lujo, que abandonan su dieta sofisticada para pastorear como si fuesen herbívoros, comiendo el pasto de los jardines, lo hacen llevados por el instinto que los orienta a una alimentación más rica en principios vitamínicos. En todos estos animales el hambre específica hace de orientadora de sus preferencias alimentarias, para evitar el arraigo de las graves carencias específicas. Es verdad que también el hombre, en ciertos casos especiales, se guía por el instinto del hambre específica. Basta ver lo que ocurre entre las poblaciones primitivas del África ecuatorial y de las regiones cálidas de América del Sur, que —sufriendo de deficiencia de hierro por el uso de una alimentación incompleta y por el empobrecimiento de su sangre a causa de la verminosis endémica— busca suplir ese mineral comiendo tierra. Este fenómeno de geofagia no es más que una defensa instintiva del organismo contra el hambre específica de hierro. Cuando los esquimales comen los huesos más tiernos de los animales o incluyen en su dieta las heces de los caribúes y el contenido del estómago de sus cazas, lo hacen porque el hambre específica de vitaminas y sales minerales los lleva al uso de esos alimentos de tan exótica apariencia.

Pero eso suele suceder entre los grupos humanos más primitivos. Entre los más civilizados casi se ha perdido la sabiduría del instinto.

El hambre de proteínas

Una de las formas más graves y más generalizadas de carencia —de hambre específica— es la deficiencia de proteínas. Constituyen las proteínas los elementos esenciales de la estructura del protoplasma vivo, representando, pues, el substrato de la propia vida. Son sustancias químicas de composición muy compleja, que los vegetales elaboran apoderándose del ázoe del suelo, del carbono del aire y de otros elementos del medio ambiente y combinándolos bajo la acción energética de la luz solar. Solo las plantas son capaces de ese milagro de creación, porque los animales, aunque dotados de vida mucho más intensa, no poseen el mágico secreto de la creación de la materia viva a costa de los elementos inorgánicos. Por eso mismo,

el hombre y los otros animales dependen siempre del mundo vegetal para su existencia. A pesar de su ubicuidad —de su capacidad de vivir en todos los cuadrantes de la Tierra— el hombre solo existe donde encuentra una base de vida vegetal, porque en último análisis, el hombre tiene que ser siempre vegetariano, sea directamente, utilizando los elementos vegetales, sea indirectamente, alimentándose de animales que subsisten a costa del mundo vegetal.

Lucien Fébvre (1922) llama la atención acerca del hecho de que el límite del área de ocupación humana en los desiertos polares no está condicionado, como parece a primera vista, por la existencia del reno que sirve de alimentación al hombre, sino por la existencia de los líquenes y de las algas que alimentan al reno. Donde la falta de sol ya no permite el mayor crecimiento de esas plantas, la ocupación humana se vuelve imposible. El vegetal representa, de esta manera, el eslabón indispensable entre el hombre y el medio físico, y por su intermedio se produce la mayor influencia del ambiente sobre los grupos humanos. Tendremos ocasión de verificar en adelante que la acción directa del clima sobre el hombre es relativamente secundaria, porque el hombre, por intermedio de la técnica, consigue escapar de su influencia. Solo a través de su acción indirecta, ejercida por los recursos vegetales, el clima y el suelo condicionan la influencia del medio, de manera decisiva, en los grupos humanos. Cada especie animal o vegetal posee proteínas características, diferentes en su estructura química, en la proporción y en la cualidad de sus componentes, los llamados *ácidos aminados*. El valor biológico de una proteína depende de su riqueza en esos ácidos aminados, que constituyen los materiales de construcción de su edificio molecular. Los modernos estudios de nutrición, principalmente los llevados a cabo por W. C. Rose y sus colaboradores, demostraron que por lo menos 10 especies de ácidos aminados son absolutamente indispensables en la alimentación humana, siendo algunos necesarios para el crecimiento, y otros para la salud del individuo adulto. Sucede que no todas las proteínas poseen en su composición todos esos ácidos aminados indispensables. Regularmente, solo los encontramos en conjunto en las proteínas de origen animal: las de la carne, las de la leche y las de los huevos, llamadas, por ese motivo, proteínas completas. Las proteínas de origen vegetal carecen, casi siempre, de uno o más ácidos aminados. Son, por lo tanto, proteínas incompletas. De ahí resulta que el hombre, para vivir bien, necesita ingerir siempre en su ración cierta cantidad de proteínas animales. Sugieren los técnicos que, para el perfecto equilibrio de una dieta, deben ser la mitad de sus proteínas de origen animal. Como los alimentos protectores que suministran esas proteínas son, en todas partes, los de costo más elevado, es bien difícil obtener el ideal de esta recomendación. Las clases menos favorecidas del mundo entero y todas las clases sociales de ciertas regiones más pobres, no acostumbran ingerir la cantidad de proteínas considerada racional para la alimentación saludable y, por eso, las deficiencias proteicas son las más generalizadas en nuestros días, y sus consecuencias las más funestas. Cuando en el comienzo de nuestro siglo, el antropólogo italiano Alfredo Niceforo (1908) realizó sus célebres estudios de antropología de las clases pobres, mostrando que las criaturas de esas clases eran siempre menos desarrolladas que las de la misma edad de las clases ricas, estaba demostrando objetivamente, por primera

vez, los efectos biológicos del hambre parcial de proteínas. Pues el retraso del crecimiento y del aumento de peso de los individuos constituye la primera manifestación de carencia proteica. Los individuos sometidos al hambre parcial de proteínas, sea por ingerir un total proteico, inferior al mínimo, sea por la carencia en su total proteico de ácidos aminados indispensables, representan siempre un complejo físico por debajo de lo normal. Observaciones realizadas en el mundo entero confirmaron el efecto degradante de las deficiencias de proteínas sobre los caracteres antropológicos del individuo. Caracteres otrora considerados exclusivamente productos de la herencia racial hoy se sabe que dependen, en su mayor parte, de la acción del ambiente y, principalmente, del tipo de alimentación que el medio ofrece. MacKay fue el pionero de los estudios tendientes a correlacionar los diferentes tipos de dietas con las características físicas de los grupos humanos que habitan en India. Mc Carrison, que prosiguió esos estudios, demostró de manera categórica que la superioridad de estructura, de complexión y de resistencia física de los sikhs, grupo humano que vive en el norte de India, en relación con los grupos de los madrassi, que habitan el sur del país, es consecuencia del uso, por parte de aquellos, de una alimentación superior, principalmente por su más rico contenido en proteínas. Los sikhs hacen abundante uso de carne, leche y sus derivados, en tanto que los madrassi utilizan una alimentación exclusivamente vegetal. Esta prueba fue obtenida por Mc Carrison del siguiente modo: el investigador alimentó durante siete semanas a diferentes grupos de ratas con dietas semejantes a las usadas habitualmente por los diferentes grupos de población de India, y verificó que las que seguían la dieta de los sikhs presentaban al fin de la experiencia un peso medio de 255 g; las ratas alimentadas con la dieta de los madrassi apenas alcanzaban los 155 g. Sir John Orr y Gilks observaron un fenómeno idéntico en el África Oriental, al estudiar dos tribus del territorio de Quenia (Kenya), la tribu de los quiquiui y la de los massai. Los quiquiuis son agricultores, y viven de un régimen de cereales, tubérculos y legumbres, mientras que los massai se dedicaron a la cría de ganado, alimentándose de carne, leche y de la sangre de los bueyes que carnean periódicamente. Como consecuencia de esa diferencia fundamental en la dieta, esos dos grupos humanos, viviendo al lado, próximos en el medio natural, con las mismas características climáticas, difieren profundamente en su aspecto antropológico. Los hombres massai son tres pulgadas más altos y 23 libras más pesados que los quiquiui y las mujeres massai tres pulgadas más altas y 27 libras más pesadas que las quiquiui. Este hecho muestra que los massai, a través del uso abundante de alimentos de origen animal, poseen un régimen equilibrado en proteínas, mientras que los quiquiui viven sometidos a un régimen de hambre permanente de proteínas. Tuvimos ocasión de observar algo semejante en el continente americano. Estudiando la distribución de los grupos de poblaciones en el noreste brasileño, de acuerdo con su estatura y con el predominio de los biotipos constitucionales, verificamos que en el litoral y en la zona no cultivada distante de la costa, predominan los individuos altos y de tipo delgado; en cuanto a la región intermedia, llamada de la mata, la estatura media es inferior a la de las otras dos regiones; predominan allí los tipos bajos. En lo que respecta a la ración alimenticia en esas tres regiones brasileñas, se verifica lo siguiente: en el litoral, la cantidad de proteínas del

régimen es alta, porque los habitantes de la región viven de la pesca que les permite un amplio consumo de alimentos marinos. También en la zona no cultivada, la dosis proteica es elevada, por tratarse de una región de cría de ganado con abundante producción y consumo de carne, leche y queso. Pero en la zona de la mata, donde se localizó el cultivo de la caña de azúcar, con el consiguiente abandono de otras actividades, el régimen es pobre, siendo su alimento básico la harina de mandioca, de contenido proteico extremadamente bajo. En esta diferencia de proteínas del régimen está la clave del misterio de las acentuadas diferencias antropológicas en tres grupos humanos que viven casi en una misma zona geográfica. No se podrá concluir, por los ejemplos dados, que el hambre de proteínas sea un fenómeno excepcional, localizado en algunas pocas regiones del mundo. No. Los ejemplos locales fueron presentados para documentar de manera irrefutable la influencia del hambre de proteínas sobre la degradación física de los hombres. Pero en verdad, en escala mayor o menor, el fenómeno es universal. Sin duda alguna la baja estatura de los pueblos que habitan las regiones tropicales, más que de un carácter racial es una consecuencia de la alimentación defectuosa, carente de proteínas. El hecho de ser 55 kg el peso medio de un chino y 63 kg el de un europeo, es más un problema de hambre que de raza. Si observamos, en el mapa mundial, la faja de tierras colocadas entre las dos líneas de los trópicos y los caracteres antropológicos de sus habitantes, verificamos que son casi todos pueblos de estatura por debajo de la mediana: latinoamericanos, pigmeos y otros grupos negros del África ecuatorial, indios, filipinos, indonesios, etcétera. Todos esos pueblos viven a base de una alimentación de gran predominio vegetal —cereales, tubérculos y leguminosas— porque el suelo y el clima ecuatorial-tropical es poco favorable para la cría del ganado y, por lo tanto, para el abastecimiento de productos animales. Reforzando los fundamentos de esta hipótesis científica, tenemos el hecho de que las únicas excepciones en esta región, de pueblos de estatura elevada, las constituyen los grupos pastoriles, consumidores en gran escala de productos animales: las tribus bere-beres del Sahara, los negros del Sudán, criados en las sabanas del África, los pastores del alto Nilo, los massai ya nombrados y los habitantes del Punjab en la India inglesa. Son estos los únicos pueblos que, en el área ecuatorial-tropical, escapan del hambre de proteínas de alto valor biológico.

Pero no es solo haciendo disminuir a la raza en su apariencia física como el hambre de proteínas actúa sobre el animal humano. Muchas otras degradaciones resultan de ello. Una de las más graves es la espantosa disminución de la resistencia orgánica a las dolencias en general, y muy especialmente a las de naturaleza infecciosa. Desde la Primera Guerra Mundial los especialistas tienen la evidencia del hecho de que, a medida que las proteínas van bajando en el régimen, a su vez, va aumentando el proceso y la virulencia de enfermedades como la tuberculosis, la neumonía, la disentería, el tifus, etcétera. Cuando en nuestros días, procuramos verificar cuáles son las grandes regiones donde la tuberculosis destruye al ser humano, vemos que coinciden, en sus límites, con las grandes áreas del hambre. Esa correlación es tan nítida, que ya hoy se afirma con seguridad que la tuberculosis tanto es una enfermedad infecciosa como una enfermedad de deficiencia alimenticia:

una enfermedad del hambre. Los individuos bien alimentados, con una dieta rica en hierro y otros principios esenciales, así como pueden albergar en sus intestinos innumerables lombrices sin presentar ningún síntoma de enfermedad, también podrían ser portadores del terrible bacilo de Koch, sin jamás parecer tuberculosos. La única manera realmente eficaz de realizar la profilaxis de la tuberculosis en esas zonas de miseria, es procurar alimentar bien a los individuos, porque bien alimentados se mostrarán inmunes a los ataques del bacilo de la tuberculosis.

Hasta aquí nos referimos a las deficiencias parciales de proteínas, a los casos en que la carencia no se manifiesta sino indirectamente, por retardo del crecimiento o por una mayor tendencia del organismo a enfermar; pero falta aún considerar los casos más alarmantes de las carencias acentuadas, capaces de acarrear la aparición de los síntomas clínicos típicos, inconfundibles, de la carencia proteica. Los más evidentes de estos síntomas son los edemas del hambre, que dan a los famélicos las grotescas figuras de muñecos de paño mal cosidos. En las regiones del hambre, cuando la deficiencia de proteínas se acentúa en extremo, es muy común ver individuos de alarmante enflaquecimiento que comienzan repentinamente a aumentar de peso: presentan caras tumefactas y piernas descomunales. Es la retención de agua que se va formando, como consecuencia de la carencia de proteínas. Durante las dos guerras mundiales, el fenómeno fue abundantemente observado en varios países europeos. También durante la guerra civil española, poblaciones enteras exhibieron los edemas del hambre: barrigas deformes y caras abultadas. Pero, aun fuera de las áreas azotadas por la guerra, el fenómeno existe. En el páramo del noreste brasileño, sujeto a los cataclismos de las sequías periódicas, es común observar, en los períodos de calamidad, entre los fugitivos que huyen del territorio azotado hacia otras zonas, figuras grotescas y deformadas por el edema del hambre. Criaturas descarnadas, con sus piernitas secas, cargando los enormes fardos de sus vientres hinchados por la hidropesía del hambre.

El hambre de minerales

Otro grupo de hambres específicas de amplia distribución humana es el de las deficiencias alimentarias de determinados principios minerales. La importancia de las sales minerales en la alimentación es muy grande, con relación al total de la energía o al mínimo de proteínas exigidas para el funcionamiento vital. Realmente, un régimen completo en los varios aspectos de la alimentación que no contenga, sin embargo, cierta dosis de calcio o de hierro, por ejemplo, acarrea perturbaciones graves al ser vivo que la consume. La importancia de las sales minerales en la economía parte de la infinidad de funciones que estas sustancias tienden a desempeñar en el mecanismo vital y del hecho de no ser estos sustituibles en esas funciones.

Las investigaciones más recientes identificaron en la composición de materia viva, la presencia constante de 13 metaloides y 16 metales. Análisis espectrales denunciaron la concurrencia irregular de más de siete minerales. Si la mayoría de esos principios minerales está largamente distribuida en la naturaleza y, por esta razón,

se suministran al hombre en cantidades suficientes con cualquier tipo de régimen, algunos de ellos escasean en el medio exterior y, por ende, surgen a menudo tales defecciones alimentarias en el hombre. Estas carencias minerales pueden ocurrir a través de dos diferentes mecanismos. Primero, por la ingestión insuficiente, por parte de los habitantes de determinada región, de sustancias alimentarias que representan las fuentes naturales de estos principios. Así, en las regiones de bajo consumo de leche, verduras y frutas —fuentes abundantes de sales minerales— surgen regularmente variadas manifestaciones de carencias minerales. Pero también pueden ocurrir tales carencias en zonas que consumen habitualmente alimentos protectores, a causa de la relativa pobreza de estos alimentos en determinados principios minerales. Es que el contenido en minerales de determinado alimento es extremadamente variable, estando condicionado a múltiples factores, principalmente a los tipos de suelos regionales. De ahí la conclusión de que, en ciertos suelos, ocurren determinadas carencias. La pobreza del suelo puede, por lo tanto constituirse en factor natural del hambre específica en determinados principios minerales.

Las tierras negras, extremadamente fértiles de las regiones templadas y húmedas disponen por lo común de mucho calcio y mucho fósforo, pero son en general pobres en yodo. Los suelos tropicales húmedos de tipo colorado son pobres, tanto en calcio como en fósforo. Estudios realizados en diferentes regiones del mundo, muestran las extremas variaciones regionales y locales de los tipos de minerales tanto del suelo como de los alimentos en ellos producidos. A través de los alimentos el suelo obra decididamente sobre la salud y la capacidad vital de los grupos humanos. En los casos de progresivo empobrecimiento regional de los suelos, los alimentos en ellos producidos van decayendo en valor nutritivo y pueden acarrear la degeneración del grupo humano local. El profesor Hooton, de la Universidad de Harvard, estudiando los esqueletos de los indios peccos que vivieron en las planicies occidentales de EEUU, notó que, en el espacio de un milenio, fueron disminuyendo progresivamente de estatura a medida que iba aumentando la incidencia de las deformaciones óseas y de las caries dentales. Aquel antropólogo atribuye la decadencia biológica evolutiva de este grupo humano al progresivo agotamiento del suelo por él habitado.

También pueden ocurrir esporádicamente, en el hombre, carencias minerales de todos los principios minerales que componen sus tejidos, o carencias de un número reducido de esos principios: el hierro, el calcio, el sodio y el yodo. El calcio es el elemento mineral más abundante en el organismo humano, como principal componente de la estructura de su esqueleto. Para este y otros varios fines, el hombre necesita de una dosis diaria de medio a un gramo de este elemento en su régimen.

La distribución irregular de calcio en diferentes tipos de suelo y el hecho de que pocos alimentos constituyan fuentes naturales abundantes de calcio, tales como la leche, la yema de huevo y algunos vegetales, hacen que las carencias de calcio sean las más difundidas y las más frecuentes entre todas las carencias en general. El hambre de calcio es, pues, un fenómeno universal tocante a todas las zonas climáticas. Como principales consecuencias de su deficiencia, surgen el raquitismo, la osteomalacia, el crecimiento retardado y las caries dentales. Males terribles que inferiorizan a una raza y la conducen muchas veces a una completa degeneración.

En el metabolismo del calcio intervienen de manera decisiva factores vitamínicos y hormonales, y —como la producción de estos elementos reguladores depende del medioambiente— las manifestaciones del hambre crónica de calcio varían en extremo de una a otra región. En las zonas templadas y frías estas carencias son mucho más comunes y más acentuadas que en las zonas tropicales, lo que se explica por la insuficiencia de calor solar, ya que la luz del sol es gran fuente productiva de vitamina D, a la cual compete fijar en la masa ósea el calcio y el fósforo alimenticios. He aquí por qué en las tierras templadas y frías, poco soleadas, donde ese aprovechamiento del calcio es escaso, se hace necesario el uso de dosis más abundantes de este mineral. Aun en EEUU, donde el consumo de leche es de los más elevados del mundo, afirma Sherman que la carencia de calcio es la más común de todas las carencias. En Inglaterra, el raquitismo es tan común entre las criaturas que, durante mucho tiempo, esta enfermedad fue conocida en el mundo con el nombre de *enfermedad de los ingleses*. En cambio en las zonas tropicales, cuyos suelos son más pobres en calcio y donde el consumo de leche y derivados es, regularmente, más bajo que en las zonas templadas, el raquitismo es una rareza y las caries dentales están menos generalizadas. Es que en estas tierras de intenso calor solar durante todo el año, el organismo humano fabrica, gracias a la acción de los rayos ultravioletas del sol sobre la piel, gran cantidad de vitamina D, que fija todo el calcio en circulación, en magnífico equilibrio económico. En regiones como la Amazonia, el Congo Belga, México y Puerto Rico, donde el consumo de calcio no alcanza a la mitad de la dosis establecida por los especialistas, no hay, prácticamente, raquitismo. Un médico mexicano, el doctor Rigoberto Aguilar (1944), estudiando el estado de nutrición de 10.000 criaturas en México, encontró en 5.000 de ellas, carencias alimentarias de los más variados tipos, pero ni un solo caso de raquitismo. En Puerto Rico, verdadero laboratorio experimental de hambre en escala social, también la doctora Lydia Roberts (1944) verificó la ausencia de raquitismo. El hecho de poseer los negros, que habitan normalmente en las zonas tropicales, mejores dientes que las poblaciones blancas, está ligado en gran parte a una mejor utilización de su calcio. Ningún grupo humano puede exponerse tan intensamente a la acción directa de la luz solar como los negros, que se defienden de los excesos nocivos de la luz, principalmente de sus irradiaciones caloríficas, gracias a la riqueza de su pigmentación cutánea. La verdad es que los negros, aun cuando trabajan casi desnudos en las plantaciones de África y de América Latina, no se exponen impunemente a los peligros de la insolación porque se protegen siempre a la sombra discreta de su propia piel. Pero así protegidos, aprovechan bien los elementos de la fotosíntesis de los rayos ultravioletas, para fabricar buenas dosis de vitamina D y fijar así su calcio.

De este modo, se verifica que, si la ingestión alimenticia de calcio es más abundante en las regiones templadas, no obstante, es en estas mismas regiones donde el hambre específica de este elemento resulta más aguda y sus consecuencias más visibles. En las zonas tropicales, lo que acontece es que, siendo el calcio disponible poco abundante, los esqueletos son menos desarrollados y las estaturas, regularmente, más bajas; no obstante, el tejido óseo está sólidamente construido. En las regiones templadas, los esqueletos son más alargados, por lo tanto más débiles, más

sujetos a anomalías y deformaciones. Y esta situación de debilidad ósea en los países más adelantados, lejos de mejorar, parece que se va acentuando cada vez más, con los progresos de la civilización. Afirma el antropólogo Hooton que, en EEUU, los esqueletos de los nietos, comparados con los de los abuelos, se presentan más largos, y por ende, más frágiles siempre. Solo habría una manera de librar a esos pueblos civilizados de esta consecuencia degeneradora del hambre relativa de calcio: incluyendo en su alimentación grandes cantidades de aceite de pescado, fuente natural de vitamina D, como lo hacen los esquimales. Estos pueblos polares, que casi no tienen sol y no disponen de leche ni de vegetales en su alimentación, no sufren, con todo, de raquitismo, porque se saturan de vitamina D, la cual fija magníficamente el poco calcio de que ellos disponen royendo los huesos de sus cazas y comiendo las aletas de los pescados.

Felizmente, dado que el fósforo es el elemento mineral distribuido con más amplitud en el organismo humano, participa del núcleo de todas las células e integra la estructura de los huesos, la verdad es que no se conocen en el hombre manifestaciones características del hambre de este mineral. Es que forma parte también de la composición de infinidad de sustancias alimenticias, de manera que cualquier tipo de régimen contiene la cantidad de fósforo necesaria para el equilibrio biológico del individuo: entre uno y dos gramos por día. Lo mismo en las regiones tropicales donde, como vimos, las tierras son pobres en fósforo, los regímenes alimentarios usuales no ocasionan el hambre de este mineral. La osteomalacia, el raquitismo y otras enfermedades de los huesos, que se obtienen experimentalmente en los laboratorios por la falta de fósforo, cuando surgen en el hombre, son causados generalmente por otros factores: falta de calcio o de vitamina D, y no por deficiencia de fósforo.

A pesar de que no existen casi carencias de fósforo en la especie humana, debemos referirnos en este libro a ese mineral porque la pobreza de fósforo en las tierras o en las plantas de ciertas regiones agrava la situación alimenticia del hombre, por los obstáculos que oponen a la cría de animales, fuentes de alimentos proteicos. Es lo que ocurre con frecuencia en las regiones tropicales donde se ha comprobado, desde hace mucho, el hambre específica de fósforo en el ganado bovino, caprino y ovino. En diferentes zonas, como el Congo Belga, y el Transvaal, en África del Sur, la pobreza de fósforo de los forrajes ocasiona detención del crecimiento y deformaciones óseas en los animales: afosforosis. Se puede confirmar que se trata de un tipo de hambre específica: vemos desarrollarse en los animales atacados por esa enfermedad un apetito anormal, que los lleva a devorar los huesos de las osamentas de los animales muertos, por contener estas fósforo y calcio. En los suelos pobres en fósforo o en aquellos que disponen de fósforo en abundancia, pero en forma no utilizable —lo que ocurre muchas veces— la cría del ganado se hace precaria o aun imposible, y el abastecimiento alimentario de la región es sacrificado por simples deficiencias regionales del suelo en fósforo.

Las necesidades diarias de hierro en el adulto varían, según Sherman, de 6 a 16 miligramos. El hierro es utilizado por el organismo principalmente para la fabricación de la molécula de hemoglobina que impregna los glóbulos rojos de la sangre. Los alimentos que representan fuentes habituales de hierro son tanto de origen

animal como vegetal. Entre los primeros, sobresalen la carne (músculos e intestinos) y la yema del huevo. En el mundo vegetal la cantidad de hierro de algunas plantas varía bastante, según el tipo de suelo. Beeson (1941) demostró que la proporción de hierro contenida en la lechuga variaba de 1% a 50% miligramos, según las condiciones de los suelos.

La manifestación habitual de carencia de hierro es la anemia de un tipo característico, originada por la pobreza de hemoglobina en la sangre. Los primeros casos de este tipo de hambre específica fueron observados en criaturas, durante la primera infancia, dada la pobreza en hierro de la leche. Así, hace algunos años Mac Kay observó que el 50% de las criaturas del East End, barrio pobre de Londres, presentaba anemia alimentaria durante su primer año de vida. Con ulterioridad se verificó que la anemia alimentaria ligada a la falta de hierro en el régimen también es muy común en los adultos, generalizada como la carencia de calcio. Ocurre, no obstante, que sus manifestaciones, en contraste con las deficiencias en calcio, son mucho más comunes en las regiones trópico-ecuatoriales. Estudios recientes demostraron que la enfermedad conocida clásicamente con el nombre de hipoemia intertropical, que ataca a la mayoría de los habitantes de las regiones cálidas, no es un hecho de acción directa del clima, como se pensaba en el comienzo de este siglo, sino una manifestación de hambre específica de hierro. No es que estos climas provoquen mayor gasto de glóbulos rojos. Es que el medio no suministra el hierro suficiente para reparar el gasto normal de glóbulos, como sucede en cualquier clima. A propósito, los suelos tropicales son generalmente muy pobres en este mineral. Es que las fuentes alimentarias de hierro de real utilización son los productos animales: la carne y las vísceras; en cuanto al hierro existente en los vegetales, aun en aquellos de muy alto contenido como la espinaca, son de utilización muy incierta por parte del organismo humano. Ahora bien, las zonas ecuatoriales tropicales son poco propicias para la producción de productos animales, fuentes al mismo tiempo de proteínas y de hierro. Las regiones de florestas ecuatoriales no permiten la existencia de pasturas y, en las regiones de campos abiertos, estas son bastante pobres en productos azoados, lo que dificulta el desenvolvimiento de la cría. En último análisis, si la anemia tropical no es un producto directo de la acción del clima sobre el hombre, en gran parte es un producto de su acción indirecta, al dar origen a un tipo de suelo que ocasiona casi invariablemente un estado de hambre crónica de este elemento. Son dos los mecanismos que hacen que los suelos tropicales sean poco propicios a la producción de proteínas: el primero es la pobreza habitual en calcio, elemento estimulante de la acción nitrificadora de las bacterias (acción formativa de los nitratos, que sirven de base a la elaboración de las proteínas por los vegetales). El segundo mecanismo es el del despojo constante de estos nitratos del suelo, por ser excesivamente solubles y dejarse llevar por las aguas de las lluvias tropicales. La acción indirecta del clima en el mecanismo de la existencia de la anemia por falta de hierro se hace sentir además por otro medio: a través de la fauna parásita de la región. Por el gran número de lombrices que, en los trópicos, infestan al hombre y contribuyen a agravar su anemia alimenticia. La verminosis constituye en esas regiones una contingencia terrible, porque ataca las poblaciones en masa. En las

zonas tropicales húmedas de la América Latina la incidencia de la verminosis varía de 80 a 95%. En India, en China, y en otras regiones, las cifras van aun más allá de estos límites. El doctor Gerald Winfield (1948) encontró en la zona rural de la provincia de Shantung, en China, infección verminótica en el 95% de los habitantes y, en el valle del bajo Yangtzé, en el 98%. Apreciando el peso de las lombrices que albergan en sus intestinos los verminóticos de China, el doctor Winfield calcula en cerca de 130.000 toneladas la masa total de estas lombrices, que se alimentan con los principios alimentarios robados a las escasas raciones de los chinos.

La infección verminótica en gran cantidad, principalmente por *Ancilostomus duodenalis* y por *Necator americanus* constituye el tremendo factor coadyuvante de la anemia alimenticia de hambre de hierro. Ahora, de lo que ya no cabe duda es que, con una buena alimentación, estas lombrices se vuelven casi inofensivas, viviendo como inocuos comensales; en un régimen de abundancia pasan a ser tranquilos animales domésticos como otros cualesquiera. Con buenas dosis de proteínas y de hierro, los verminóticos curan sus anemias, sin que les sea necesario eliminar las lombrices que viven en sus intestinos. Basta dar comida suficiente para el hombre y para la lombriz. En el caso de China, si insiste en mantener esa tremenda cría de lombrices, para equilibrar el régimen alimenticio del país, sería necesario un abastecimiento alimenticio adecuado para los 400 millones de chinos y para los otros 8 billones de lombrices intestinales que, según los cálculos de Winfield, proliferan en las entrañas de los *coolies* y de los mandarines de la vieja China.

Una de las manifestaciones más espectaculares del hambre específica en minerales, es el hambre de yodo, que se presenta bajo la forma de bocio endémico o de epidemia bocio-cretínica. En las zonas donde el suelo y el agua son extremadamente pobres en este metaloide, surge en las poblaciones este mal terrible, que deforma el cuerpo y atrofia el espíritu. El bocio constituye una terrible plaga carencial que conduce a la degeneración del individuo. El enanismo, el bocio, la sordomudez, la debilidad mental, la idiotéz, son las manifestaciones más corrientes de cretinismo endémico, producto de deficiencia yódica (McClendon, 1939). En el trascurso de este trabajo veremos que, en todos los continentes, se encuentran grandes masas humanas asoladas por esa carencia y disminuidas a una condición biológica indigna de la especie humana. Hay zonas enormes donde la casi totalidad de los habitantes presenta bocios y otras manifestaciones de la enfermedad. En el corazón del continente sudamericano y en ciertos valles del Himalaya, viven poblaciones donde es difícil encontrar un individuo de edad adulta sin bocio bien desenvuelto, como si la deformación cervical constituyese una característica de la raza, un signo hereditario del grupo humano. No obstante, se trata apenas de un síntoma del hambre, el hambre específica de yodo.

En determinadas condiciones climáticas puede ocurrir la carencia específica de sodio: el hambre de sodio. Este elemento existe en su mayor parte en el organismo, asociado al cloro —bajo la forma de cloruro de sodio— tal como es eliminado por el organismo. La fuente más abundante de eliminación de cloruro de sodio es el sudor, que contiene entre 2 o 3 gramos de sal por litro. En las regiones frías o templadas, la traspiración, al ser poco abundante, raramente produce el desequilibrio

en las reservas de cloruro de sodio; pero en las regiones ecuatorial-tropicales, donde el calor impele al individuo a transpirar muchas veces cerca de 10 litros de sudor por día, se establece una terrible extracción de cloruro de sodio, difícilmente compensada por el régimen alimenticio. Baja así el contenido de sodio de la sangre y de los humores, lo que conduce a un estado extremo de depresión nerviosa y de fatiga muscular (Castro, 1946). Entre las causas de neurastenia y de pereza tropical se debe tener en cuenta el hambre de cloruro de sodio. Uno de los obstáculos que encontró el europeo de raza blanca al colonizar las regiones ecuatorial-tropicales fue la imposibilidad de realizar en este clima cualquier esfuerzo físico prolongado. En poco tiempo se sentían los colonos agotados, atacados de invencible fatiga. Muchos de los pueblos colonizadores, como los ingleses, los franceses y los holandeses, se limitaban siempre, en los trópicos, a los trabajos de administración colonial, dejando el esfuerzo de producción, el cultivo de la tierra y la explotación de los minerales a los nativos más resistentes en estos climas llamados debilitantes. Cuando los nativos se mostraban rebeldes al trabajo, los colonos importaban negros africanos, oriundos de climas idénticos y, a base de brazo esclavo, realizaban la explotación colonial. Hoy, a la luz de los modernos conocimientos de la nutrición, se puede explicar esta superioridad del hombre negro o del indio sobre el hombre blanco, superioridad que les permitía realizar duros esfuerzos físicos en estos extenuantes climas tropicales. Uno de los secretos de esta aptitud es que el indígena y, principalmente, el hombre negro pierden menor cantidad de cloruro de sodio por la transpiración que el hombre blanco y, perdiendo menor cantidad de cloruro de sodio, se fatigan mucho menos con la ejecución de un mismo tipo de esfuerzo muscular. No se trata de característica biológica, o racial, sino tan solo de una consecuencia de determinados hábitos, en armonía con las condiciones del medio. El investigador Talberg mostró que el sudor segregado por la piel vestida contiene dos veces más cloruro de sodio que el sudor de la piel desnuda, libre de vestido. De allí que el indio y el hombre negro, trabajando casi desnudos, perdían menos sal que el europeo con su exceso de ropa y, de esta manera, se fatigaban mucho menos. Es interesante además observar que los únicos colonos europeos que conseguían realizar trabajos agrícolas en los trópicos fueron los de origen ibérico, portugueses y españoles, y lo primero que hicieron cuando llegaron a estas regiones fue aligerarse de sus excesos de ropa y quedar desnudos de la cintura para arriba, como los hombres negros de los ingenios de azúcar de las Antillas, de las *fazendas* del Brasil o de los algodones del sur de EEUU. En la comprobada superioridad de los pueblos europeos de la región mediterránea sobre los de raza nórdica, en materia de aclimatación en las zonas tropicales, más que la raza influían los hábitos de vida: hábitos de alimentación, de vestuarios y de habitación. Se verifica, con este ejemplo, que el problema de deficiencia forzada de un mineral —el sodio— tiene ciertamente gran importancia en la explotación económica de una extensa región de la superficie de la Tierra. No puede haber duda de que este tipo de hambre específica se ha constituido, desde los primeros tiempos de la colonización de las zonas tropicales, en un terrible *handicap* para su progreso económico-social.

El hambre de vitaminas

El más variado y el más rico en matices de todos los grupos de hambres específicas es, sin duda alguna, el de las carencias de vitaminas. Pero es, también, el más conocido en nuestros días. Ya hace largo tiempo que las vitaminas eran consideradas como sustancias misteriosas, de efectos oscuros y milagrosos. Hoy cualquier niño de la escuela conoce los nombres y las propiedades de estos principios esenciales de la nutrición, cuya falta ocasiona graves perturbaciones a la salud humana. Desde el momento en que Eijkman, en 1897, provocó la aparición de polineuritis en aves alimentadas con arroz refinado, se abrió el campo de la experimentación científica sobre la materia, y se verificó, con abundancia de pruebas, que la falta de vitaminas ocasiona no solo enfermedades típicas, características —como es el caso de la xerofthalmía, del beriberi, de la pelagra, del escorbuto— sino también estados indefinidos de malestar, perturbaciones oscuras que traducen el hambre oculta o latente.

No vamos a presentar aquí los síntomas de cada una de las carencias vitamínicas, sino apenas a destacar las características más marcadas de este grupo de hambres específicas. A pesar de que el número de las vitaminas conocidas crece día a día con las experiencias de los laboratorios, y tiende a sobrepasar una veintena, la verdad es que solo un número pequeño de ellas posee nítida significación social, siendo responsables las deficiencias de males que atañen colectivamente a las masas humanas, Estas son las vitaminas A, B1, B2, C, D y G.

Innumerables enfermedades, conocidas algunas desde la más remota antigüedad, pero cuyas causas permanecían hasta hoy poco menos que desconocidas, son consecuencias exclusivas de las hambres específicas de estas vitaminas.

Ya en los tiempos de Hipócrates era conocida una enfermedad de la vista que acarreaba extrema dificultad para ver durante la noche —la ceguera nocturna— acompañada de graves alteraciones del globo ocular. Se trataba entonces la enfermedad, con resultados relativos, aplicando sobre la vista rebanadas de hígado fresco de cualquier animal. Fueron necesarios más de dos años de observaciones para que se llegase a comprobar, a comienzos de nuestro siglo, que esta enfermedad —hoy conocida con el nombre de hemeralopía y queratomalacia— es manifestación de un tipo de hambre específica, de hambre de vitamina A, principio alimenticio existente en abundancia en el aceite de hígado, principalmente en el de ciertos peces. Había, pues, una razón oculta en la indicación del gran Hipócrates.

Además de las perturbaciones oculares y visuales, el hambre de vitamina A determina disminución o la detención del crecimiento en los individuos jóvenes. Estando sus fuentes naturales constituidas por las grasas animales, como la leche y sus derivados, y por los aceites de hígado, así como por ciertas plantas verdes, no es rara su deficiencia en la alimentación humana, con su cortejo de manifestaciones macabras. En el interior de China y en Japón estos males fueron siempre endémicos. En muchas otras zonas del mundo, el hambre de vitamina A lleva destruidas muchas vidas; retarda el crecimiento de muchas criaturas y ciega mucha gente. El número de ciegos por falta de alimentación adecuada es mucho mayor de lo que se puede suponer. La verdad es que después de las grandes hambres, aumenta de manera

alarmante la ceguera. La abundancia de ciegos que mendigaban en los suburbios europeos en la Edad Media era, en gran parte, un producto de las frecuentes crisis de hambre que asolaron ese continente durante aquel oscuro período histórico. Esta correlación entre ceguera y hambre fue, asimismo, establecida mucho antes de sospechar la existencia de las vitaminas. Así, un clínico de Irlanda, el doctor Emmet, observó que, en su país, después del hambre de 1848, el número de ciegos aumentaba de 13.000 a más de 45.000 (Prentice, 1939). También Sergius Morgulis (1923) nos cuenta que después de la terrible hambre de 1898, que asoló a la Rusia zarista, casi todas las criaturas quedaron con infección en los ojos y era espantoso el número de personas ciegas.

En los tiempos modernos, ha decrecido en Europa ese tipo de hambre específica; en otras regiones, como el Extremo Oriente y la América Latina, esta continúa cobrando altos tributos a la humanidad. El doctor W. Aykroyd, que durante muchos años estudió el problema de la alimentación en India, afirma que la hemeralopía y la queratomalacia continúan allí propagándose de manera implacable, principalmente entre las clases inferiores, de alimentación más precaria. Tuvimos ocasión de asistir a una de estas epidemias de ceguera por causa de la alimentación, casi en nuestros días y en tierras del continente americano: fue durante un período de hambre aguda, consecuente al cataclismo de las sequías que suelen asolar periódicamente las tierras centrales del noreste del Brasil. En esa zona de cría de ganado y de agricultura de sustentación, la alimentación regional se presenta en tiempos normales bien equilibrada, con buen acopio de vitaminas suministradas por la leche, la manteca y los vegetales verdes consumidos en gran cantidad. Pero durante el tiempo de sequía, cuando desaparece toda vida animal y vegetal, las poblaciones locales quedan desamparadas, sin recursos de ninguna naturaleza; comienzan entonces a surgir carencias de varias categorías, inclusive de vitamina A. Entre los emigrantes pobres, verdaderos harapos humanos, que acosados por la sequía, abandonan sus tierras centrales en busca de las regiones más húmedas del litoral, se encuentra siempre gran número de enfermos de la vista. Examinando este verdadero desecho humano que el viento tropical de las sequías arroja en las playas del noreste brasileño, tuvimos ocasión de observar cuán grande es el número de individuos que sufren de hemeralopía y de queratomalacia. Ya en el comienzo de este siglo, Euclides da Cunha registró la frecuente aparición durante las épocas de las sequías de una enfermedad rara: la ceguera nocturna, extraño mal que hace que los individuos, no bien se pone el sol, quedan también sumergidos en las tinieblas. Y el escritor atribuía el hecho a un desgaste excesivo de la vista durante el día, a causa del exceso de luz del aire incandescente, del fuego en los períodos de trágico deslumbramiento luminoso. La experiencia científica venía con el tiempo a confirmar la intuición genial del escritor, mostrando que, en verdad, la ceguera nocturna es provocada por la falta de recomposición química del pigmento visual gastado por la acción de la luz, siempre que haya deficiencia de vitamina A, necesaria a su reintegración.

También el hambre específica de vitamina B, se manifiesta por males conocidos desde larga data. El más típico de ellos es el beriberi, enfermedad que se caracteriza por parálisis musculares, perturbaciones nerviosas periféricas y otros síntomas de

origen nervioso o circulatorio; se propaga endémicamente en el Extremo Oriente y surge a intervalos con tendencias epidémicas en otras regiones del mundo. Se ha descubierto que este mal, del cual perecían anualmente en los países orientales varios millones de individuos, no es otra cosa que una clase de hambre oculta, y constituye uno de los capítulos más fascinantes de la lucha de la ciencia contra el hambre. Quien primero sospechó su origen como carencia fue el médico naval japonés Kanehiro Takaki, a fines del siglo pasado, al observar los terribles estragos de la enfermedad en la marina de su país. Cerca del 20% de los marineros japoneses se encontraban siempre atacados por el terrible mal y, en las grandes travesías marítimas, la mortalidad provocada por él oscilaba entre el 10 y el 20%. Observando el contraste entre ese negro cuadro y el de las fuerzas navales de los países occidentales, prácticamente exentos de beriberi, aun en viaje por el Extremo Oriente, pensó Takaki que el mal fuera tal vez consecuencia del régimen inadecuado de a bordo de los navíos japoneses, compuesto casi exclusivamente de arroz descortezado. Se encontraba aquel en la dirección del Servicio Médico de la Marina de Japón, cuando en 1882 regresó al país el navío *Rinjio* después de una travesía de 277 días por Nueva Zelanda, Honolulu y América del Sur, durante la cual se desató a bordo una de las más terribles epidemias de beriberi. Cuando el navío entró en puerto japonés, fue extremadamente difícil su maniobra para anclar, por la falta de hombres capaces de realizar el trabajo indispensable. Es que de la tripulación que inició la travesía, compuesta por 276 hombres, 169 estaban paralíticos y 25 habían sido lanzados al mar, muertos de beriberi. Apenas 82 hombres —la mayor parte, débiles y agotados— pudieron colaborar en las operaciones necesarias para el atraque del barco. El beriberi había matado, en rigor, cerca del 10%, llevado a las puertas de la muerte a más del 60% e imposibilitado el resto de la tripulación del *Rinjio*. Esta tragedia marítima causó terrible impresión al pueblo japonés. Pero impresión aun peor causó el hecho de que las autoridades de la marina japonesa ordenasen luego la partida de otro navío, el *Tsukuba*, para realizar la misma travesía, con un número idéntico de tripulantes. El horror público hubiera sido aun mayor, si el pueblo hubiese sabido que aquellos 276 hombres del *Tsukuba* iban a servir de cobayos humanos para una experiencia en grande, planeada por el doctor Takaki. Experiencia que consistía en la realización de otro viaje marítimo, idéntico en todo al primero, modificándose apenas el régimen de comidas a bordo, que debía ser más variado, integrado por carne, leche y vegetales. La nueva travesía duró 287 días y, al regresar el barco a Japón, se comprobó que no había muerto un solo tripulante y apenas 14 tuvieron beriberi, por haberse negado a comer la alimentación variada de a bordo, dominados por el viejo hábito del arroz casi puro. Así Takaki demostró que la enfermedad era producida por la alimentación, pero no llegó a comprender su mecanismo ni a presentar un plan científico para evitarlo.

Le correspondió a un médico holandés, el doctor Christian Eijkman, el privilegio de descubrirlo. Cúpole también el mérito de inaugurar con animales la experimentación científica en materia de alimentos, proceso que arrojaría nuevas luces en los tenebrosos misterios de la nutrición humana. En calidad de médico militar en las Indias Orientales Holandesas, Eijkman tuvo ocasión de observar la impresionante

incidencia de beriberi entre los nativos de la isla de Java. En el hospital donde trabajaba en Batavia, verificó Eijkman que dos tercios de los pacientes internados sufrían de ese mal, allí conocido por el nombre de kakke. Todas las enfermerías estaban llenas de beribéricos, enteramente paralíticos o arrastrando, en su marcha grotesca, las piernas secas y descarnadas o hinchadas y deformes a causa del edema. Esta marcha titubeante, incierta, de piernas rengas y de pies flojos, se graba en la mente del joven médico como un cuadro cotidiano. Y, un día, tiene una sorpresa espectacular: mirando a través de las ventanas que daban al patio central del hospital, vio entre las gallinas que ensuciaban el suelo, algunas rengueando, desequilibrándose a cada momento como si sufriesen de beriberi. Corrió al patio, tomó algunos de los animales, los examinó detenidamente y vio confirmadas sus sospechas. Se trataba de parálisis idéntica a la presentada por los javaneses: una perfecta duplicación del beriberi humano. ¿Cuál era el motivo de esa coincidencia de que hombres y gallinas presentaran la misma enfermedad? Eijkman realiza una investigación en regla y levanta la punta del velo que cubría el misterio del beriberi. Las gallinas estaban siendo alimentadas —por medidas de economía de la administración del hospital— con el mismo tipo de régimen de los enfermos: con los restos del arroz descortezado y cocido que, en su inapetencia sintomática, los enfermos dejaban de sus magras raciones. Era entonces el arroz el que llevaba el mal a las pobres aves. ¿Pero a través de qué proceso? Hasta ahí todo se reveló por un azar, pero de allí en adelante entra la investigación científica y experimental. La primera y probable sospecha era que el arroz contaminado por los enfermos hubiese transmitido la enfermedad. Pero Eijkman no creía mucho en el contagio del beriberi, porque este no se transmitía a los occidentales, con hábitos de vida diferentes, aun cuando se pusiesen en íntimo contacto con los beribéricos. Resolvió entonces el investigador alimentar un grupo de gallinas con arroz descortezado y cocido, igual al que se daba a los enfermos, pero preparado aparte y, por lo tanto, sin posibilidad de contagio; y con este régimen reprodujo experimentalmente el beriberi en las gallinas. No era, pues, contagio. Era un error o deficiencia de alimentación. Tomó el experimentador otro grupo de animales y los alimentó con granos de arroz integral, no descortezado, y no volvieron a surgir los fenómenos de parálisis, lo que permitió a Eijkman llegar a la conclusión de que la enfermedad era producida por falta de alguna cosa existente en la cáscara del arroz, eliminada en los procesos de refinamiento del cereal. Tanto es así que, dando cáscara de arroz a las gallinas atacadas de beriberi, estas se curaban como por encanto. Por desgracia, las teorías de Eijkman no fueron aceptadas con facilidad. Hubo —por parte de la ciencia oficial— mucha resistencia para admitirlas, razón por la cual continuaron muriendo todavía durante mucho tiempo varios millones de individuos, víctimas de un mal perfectamente evitable. Ya en nuestro siglo, en 1900 y 1910, cerca de medio millón de individuos moría de beriberi en el continente americano, a consecuencia de la intolerancia y del fanatismo con que la ciencia oficial se rehusaba a admitir la evidencia de las observaciones de Eijkman. Esta tragedia del beriberi en tierras de América, tuvo como escenario la extensa cuenca amazónica. La región era conocida desde el siglo XVI, pero permaneció hasta el siglo pasado casi despoblada, apenas ocupada por algunos colonos esparcidos por las planicies

que bordean el gran río Amazonas. Con la industrialización del caucho a fines del siglo XIX y con la tremenda búsqueda del producto en los mercados mundiales la región se transformó en gran foco de atracción humana, por poseer el monopolio de la producción del caucho. De la noche a la mañana, densas corrientes inmigratorias derramaron levas de aventureros dentro de la floresta ecuatorial, donde crece el famoso árbol del caucho. Aquella gente venía llena de ambiciones, de esperanzas de riqueza rápida, y se empeñaba en cuerpo y alma en la explotación de la goma de la planta famosa: el *Hevea brasiliensis*. Y con estas actividades de extracción, los aventureros venidos de los cuatro rincones del planeta se enriquecían en pocos días. Pero cuando ya se sentían dueños del mundo, vendiendo su caucho a un precio fabuloso, comenzaban a sentir el suelo huido debajo de los pies, a sentir las piernas hinchadas y flojas, a sentir un adormecimiento terrible que les subía de los pies hasta el vientre. Era el beriberi que llegaba de la tierra, tomaba contacto con sus cuerpos, les roía los nervios y acababa con sus fuerzas. Y aquellos hombres que habían vencido tremendos obstáculos, se entregaban sin resistencia al mal traicionero. Es que no tenían ánimo para reaccionar, para escapar de sus garras. No en vano *beriberi*, en su significación etimológica, quiere decir: ¡No puedo!

Ninguna de las medidas sanitarias llevadas a cabo en la época dio el menor resultado. Más del 50% de los pioneros de aquellas tierras, domadores de la floresta amazónica, dejaron sus esqueletos enterrados en los pantanos de la región después de ver, como por encanto, marchitarse sus carnes —comidas por la propia enfermedad— o de sentirse encharcados por los edemas como si el agua de los ríos se les hubiese derramado dentro de la piel. Un día, de repente, la epidemia acabó. El beriberi desapareció de la región. Lo mismo ocurrió en las plantaciones de caucho del Extremo Oriente; en pocos años la ciencia de la nutrición había ganado terreno e imponía sus puntos de vista acerca del mal. Cuenta, por ejemplo, el médico sanitario Víctor Heiser (1946) que, visitando cierta vez una gran plantación de caucho en la isla de Sumatra, encontró un gran hospital de 400 camas para atender las necesidades de los 10.000 operarios que allí trabajaban y, como la empresa precisaba doblar el número de hombres para sus servicios, se planeaba ya la ampliación del hospital a 800 camas. Verificando que los enfermos que abarrotaban el hospital eran casi todos beribéricos, el doctor Heiser aconsejó que, en lugar de ampliar el hospital, la empresa desarrollase el cultivo regional y los medios de abastecimiento adecuado de alimentos frescos; el resultado fue que algún tiempo después —cuando ya tocaba los 20.000 el número de operarios— el primitivo hospital, en lugar de insuficiente, era demasiado grande para atender los pocos enfermos que se presentaban.

En nuestros días, si el beriberi típico se va haciendo más raro, en compensación, las carencias parciales de vitamina B, son las más comunes por todas partes del mundo. Innumerables poblaciones presentan signos de esas deficiencias que se exteriorizan bajo la forma de nerviosidad, inapetencia, insomnio, fatiga fácil, etcétera.

En 1735, el médico español Gaspar Casal, de la corte de Felipe V, describió en detalle el cuadro clínico de una terrible enfermedad, conocida con el nombre de *mal de la rosa*, porque presentaba, como uno de los síntomas comunes, la aparición de manchas rojas como si fueran pétalos de una rosa de fuego en la piel de los enfermos.

Aun cuando la enfermedad fuese común entre las poblaciones más miserables de España y de Italia mucho antes de aquella época, fue la descripción de Casal la primera que se hizo acerca del terrible mal. Se propagaba la enfermedad principalmente en la provincia de Asturias, y Casal la estudia como una forma de lepra, emparentada con el escorbuto. El Hipócrates asturiano, como era llamado aquel gran médico del siglo XVIII, se engañó al emparentar el mal de la rosa con la lepra, pero no aproximándolo al escorbuto. Ambas enfermedades, escorbuto y mal de la rosa, de origen alimentario, son singulares manifestaciones del hambre oculta o específica. En otras regiones, como en Italia, en Rumania y en Besarabia se comprobó la presencia endémica de la enfermedad, también conocida por las denominaciones de pelagra, lepra asturiensis o escorbuto alpino. La denominación de *pelagra*, dada por los italianos, fue la más expresiva —por significar *piel áspera*— y se universalizó. A comienzos de este siglo, los médicos estadounidenses comenzaron a presentar informes que apuntaban que en el sur de EEUU la pelagra constituía una terrible enfermedad que diezma las poblaciones rurales, principalmente los núcleos de población negra. Sus síntomas eran los mismos de la vieja enfermedad del tiempo de Casal: cutáneos, digestivos y nerviosos. Sus víctimas comenzaban sufriendo de digestión, después exhibían sus feas llagas pelagrosas y acababan con delirios y alucinaciones, en los hospitales para locos. Durante todos aquellos años ninguno daría con la causa del mal. Era singular que la enfermedad solo atacase a los individuos de las clases pobres, de los más desamparados por la suerte, gente mal alimentada y desnutrida. Algunos observadores también comprobaron que, alimentando mejor a los enfermos, la enfermedad desaparecía, pero nada positivo se concluía de allí. Al principio se pensó que se trataba de una enfermedad contagiosa de origen infeccioso; después, dado el hecho de ser la enfermedad endémica en las regiones de alimentación a base de mijo, se creyó que fuese consecuencia de una intoxicación, producto de la acción maléfica de una toxina existente en el cereal. Se debe al estudioso estadounidense Joseph Goldberger el descubrimiento, durante los años de la Primera Guerra Mundial, de que la pelagra es realmente una manifestación del hambre específica. Para probarlo, hizo Goldberger experiencias con animales y con seres humanos. Sometió a un grupo de sentenciados a un tipo especial de régimen y obtuvo experimentalmente la pelagra; por otro lado, se inyectó a sí mismo y a sus colaboradores sangre de pelagrosos, para mostrar que no había peligro de contagio de la enfermedad. Llegó hasta el extremo de ingerir píldoras con sedimentos y corteza molida de las llagas pelagrosas, sin que se contaminase, lo que vino a destruir definitivamente la hipótesis del contagio. Coronó el sabio estadounidense sus experiencias introduciendo ciertas modificaciones en el régimen de los orfanatos de los estados del sur, donde la pelagra constituía verdadera calamidad, con el fin de verificar lo que pasaría con el uso del nuevo régimen. En 1914, cuando Goldberger inició sus estudios sobre la pelagra, las estadísticas registraban 11.000 muertes anuales causadas por esa enfermedad en el sur de EEUU. Solo en el estado del Misisipi morían de pelagra, durante aquel año, 1.192 individuos. Era el centro del área de destrucción de la terrible plaga. Como el Amazonas se había transformado durante la explotación del caucho en el río del beriberi, el Misisipi se presentaba como el río de la pelagra. En sus tierras adyacentes, sembradas de blancos algodonales y poblados de

descendientes de los negros esclavos africanos se instalará definitivamente el imperio terrorista de la pelagra. En dos orfanatos del Estado del Misisipi, uno bautista y otro metodista, Goldberger realizó sus experiencias decisivas. En 1914 había entre los huérfanos de las casas, 200 pelagrosos, 130 en una y 70 en otra. Se inició entonces la experiencia de aumentar en el régimen de las criaturas, la carne, la leche y los huevos. En pocos días, las manchas pelagrosas fueron desapareciendo, se marchitaron las rosas de fuego y las criaturas, fatigadas y deprimidas se fueron llenando de vigor y de fuerza. Al año siguiente, no había signos de enfermedad en las dos instituciones. Se descubrió así, no solo la causa oculta del mal, sino también el medio de evitarlo. Por desdicha este remedio tan simple científicamente, era socialmente muy complicado. Para evitar o para curar la pelagra, bastaría prescribir una alimentación variada que contuviera carne, leche y huevos. Pero acontece que la pelagra —enfermedad de la miseria— se propaga exactamente entre los miserables de este mundo, a los cuales les hace falta siempre dinero para sus necesidades más fundamentales; y la carne, la leche y los huevos son alimentos de los más caros en cualquier región del planeta. Por eso, llegado a este punto de sus trabajos, Goldberger, en lugar de sentirse victorioso, feliz, por haber sorprendido el secreto del mal terrible, cayó al contrario en tremenda depresión: verificaba su impotencia para exterminar el mal. El remedio no estaba en sus manos, ya que dependía de complejos problemas económicos. Pensó realizar, por intermedio de su colaborador Sydenstricker, el cómputo de los estándares de vida de las poblaciones del sur, de sus salarios y de su poder adquisitivo, y llegó a la conclusión de que aquellas poblaciones solo podrían seguir adquiriendo, para su consumo, harina de mijo y tocino, como lo habían hecho durante tanto tiempo y, de esta manera, continuar muriendo de pelagra. Carne fresca, huevos y leche estaban fuera del alcance de sus posibilidades, como lujos inaccesibles. Y fue entonces cuando el sabio escribió estas palabras amargas: “al final de cuentas, yo soy apenas un médico y nada puedo hacer para modificar la estructura económica del sur” (Parsons, 1943). El régimen feudal y esclavizador de la agricultura del sur —basado en el cultivo exclusivo del algodón— implantó la pelagra en aquella región de EEUU, como el cultivo exclusivo del azúcar implantó, con la caña, el hambre de varias vitaminas en ciertas Antillas, y como la exclusiva explotación del caucho introdujo el beriberi en el valle amazónico. En todos estos casos el hambre era cultivada por el propio hombre: surgió como una plaga de fabricación humana.

Las feas grietas de los extremos de la boca, vulgarmente llamadas “boqueras”, siempre constituirán una característica del niño pobre y mal cuidado. No solo de los niños, sino también de los adultos, habitantes de los conventillos, de los barrios de operarios y de las cabañas pobres de las diferentes regiones rurales del mundo. Se sabía así, hace mucho tiempo, que la “boquera” era un signo de vida estrecha, sin comodidad, sin limpieza, sin higiene; pero lo que hasta hace muy poco tiempo no se sabía es que ella traduce también un tipo de hambre específica.

Se pensó que se trataba de una enfermedad contagiosa que se propagaba fácilmente en el ambiente de gran promiscuidad de las clases menos favorecidas; de ahí su enorme diseminación. Los recientes trabajos de Oden y Sebrell probaron que se trata de una carencia de vitamina B2 —la riboflavina— que existe en abundancia

en el hígado, en la leche y en ciertos vegetales. Otros signos de la deficiencia de este principio alimentario son las inflamaciones de la lengua y la invasión de la córnea ocular por los vasos sanguíneos. En ciertas regiones, como el sur de EEUU y las zonas azucareras de América latina, esa carencia se halla muy generalizada. Spies y sus colaboradores juzgan, asimismo, que se trata de la más generalizada de todas las carencias alimentarias en el sur de EEUU. En la región del cultivo exclusivo del azúcar, en el noreste brasileño, observamos gente de mala cara, con las bocas rajadas y los ojos congestionados, lo que les da expresión de maldad. Es muy posible que la leyenda del mal genio de esos “tipos” de ojos inyectados, de irascibilidad y conducta dudosa, tenga su razón de ser en las carencias alimentarias habituales de que son víctimas. La falta de riboflavina —de vitamina B2— que provoca la congestión de los ojos, preséntase regularmente asociada a la falta de vitamina B1 —de tiamina— que protege los nervios; por cuya deficiencia se resiente el sistema nervioso y se vuelven los individuos irascibles y violentos. Muchos hombres de malos antecedentes de las zonas azucareras del Brasil presentan, al examen clínico, signos evidentes de estas avitaminosis. Es muy posible que la expresión perversa de aquella gente, sus caras de pocos amigos, en las cuales un Lombroso vería luego los rasgos del criminal nato, así como sus desvíos hacia el camino de la criminalidad, traduzcan en gran parte los resentimientos del sistema nervioso consecuentes al hambre específica.

Una de las más terribles manifestaciones de hambre específica que desde hace largo tiempo tiene martirizada a la humanidad es, sin duda alguna, el escorbuto, conocida desde la más remota antigüedad. Hipócrates, en sus escritos, habla de una fea enfermedad que provoca frecuentes hemorragias y repugnantes ulceraciones de las encías, síntomas del escorbuto. En todo lugar donde el hombre alcanzaba cierto grado de civilización y, en consecuencia, pasaba a hacer uso de una alimentación artificial a base de alimentos en conserva y excesivamente trabajados, no tardaba el escorbuto en hacer su aparición episódica. En tiempos de guerra, en las largas travesías marítimas y durante las crisis económicas, siempre apareció el escorbuto para colorear el cortejo de las miserias humanas, con la sangre de las hemorragias de sus víctimas, con las extrañas equimosis de sus pieles de color violáceo, y con el sello horripilante de sus encías podridas.

Cuenta Gayo Plinio que durante la guerra de Germania, en el primer siglo de nuestra era, las tropas romanas invasoras casi fueron exterminadas, en las márgenes del Rin, por una terrible enfermedad, entonces llamada *stomacace*, cuya descripción coincide en todo con la del escorbuto. Durante toda la Edad Media, siempre se encontró presente el escorbuto en el martirologio de las cruzadas y en los estragos periódicos de las grandes epidemias del hambre. La crónica más negra del escorbuto fue la escrita durante el Renacimiento, época de la expansión del horizonte geográfico del mundo, en la piel de los intrépidos navegantes que se atrevían a la loca aventura de conocer mares antes nunca navegados y tierras antes nunca pisadas por los europeos. Durante los siglos XV y XVI, las tripulaciones de los veleros temían más al azote del escorbuto que a las tempestades. En las largas noches de las travesías interminables, se relataban las calamitosas historias de esa enfermedad, historias de barcos que se encontraban abandonados bogando a la deriva por haber muerto de

escorbuto toda su tripulación. Y esas historias no eran simples leyendas. Durante el viaje del gran navegante portugués Vasco de Gama, jefe de la primera expedición marítima que alcanzó tierras de India, en 1497, el escorbuto estalló de manera tan feroz, que muchas veces solo media docena de marineros estaban en condiciones de trabajar en cada una de las cuatro carabelas que componían la expedición, y más de 100 hombres fueron diezmados por la terrible epidemia (Peres, 1947). Camoens nos hace una descripción perfecta de esta enfermedad, y atribuye sus causas a la alimentación, a los víveres en mal estado usados a bordo de las embarcaciones.

En uno de los viajes de Cristóbal Colón hacia el nuevo mundo, en los primeros años del siglo XVI, un singular episodio marca una etapa significativa en la historia de esa terrible enfermedad. Se cuenta que algunos marineros portugueses de su tripulación, conociendo el negro destino que les esperaba, solicitaron al capitán que los dejase en una isla desierta que se mostraba a la vista de la embarcación, para morir allí tranquilamente y evitar, así, que sus cuerpos fueran juguetes del mar y pasto de los peces. Cedió Colón al pedido y en dicha isla fueron abandonados los enfermos. Estos, mientras aguardaban una muerte cierta, se fueron alimentando de hojas, frutos y brotes silvestres, de los cuales la tierra era fértil. Meses después, cuando el barco regresaba por la misma ruta, al pasar delante de la isla antes desierta, su piloto avistó gente que hacía señales desde tierra. Arribaron a la costa, y allá fueron encontrados, llenos de vida y salud, todos los marineros abandonados como muertos, los que se habían curado milagrosamente con el uso de alimentos frescos. La isla donde se produjo el milagro de la resurrección de aquellos condenados a muerte por el escorbuto, estaba situada en la región tropical a 12° de latitud norte y hoy se llama isla del Curazao, debido al episodio, ya que *curaçau*, en portugués, significa *cura*: isla de la milagrosa cura del escorbuto.

Algunos años después, algo parecido sucedió con la tripulación del comandante francés Jacques Cartier, al remontar en 1536 el río San Lorenzo, en el Canadá. Estaban todos los marineros atacados por la plaga del escorbuto cuando, por sugerencia de los indios de la región, Cartier hizo administrar a la tripulación de su barco, un té hecho con agujas de pinos. Y todos los enfermos se restablecieron milagrosamente. Por desgracia, estos hechos quedaron casi ignorados y durante más de dos siglos el escorbuto continuó por los mares en su faena destructora.

En los siglos XVII y XVIII fue Inglaterra, la reina de los mares, la que mayor tributo de vidas le pagó, hasta el día en que el cirujano del barco *Salisbury*, de la Marina Real inglesa, resolvió hacer una experiencia similar a la que un día llevó a cabo el doctor Takaki, con la escuadra japonesa. Dividió el doctor Lind los enfermos de escorbuto a bordo del navío en varios grupos y sometió cada grupo a un tipo de régimen diferente: la dieta normal del barco aumentada siempre por un alimento nuevo. Verificó entonces que el grupo, a cuyo régimen se agregaba la naranja o el jugo de limón, curaba rápidamente su escorbuto. Fue entonces prescrito el uso de una dosis diaria de jugo de limón a los marineros de la marina real británica en viaje, y el escorbuto hizo su retirada estratégica y entregó indiscutiblemente a los ingleses el dominio de los mares. Solo en nuestro siglo, por lo tanto, se esclareció el misterio de esas curas, las razones biológicas por las cuales se salvaron los marineros

de Colón en el Curazao, los de Cartier en Canadá y los de la Marina inglesa, en los siete mares de la Tierra. Fueron los médicos noruegos Axel Holst y Theodor Frölich quienes en 1907 obtuvieron la reproducción experimental del escorbuto en cobayos, nutriéndolos con alimentos secos, y su cura, con el uso de ciertos alimentos frescos. Llegaron aquellos experimentadores a la evidencia de que la enfermedad era provocada por la falta de un principio antiescorbútico existente en el jugo del limón, de la naranja, de la kola, de las Szent-Györgyi, y el estadounidense Charles King consiguió aislar este principio nutritivo, identificándolo como el ácido ascórbico, que es la vitamina C. La riqueza de varias plantas en esta sustancia en las regiones ecuatorial-tropicales del mundo, explica la rareza del escorbuto en esas zonas, y su frecuencia en las zonas frías, de vegetación precaria.

El hambre de vitamina D se manifiesta por dos típicas enfermedades de carencia: el raquitismo y la osteomalacia. El raquitismo es una enfermedad de las criaturas, caracterizada por la entortadura de los huesos largos, principalmente los de las piernas, por la deformación de los huesos de la cabeza, por lo general demasiado grande en proporción al cuerpo; por la anemia; y por la fatiga habitual. La osteomalacia es la forma de raquitismo del adulto, caracterizada principalmente por el ablandamiento progresivo de los huesos, que se encorvan de manera alarmante, a causa del peso del cuerpo, y por los dolores que el fenómeno acarrea. Se manifiesta el raquitismo desde la más remota antigüedad entre las poblaciones de las zonas templadas y frías del mundo. Esqueletos que datan de los tiempos de la expansión romana, en el primer siglo de nuestra era, desenterrados de las planicies de Hungría, muestran la extrema frecuencia de la enfermedad en aquella época. Frecuencia tan desusada, que permitió al antropólogo húngaro Mora afirmar, pintorescamente, que todo el pueblo húngaro de aquella época parecía haber sido hecho para servir en la caballería, con sus piernas arqueadas en forma de U. Rápidamente se verificó que la enfermedad asolaba principalmente las tierras de poco sol del norte, y arrasaba con preferencia las criaturas de las clases más pobres. En 1660, el médico inglés Francis Glisson ofreció la primera descripción completa de la enfermedad generalizada en Inglaterra y, desde entonces, esta quedó conocida en el mundo bajo la denominación de *dolencia de los ingleses*. La verdad es que el raquitismo no es un triste privilegio de aquel pueblo. Aun en 1921, los especialistas estadounidenses Alfred Hess y Lester Unger mostraban que dos tercios de las criaturas de Nueva York presentaban signos de raquitismo, en varios grados, y que en las comunidades negras e italianas, la enfermedad llegaba prácticamente a la totalidad de las criaturas. Antes de la Primera Guerra Mundial, de cada dos criaturas nacidas en París, una era raquítica, afirma el doctor W. Aykroyd.

Si el raquitismo era conocido hace largo tiempo, también de larga data se conocía empíricamente el hecho de que la enfermedad podía ser evitada o curada por el uso de aceite de hígado de bacalao o por la permanencia prolongada al sol. Parece que fueron los noruegos, extremadamente expuestos a esa enfermedad por vivir en un clima siempre nublado, los que iniciaron con gran éxito el uso del aceite de hígado de bacalao. Hasta atribuían al uso de ese milagroso aceite de olor nauseabundo, la indomable energía de los *vikings* que, en los siglos VIII y IX, dominaron los mares del

norte y conquistaron un verdadero imperio. Fueron los estudios realizados durante la Primera Guerra Mundial, por el médico inglés Mellanby, y seguidos luego por el estadounidense McCollum los que dieron lugar al descubrimiento, en ciertos aceites y grasas, de una vitamina antirraquítica, la vitamina D, reguladora del metabolismo del calcio y del fósforo, por cuya deficiencia puede ocurrir el raquitismo. Los estudios de Windaus y de Stenbock demostraron que las irradiaciones ultravioletas de la luz solar son capaces de fabricar esa vitamina, a base de otros cuerpos existentes en la piel humana, los esteroides. Tales descubrimientos explicaban la distribución de la enfermedad por ciertas zonas y en ciertas clases sociales: explicaban claramente la razón de su mayor frecuencia en las zonas geográficas poco calentadas por el sol y entre las clases peor alimentadas, que no disponen de grasas como la manteca, ni de aceites de pescado, para atender sus necesidades de vitamina D. En las zonas tropicales, de sol pleno, aun entre las clases más pobres, no existe regularmente la avitaminosis D, porque el sol, activando los esteroides de la piel de los individuos, actúa de verdadera cornucopia, derramando la vitamina como un maná divino. Por desgracia, en ciertos casos especiales, también en estas regiones, por motivos sociales, por preconceptos religiosos y morales, se pierde esa gran fuente de vida, y la avitaminosis D se instala, con su cortejo de consecuencias degradantes. Es muy común en el norte de India, la osteomalacia que ataca a las mujeres de las clases altas, imposibilitadas, por la costumbre mahometana del *Purdah*, de tomar sol y de exponerse al aire libre. En China ocurre otro tanto entre las mujeres de las clases más altas.

Los habitantes de la Polinesia, en los apartados mares del sur, presentaban hace dos siglos magnífica complexión y extraordinaria resistencia física, que hacían de ellos los *vikings* del Océano Pacífico, grandes navegantes y pescadores de aquellos parajes del Extremo Oriente. Con sus hábitos de vida al aire libre y viviendo semidesnudos, obtenían tanta vitamina D de la luz solar como los verdaderos *vikings* con su pesca de bacalao en los mares del norte. Pero un día, llegaron los colonizadores franceses del siglo XVIII, con sus misioneros católicos que, en nombre de la moral, cubrieron aquellos espléndidos cuerpos desnudos con gruesas vestimentas y paralizaron, de la noche a la mañana, su saludable abastecimiento de vitamina D. Ocurrió entonces el trágico fenómeno: aquel pueblo fuerte y sano comenzó repentinamente a declinar, a sufrir de raquitismo, a ser literalmente exterminado. De los 100.000 habitantes que vivían en las islas Marquesas no quedan hoy más que 12.000. En Hawái, Tahití, en las islas Guam, también la civilización prácticamente acabó con las culturas nativas. Solo en las islas Fidji, Samoa y Wallis los nativos se rebelaron contra las imposiciones moralistas de los colonizadores y continuaron vistiéndose con unos simples taparrabos y gozando de los beneficios del sol. En esas islas sin hambre de vitamina D, las poblaciones continúan en franco crecimiento.

Cuerpo y alma del hambre famélico

Así pasamos revista a las principales formas del hambre con sus características específicas. Antes de terminar este capítulo queremos, no obstante, llamar la atención

sobre el hecho de que es excepcional que un tipo de carencia se presente en forma aislada. Regularmente lo que ocurre es la asociación de varias de ellas, desarrollando cuadros mórbidos de extrema complejidad. De la misma manera, algunas enfermedades que hasta hace poco eran consideradas como expresiones de las deficiencias de un determinado principio nutritivo esencial, se sabe hoy que son productos de deficiencia conjunta de varias de ellas. La pelagra, por ejemplo, ya no se considera más como el hambre específica de ácido nicotínico, sino de diferentes elementos esenciales. En la patogenia de ciertas formas del beriberi, existe también una tendencia a admitir el mismo punto de vista.

Pero, sea en forma aislada, sean asociadas, las hambres específicas actúan poderosamente sobre los grupos humanos, marcando el cuerpo y el alma de los individuos. La verdad es que ningún factor del medioambiente actúa sobre el hombre de manera tan despótica, tan marcada, como el factor alimentario.

Si el hombre consigue, a través de la técnica, escapar de la acción directa del medio, por la creación de un clima artificial, el clima humano no puede, con todo, escapar de su acción indirecta, que se ejerce a través de los recursos que el medio suministra, principalmente a través del revestimiento vegetal por este condicionado. El medio botánico constituye el eslabón que une de manera indisoluble el grupo humano al medio físico, a un determinado tipo de suelo y clima. Cuando se evidencian, experimentalmente, las alteraciones que las carencias alimentarias son capaces de producir en ciertos animales y en sus linajes, se comprende el extraordinario papel que debe estar desempeñando la alimentación en la estructuración y en la evolución biológica de los diferentes grupos raciales, con sus características propias. Hoy sabemos que muchas características antropológicas tenidas como superioridad o inferioridad raciales, nada tienen que ver con la raza. Son productos exclusivos de la acción modeladora de los alimentos. Son consecuencias más de recursos y hábitos alimentarios de los grupos humanos, que de sus patrimonios hereditarios. Para mostrar la fuerza de esta acción modeladora de la alimentación, cita Karl Mickey (1946), el caso del caballo poni de las islas Shetland. En esas islas, situadas en el extremo septentrional del archipiélago británico, a 60° de latitud norte, se desarrollan los caballos más pequeños del mundo, verdaderos caballos de juguete para criaturas. Se pensaba que el poni de las islas Shetland constituía una verdadera raza de caballos, estabilizada por la segregación, hasta el día en que algunos negociantes resolvieron criar ponis en EEUU, para abastecer el mercado estadounidense. Y tuvieron la terrible decepción de ver a los nuevos ponis nacidos en nuevo suelo, crecer cada día más, generación tras generación, hasta quedar del tamaño de los caballos de otras razas. Es que no hay raza poni. Son los ponis descendientes de caballos ingleses llevados de otras islas británicas para las Shetland, donde la extrema pobreza del suelo y de los pastos en ciertos minerales determinó la progresiva degradación de la especie. Pero después de cientos de generaciones, llevados a otras regiones de suelos más ricos, los ponis readquirieron las cualidades de sus antepasados. Fenómenos de idéntica categoría ocurren con ciertos grupos humanos. Los chinos y los japoneses no son más que una especie de *ponis humanos*, con sus estaturas y pesos menguados, por efecto de la desnutrición crónica. Tanto eso es incontestable que individuos de aquellas razas,

emigrando a EEUU, dan origen, en dos generaciones apenas, a descendientes con significativo aumento de estatura en varias pulgadas. El antropólogo Torday observó que otro grupo de ponis humanos, los pigmeos de la zona ecuatorial africana, que viven de un régimen alimentario extremadamente escaso, a base de simples recolecciones de los productos de la floresta húmeda, cuando son trasplantados a la región de las sabanas, donde la agricultura y la cría suministran recursos alimentarios más variados, pierden sus características de pigmeos. Se verifica así que las llamadas “razas inferiores” son apenas razas famélicas, capaces de presentarse —estando bien alimentadas— en igualdad de caracteres con las supuestas “razas superiores”. Pero no es obrando apenas sobre el cuerpo de los individuos, degradándoles el tamaño, minándoles las carnes, royéndoles las vísceras y abriendo llagas y agujeros en su piel, como el hambre aniquila al hombre; también actúa sobre su espíritu, sobre su estructura mental, sobre su conducta social. En el estudio del hambre que actúa sobre el comportamiento humano, debemos considerar por separado la eventualidad del hambre aguda de las épocas de calamidad, y la del hambre crónica, latente o específica.

Ninguna calamidad es capaz de degradar tan profundamente y en un sentido tan nocivo la personalidad humana como el hambre, cuando toca los límites de la verdadera inanición. Fustigado por la necesidad imperiosa de comer, el hombre hambriento puede exhibir la más desconcertante conducta mental. Su comportamiento se vuelve como el de cualquier otro animal sometido a los efectos torturantes del hambre. Los hombres de laboratorio conocen bien el hecho de que los ratones, que normalmente se someten con docilidad a sus experiencias, se transforman repentinamente en animales feroces, atacando y mordiendo con furia, cuando son sometidos a un régimen de inanición forzada. Observaciones llevadas a cabo en zonas sujetas a cataclismos naturales que desencadenan el hambre generalizada, confirman esta acción transfiguradora del hambre en lo que respecta a la conducta de los animales. Durante una tremenda sequía ocurrida en la región del noreste del Brasil se registró una terrible plaga de murciélagos que invadían en bandadas las casas, chupaban la sangre de las criaturas y atacaban a los propios hombres. Esos animales de vida nocturna, excitados por el hambre, llegaron a agitarse el día entero. En esta misma región brasileña surgen, durante las sequías, las plagas de víboras: las serpientes de cascabel, que viven normalmente en sus nidos, aparecen a montones por los caminos, por los establos, por los patios de las *fazendas* y hasta dentro de las casas, en frenética agitación en busca de cualquier presa para saciar su hambre. La agitación de los perros vagabundos en las calles de Barcelona fue uno de los signos preanunciadores del hambre que asoló a aquella ciudad durante la guerra civil española.

Mudanzas idénticas de comportamiento se observan entre los hombres sometidos al mismo flagelo. Bajo la acción avasalladora del hambre se da en el hombre igual decaimiento, absoluta supresión de todos los otros deseos e intereses vitales, y su pensamiento se concentra activamente en descubrir el alimento por cualquier medio y a costa de cualquier riesgo. Exploradores y pioneros que en sus aventuras cayeron en las garras del hambre, nos han dejado una documentación completa y rica de detalles de esta tremenda obsesión del espíritu polarizada en un solo deseo, concentrada en una sola aspiración: comer.

En este desesperado impulso para satisfacer el instinto mortificador del hambre, el hombre se deshace con rapidez de los deseos de otra naturaleza, inclusive los de naturaleza sexual. Es de observación corriente el hecho de que, tanto el hombre como los animales, cuando son sometidos a restricciones agudas y prolongadas de alimentos, disminuyen su interés sexual y su capacidad reproductora. Si, en el comienzo, en su fase de exaltación inicial, el hambre aguza el apetito sexual como afirma con razón Sorokin (1942), luego siguen las fases de decrecimiento y aun de desaparición del apetito genésico. El doctor Ancel Keys (1948) y sus colaboradores de la Universidad de Minnesota, registraron el dramático declive del interés sexual entre muchachos sometidos voluntariamente a una experiencia de semiinanición. Afirman estos investigadores que, al fin de los seis meses de la experiencia del hambre, el interés sexual se extinguía por completo en casi todos los individuos. En la historia de los campos de concentración de la última guerra son relatados hechos idénticos. En la exposición del coronel Eugene Jacobs (1948), que estudió los efectos del hambre durante los 38 meses en que permaneció en campos de prisioneros de guerra en Japón, se ve cómo —bajo la acción del hambre— se verificó rápidamente una pérdida del deseo sexual colectivo. Se sabe hoy que esta pérdida del deseo sexual bajo la acción del hambre es, en parte, producto de la concentración psicológica exclusiva de los individuos en la búsqueda de alimentos, y en parte, producto de la falta de incitación que normalmente producen las hormonas regentes de la sexualidad. Es que las glándulas genitales del hombre y de la mujer sufren de manera violenta con la restricción intensiva de los alimentos, y llegan a paralizar la producción de hormonas. Durante la epidemia de hambre que asoló a Rusia en los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, se verificó que la espermatogénesis cesaba por completo en gran número de individuos y que el número de mujeres amenorreicas aumentaba asombrosamente. La falta de la hormona sexual masculina provocada por el hambre llega a dar lugar a una verdadera feminización de los caracteres antropológicos, con disminución y desaparición de los pelos de la barba, suavización de la piel, desarrollo de las mamas, etcétera. La lectura de las observaciones de estos casos ocurridos en gran cantidad durante la última guerra, hace pensar si el hecho de que los chinos tengan, en general, tan poca barba y una complexión grácil de tipo feminoide, no estará ligado a la circunstancia de vivir aquel pueblo siempre expuesto a una interminable sucesión de epidemias de hambre. Al anular las otras fuerzas condicionadoras del comportamiento humano, el hambre disgrega la personalidad, apaga y hasta inhibe sus relaciones normales con todas las otras sollicitaciones del medioambiente ajenas a la satisfacción del instinto de alimentación. En esta desintegración mental progresiva desaparecen las actividades de autoprotección y de fiscalización mental y se da, finalmente, la pérdida de los escrúpulos y de las inhibiciones de orden moral. En estas circunstancias el hombre se manifiesta más que nunca como el animal de rapiña de que habla Spengler y que representa “la forma suprema de vida nómada, el extremo de la necesidad de afirmarse luchando, venciendo y aniquilando”. En el trascurso de este trabajo tendremos ocasión de llamar la atención sobre ciertos fenómenos sociales, tales como el bandolerismo y el misticismo mórbido de ciertas regiones atrasadas del mundo; las revoluciones

episódicas de otras regiones, y la prostitución y depravación moral; todo eso como consecuencia más o menos directa de los efectos disolventes del hambre aguda sobre el equilibrio mental y la integridad de la persona humana. En las experiencias ya referidas del doctor Ancel Keys fue verificada una verdadera neurosis del hambre de variada intensidad, pero denunciadora de reacciones antisociales peligrosas. Cuando el hambre alcanza el apogeo, se llega igualmente a un estado de furia o rabia, llamada por los navegantes de los siglos XVI o XVII, buenos concededores de las crisis de alimentos, “hidrofobia de hambre”.

Importa poner en claro que la sensación del hambre aguda no es una sensación continua, sino un fenómeno intermitente, con exacerbaciones y restituciones periódicas. En un principio el hambre provoca una excitación nerviosa anormal, extrema irritabilidad y violenta exaltación de los sentidos; pero luego viene la faz de la apatía, de tremenda depresión, de náuseas y de dificultad de cualquier tipo de concentración mental. Knut Hamsun describe con fidelidad esas crisis cíclicas de emotividades del famélico en su famosa novela autobiográfica *Hambre*. Hace pasar al héroe de la novela de la irritabilidad extrema a la quietud mórbida, ora arrogante, ora manso, ora perverso, ora magnánimo, sin ninguna razón aparente.

Veamos ahora lo que acarrea al espíritu el otro tipo de hambre menos espectacular, por lo tanto de acción más prolongada y persistente: el hambre crónica o la deficiencia alimenticia. Si en su actuación desequilibradora del comportamiento humano, el hambre aguda tiende a determinar, con preferencia, la exaltación anormal del espíritu, el hambre crónica tiende a provocar depresión y apatía. Los individuos que sufren de hambre crónica pierden al poco tiempo el apetito, la sensación de hambre, y se deshacen en esta forma del aguijón que con más intensidad impulsa al hombre a la actividad. Las poblaciones crónicamente desnutridas, casi no sufren la sensación de la falta de alimentos, porque su apetito es escaso, algunas veces casi nulo. Para que en los desnutridos despierte el apetito embotado, resulta necesario muchas veces el estímulo de aperitivos con ingredientes picantes, como la pimienta. Es lo que pasa, por ejemplo, en México, y lo que llevó al antropólogo Ramos Espinosa (1939) a afirmar que el pueblo de aquel país, “para vencer su inapetencia, cauteriza la boca y el estómago con pimienta, a fin de producir una secreción refleja de saliva que simula la provocada por el buen apetito”. En experiencia de laboratorio tuvimos ocasión de confirmar este efecto provocador de la pérdida del apetito de ciertos tipos de hambre específica, alimentando ratones con un régimen en apariencia normal, pero carente de ciertos aminoácidos, sustancias generadoras de las proteínas. Con esta carencia experimental caía, luego, de manera impresionante el apetito de los animales, los que volvían a comer con voracidad cuando al mismo régimen se le agregaban algunos miligramos de ciertos aminoácidos. Es un fenómeno idéntico al que hace que el chino se contente con un puñado de arroz por día, que el mexicano se satisfaga con una simple “tortilla” de maíz y una jícara de café, y que el hombre del Amazonas trabaje en su caucho habiendo comido por la mañana una torta de harina de mandioca, que repetirá a la noche, al volver a su rancho. Fenómeno que explica también la pérdida de toda ambición y la falta de iniciativa de esas poblaciones, verdaderamente marginales del mundo. No es otro el

origen del conformismo chino, del fatalismo de las clases más bajas de India, de la alarmante imprevisión de ciertas poblaciones latinoamericanas.

La tristeza es otro signo emocional de los pueblos crónicamente famélicos. No hay propiamente razas tristes, como afirman líricamente ciertos sociólogos sin entender bien el problema. Lo que hay son pueblos tristes, poseídos de esta tristeza que el hambre acarrea y que no se consiguen alegrar, muchas veces, ni aun bajo la acción estimulante del alcohol. La tristeza del indio mexicano, por ejemplo, es una consecuencia de su alimentación escasa y deficiente a base de maíz, y ni “el pulque”, con su buena dosis de alcohol, consigue vencerla.

La decantada alegría y la jovialidad del pueblo francés es, por lo contrario, un producto de su abundancia alimenticia, del equilibrio de su régimen en tiempos normales. Tuvimos ocasión de presenciar, en Francia, un año después de la última guerra, un hecho singular que confirma esta hipótesis. En una linda mañana de sol, partía de una de las estaciones ferroviarias de París, para el campo, un tren lleno de criaturas. Desde un convoy estacionado al lado pudimos observar durante los minutos que precedieron a la partida, la actitud de aquellos niños; nos extrañaba su seriedad, su falta de alegría espontánea y el silencio que mantenían. Silencio que parecía aun más trágico en un día de sol tan lindo, destinado a un picnic. Procuramos observar a las criaturas con más atención e, inmediatamente, todo se aclaró ante la imagen de sus caritas chupadas y pálidas, las pieles terrosas y arrugadas que denunciaban el hambre terrible que les comía las entrañas. ¡Aquellos pequeños hijos de la raza de los galos habían perdido toda alegría de vivir, en la áspera lucha contra el hambre!

En lo que respecta al comportamiento sexual, se verifica que el hambre crónica —específica o latente— influye de manera muy distinta del hambre aguda. Los pueblos sometidos a la acción continua de una alimentación deficiente, después de disminuir su apetito sexual, presentan exaltación del mismo y un claro aumento de fertilidad. Esta intensificación de la capacidad reproductiva de los pueblos crónicamente famélicos se explica a través de un complejo mecanismo donde entran factores de orden psicológico y de orden fisiológico. Psicológicamente, el hambre crónica determina la exaltación de las funciones sexuales como un mecanismo de compensación emocional. Todos los fisiólogos reconocen unánimemente que, en condiciones normales, existe una especie de competencia entre los dos instintos: el de nutrición y el de reproducción, y cada vez que uno de ellos se atenúa, el otro inmediatamente se exalta. Como el hambre crónica, principalmente el hambre de proteínas y de ciertas vitaminas, determina la inapetencia habitual y la pérdida de interés por los alimentos se da, en consecuencia, un debilitamiento de la fuerza del instinto de nutrición frente a la fuerza del instinto de reproducción que pasa a predominar. Con el apetito embotado, satisfaciéndose fácilmente con cualquier cosa, el famélico crónico puede desviar sus intereses hacia otras actividades independientes de la obtención del alimento; y el primer grupo de actividades que se presenta, no solo por su jerarquía de naturaleza biológica sino también como compensación psicológica es el de las actividades de orden sexual. En este mecanismo psicológico se basa el exagerado sensualismo de ciertos grupos humanos y de ciertas clases que

viven un régimen de desnutrición crónica. Pero hay también un mecanismo fisiológico determinante de esta significativa correlación entre la alimentación insuficiente y el índice de fertilidad. Hace mucho que los criadores han observado que ciertos animales muy bien cebados se vuelven estériles, y que basta restringirles la alimentación durante cierto tiempo, para que recuperen la fecundidad. Pero el hecho empírico no tendría gran repercusión en los medios científicos. Hoy, en cambio, disponemos de datos experimentales y de observaciones sistematizadas que nos permiten comprender cómo actúan las deficiencias alimenticias, parciales, como factor acelerador de la multiplicación de la especie. Es exactamente el hambre de proteínas, que acarrea el suministro deficiente de ciertos ácidos aminados indispensables, la que actúa de manera más intensa sobre la capacidad reproductora de los animales.

Ahí están, para probar el hecho las sensacionales experiencias de Slonaker (1925, 1928), las cuales, con todo, no tuvieron hasta hoy la merecida y necesaria repercusión. Aquel investigador, observando la capacidad reproductora de grupos de ratones sometidos a regímenes de diferentes proporciones proteicas durante seis sucesivas generaciones, verificó que las raciones ricas en proteínas, en las cuales estas sustancias representaban más del 18% de su total calorífico, se mostraban desfavorables en todos los aspectos a la reproducción de la especie, desde que aumentaba la esterilidad, se retardaba la época de fecundación de las hembras y se reducía el número de crías y de nacidos en cada parto. Algunas cifras de estas experiencias hablan con tanta elocuencia discriminativa, que merecen ser presentadas en detalle. Así observó Slonaker que los ratones machos sometidos a un régimen que contenía apenas 10% de su total calorífico en proteínas se mostraban estériles en 5%; pero aumentando el contenido de proteínas de la ración del 18% al 22%, la esterilidad subía respectivamente del 22% al 40%. En el caso de las hembras, se obtiene con un enriquecimiento idéntico del régimen en proteínas, una elevación de la esterilidad de 6 a 23 y 38% respectivamente. Impresionantes son también las diferencias existentes entre las cantidades medias de descendientes de diversos grupos de ratones. Con el 10% de proteína, cada ratón producía un promedio de 23,3 hijos; con 18% de proteínas, 17,4; y con 22%, apenas 13,8. Estas cifras demuestran cabalmente que, a medida que la dieta mejora en contenido proteico, baja la capacidad reproductora, aunque aumente la resistencia de los recién nacidos y el respectivo porcentaje de supervivencia (Russell & Leitch, 1948). En conclusión, se verifica que con buenas dosis de proteínas, capaces de garantizar una buena reproducción de la prole, baja el número de hijos y que, con regímenes proteicos insuficientes, la naturaleza multiplica el número de individuos, para garantizar la supervivencia de la especie.

Con la especie humana ocurre idéntico fenómeno. Los grupos de mayor fertilidad son aquellos que disponen de menor contenido de proteínas completas, de origen animal, en su régimen diario. Los más altos índices de natalidad se registran en ciertas poblaciones del Extremo Oriente, de África y de América Latina, donde la proporción de productos animales, fuentes de proteínas completas, en la ración diaria, no llega al 5% del total de alimentos consumidos. En contraste, vamos a encontrar los más bajos índices de natalidad entre las poblaciones de Europa

Occidental, de EEUU, de Australia, de Nueva Zelanda, donde la proporción de alimentos de origen animal en la ración llega, respectivamente, al 17% (Europa Occidental), 25% (EEUU) y 36% (Australia y Nueva Zelanda). Cuando procuramos agrupar, dentro de un criterio geográfico, los países de altos coeficientes de natalidad superiores a 30, verificamos que son todos ellos países tropicales, de condiciones geográficas y económicas impropias tanto para la producción como para el consumo de proteínas de origen animal. La alimentación vegetal de esos países constituye uno de los factores decisivos que influyen en el secreto de su fecundidad. Si comparamos los coeficientes de natalidad y los de consumo de proteínas de origen animal en el mundo entero, verificamos que existe franca correlación entre los dos factores, disminuyendo la fertilidad en la proporción en que sube la tasa de consumo de estas proteínas. La Tabla 1 muestra países con los más diferentes coeficientes de natalidad, desde los más elevados a los más bajos, evidenciando de manera significativa la citada correlación.

Con estas observaciones y estas cifras, deseamos concluir afirmando que, en último análisis, la multiplicación exagerada de la especie por su excesiva fertilidad, constituye también una forma de hambre específica, uno de los más extraños matices del fenómeno de hambre universal.

Este aspecto del problema tiene —a nuestro parecer— importancia primordial, desde que suministra la base biológica de apoyo a nuestra teoría: la teoría del hambre específica como causa de la superpoblación; del hambre que provoca el lanzamiento

Tabla 1. Países según coeficientes de natalidad y consumo diario de proteínas animales.

Países	Coefficiente de natalidad	Consumo diario de proteínas animales (g)
Formosa	45,6	4,7
Malasia	39,7	7,5
India	33,0	8,7
Japón	27,0	9,7
Yugoslavia	25,9	11,2
Grecia	23,5	15,2
Italia	23,4	15,2
Bulgaria	22,2	16,8
Alemania	20,0	37,3
Irlanda	19,1	46,7
Dinamarca	18,3	56,1
Australia	18,0	59,9
EEUU	17,9	61,4
Suecia	15,0	62,6

intempestivo, en el metabolismo demográfico del mundo, de productos humanos fabricados en exceso y de calidad inferior.

Como el mecanismo a través del cual se ejerce esta acción de desequilibrio y de degradación del hambre crónica sobre la evolución demográfica de los grupos humanos envuelve aspectos económicos y sociales, al lado de los aspectos biológicos, dejamos para ocasión oportuna el desarrollo del asunto: cuando estudiemos el problema del hambre en el Extremo Oriente, zona donde la superpoblación relativa se presenta, nítidamente, como una de las más extrañas y graves manifestaciones del hambre específica.



Foto: Lewis Wickes Hine (1874-1940). Niña hilandera en Whitnel, Carolina del Norte (1908). *National Child Labor Committee collection, Library of Congress, Prints and Photographs Division.*

Parte II

Los matices del hambre

Capítulo 3

El hambre en el Nuevo Mundo

Las estadísticas realizadas en los últimos años en varios países americanos, acerca de las condiciones de vida de sus poblaciones, revelaron el hecho un tanto sorprendente de que este continente constituye una de las grandes áreas mundiales de desnutrición y de hambre. El hecho es en verdad sorprendente, porque América siempre fue considerada por el mundo como un continente de abundancia, provisto de espectaculares riquezas naturales: la leyenda de El Dorado, llevada a Europa por los conquistadores del siglo XVI, creó desde ese entonces una imagen de esta tierra, que la representaba como una especie de paraíso terrenal, de suelo excepcionalmente fértil y de subsuelo lleno de preciosos minerales. Es difícil, pues, comprender a primera vista, que esta inmensa masa continental que ocupa el hemisferio occidental no produzca los recursos alimentarios indispensables al adecuado abastecimiento de sus poblaciones. Y ni siquiera se puede justificar el hecho por la existencia de un exceso de población, porque América es una de las zonas de más baja densidad demográfica del mundo, con una densidad continental solo sobrepasada en ese sentido por África y por Australia, continentes de extensas regiones físicamente desérticas.

Y no se piense que el hambre en América esté limitada a unas cuantas zonas poco extensas de la parte más pobre del continente. Lejos de eso, en todos los segmentos continentales, el del norte, el del centro y el del sur, tanto en la parte de colonización latina, como en la parte de colonización inglesa, encontramos hasta hoy grandes masas humanas que sufren las consecuencias del flagelo del hambre. Muy diferentes de los relatos brillantes de los navegantes del siglo XVI que arribaron a las ricas regiones de México, Perú y otras tierras encantadas y fabulosas, son las sombrías descripciones de las condiciones de vida de varios países de este continente, presentadas por los investigadores del siglo XX. El actual retrato del continente de la abundancia está lejos de presentar colores alegres y brillantes, porque, por cualquier parte, en él resaltan las manchas negras de la desnutrición y del hambre. La intensidad con que el hambre se propaga en el continente americano es variable de una zona a otra, y el mecanismo de su existencia obedece en cada zona a distintos factores; de manera que es necesario abordar el estudio del fenómeno en sus diferentes sectores, para tener una idea clara de su realidad total. Se puede, desde luego, considerar dos sectores continentales bien característicos: el de la América inglesa y el de América Latina. Estas dos partes del continente aparecen tan diferenciadas, desde su formación hasta su actual expresión económico-social, que el hambre se manifiesta en cada una de ellas con aspectos distintos. Comencemos por América Latina, donde el drama del hambre es más violento, al participar un número mayor

de personas: cerca de 90 millones de individuos, o sea, dos tercios del total de las poblaciones que allí viven.

El engaño de El Dorado

Tiene toda la razón Kingsley Davis al afirmar que, si desde el punto de vista demográfico, América Latina constituye una de las más afortunadas regiones del mundo, con una población relativamente pequeña, que habita una región extensa y promisoría (el 16% de las tierras habitables del planeta, que contienen apenas un 6% de la población mundial) desde el punto de vista económico se presenta esta región bastante menos afortunada (Davis, 1946). La renta anual de todas las repúblicas latinoamericanas juntas apenas alcanza a un total de 10 a 15 billones de dólares, mientras que la renta de EEUU supera los 150 billones, cerca de diez veces más. Calcula Seymour Harris (1944) que la renta anual per cápita de los latinoamericanos no debe alcanzar a 100 dólares, siendo, por lo tanto, diez veces menor que la de EEUU y ocho veces menor que la de Canadá. Por lo tanto, con más elocuencia que estas cifras globales, habla de la pobreza real de América Latina el estándar de vida de sus poblaciones y, principalmente, su grave situación alimentaria. Situación alimentaria que, además, constituye el principal factor condicionador de la insignificante renta de esos países, de su producción insuficiente, de la incompleta explotación de sus riquezas naturales, de su inestabilidad política, de su deficiencia técnica y educativa.

Con un sondeo un tanto más profundo en la estructura social de esa región, se verifica que la mayoría de sus males tiene las raíces hundidas en este terrible hecho biológico: el hambre crónica de sus poblaciones. El hecho de que una zona de tan grandes posibilidades naturales sea ocupada por naciones económicamente secundarias no es consecuencia directa ni de inferioridades raciales ni de acciones disolventes del medio. No es mal de raza ni de clima. Es el mal del hambre. El hambre siempre ha sido, a través de los tiempos, la manea que traba siempre el progreso latinoamericano.

El retrato del “caboclo”¹ nativo, sentado en actitud indolente en el umbral de su puerta, y contemplando con mirar cansado un paisaje magnífico de pujante vegetación tropical, pero sin ánimo para dominar esa naturaleza, es prueba evidente del hambre en tierras latinoamericanas. Evidente también es el caso del indio mexicano, que sufre hambre en el altiplano central de Anáhuac, donde los aztecas y los mayas vivieron en una región de abundancia. Evidente el del indio peruano que engaña el hambre con unas cuantas hojas de coca, que masca todo el día para adormecer el apetito, en aquella altiplanicie de Perú, donde los incas producían, con sus cultivos en terrazas, la mayor abundancia de alimentos concentrada en una sola región, de acuerdo con los relatos de los primeros navegantes. Evidente el del mestizo del noreste brasileño, consumiéndose en un régimen de hambre (habichuelas con harina todo el año) en la tierra fértil de los cañaverales, de los campos

¹Indígena de Brasil. (N. del T.)

de caña de azúcar, que rindieron más a los portugueses del siglo XVII que todas las preciosidades por ellos traídas del Extremo Oriente. En estos y en otros parajes de América Latina, se encuentra siempre un nativo con aire soñoliento, lamentando su hambre y su miseria.

La primera impresión que se tiene delante de ese cuadro de vida es que el hombre no produce en esas tierras por indolencia, por estar poseído de una especie de pereza tropical a la que el clima de la región tendría condenadas a las razas que en ella habitan. Pero cuando se profundiza bien el análisis del problema, se verifica que no existe esa famosa apatía tropical como consecuencia directa del clima. Lo que hay es incapacidad de acción y pérdida de la ambición, por la falta de salud, por las consecuencias aniquiladoras del hambre. El "jeca" bien alimentado, se pone a trabajar con el mismo ritmo y entusiasmo con que produce el campesino europeo en las épocas de paz y de abundancia. Durante algunos años, hubo intensa migración interna, de cientos de millares de individuos, de las zonas de desnutrición crónica del noreste hacia las zonas económicamente más prósperas del café y de la industrialización, en el sur del país. Los hombres que llegaban del norte eran incapaces de trabajar sin interrupción al lado de los colonos italianos y aun de los sureños mejor alimentados. Parecían unos inadaptados incapaces de cualquier esfuerzo, sin voluntad, sin ambición. Pero bastaba algún tiempo de buena alimentación, para que se transformaran en magníficos trabajadores. En ciertas zonas pioneras de Brasil central brotaron y crecieron como hongos innumerables ciudades levantadas por los brazos de esos norteños. Por esos mismos brazos que antes casi no se movían, pero que fueron capaces de esfuerzos sobrehumanos cuando se les suministró el combustible indispensable.

Y esta hambre viene de lejos. Desde los orígenes del descubrimiento de estas tierras, recorriendo su pasado histórico, seguimos la historia de su colonización y explotación económica mal conducidas. Si bien el hecho presenta muchas semejanzas en todas las tierras al sur de Río Grande, tiene colorido regional con matices propios. Tal vez sea más acertado, en lugar de abordar el estudio del hambre en el conjunto latinoamericano, hacerlo separadamente en sus dos sectores componentes: el de América del Sur y el de América Central.

Retrato de América del Sur

No hay un solo país de América del Sur que tenga sus grupos humanos exentos de las consecuencias del hambre. Todos sufren esa terrible calamidad. Solamente se presenta más intensa en algunas regiones y más moderada en otras. Desde este punto de vista, podemos considerar en América del Sur dos sectores del hambre de grados diferentes: un sector A, de alimentación extremadamente defectuosa, donde se asocian el hambre cuantitativa con las insuficiencias cualitativas específicas del régimen alimenticio; un sector B, de condiciones alimentarias menos graves, donde apenas existen las hambres específicas en ciertos principios nutritivos, siendo el régimen alimentario cuantitativamente suficiente.

Abarca el sector A tres cuartas partes de la superficie territorial del continente, y comprende las siguientes regiones: Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia, Ecuador, Chile, noroeste y extremo sur de la Argentina, la mitad occidental de Paraguay, y la mitad norte del territorio brasileño.

El sector B se extiende por la parte este del continente, entre las latitudes de 20° y 40°, abarcando las tierras del centro-oeste y del sur de Brasil, el territorio paraguayo situado al este del río Paraguay, Uruguay y la región del noreste de Argentina.

En el primero de esos sectores, que comprende gran número de zonas alimentarias bien caracterizadas, como la región del maíz, del extremo norte, la zona de la mandioca de la cuenca amazónica, la zona del mijo del centro continental, la zona de la patata de la región andina, la zona de la mandioca en el Chaco, la zona del maíz del noroeste argentino, encontramos siempre regiones alimentarias habitualmente insuficientes, incompletas e inarmónicas (Guevara, 1944; Bengoa, 1947; Bejarano, 1941; Suárez, 1945; Reh, 1946; Allende, 1939; Castro, 1945; Varela Fuentes & Munilla, 1946; Escudero, 1934, 1947; FAO, 1948a, 1950). Insuficientes en su producción de energía, desequilibradas por una excesiva proporción de amiláceos y con deficiencias más o menos acentuadas de proteínas, de sales minerales y de vitaminas.

La insuficiencia de las calorías está bastante generalizada y aparece en las zonas alimentarias de este sector (Poblete Troncoso, 1942). Así, en una estadística que llevamos a cabo antes de la última guerra, en la región del noreste brasileño, zona de monocultivo de azúcar, encontramos una ingestión media diaria de cerca de 1.700 calorías (Castro, 1936). En la cuenca amazónica, calculamos un contenido de 1.800 a 2.000 calorías para la alimentación del cosechador que se emplea en la floresta para la recolección del caucho. La Comisión Nacional Boliviana de Alimentación avaluó en 1.200 calorías el régimen alimentario medio diario de Bolivia (Escudero, 1947). En cuanto a los especialistas de Colombia y Ecuador avalúan, respectivamente, en 2.000 y 1.600 calorías los regímenes alimentarios habitualmente usados en aquellos dos países. Encuestas realizadas en Chile permitieron destacar el hecho de que el 50% de la población nacional no consigue alcanzar una ingestión diaria de 2.400 y que el 10% de esa población vive con menos de 1.500 calorías diarias (Soule, Efron & Ness, 1945).

Todas esas cifras son alarmanamente bajas y serían la expresión del hambre más negra, si tomásemos como punto de referencia para las necesidades fisiológicas humanas en esta zona, el padrón universal de 2.800 a 3.000 calorías diarias. Pero felizmente la situación es, en realidad, algo menos trágica. Primero, porque en su mayor parte esta zona sudamericana posee, como ya vimos, un clima de tipo ecuatorial o tropical, que condiciona, regularmente, una baja forzada de metabolismo de base y de metabolismo de trabajo y, consecuentemente, una sensible disminución en las reservas energéticas individuales (Castro, 1946). Segundo, porque de un modo general el suplemento energético de esas poblaciones es un poco más elevado que el expresado por los números anotados. Diferencia que se explica por el hecho de que los grupos de poblaciones más primitivos hacen uso habitual de diversas sustancias alimenticias, de composición casi siempre desconocida y que, por eso mismo, no son computadas en los cálculos de los especialistas, para la

determinación del valor energético del régimen. Por otra parte, cierta cantidad de todos los alimentos consumidos en esos países no entran en el cómputo de las estadísticas nacionales, porque son producidos y consumidos *in loco* para el propio abastecimiento de los grupos de poblaciones más aislados, que viven en un régimen económico semifeudal. Solo así se puede explicar el aparente milagro de la supervivencia de esas poblaciones, sin signos visibles de extrema desnutrición, a pesar de un régimen alimenticio que, de acuerdo con los datos estadísticos de producción y de consumo, se aproxima mucho a los regímenes de los campos de concentración.

El caso boliviano ilustra bien este hecho: cuando la Comisión de Alimentación de aquel país calculó en 1.200 calorías el régimen medio diario per cápita, lo hizo teniendo en cuenta las disponibilidades alimenticias del país computadas estadísticamente. De acuerdo con ese consumo energético tan tremendamente bajo, estaríamos en una región de semiinanición, cuyas poblaciones serían conducidas irremediablemente a un rápido exterminio; no obstante, los hechos niegan esa presunción. Ciertamente, en el régimen normal del campesino boliviano entran cuotas de alimentos que la estadística no registra, ni los especialistas toman en consideración. Lo cierto es que esos regímenes dietéticos están lejos de alcanzar el total energético suficiente para cubrir las necesidades diarias del individuo; de igual manera en la zona ecuatorial-tropical; y es preciso no olvidar que muchos de los que viven con este régimen limitado habitan tierras templadas y frías, como las del altiplano andino y las del centro y sur de Chile.

Más grave que esa deficiencia cuantitativa, a la cual el organismo procura adaptarse disminuyendo sus reservas funcionales y frenando su apetito normal, son las deficiencias cualitativas. La primera que ha de ser señalada es la insuficiencia de proteínas capaces de producir los ácidos aminados indispensables para el crecimiento y el equilibrio vital del organismo. La deficiencia de proteínas en esta zona es bastante acentuada y resulta, principalmente, del bajo consumo de los alimentos protectores de origen animal: carne, pescado, leche, queso y huevos. Realmente, el promedio de consumo de estos productos en esta zona es de los más bajos del mundo. Está por debajo del mínimo deseado. El consumo medio de carne no llega a 30 kg per cápita y por año; y, regionalmente, se encuentran índices por debajo de ese promedio. Así, si en la región brasileña incluida en este sector, el consumo de carne alcanza aproximadamente los 40 kg, en Ecuador es de 18 kg, y en Perú apenas de 14 kg (Llorens, 1942). Cuando comparamos estas cifras con las relativas a las zonas mejor alimentadas como, por ejemplo, la de Canadá (60 kg), la de EEUU (59 kg), la zona del sur de Brasil (70 kg) y Argentina (136 kg) resalta violentamente la insuficiencia del consumo de carne en aquel sector sudamericano.

Por igual insuficiente es el consumo medio de pescado en esa zona. Es la pura verdad que, en el Amazonas, el pescado constituye el componente común del régimen regional, gracias a la extraordinaria riqueza de pesca del gran río, y que, en ciertas regiones costeras y en los deltas de otros ríos sudamericanos viven poblaciones semianfibias, que habitan casi dentro del agua entregadas a la pesca de animales marinos. En estos casos, se atenúa un poco la carencia proteica, lo que se

traduce, desde luego, por la mejor constitución física y por la estatura más elevada de los componentes de esos grupos humanos, pero no llega a desaparecer por completo.

Es que tanto los métodos usuales de pesca como los procesos de conservación del producto son muy primitivos, de modo que resulta precario el rendimiento de ese precioso alimento, aun en aguas extremadamente ricas en peces. En Chile, donde el uso del pescado está más generalizado, por disponer el país de cerca de 2.500 millas de costa y de grandes reservas de peces, ese consumo es de apenas cinco kg per cápita y por año, cifra visiblemente insuficiente como fuente de proteínas completas, para un país que come poca carne y que bebe muy poca leche, y ridículamente baja en comparación con las cifras de consumo de pescado de Japón (33 kg) o la de Inglaterra (20 kg). Este desaprovechamiento de la riqueza alimentaria marina en América del Sur no asombra, pues sabemos, según datos de la FAO, que la pesca en todo el hemisferio sur no constituye hasta hoy una explotación económica ponderable, representando su producto apenas el 2% de la producción mundial de pescado, la cual constituye un privilegio casi exclusivo del hemisferio norte.

En lo que se refiere a la otra fuente de productos completos —la leche— los índices de consumo de esos países sudamericanos revelan también una alarmante insuficiencia. En la zona del Amazonas brasileño el consumo de leche es prácticamente nulo: no llega a ocho litros per cápita y por año (Castro, 1945). En los otros países que integran el sector y que disponen de datos estadísticos, el consumo medio es siempre insignificante: 11 litros en Perú, 14 en Chile, 26 en Ecuador y 38 en Venezuela. En Colombia y en Paraguay el consumo es más abundante, y llega, respectivamente, a 68 y 126 litros; compárense esos números con los del consumo estadounidense (110 litros), de Dinamarca (164 litros) y de Suiza (263 litros), en los tiempos normales, y se verificará que el abastecimiento de proteínas por la leche en ese sector sudamericano es muy precario. El consumo tanto de queso como de huevos también figura muy bajo en las columnas del consumo mundial (Castro, 1939). En una estadística realizada en 1938 en Venezuela por el doctor Baldo, se demostró que el 50% de las criaturas de los distritos rurales del centro del país no consumen leche el año entero; 59% no come carne y el 89% no come huevos (Soule, Efron & Ness, 1945). En el noreste de Brasil, nuestra encuesta reveló que apenas el 19% de las familias residentes consumen leche, no habiendo prácticamente consumo de queso ni de huevos.

Las fuentes normales de abastecimiento de proteínas en este sector son, la mayor parte de las veces, el maíz, los porotos, ciertos tubérculos y rizomas que, como sabemos, están lejos de poseer proteínas de alto valor biológico capaces de suministrar al organismo todos los ácidos aminados indispensables. En toda esta región son bien limitados los núcleos humanos que presentan consumo de proteínas animales que alcancen el 50% del contenido de las proteínas totales del régimen.

La primera expresión biológica de la carencia de proteínas en esa zona es el crecimiento retardado y la estatura debajo de la normal, que presenta la mayoría de los individuos en todas las etapas de su vida. En Bolivia, donde el déficit proteico es bastante acentuado, las criaturas nacen ya con gran deficiencia de peso. Según el profesor Luis Sotelo, ex director del Departamento de Nutrición de La Paz, el 60% de las criaturas nacidas en aquella ciudad presentan peso inferior a 2.700 gramos

(Escudero, 1947) (cuando la cifra normal debería ser de 3.000 a 3.500 gramos). Por otro lado, el 35% de esas criaturas presentan una estatura francamente debajo de la normal. Según medidas antropológicas estudiadas por Morris Steggaerda (Escudero, 1947), los grupos de población de ese sector presentan las más bajas estaturas medias del continente americano.

Muchas otras consecuencias surgen de ese relativo déficit de proteínas, aunque no lleguen a exteriorizarse tan abiertamente como en ciertas zonas del Extremo Oriente o de América Central, donde la carencia es casi absoluta. Los edemas del hambre parciales o totales y las diarreas, tan comunes en esas regiones de alimentación basadas casi exclusivamente en arroz (China e Indochina) (Lecoq, 1939), o en maíz en México (Ramos Espinosa, 1939), son rarezas clínicas en América del Sur donde siempre se atenúa la monotonía alimentaria de la dieta por el uso de mayor variedad de sustancias alimentarias. Lo común en ese sector es la aparición, en las criaturas, de distrofia alimentaria, en cuya etiología participa con certeza la carencia proteica asociada a otros principios alimentarios. Según el informe presentado a la Primera Conferencia Latinoamericana de Nutrición, el 73,3% de los habitantes de la ciudad de Lima, capital de Perú, presentan estados clínicos de esa naturaleza. En el noreste de Brasil las criaturas de las clases sociales más pobres, que presentaban aparentemente buen estado de nutrición y peso superior al de las criaturas de las clases más acomodadas, a la luz de los test de laboratorios, revelaron carencias ocultas de proteínas: la cantidad de proteínas de la sangre era francamente desequilibrada y el peso más elevado era consecuencia de la mayor retención de agua, mayor hidratación de los tejidos, que precede a la faz de los edemas aparentes (Andrade, 1941).

En contraste con el bajo contenido de proteínas, se observa exagerado contenido de hidratos de carbono en el régimen de esa gente. Son los productos amiláceos: cereales, tubérculos y rizomas, los de mayor consumo en ese sector geográfico, y en muchos casos se asocian varios de ellos en un mismo régimen alimentario. Resulta de ahí una exagerada abundancia de hidratos de carbono, en detrimento de las cuotas de proteínas y grasas. Regímenes que contienen más de 80% de hidratos de carbono son comúnmente usados en ese sector. Esta falta de armonía en punto a alimentación constituye el factor decisivo de mayor incidencia de beriberi y de las formas frustradas de avitaminosis B1 en esas zonas, aun cuando el abastecimiento de esta vitamina sea en apariencia suficiente (Castro, 1946). No es que en los climas tropicales haya un mayor gasto de vitamina B1, como se pensó durante mucho tiempo, ni que se produzca una pérdida exagerada de ese principio nutritivo a través de la traspiración abundante (Tennent & Silber, 1946) sino, simplemente, que la exagerada carga de hidratos de carbono, al ser metabolizada, exige proporcionalmente mayor ingestión de vitaminas B1. Y cuando esto no se realiza, surgen los estados que podríamos llamar de avitaminosis relativa o por desequilibrio del índice vitamina B1-hidratos de carbono.

De las carencias minerales, las más comunes son las de calcio, de hierro y de yodo y, en las zonas bajas, cálidas y húmedas, también la de cloruro de sodio. El primer factor de las carencias de este tipo es la pobreza mineral de la mayoría de los suelos tropicales, de donde resulta que las plantas de la región poseen, regularmente,

contenido más bajo de minerales que el de las especies congéneres cultivadas en otros tipos de suelos más ricos. Otro factor importante es el bajo consumo de vegetales verdes y de frutas por parte del grueso de las poblaciones de esa región, consumo que, por parte de las clases más pobres, llega a ser prácticamente nulo. La tradición alimentaria de los pueblos ibéricos (Dantin Cereceda, 1934) que colonizaran esas tierras, con su tipo de alimentación rico en verduras, frutas y legumbres, productos de cultivo intensivo, fino y delicado de la huerta y del frutal, introducidos por los árabes en la península ibérica y así transmitidos a portugueses y españoles fue enteramente abandonada. Hoy, en esas tierras sudamericanas, las frutas y las verduras son raras en la mesa de los obreros y los campesinos. Hay, asimismo, contra las frutas, una serie de tabúes generalizados, de restricciones populares que dificultan su uso, aun cuando las condiciones económicas permiten su adquisición.

La carencia de calcio toca al sector entero y engloba todas las clases sociales; el consumo medio de este mineral no alcanza al 50% de la cifra recomendada por los encargados de la nutrición (0,80 gramos por día). En el noreste de Brasil, encontramos una ingestión diaria de calcio de cerca de 0,40 gramos. Igual consumo se ha avaluado en la alimentación de Colombia. El profesor Santa María, catedrático de Nutrición de la Escuela de Salud Pública de Santiago de Chile, avalúa el consumo diario de ese mineral en su país en 0,49 gramos per cápita (Santa María, 1948); en cuanto a la especialista en nutrición Emma Reh, en escrupulosa estadística efectuada en Paraguay, llegó a la conclusión de que la ingestión de calcio en una zona rural de aquella nación (Piribebuy) oscila entre 0,29 gramos y 0,36 gramos. A pesar de esas cantidades de calcio tan alarmantemente bajas, el raquitismo constituye rareza de clínica en la mayor parte de este sector. Aun en el Amazonas, donde el consumo diario de calcio baja a 0,26 gramos, no hay, prácticamente, raquitismo. La rareza de estas enfermedades en las zonas ecuatorial-tropicales constituye hoy un hecho universalmente reconocido. Ya el doctor Rigoberto Aguilar (1944), examinando 10.000 criaturas que habitan el altiplano de México, encontró carencias alimentarias de diversas naturalezas: pero ni un solo caso de raquitismo evidenciable al examen clínico y al examen radiológico, siempre capaz de denunciar las formas frustradas de esa enfermedad. También en Puerto Rico, una de las zonas de más aguda desnutrición del continente americano, la doctora Lydia Roberts (1944) no encontró manifestaciones raquílicas entre las criaturas desnutridas. En el sector sudamericano, ahora en estudio, el raquitismo solo se presenta en gran escala en Chile, y en su más alta incidencia entre las criaturas pobres de las regiones australes del país, regiones situadas bien al sur de la línea de los trópicos y que, por esto, no disponen de la abundancia de sol de esos otros países donde la riqueza de vitamina D formada por la fotosíntesis cutánea evita la aparición del raquitismo, aun ante el hecho de una ingestión deficiente de calcio.

Si el raquitismo es raro, en compensación las caries dentales son de una frecuencia alarmante. De ellas, apenas escapan algunas poblaciones indígenas como las de la altiplanicie boliviana, que presentan dientes magníficos, sin que tengamos ninguna idea de cuáles son los factores determinantes de esa superioridad antropológica. Ya en Chile, tanto las poblaciones indígenas como las mestizas, presentan alta proporción de caries dentales. La existencia de caries entre los escolares varía

del 40% al 75%. En las zonas rurales de Paraguay, miss Emma Reh observó que “raramente se ve un adulto con buenos dientes. Los jóvenes presentan siempre fallas dentales y los viejos, en su mayoría, están casi todos completamente desdentados” (Reh, 1946).

Otro déficit que pesa dolorosamente en la salud de las poblaciones sudamericanas, es el de hierro. Consecuencia directa de esa carencia es un tipo de anemia hipocrómica y microcítica muy generalizada en la región, y durante mucho tiempo atribuida a la acción directa de los climas tropicales. La llamada “hipoemia intertropical”, de los especialistas en enfermedades tropicales de comienzos de siglo no es nada más que una anemia de escasez de hierro de origen alimentario. En la mayoría de las zonas alimentarias sudamericanas, los regímenes no llegan a producir los 10 o 15 miligramos de hierro necesarios para la constitución diaria del pigmento hemoglobínico. Además, en muchos de esos países, en sus zonas ecuatoriales y tropicales la infección verminótica es tan alta y generalizada, que constituye un grave factor contribuyente a ese tipo de anemia. En todo el valle amazónico, la verminosis abarca más del 90% de la población local. De acuerdo con un informe de un ex ministro de Salud Pública de Bolivia, el 98% de las poblaciones bolivianas son portadoras de parasitosis intestinal (Benavente, 1942). Según datos de la Fundación Rockefeller, en Venezuela, esa incidencia es del 95%.

El régimen de carencia de hierro y la presencia de vermes capaces de empobrecer la sangre al nivel del intestino y de dificultar la absorción de los elementos nutritivos, condicionan el alto porcentaje de anémicos en ese sector geográfico. En la ciudad de San Salvador (Bahía) el porcentaje de niños de las escuelas portadores de ese tipo de anemia asciende a cerca del 40%. Con la inclusión en su régimen de un complemento alimenticio que contenía hierro, esta proporción bajó, en el término de 4 meses hasta apenas el 3%, lo que confirma su origen carencial (Azevedo & Galvão, 1945).

En las zonas donde el mal alcanza mayor intensidad se observa el extraño fenómeno de una geofagia o geomanía; el hábito de comer tierra, fenómeno que, a nuestro parecer, traduce un estado de hambre específica: el hambre de hierro. Analizando en Brasil el tipo de tierra consumida como alimento, confirmamos el hecho ya observado por Cobert en la Tunisia y por Batz en el Congo (Uzin, 1938) de que se trata, regularmente, de tierras con un alto porcentaje en sales de hierro.

La endemia bocio-cretínica, resultante de la carencia de yodo, se manifiesta en varias regiones de este sector; todas ellas centrales o separadas de la costa por obstáculos montañosos. Son zonas de suelo y agua extremadamente pobres en este metaloide. Los países más atacados por el bocio endémico son Paraguay, Bolivia, Ecuador y Argentina; en los demás, también se presenta el mal en forma más moderada. En Brasil, el bocio cretínico existe en alta proporción en la región del sur, que forma parte del sector B, que será oportunamente analizado.

En Paraguay, la existencia de ese mal, entre los escolares de 35 diferentes núcleos urbanos, fue del 28%. En la zona de Itá, tal existencia llegaba hasta el 79%. En tanto que en otras, como San Ignacio, se mostraba más abajo del promedio nacional (Reh, 1946). En Bolivia, el mal es endémico en todas las provincias, siendo la más atacada

la de Chuquisaca, donde el mal alcanza aproximadamente el 90% de la población. En las provincias de Pichincha y de Babura, en Ecuador, se nota la presencia de bocio en el 70% de los habitantes, y en algunas localidades, la existencia entre escolares es del 100%. Otra zona en que el bocio ocurre en cantidad considerable es la del noroeste argentino, donde la carencia de yodo se asocia a las otras innumerables carencias. Esta es una de las zonas de más intensa desnutrición en América del Sur; el 80% de las criaturas presentan signos de desnutrición (Cárcano, 1933). Es, además, una zona de alto consumo de alcohol y de coca, factores adicionales de decadencia orgánica provocada por el bocio cretínico.

En todas esas regiones, los atacados de bocio presentan signos evidentes de degeneración física y mental: trastornos de crecimiento, enanismo endocrino, deformaciones locales y generales, sordomudez, debilidad mental, idiotez, etcétera. Se trata, pues, de una de las más graves enfermedades de origen carencial, capaz de llevar a la completa decadencia a grandes grupos de población.

El déficit de cloruro de sodio está bastante generalizado en toda la extensión de las tierras bajas de la porción tropical del continente, donde el clima caliente, más o menos húmedo, acarreado un forzado exceso de transpiración, despoja al organismo de sus reservas de esos elementos minerales. Como ya vimos, cada litro de sudor encierra una cantidad de dos o tres gramos de sal, y en los días de mayor calor, se llega a sudar de ocho a diez litros, lo que determina una pérdida diaria de cerca de 20 gramos de cloruro de sodio. En ciertas zonas como en el noreste brasileño, el uso habitual de carne salada, pescado salado y otras fuentes de cloruro de sodio, atenúa los efectos del debilitamiento por el sudor y evita la aparición de carencia de ese mineral. Pero en otras regiones, como la amazónica, donde el consumo de sal es insignificante, el déficit existe permanentemente. El indio de toda la cuenca amazónica casi no consume sal. Su condimento predilecto es la pimienta. Este desequilibrio alimentario determina una pérdida de sodio en la sangre y en los humores y una subida intensa de potasio. Así se constituye, por efecto carencial, un síndrome humoral causante de estados de depresión nerviosa y agotamiento muscular.

Esta participación del clima tropical que actúa sobre el metabolismo del sodio y determina la deficiencia relativa, constituye una de las pocas evidencias que se poseen de acción directa de los climas que actúan de manera desfavorable sobre el hombre. Pero aun en este caso, se verifica que la acción climática no es irremediable y puede ser completamente anulada por el uso de un régimen adecuado. Basta que se incluya en el régimen alimentario una buena dosis de sal, para que la acción desmineralizante y debilitadora del clima tropical deje de manifestarse.

No hay duda de que el hambre relativa de sodio tiene gran importancia en el complejo problema de la alimentación del hombre blanco en las regiones tropicales. Para comprender mejor el complicado mecanismo de aclimatación, o sea, del ajuste biológico de los grupos humanos bajo la acción de los variados tipos de clima, es preciso analizar un mundo de detalles. Algunos que a primera vista pueden parecer insignificantes son, no obstante, capaces de esclarecer definitivamente puntos oscuros cuando son bien interpretados en sus fundamentos científicos.

Es el caso de estas variaciones del metabolismo del sodio y del potasio en los climas tropicales. Si se estudia su mecanismo, llegamos a una interpretación más lógica de apreciación de la superioridad biológica de las razas pigmentadas sobre las de piel blanca, en la aclimatación tropical, superioridad que se evidencia en la colonización de regiones de este tipo de clima. Todos sabemos que las poblaciones blancas siempre tuvieron gran dificultad en realizar trabajos intensivos en las zonas tropicales (Price, 1939). La mayor parte de los colonos europeos, principalmente los de países nórdicos, siempre viven en los trópicos una vida sedentaria, de simple administración burocrática, y basan sus ganancias en la explotación del trabajo del nativo, del negro o del indio, capaces de esfuerzos duros en estos climas excesivos. Ya vimos que uno de los factores de esa fatiga rápida a que el organismo está expuesto en las regiones tropicales es la pérdida de sodio por el sudor, cuya secreción se intensifica durante la realización del trabajo.

¿Cuál es la razón por la cual el hombre blanco se fatiga más de prisa que el hombre negro o el indio? Puede haber varias razones explicativas, pero lo que no deja duda es que uno de los factores de esta diferencia fundamental reside en el hecho de que el indio y, principalmente, el hombre negro pierden mucha menor cantidad de cloruro de sodio que el hombre blanco a través de la traspiración. Y perdiendo menos sodio, las poblaciones nativas se fatigan menos con la realización de un mismo tipo de esfuerzo muscular.

¿Cuál es el mecanismo de esta diferencia? ¿Se trata realmente de superioridad biológica? No. Primero, porque no existen superioridades o inferioridades raciales, a la luz de los modernos conocimientos antropológicos. Lo que existen son diferenciaciones biológicas, condicionadas por diferencias de medio. Lo que es superioridad en las regiones polares puede constituir inferioridad en los trópicos y viceversa. Segundo, porque en caso de examen no se trata de las mismas diferenciaciones, sino de simples procesos técnicos de aclimatación, de diferentes hábitos de vida de estos grupos humanos. Los negros y los indios pierden menos cantidad de sal por la traspiración, porque conservan la piel desnuda, sin recubrirla con ropa. Talberg (1922) mostró que el sudor segregado por la piel cubierta de ropa es casi dos veces más rico en sal que el de la piel desnuda. Es este un argumento decisivo contra el uso del vestuario en los trópicos, afirmó Graham Lusk (1928).

Estas observaciones de Talberg nos muestran la explicación clara de interesantes pormenores ligados a la aclimatación y a la colonización de las regiones tropicales. El primer punto aclarado es el de la mayor resistencia del hombre negro al trabajo en los trópicos: el hombre negro siempre trabajó casi desnudo, ya sea en las plantaciones de caña de las Antillas, ya sea en los algodones estadounidenses, ya sea en la zona del azúcar del noreste brasileño (Koster, 1817); siempre lo encontramos con el mínimo de ropa posible, a veces con una simple *tanga*, evitando de este modo la desmineralización por medio del sudor excesivo y concentrado en sales minerales. ¿Y por qué los blancos no intentan esta misma técnica? Primero, por ignorancia de sus ventajas; segundo, porque sería peligrosa la exposición directa de sus pieles al sol. Piel poco pigmentada, sin defensa, que se dejan, por lo tanto, penetrar fácilmente por todos los tipos de rayos solares, tanto los benéficos como los nocivos, los

ultravioletas y los caloríferos. Ya el hombre negro, con su pigmentación acentuada, se sentía bien defendido, como tuvimos ocasión de explicar antes.

El problema del hambre de sodio es, por lo tanto, un problema de la mayor importancia en la vida, tanto económica como social de los grupos humanos que habitan en las regiones ecuatoriales y tropicales. A través de él, se hacen sentir influencias decisivas en el tipo de alimentación, de vestuario y de régimen de trabajo. Problema de raza, de clima y de hábitos culturales.

El uso de regímenes alimentarios tan pobres, y hasta cierto punto basados monótonamente, el año entero, en apenas cuatro o cinco sustancias alimenticias, usadas en ese sector de América del Sur, dan —a primera vista— a los especialistas en nutrición la impresión de que allí se encontraría una variedad espectacular de carencias vitamínicas. Las estadísticas sobre el estado de nutrición de las poblaciones, llevadas a cabo en diferentes países sudamericanos, niegan por completo tal presunción, Esto no quiere decir que esas regiones suministran en realidad las dosis indispensables de vitaminas, pudiendo ser considerados, bajo este aspecto, como regímenes equilibrados. Son, las más de las veces, regímenes deficientes en vitaminas, pero apenas con carencias parciales que no llevan a los organismos a exteriorizarlas en manifestaciones clínicas típicas, en estados de avitaminosis declaradas.

Solo en limitadas regiones y en contingencias excepcionales surgen las avitaminosis típicas en forma endémica o en brotes epidémicos. La restricción cuantitativa global del régimen y, hasta cierto punto, el uso de algunos ingredientes, ciertos condimentos y salsas elaboradas con plantas nativas y largamente consumidas por las poblaciones locales, evitan el desencadenamiento de los estados de carencia más agudos.

La falta de grasas, de leche, de manteca y de los vegetales verdes, en los regímenes usuales de este sector, acarrea necesariamente cierta deficiencia en vitamina A. Los estados de xeroftalmía y de queratomalacia —manifestaciones oculares de esas carencias— son, no obstante, rarezas clínicas que solo surgen en casos esporádicos. Pues en cada zona se encuentran ciertos recursos locales capaces de suplir en el organismo, hasta cierto punto, este principio vitamínico. En la región del noreste brasileño, por ejemplo, es el uso abundante que hacen las poblaciones mestizas del aceite de dendê (*Elais guineensis*), palmera trasplantada del África, que produce un aceite con un término medio de 1.000 unidades de beta-caroteno por centímetro cúbico (Castro, 1949).

En la zona argentina, el uso abundante de yerba mate corrige la deficiencia de vitamina A, dado su gran contenido en ese elemento, conforme a análisis realizados bajo la orientación del profesor Pedro Escudero.

La carencia de vitamina A se traduce con más frecuencia por el retardo del crecimiento y por los trastornos cutáneos, las hiperpigmentaciones y las hiperqueratosis, semejantes a las observadas por Frazer y Wu en ciertas poblaciones chinas.

En las zonas de mandioca, de maíz y de arroz, aunque sea insuficiente el suplemento de los elementos componentes del complejo B, las manifestaciones típicas de su carencia, como el beriberi, la pelagra y las arriboflavinosis son poco frecuentes. El beriberi se propagó profusamente en la cuenca amazónica durante el *rush* del

caucho, que duró desde 1870 a 1910, como consecuencia de la completa absorción de las actividades productoras de la región en la exclusiva recolección del caucho, faltando en aquel período todo cuanto fuera alimento fresco. Durante esa etapa económica, cuando el caucho llegó en un determinado momento a representar el 28% del valor de la exportación total de Brasil (Dutra, 1940), se guió hacia la zona amazónica una gran corriente de inmigrantes. Eran grupos de aventureros seducidos por la mira de enriquecerse de la noche a la mañana con la explotación del *ouro negro*, del caucho valioso que manaba como sangre de los gomeros heridos en todo el valle amazónico. La floresta virgen cobró caro la osadía de aquellos pioneros que intentaban arrancar la riqueza maldita del seno de la selva tropical. Y su venganza predilecta fue el beriberi.

No existen estadísticas que nos den con precisión el número de víctimas del terrible mal, el número exacto de los que dejaron la pobre osamenta enterrada en los pantanos amazónicos, ni de los que volvieron incapacitados, cargados en camillas, por el río abajo, hasta tocar tierras más blandas, climas más dulces donde curarse el beriberi y concluir melancólicamente los malhadados sueños de riquezas; pero de las crónicas de la historia del caucho se puede afirmar que, por lo menos, el 50% de la población fluctuante del Amazonas fue tocado por este tipo de carencia alimentaria.

Esta epidemia que tantas vidas costó, que fue uno de los factores de la falta de consolidación de la economía amazónica durante el ciclo del oro negro, tuvo su origen en fenómenos económico-sociales bien caracterizados. La causa fundamental fueron factores estrictamente económicos. Habiendo alcanzado el caucho, a partir del descubrimiento de los procesos de vulcanización, precios fabulosos en los mercados mundiales, elevándose cada día su cotización, todas las poblaciones amazónicas —las nativas y las extranjeras allí llegadas— no cuidaron otra cosa, concentrando toda su actividad en la recolección del precioso látex. Con la paralización de la pesca y con los rebaños abandonados que se ahogaban durante las inundaciones, con la agricultura paralizada por falta de brazos, en fin, con todas las fuentes de riquezas locales desmoronándose, la alimentación regional sufrió una tremenda crisis. Pasó a constituirse casi exclusivamente de alimentos secos, de conservas importadas de tierras distantes. El régimen alimentario del *seringueiro* estaba compuesto por carne seca o charqui, *corned-beef*, habichuelas, harina, arroz sin cáscara, conservas en lata, dulce, chocolate y bebidas alcohólicas, importadas directamente de Europa. Régimen impropio, sin alimentos frescos, y muy semejante al de los antiguos barcos veleros donde el beriberi se propagó terriblemente.

No es de admirarse que haya dado lugar a un gran brote del mal. Brote que después de provocar horrores, pareciendo indiferente a todos los recursos médicos e higiénicos de que se echó mano, se extinguió en determinado momento, sin motivos aparentes que pudiesen explicar la desaparición, principalmente, dadas las ideas de entonces de que la enfermedad era infecciosa y trasmisible. A partir del momento en que se acabó el monopolio del caucho, cuando el producto de la planta cultivada en el Extremo Oriente concurrió y sobrepujo a la planta nativa del valle amazónico, con la crisis económica que entonces surgió, al caer los precios del caucho de modo amenazador, los negociantes del producto en quiebra, la economía de la región en

colapso, el beriberi, como si fuese alimentado por esa misma economía, también comenzó a declinar.

Y cuando se cerró el ciclo del caucho y el producto vino a representar menos del 1% del volumen de la exportación brasileña, el beriberi desapareció de la región del caucho. Pues sin exceso de dinero para quemar —comprando bebidas finas y *corned-beef* inglés— el hombre de la Amazonia tiene que volver a los antiguos menesteres de la era anterior al caucho: la caza, la pesca, la recolección de raíces y frutos silvestres, la agricultura incipiente. Agricultura rudimentaria, pero capaz de producir algunos productos frescos: mijo, habichuelas verdes, habas y legumbres, que, junto a los productos de la recolección nativa, mejoraron mucho su régimen básico que anula la carencia y extermina el beriberi.

Así se fijó el ciclo de la terrible dolencia, ciclo que tiene sus analogías con el escorbuto en Alaska, durante la fiebre del oro: el escorbuto formaba parte de la sintomatología de la fiebre del oro y el beriberi de la fiebre del caucho. Hoy restan apenas pequeños focos endémicos de beriberi en América del Sur, como el del Delta del Orinoco, en Venezuela, y las desiertas zonas azucareras, donde el mal es conocido por los nombres de “dolencia de la miel” o “enfermedad de los ingenios”.

En la región del maíz en Brasil, la pelagra es prácticamente inexistente, porque ese cereal es consumido siempre con leche y un poco de carne. En la zona venezolana y en la del noroeste argentino, las lesiones cutáneas pelagrosas son más bien frecuentes. En Bolivia, a pesar de ser la ingestión de vitaminas deficiente en el 90% de la población, el doctor R. Passmore (1948), técnico del Fondo Internacional de Socorro a la Infancia, en centenas de criaturas bolivianas que examinó, no encontró un solo caso de avitaminosis de los grupos A, B y C, clínicamente evidenciados.

En cambio, los casos latentes que se manifiestan por inapetencia, fatiga, estados anémicos, etcétera, son verdaderamente comunes. Tanto el escorbuto como el raquitismo son manifestaciones raras en el continente sudamericano. Solo se encuentran realmente criaturas con típicas manifestaciones raquíticas en Chile, con sus climas templados y fríos, y en el altiplano boliviano. Según el doctor Passmore, el raquitismo en Bolivia se circunscribe a las criaturas de menos de un año de edad, las cuales se curan espontáneamente, luego que comienzan a andar y a exponer la piel a las irradiaciones ultravioletas del sol. Son estas, en trazos rápidos, las principales características de la alimentación y del estado de nutrición de los grupos humanos que habitan este sector geográfico.

Veamos ahora las condiciones del segundo sector sudamericano, o sector B. En este, las condiciones de alimentación son sensiblemente mejores que las del sector del hambre crónica, pero está aun bien lejos de la perfección. Su relativa superioridad alimentaria abarca múltiples factores. Se trata de la porción más rica de este continente, donde se encuentra su mayor actividad económica. La franja brasileña englobada en este sector representa una extensión de apenas un tercio del territorio nacional, pero engloba el 80% de la capacidad económica de toda la nación y produce más del 50% de los alimentos consumidos en el país. También en la región argentina que figura en este sector, la llamada zona de la pampa húmeda y el litoral, comprendiendo apenas el 21% del territorio argentino concentra el 68% de la

población, el 82% de las actividades económicas y el 85% de la producción agrícola del país. La producción individual, la capacidad adquisitiva y el estándar de vida en este sector, donde se localizan las tres grandes metrópolis industriales sudamericanas: Buenos Aires, Río de Janeiro y San Pablo, todas con poblaciones en escala de millones de habitantes, son más elevados que en las zonas comprendidas en el sector A. Por ejemplo, la producción per cápita en la región del sur de Brasil es diez veces más alta que la del extremo norte. Abarca también este sector la más densa red de transportes del continente, y en él viven poblaciones de un nivel educativo más alto, factores estos de gran importancia en lo que respecta al uso de una alimentación racional. Tampoco debemos omitir el hecho de que, en este sector, el suelo y el clima son más aptos, tanto para la agricultura como para la cría del ganado. Aquí se concentran los grandes rebaños bovinos, ovinos y porcinos del continente. Este conjunto de factores favorables determina, desde luego, el hecho de no haber en los regímenes regionales, deficiencias cuantitativas. En la encuesta realizada en la ciudad de Río de Janeiro, antes de la última guerra, encontramos un consumo medio diario de cerca de 2.800 calorías (Barros Barreto, Castro & Castro, 1939). Escudero calculó en 3.000 calorías el consumo medio de los obreros de la ciudad de Buenos Aires (Escudero, 1933).

Otro aspecto que traduce la relativa superioridad de la alimentación en esas zonas es el consumo más bien abundante de los alimentos protectores. El consumo de carne varía entre 70 kg en el sur de Brasil, 111 en Uruguay, 115 en el este de Paraguay, y 136 en Argentina. La leche es consumida en la proporción media de 135 litros en los países del Plata y en proporción más modesta en la zona brasileña. En cambio, el consumo de frutas es más acentuado en el sur de Brasil (65 kg) y más moderado en Argentina (59 kg), en Uruguay (48 kg) y en Paraguay (30 kg). Se concibe fácilmente, mediante esos índices, que las carencias en proteínas son excepcionales en esta zona, y se limitan a las poblaciones más miserables, que viven en los suburbios urbanos, como verdaderas poblaciones marginales. En lo que respecta al abastecimiento de minerales y de vitaminas, la situación es menos favorable. En innumerables subregiones, se podrán notar las deficiencias parciales de calcio, hierro, yodo y vitaminas de los grupos A y B. Varios hechos confirman esta aseveración: en estadísticas realizadas entre 1933 y 1934, en 50.000 escolares de la provincia de Buenos Aires, se observó que el 81% presentaban caries dentales. Hace diez años el senador argentino Alfredo Palacios denunciaba al Senado de su país el hecho de que 30.000 criaturas de Buenos Aires estaban incapacitadas para frecuentar la escuela, dado su estado de desnutrición (Palacios, 1939). En la estadística realizada en Uruguay por el doctor Bauzá, se comprobó que, de los 5.000 niños de 17 departamentos del país, el 21% presentaba signos inconfundibles de desnutrición. Si el raquitismo es excepcional en el sector tropical del continente, en esa región templada aparece con gran frecuencia. Así, en Uruguay, según Carano y Bazzano, de las criaturas hospitalizadas en Montevideo, una proporción del 15% al 18% presentan signos de raquitismo.

La carencia de yodo es tal vez la más espectacularmente acentuada en ese sector. En todo el territorio brasileño al oeste del macizo montañoso de la Sierra del Mar, el bocio endémico se propaga en proporción muy grande: en el municipio del estado

de Minas Gerais se observó la existencia del 44% en la población escolar (Lobo, 1942) y en las vecindades de la ciudad de San Pablo, del 60% (Arruda Sampaio, 1944). A través de esta rápida síntesis se verifica que la alimentación en todas las zonas de los sectores de América del Sur se presenta defectuosa, con fallas más o menos graves. Esta deficiencia alimentaria generalizada constituye, sin duda, uno de los factores de la inferioridad de las poblaciones que habitan este continente. Los altos índices de mortalidad general, de mortalidad infantil y de mortalidad por ciertas enfermedades infecciosas como la tuberculosis, observados en esas regiones son, en último análisis, manifestaciones indirectas de ese estado de desnutrición crónica. Los índices de mortalidad global en América del Sur son, término medio, dos veces más altos que los de América del Norte; los de mortalidad infantil son de los más elevados del mundo: 277 por mil en Bolivia, 335 por mil en el noroeste de la Argentina. La tuberculosis figura casi siempre en primer lugar entre las causas de mortalidad en los países sudamericanos, que alcanza en ciertas zonas una cifra diez veces superior a la media de mortalidad por esa enfermedad en América del Norte (Soule, Efron & Ness, 1945).

¿Cuáles son los factores que determinan esta alarmante situación alimentaria en América del Sur? ¿Será que la tierra se encuentra sobrecargada de gente, siendo la superpoblación la causa del hambre? Lejos de esto. No sé, asimismo, en qué elementos se basó William Vogt para afirmar que todos los países latinoamericanos, con excepción de apenas tres o cuatro, están superpoblados (Vogt, 1948). El hecho real es que América del Sur posee densidad demográfica bien rala. Extendida en una superficie de más de 7 millones de metros² se encuentra una población de apenas 90 millones de habitantes, lo que corresponde a una densidad relativa de apenas 13 individuos por milla cuadrada de superficie, densidad de las más bajas del mundo.

Si no es el exceso de gente la causa del hambre, ¿será, por ventura, la falta de suelos aptos para la producción agrícola? Tampoco, es cierto que no constituye América del Sur una especie de Ucrania o de centro oeste americano, con suelos espectacularmente fértiles, pero no se trata tampoco de ningún Sahara estéril para la agricultura. En su mayor parte, el continente sudamericano está recubierto de suelos tendientes a la laterización tropical, lo que limita ciertamente su aprovechamiento para el cultivo de vegetales productores de hidratos de carbono: la caña de azúcar, la mandioca, el maíz y el arroz. Y es también verdad que, en el cultivo de esos productos, el rendimiento de los suelos tropicales es, casi siempre, inferior al de los suelos de las regiones templadas. En tanto que una hectárea de tierra en Brasil produce, término medio, 1.000 kg de maíz y 1.500 de arroz, en EEUU, en una zona idéntica, se obtienen rendimientos respectivos de 1.600 y 2.200 kg; en Italia, de 1.600 a 4.600 kg (Gourou, 1947). Se hallan, además, los suelos tropicales, constantemente expuestos al fenómeno de la erosión, lo que provoca un decrecimiento vertiginoso de su rendimiento agrícola, a través del tiempo. También el clima sudamericano, con su exceso de lluvia en algunas regiones, como la amazónica, o con su exigüidad e irregularidad en otras zonas, como la región semiárida del noreste brasileño, las tierras costeras de Ecuador y Perú, y la región del desierto de Atacama, en el norte de Chile, hacen un tanto difícil la agricultura en gran parte del territorio

del continente. Pero debemos reconocer que las limitaciones impuestas por estos factores naturales están lejos de determinar o de justificar la existencia de la desnutrición y del hambre en la región. No existe una sola gran extensión de tierra en el mundo que no posea sus zonas estériles, siendo que la valuación mundial considera apenas aprovechables menos de la mitad de los suelos del planeta. En América del Sur, aunque dispersas y distribuidas irregularmente, existen innumerables regiones de suelo de buena calidad muy capaces de producir, si son cultivadas, lo suficiente para alimentar una población con un efectivo humano muchas veces superior al actual. Se calcula que, por lo menos, el 25% del suelo sudamericano puede ser aprovechado para alguna especie de cultivo; no obstante, su utilización actual no sobrepasa el 5%. A pesar de su baja densidad demográfica, América del Sur apenas posee un acre y medio cultivado por persona; por su parte EEUU posee cuatro y Rusia dos acres (FAO, 1946). Se verifica así que son más bien factores de orden social que factores de orden natural, los que determinan la pobreza y la escasez alimenticia en este continente.

El hambre reinante en las tierras sudamericanas es una consecuencia directa de su pasado histórico; la historia de su explotación colonial de tipo mercantil, desdoblada en sucesivos ciclos de economía destructiva o, por lo menos, de desequilibrio de la integridad económica del continente: el ciclo del oro, el ciclo del azúcar, el ciclo de las piedras preciosas, el ciclo del café, el ciclo del caucho, el ciclo del petróleo, etcétera. Durante cada uno de esos ciclos, vemos una región entera absorbiéndose íntegramente en el cultivo o la explotación de un solo producto, olvidándose de todo y limitando, de este modo, las riquezas naturales y las posibilidades del abastecimiento de la región. El caso del cultivo de azúcar en el noreste brasileño es bien ilustrativo. En esa región, de las pocas zonas tropicales de suelo realmente fértil, de clima apto para la agricultura y recubierta primitivamente por un revestimiento forestal rico en extremo en árboles frutales, vamos a encontrar hoy una de las regiones de hambre del continente, como consecuencia de la absorbente y autofágica industria azucarera, que acaparó todas las tierras disponibles en la región para recubrirlas enteramente de caña de azúcar. La ausencia del cultivo de frutas, verduras y legumbres, y de la cría de ganado en la región, tornan así el problema alimentario en extremo grave, en una región que podría disponer de una infinita variedad de alimentos, si su explotación se hubiere orientado hacia la agricultura en general.

Estrechamente ligado a este tipo de explotación agrícola colonial, que solo atiende a producir las especies aptas para la exportación, está el fenómeno del latifundio agrario. El cultivo de un solo producto y el latifundio constituyen dos de los mayores males del continente que influyen de manera terrible en su desenvolvimiento agrícola y, en consecuencia, en sus posibilidades de abastecimiento alimentario. Algunos datos estadísticos acerca de la propiedad territorial en algunos países sudamericanos demuestran cabalmente la situación: en la provincia de Buenos Aires, con una población de 3,5 millones de habitantes apenas un puñado de 320 familias aristocráticas ocupaban cerca del 40% de las tierras (Soule, Efron & Ness, 1945). En otra provincia argentina —la de Santa Fe— había 189 latifundios, cada uno

de ellos con una zona media de 60.000 acres. En el valle Central de Chile, donde se concentra la mayor parte de la producción agrícola del país y el 80% de su población, la institución del latifundio hasta hoy permanece inamovible. En la provincia de Curicó, 437 grandes estancias absorben el 83% de las tierras, y el resto, apenas 17% del territorio provincial se reparte entre 5.937 propiedades de extensión pequeña.

Brasil, con un territorio 15 veces superior al de Francia y con idéntica población, posee un número dos veces menor de propiedades (1,9 millones en Brasil y 4 millones en Francia). No sin razón apenas el 2% del territorio brasileño se encuentra bajo cultivo y apenas el 1% dedicado a la producción de alimentos.

El desequilibrio regional de la producción que, en cada país, se limita casi exclusivamente a una región pequeña, como ya aclaramos con anterioridad, y la falta de medios de comunicación entre esos diferentes islotes económicos constituyen otros factores de serio gravamen del abastecimiento alimentario de las poblaciones sudamericanas.

A estas causas principales se asocian otras, como la falta de conocimiento por parte del pueblo de los fundamentos de la higiene alimentaria o de la inflación que siguió a la última guerra. Todas ellas cooperan al mantenimiento de la deplorable situación alimentaria reinante en la zona.

El Mediterráneo americano

Si por su situación geográfica e importancia estratégica, América Central se designa como el Mediterráneo americano por las condiciones de vida de sus pueblos, bien merece la denominación de “Balcanes americanos”. Pues si en Europa los Balcanes siempre constituyeron la región de más bajo estándar de vida del Viejo Continente, a América Central le cabe idéntico triste privilegio en el Nuevo Continente. Una serie de factores de orden natural y cultural contribuyó, a través de los tiempos, para que las condiciones de alimentación en esa parte del continente fuesen más bien deficientes y de solución más difícil que las de América del Sur.

Para los propósitos de nuestro estudio, daremos la denominación de América Central, a todas las tierras comprendidas entre América del Sur y EEUU, que abarcan tanto la masa continental de las repúblicas centroamericanas como el extenso archipiélago de los Caribes, otrora denominado Indias Occidentales. El estudio de esta región balcanizada desde el punto de vista alimentario proyecta, sin duda, una gran luz en la oscura historia de los conflictos, de las revoluciones y de las agitaciones sociales que se van desarrollando sin interrupción en esta zona, y perturbando, sobre manera su progreso (Wilson, 1942).

Aunque todas las tierras situadas en torno del Mar de los Caribes presentan varias características comunes, que las incluyen en una misma región geográfica, la verdad es que, desde el punto de vista alimentario, esta unidad no puede ser mantenida. Para no forzar la realidad de los hechos, cayendo en los peligros de la *supersimplificación* debemos considerar, por separado, dos subregiones bien definidas: la región continental y la región de las Antillas.

En la zona continental, que se extiende desde Panamá hasta México, encontramos un tipo de alimentación en extremo deficiente, que tiene como alimento básico el maíz. Desde los tiempos precolombinos, el maíz constituye el principal componente de la alimentación de las poblaciones indígenas que habitaban la región. Sirvió este cereal como base de la alimentación de pueblos muy civilizados como los mayas y los aztecas. Y fue, también, el uso exagerado y casi monofágico de ese mismo cereal, la causa principal, según algunos autores, de su precoz decadencia. No es que el maíz sea una planta maldita, como pensaba Bulnes (1889), que condenaba irremediablemente a la decadencia a los que se alimentaban de ella, ni que contenga algún tóxico, como se pensó durante mucho tiempo, al ver a los grupos alimentados con maíz extremadamente expuestos a la pelagra. Lejos de eso, el maíz es un alimento precioso y constituye, sin duda, una de las más importantes contribuciones del continente americano a la civilización del mundo. Pero, por desgracia, no es un alimento completo, capaz de suplir todos los principios nutritivos esenciales del organismo. Sus proteínas son pobres y débiles. Óptimo alimento complementario al ser consumido conjuntamente con alimentos protectores, el maíz es, en cambio, incapaz de nutrir bien el organismo, cuando constituye la única fuente de proteínas, sales minerales y vitaminas. Y esto fue lo que ocurrió en América Central. Esta es la zona del régimen alimentario más monótono del continente, constituido exclusivamente por maíz, habichuelas, arroz, pimienta, algunas raíces y tubérculos, café y azúcar (Quintana, 1942a). En ciertas zonas, la monotonía va más lejos: existen distintos grupos indígenas que se alimentan casi exclusivamente de maíz, en forma de pastas o *tortillas* y de *puche* o *atole*. La alimentación de los campesinos mexicanos de ciertas regiones consiste, según el doctor Francisco Miranda, ex director del Instituto de Nutrición de México (Miranda, 1947), en tres *tortillas* de maíz de almuerzo, tres *tortillas* de tarde y tres *tortillas* a la noche. Esta exclusividad alimentaria, muy semejante a la de los chinos en relación con el arroz, lleva a la nutrición a graves consecuencias. No es, pues, de admirarse que las estadísticas llevadas a cabo en esa zona hayan revelado una cantidad impresionante de carencias de las más variadas categorías. La más grave y la más generalizada es, sin duda, la carencia de proteínas, consecuencia de la falta de carne o de la casi ausencia total de carne, leche, queso y huevos, en el régimen de los campesinos y operarios de América Central. El doctor Epaminondas Quintana, estudiando el problema dietético del Caribe, llama la atención sobre el hecho de que el campesino de Guatemala, aun cuando posea algún ganado lechero o críe gallinas, vende invariablemente la leche y los huevos para comprar maíz y aguardiente (Quintana, 1942b). Lo mismo ocurre en México, según el juicio del antropólogo Ramos Espinosa: “la leche, la gallina y los huevos son vendidos a precios bajos por la gente humilde, que invierte el dinero así obtenido, en *pulque* o aguardiente” (Ramos Espinosa, 1939).

De las carencias vitamínicas las más comunes son: la pelagra, el beriberi y las oftalmías por falta de vitamina A. Las deficiencias en hierro y yodo son las más graves entre las carencias de tipo mineral, manifestándose, respectivamente, por las anemias tan frecuentes en esa zona y por el bocio endémico, que asola grupos

enteros de poblaciones de las zonas montañosas de América Central. Escapan estas poblaciones al déficit de calcio, por el hábito tradicional de agregar cal al maíz, para aderezarlo de manera adecuada a la preparación de las tortillas y, tal vez, por el exceso de luz solar local, principalmente en las tierras altas del altiplano, donde el sol favorece largamente la fabricación de la vitamina D. Por desgracia, al lado de ese hábito saludable, vamos a encontrar otro en extremo nocivo: el de hervir los alimentos en varias aguas y arrojar estos caldos, de apreciables riquezas minerales. Así, observa el doctor Quintana que “el abandono del agua del *nixtamal* o sea de la cocción del grano de maíz, es lamentable, por la pérdida de fósforo que acarrea”.

En ciertas zonas, como en la República del Salvador, junto a las carencias específicas, vamos a encontrar aun el tremendo déficit energético, en una población que vive con un régimen alimentario medio, de cerca de 1.500 calorías diarias. Verdadero régimen de hambre intensa, que sirvió de base a Vogt para intitular la tragedia del pueblo salvadoreño de “parábola de la miseria”.

La escasez de alimentos, tanto en las criaturas como en los adultos, es de las más grandes del mundo. Así, el doctor Rigoberto Aguilar, examinando 10.000 criaturas pobres de un dispensario de la ciudad de México, en 1944, encontró 5.000 con signos evidentes de carencias alimentarias. Notó, además, aquel pediatra que la estatura de las criaturas estaba muy por debajo de la media normal y que, en muchos casos, el hambre acarrea una verdadera detención del crecimiento con la constitución de casos de enanismo alimenticio (Aguilar, 1944). Casos de criaturas de 12 años que aparentan cuatro o cinco. En una visita efectuada a México el año 1945, tuvimos ocasión de observar, en compañía de ese médico, innumerables casos de avitaminosis infantiles, impresionándonos sobremedida la extrema frecuencia con que la pelagra aparecía en las criaturas. Nos explicó el doctor Aguilar que el fenómeno resulta del hecho que las madres más pobres, incapaces de amamantar a los hijos a consecuencia de la propia escasez de alimentos, les dan caldo de maíz y de habichuelas, lo que acarrea, en poco tiempo, la aparición de terribles manchas pelagrosas. El doctor Alfredo Ramos Espinosa, estudiando la alimentación del adulto en México, demostró que la carencia de alimentos es por lo demás frecuente, y el agrológico Mendieta y Núñez (1938) afirma que hay hambre en varias regiones del país.

Una de las consecuencias más graves de ese estado de hambre crónica de las poblaciones centroamericanas es su famosa apatía: indiferencia y falta de ambición tradicionales. Ciertamente, entre las causas que determinan este deprimente estado psicológico, considerado por muchos como una especie de melancolía racial, figura el hambre crónica a que tales grupos humanos viven sometidos desde los tiempos precolombinos. Ese estado de hambre crónica, con sus deficiencias en determinadas vitaminas, comienza por embotar el apetito y, no sufriendo más por la falta de alimento, las poblaciones indígenas pierden el más fuerte estímulo para luchar por la vida: la necesidad de comer. No es el llamado exceso de facilidades en obtener recursos de vida en las regiones tropicales lo que condiciona la famosa indolencia de esos pueblos; por el contrario, es la falta de necesidades a que el estado de hambre conduce al organismo: el organismo adormecido por el hambre está en una especie de letargo fisiológico, con sus reacciones nerviosas embotadas, débil la voluntad y

anulada la iniciativa. De que estas poblaciones ya no sienten apetito y comen casi mecánicamente como si cumplieran una simple obligación, ya no cabe la menor duda. En este sentido, hablan los documentos de innumerables investigadores que se impresionaron por lo poco con que se satisface un individuo en esa región del hambre: una *tortilla* con pimienta y un trago de *pulque* (aguardiente mexicano). La verdad es que aun para ingerir tan escaso refrigerio, el indígena necesita estimular artificialmente el apetito esquivo, de donde el uso, o mejor, el abuso que hace de los estimulantes y aperitivos. Son, asimismo, del antropólogo Ramos Espinosa, las siguientes palabras acerca de ese extraño fenómeno de un pueblo famélico que no siente hambre: “el indígena para comer debe vencer su inapetencia, despertando la boca y el estómago con pimienta, a fin de producir una secreción refleja de saliva, que puede simular la provocada por el buen apetito”.

La actual hambre crónica, consecuencia del uso de la alimentación muy deficiente que predomina en América Central, es una especie de herencia de la cultura indígena anterior al descubrimiento, agravada, en muchos aspectos, por los métodos intempestivos de la explotación colonial. Cuando los invasores españoles entraron en contacto con varios de los grupos indígenas de la región, los encontraron, ya en ese entonces, con un tipo de alimentación en que preponderaba el maíz. Alimentación que a través de la reconstrucción de los hábitos de entonces, es juzgada por los estudiosos como deficiente en proteínas y en otros principios nutritivos esenciales. El indio cultivaba su maíz en trozos de tierra abiertos en la floresta, por el proceso de “la quemazón” o *milpa*, y luego que la tierra se agotaba por la rápida erosión, pasaba a cultivar otro trozo de tierra. Hay quien afirma que tal proceso agrícola, que acarrea extremo agotamiento del suelo, en regiones en su mayoría montañosas y, por lo tanto, más sujetas a erosión, fue la causa fundamental de decadencia de grandes civilizaciones americanas como la del imperio de los mayas, que floreció hace cerca de veinte siglos, en tierras hoy pertenecientes a Guatemala (Osborn, 1948). Juzgan otros que la decadencia se originó, no por el agotamiento de las tierras, ya que la masa de la población en aquella época estaba lejos de ocupar toda la extensa región representada por las tierras altas de la planicie, sino como consecuencia de la monotonía alimenticia, del régimen permanentemente falto de buenas proteínas. La ausencia de cualquier especie de crianza animal entre los indígenas de aquella región es realmente un índice seguro de la casi imposibilidad en que se encontraban de abastecerse de proteínas animales. Restaba, es verdad, el recurso de la caza, pero esta nunca fue abundante en la región del altiplano, en gran parte de tipo semiárido, y no era posible abastecer solo con la caza, a poblaciones de relativa densidad. Los grupos humanos que viven del azar de la caza, siempre se mantuvieron en relativa dispersión geográfica, como los esquimales y los pigmeos. Para sobrevivir, con economía tan precaria, echaban mano los indígenas, guiados por el instinto o, como hoy decimos, por una especie de hambre específica, de los más extraños recursos naturales. Pero solo en determinadas regiones estos recursos eran suficientes y adecuados. Un antropólogo mexicano llama la atención acerca del hecho singular de que, en la época del descubrimiento, solo restaban en las tierras de México, dos reinos poderosos —el azteca y el tarasco— ambos ubicados en las márgenes de

grandes lagos: el lago de Texcoco y los lagos Comarcanos. Es que estos lagos constituían un gran depósito de alimentos de origen animal; y usados por las poblaciones de las riberas contribuían en gran parte a enriquecer el régimen regional y a tornarlo superior a otros grupos como los mayas y los toltecas, tempranamente asaltados por la progresiva decadencia biológica y económica. Leyendo las obras clásicas de los historiadores mexicanos, que relatan los primeros tiempos de la conquista española, tales como Sahagún, Torquemada, Diego Durán, Clavijero y otros, se verifica cómo se ingeniaron los indígenas en arrancar de las aguas de los lagos los recursos que no sabían obtener de las tierras. Así, refieren aquellos historiadores que los indígenas comían toda especie de pescado, batracio, crustáceo, insecto, ave acuática y otros habitantes de las aguas. “Comían hasta la espuma de las aguas” dice Clavijero (1944), refiriéndose a una especie de urronas de color azul claro, que flotaban sobre las aguas de las lagunas. Cuenta, asimismo, Clavijero que los mexicanos comían en abundancia los huevos de una mosca —*exayastl*— depositados sobre las aguas, bajo la forma de costra gelatinosa. Este manjar, conocido con el nombre de *ahuauhtli*, constituía una especie de caviar indígena. También comían los indios las propias moscas reducidas a masa y cocidas en hojas de maíz. Es evidente que tales alimentos acuáticos, aunque repugnantes en su apariencia, constituían buena fuente tanto de proteínas como de sales minerales y vitaminas. Tenemos, pues, que reconocer que el régimen de los antiguos mexicanos no era tan deficiente como fue juzgado a primera vista. Asimismo, porque las pimientos o *chiles* son óptimas fuentes de vitamina C y el *pulque*, aunque perjudicial por su alto contenido alcohólico, provee por otro lado, de apreciables cantidades de elementos del complejo B. Se concluye que, por lo menos algunos grupos indígenas conseguían mantener un régimen alimentario equilibrado, a través de los hábitos alimentarios sacados de la experiencia. El contacto con los colonizadores blancos, lejos de mejorar, en mucho, la situación alimentaria en la región vino a agravarla.

La verdad es que la colonización española, si bien no era allí tan dramáticamente destructiva para el nativo, como lo fue en la región de las Antillas, ni tan inhumana como la colonización inglesa en la misma zona fue, con todo, de un terrible desequilibrio para la integridad económica de la región. Comenzó por constituirse como explotación de las minas, relegando a un plano bien secundario todas las otras actividades productivas. Los efectos nocivos del descubrimiento de las minas en la región continental, sobre la economía colonial entonces naciente, sobrepasaron aun los límites de la región y repercutieron, de manera funesta, en otras regiones. Así, las Antillas, donde se iniciaba promisoriamente la explotación agraria sufrieron el casi abandono de sus tierras por los colonos blancos, atraídos por el “rush” del mineral. Son del historiador Gonzalo de Reparaz las siguientes palabras: “Descubiertas las mesetas americanas y conocida su gran riqueza mineral, se despoblaron de españoles las Antillas, donde la raza indígena iba desapareciendo, de manera que la colonización del trópico por el hombre blanco, medio siglo después de iniciada podía considerarse perdida” (Reparaz, 1935). El choque cultural con los indios, en algunos grupos de estructura educativa superior, también constituyó el factor de degradación de la economía agraria y, en consecuencia, de las condiciones de vida

de la región. El indígena, al principio, tratado como esclavo por los encomenderos españoles de acuerdo con las instrucciones reales del emperador Carlos V y, después, forzado a trabajar en un régimen de semiesclavitud en las minas, en las fábricas de azúcar, en la industria del añil y en el cultivo del café, siempre se mostró rebelde a la servidumbre, abandonó muchas veces las propias tierras y desorganizó, de esta manera, la economía regional. La explotación del suelo de las primitivas comunidades indígenas en enormes regiones de tierra o latifundios dados a los colonizadores y mantenidos, en su mayor parte, en el abandono, también venía a agravar en mucho la situación del abastecimiento alimenticio de la región. Se asoció con el latifundio para arruinar definitivamente las poblaciones indígenas, la monoexplotación a que cada región se dedicó casi con exclusividad: unas a la explotación de las minas; otras a la plantación de café, otras, en fin, al cultivo del tabaco o del cacao. Esa especialización acarrea la grave situación hasta hoy reinante en países como El Salvador que, prácticamente, solo produce café, o como Honduras que solo exporta bananas. Por esta explotación unilateral de los recursos de la tierra, los propietarios de los latifundios concentraban todo el trabajo en sus industrias monopolizadoras y promovían un verdadero desequilibrio ecológico de la región: el empobrecimiento del suelo y de su revestimiento vivo y la decadencia de la gente que en ella habitaba. Fueron estos factores disgregantes del colonialismo mal encarado y no el exceso de habitantes los que agotaron las posibilidades de la subsistencia de la región. La verdad es que las repúblicas centroamericanas, en su conjunto, están lejos de poseer exceso de población que justifique, hasta cierto punto, las precarias condiciones alimentarias allí reinantes. Su densidad de población se aproxima a 30 individuos por milla cuadrada de superficie. Densidad que, aunque superior a la de América del Sur, está lejos de alcanzar los niveles de las regiones superpobladas o, asimismo, medianamente pobladas del mundo. Apenas en El Salvador, con su territorio limitado y con la densidad de 140 habitantes por milla cuadrada, podrán los teorizadores del neomalthusianismo encontrar argumentos para explicar la miseria a través de un supuesto grado de excesiva población. En el resto, en lugar de exceso de gente, lo que hay es falta de gente, principalmente de gente con salud y capaz para movilizar de manera racional las riquezas latentes de la región. En un país como Costa Rica, con diez millones de acres de suelo que puede ser arado, en gran parte extremadamente fértil por su origen volcánico, apenas el 10% se encuentra hoy cultivado y un tercio de su totalidad, dedicado exclusivamente a la producción de café (Soule, Efron & Ness, 1945).

Soule, Efron y Ness afirman que la fiscalización del monopolio de la tierra y de sus recursos naturales prevalece hasta hoy en la mayor parte de los países de América Central. Solo México consiguió, gracias a sus jefes revolucionarios, llevar a cabo una revolución agraria; desmembraron los latifundios y devolvieron la tierra a los campesinos, en un proceso que acuerda la primitiva comunidad indígena, y que se llama el ejido.

Fue sin duda el ejido, un paso hacia adelante de México, en la lucha contra el hambre pero, por desgracia, con resultados inferiores a lo esperado. Los revolucionarios mexicanos, más idealistas que técnicos, olvidaron que no basta distribuir la

tierra, sino que es preciso suministrar los recursos técnicos y financieros para llevar a cabo su cultivo adecuado. Y la verdad es que el indio, en su mayoría desposeído de conocimientos adecuados, técnicamente desarmado y desorientado, no aprovechaba convenientemente la tierra y la reforma agraria no provocó el aumento necesario de producción, ni la indispensable diversificación de los productos útiles para el mejoramiento de las condiciones de vida del país. La prueba es que México continúa hasta hoy importando del exterior apreciables cantidades de su alimento básico —el maíz— y sigue mal abastecido de gran número de alimentos protectores. Como documento probatorio de que la reforma agraria mexicana no promovió la correlativa mejora del estado de nutrición del pueblo, presentamos las siguientes palabras entresacadas del informe que el doctor Calvo de la Torre, del Instituto de Nutrición de México, envió a la primera Conferencia Latinoamericana de Nutrición, reunida en 1948 en Montevideo: “La mudanza del régimen desorientó hasta cierto punto a los campesinos: estos crecieron en número, pero la tierra no produjo más alimentos que aquellos que producía hacía varios años, donde el pueblo continuaría con su pobreza y la alimentación cada vez más escasa” (Calvo de la Torre, 1948).

Es muy probable que con las medidas tomadas en los últimos años, tendientes a mejorar la difusión de los conocimientos técnicos entre la masa indígena, el empleo, en gran escala, de los procesos de irrigación en las zonas semiáridas y, en fin, con la introducción de diversas medidas sanitarias, económicas y educativas ligadas al plano de recuperación rural, llegue el país a obtener un aumento apreciable de su producción y una mejoría que compensa el estándar de vida de sus poblaciones nativas.

Hasta hoy lucha América Central en tremenda inquietud social, para libertarse del yugo despiadado de la desnutrición y del hambre, fenómenos naturales de una situación económica poco feliz. Procurando explicar esa situación afirma Vogt, y esta vez con toda razón, que: “la tradición española, impuesta a la tradición indígena y reforzada por el moderno sistema económico de la competencia, resultó una de las economías extractivas más vampírescas actualmente existentes en el mundo” (Vogt, 1948).

El collar de esmeralda de las Antillas

Aun peores que las condiciones de vida de la parte continental de América Central, son las que prevalecen en esa larga cadena de islas que se extiende a través de 1.500 millas de océano, desde la península de Florida hasta las costas de Venezuela, en América del Sur, la subárea de las Antillas. Allí se encuentran algunas de las masas de población más devastadas por el hambre y por la desnutrición en todo el hemisferio occidental. Y ese hecho nos parece sorprendente cuando pensamos que tales islas, al ser descubiertas por Colón y otros navegantes de los siglos XV y XVI, se presentaron a los ojos deslumbrados de sus descubridores como preciosas gemas de incalculable riqueza. De hecho, con su frondosa vegetación tropical, constituyen densas manchas verdes incrustadas en la inmensidad del océano, y no es de admirar que el precioso collar de esmeralda de las Antillas pasase a ser, durante más de dos

siglos, “la constante seducción de inspiración de los marinos aventureros de todos los puertos de Europa [...] la fama de aquellas islas ricas atrajo cazadores de fortuna de toda especie” (Thompson, 1932).

Hoy, cuatro siglos después de descubiertas aquellas tierras de promisión, se presentan despojadas, con sus suelos en gran parte agotados, con muchas de sus florestas destruidas y con sus poblaciones mal alimentadas y enflaquecidas. A los ojos de los investigadores sociales de nuestros días, el collar de gemas de las Antillas aparece como una joya falsa, con sus piedras sin brillo, y con sus engarces corroídos por la herrumbre del tiempo. Así la más rica gema del collar, Cuba, denominada *perla de las Antillas*, lucha en sucesivas crisis económico-sociales, consecuentes a la explotación intempestiva de su suelo, por el agotamiento y el avasallador monocultivo.

Los factores fundamentales de esa rápida dilapidación de las Antillas fueron los mismos apuntados cuando nos referimos a otras zonas de América tropical, pero allí se extremaron los procesos destructivos. Una rápida síntesis de la historia de la colonización del Archipiélago, nos muestra claramente el secreto mecanismo de su degradación económica. Descubiertas por los españoles, no tardaron las Antillas en ser disputadas por otros pueblos europeos, franceses, ingleses, holandeses y dinamarqueses, siendo temprano foco de disputa colonial y de desenfrenado pillaje, por parte de los piratas y filibusteros de la época. En algunas islas, se inició la colonización agraria, con el policultivo de sustentación; pero, después, el descubrimiento de las minas en las mesetas continentales provocó el abandono de aquella economía rutinaria y trabajosa por la aventurada búsqueda de riqueza rápida, mediante la explotación de los metales.

Hecho que influyó notablemente en el empobrecimiento real de esas tierras fue la destrucción casi total del elemento nativo, por la colonización europea. Aunque hasta ahora no se disponía de datos suficientes para avaluar con seguridad la población de las islas en la época del descubrimiento, no queda la menor duda de que esta era bien apreciable. Así, calculaba el padre Bartolomé de las Casas (1552), en tres millones la población de la Isla Española (actual isla de Haití) siendo la población de Cuba calculada en cerca de un millón (Humboldt, 1825). Nos cuenta el historiador López de Velasco que, 60 años después del descubrimiento, aquellas poblaciones indígenas habían sido prácticamente diezmadas, restando apenas algunas poblaciones ralas, perdidas en medio de la floresta. Ya a fines del siglo XVI, los varios millones de indígenas estaban reducidos a cerca de 15.000 individuos (Hardy, 1933).

Para sustituir al nativo, tan rebelde que llegaba al extremo de preferir la muerte a la esclavitud, los colonos importaron negros africanos, con los que repoblaron las islas, y en tales brazos basaron la explotación agrícola de la tierra. “El trabajo de un negro vale por el de cuatro indios”, afirmaban los colonos de la época y, por eso, se convirtió África en el gran almacén de esclavos, suministrador de la mano de obra colonial. Se establecía así el sistema de las plantaciones con su régimen esclavista y latifundista, el cual, en poco tiempo, arrastraba a la decadencia muchas de aquellas tierras, después de un fugaz periodo de aparente esplendor. Hay quien atribuye a la importación de los esclavos y al tipo de cultivo que allí se formó, la mayor parte de los males sociales de la región. Pero la verdad es que la importación de esclavos

no fue causa, sino consecuencia inevitable del género de explotación colonial que allí se estableció. El sistema de las plantaciones tiene como una de sus exigencias fundamentales la de la mano de obra abundante y barata. Negándose el indígena a suministrarla, el único remedio era importar de otras tierras del mundo esa mano de obra, o abandonar el sistema colonial en uso, lo que significaba desistir de la aventura provechosa, capaz de dar a los colonos todas las honras y riquezas. En el sistema de explotación del suelo, en el poder de la tierra reside todo el germen de la defectuosa organización económica que condujo a los grupos humanos de aquellas zonas a las precarias condiciones de vida en que hoy se mantienen. El tipo de producto escogido para la base de la explotación económica de la región, la caña de azúcar, también tuvo efecto decisivo en el futuro de aquellos pueblos. No resta la menor duda de que el tipo de productos puede, muchas veces, como afirmó C. K. Meek, determinar la forma de propiedad de la tierra: "Hay formas de labor que pueden ser mejor realizadas sobre la base de grandes explotaciones agrícolas, con la asistencia del capital extranjero" (Meek, 1949). La caña de azúcar es uno de los productos que estimulan al máximo el cultivo exclusivo, el latifundio y aun el ausentismo, la explotación por capitalistas ausentes, financiadores apenas de la empresa monopolizadora. Fue este el cuadro económico que se desarrolló temprano en la mayor parte de las Antillas, dedicadas casi con exclusividad al cultivo de esa planta, de tan nocivo individualismo, de hostilidad casi mórbida para con las otras especies vegetales. Planta de extremas exigencias, que fuerza al suelo y al hombre a esclavizarse en su servicio; porque solo en ese régimen de esclavitud total puede la economía de la caña de azúcar mostrarse compensadora. Por eso los portugueses, españoles, franceses, e ingleses, todos se doblegaron a las exigencias de la caña de azúcar y recibieron, en trueque, el premio de sus servicios: el azúcar colonial que rendía más a Portugal que las especias de Oriente; a los franceses, más que lo que rindió el oro de Perú a los españoles; y a los ingleses tanto como el rendidor tráfico de esclavos africanos. Buena fue, pues, la herencia del azúcar de América a los pueblos colonizadores; pero las tierras colonizadas solo heredaron de ella la desnutrición y el hambre de sus pueblos. Fue la exclusividad del cultivo azucarero la que determinó en las Indias Occidentales el estado de hambre crónica de sus poblaciones, a pesar de la relativa fertilidad de su suelo y a pesar de su clima favorable a la agricultura.

Hoy el problema se torna extremadamente grave y de solución bien ardua, dada la gran densidad de la población de aquella zona, la cual agrava sobremedida las posibilidades de subsistencia de la región. Realmente, es esta la única subárea de América Latina donde se puede hablar de los peligros de la superpoblación. Basta recordar la densidad media de cerca de 157 individuos por milla cuadrada de superficie (Davis, 1946). Posee también esta subárea el más alto índice de crecimiento anual de la población, cerca de 2,03; en cuanto al resto de América Central apenas llega a 1,88, y América del Sur, a 1,63. Es claro que esa alta concentración demográfica también es producto, en gran parte, de la exclusividad del cultivo de la caña de azúcar, con sus exigencias de mano de obra y, por otra parte, producto del hambre crónica que actúa como factor de crecimiento de la masa demográfica.

En el estudio del problema de la alimentación y del hambre en las Antillas, no podemos perder de vista que algunas de esas islas fueron colonizadas y mantenidas por pueblos de cultura latina, y otras, por pueblos anglosajones. Aquí trataremos, por lo tanto, de las islas colonizadas por los latinos, españoles y franceses, dejando el estudio de las otras para la parte referente a las regiones del hambre de la América inglesa.

La alimentación en las Antillas latinoamericanas, sea en países independientes, como Cuba, Haití y Santo Domingo, sea en colonias como la Martinica y Guadalupe, se conserva hasta hoy con un tipo de régimen preponderantemente vegetal, organizado sobre la base de tubérculos amiláceos: habichuelas, arroz, plátanos y derivados de la caña de azúcar, inclusive el alcohol. Se trata de un régimen claramente defectuoso, por sus excesos de hidratos de carbono provenientes de la mandioca, del ñame y de la batata, alimentos básicos de la región, y por su deficiencia en elementos protectores. La carne, la leche, los huevos, las verduras y las hortalizas constituyen, según el informe presentado por el doctor Fernando Milanez al Primer Congreso Nacional de Alimentación de Cuba, en 1945, una rareza en la mesa del campesino de aquella zona (Milanez, 1945). Solo de cuando en cuando disponen de un pedazo de carne seca —tasajo— y de alguna fruta. Y esto solo ocurre en una parte del año, durante la zafra del azúcar, cuando hay trabajo y, por lo tanto, algún dinero para comprar alimentos más caros. En el período de reposo de la industria, en el llamado *tiempo muerto* (Minnemann, 1942), la alimentación queda reducida casi a los tubérculos y algunas veces en ciertas zonas de monocultivo más arraigado, a “un régimen de batata y de miel de ingenio” (Soule, Efron & Ness, 1945).

Los mismos tipos de carencias ya apuntados en otras regiones de América y algunas características de esa zona, como el *espíritu tropical*, ocurren con frecuencia entre las poblaciones tanto rurales como urbanas, siendo las rurales las más sacrificadas, porque regularmente se desprenden de los productos de la tierra para obtener algún dinero. Llama la atención el hecho de que, cuando el campesino cubano casi no come frutas, se puede ver en los mercados de La Habana gran abundancia de frutas tropicales, de los más variados colores y formas, dando, a primera vista, la impresión de que se trata de una región de óptima situación alimentaria. Por desgracia, se trata de frutas caras, consumidas casi exclusivamente por una escasa minoría rica. El espectáculo de esos apetitosos frutos apilados en los mercados de la capital, constituye una verdadera denuncia contra los factores que determinan la existencia del hambre en una zona tan bien provista por la naturaleza para alimentar sus poblaciones.

Tomemos el ejemplo de Cuba como el más característico. Ninguna otra isla posee cualidades más propicias para el autoabastecimiento alimentario de su población. Con las tres cuartas partes de su territorio formadas por planicies cultivables, recubiertas en gran extensión por suelos colorados y arcillosos de considerable profundidad y probada fertilidad, este país permitiría el desenvolvimiento de una agricultura diferenciada de las más compensadoras. Agricultura que daría de sobra para alimentar en forma a los 100 habitantes que ocupan cada milla cuadrada de superficie del país. Pero la agricultura de exportación, de productos como

el azúcar y el tabaco iniciada en los tiempos coloniales y después ampliada financieramente, apoyada y llevada al extremo del monopolio por los intereses de los capitales estadounidenses allí invertidos (50% de los capitales de la industria azucarera de Cuba son estadounidenses), llevaron a las poblaciones cubanas al terrible estado de deficiencia alimentaria denunciada por los informes de nutrición allí realizados.

Un estudio de la situación alimentaria del obrero cubano, realizado en 1939, reveló su extrema pobreza nutritiva: vivía una familia entera de cinco personas, con un total de energía diaria que apenas alcanzaba a cubrir las necesidades de una persona (Morales Patiño, 1939). El doctor Fernando Milanez, en el trabajo ya citado, afirma que “más de un tercio de la población se encontraba sin poder adquisitivo para obtener un régimen adecuado” y agrega que, en consecuencia, en la isla se propagan a menudo los más diferentes tipos de carencias. Otro estudioso de esos problemas, el doctor Antonio Clerch, delegado cubano a la Primera Conferencia Latinoamericana de Nutrición, en 1948, presentó en aquella reunión un informe que concluía con las siguientes palabras: “Con frecuencia se ven en los hospitales casos de deficiencias nutritivas de diversos tipos, principalmente las deficiencias proteicas con todo su cortejo sintomático de edemas y demás alteraciones debidas al estado de hipoproteinemias, a las avitaminosis A, B1, B2, C, D, raquitismo, osteomalacia, anemias macrocíticas, bocio endémico, dolencias dentales y demás afecciones de tipo carencial” (Clerch, 1948).

Condiciones más o menos idénticas prevalecen en otras islas del mar de los Caribes, menos acentuadas en unas, como en la de Santo Domingo, donde la destrucción del latifundio en el territorio de Haití y la relativa tendencia al policultivo en la República Dominicana, siempre suavizaron la situación; más acentuadas en otras, como en las posesiones francesas de Guadalupe y Martinica.

Si las Antillas sufrieron mucho durante el período colonial con el régimen de las plantaciones, después de la independencia de varias de esas islas, otro factor vino a influir en el sentido de mantenerlas en un régimen económico de los más desfavorables a los intereses biológicos de sus poblaciones. Este factor fue la influencia económica estadounidense, o como quedó inscrita esta política en el comienzo de nuestro siglo, la “diplomacia del dólar” (Nearing & Freeman, 1927). Considerando la debilidad de los países centroamericanos y que la defensa de EEUU estaría amenazada, si en alguno de ellos se estableciese la soberanía de otras grandes potencias, la nación estadounidense procuró mantener la mayor fiscalización en esas regiones, y llegó, muchas veces, al exagerado uso de la fuerza y a la ocupación militar, para proteger o para imponer su diplomacia del dólar. Juzgando las tierras tropicales de América Central como una especie de complemento necesario a su economía de país templado, EEUU, durante mucho tiempo, mantuvo para esa zona una política hasta cierto punto idéntica a la de los ingleses para con África: política de exclusiva defensa estratégica y económica de los intereses de su imperio. La política estadounidense de apoyo a los monopolios de la tierra y de la imposición por la fuerza retardó sensiblemente la evolución social de muchos de esos países y contribuyó de esa manera a mantenerlos en el estado de pobreza ya presentado. Por otro lado, se creó entre los centroamericanos frente a los “gringos”, un estado de desconfianza que dificultó sobremanera las tentativas de real colaboración en el interés de las dos

Américas. Solamente después de la política de buena vecindad de Franklin Delano Roosevelt se va disipando un poco esa arraigada sospecha de los latinoamericanos, muy parecida a la de ciertos pueblos de África ante las promesas o las iniciativas coloniales de los ingleses. La verdad es que la técnica estadounidense, que mucho podría haber contribuido para mejorar las condiciones alimentarias de América Central, de poco o nada sirvió en ese sentido, porque intereses políticos y económicos poco saludables anularon sus posibilidades.

Las zonas del hambre en la América inglesa

Las tierras del continente americano de colonización predominantemente inglesa, que comprenden EEUU, Canadá, el Dominio de Terranova y Labrador, Guayana inglesa, Honduras británica y una serie de islas en el Mar de los Caribes, tales como Jamaica, Trinidad, Tobago, Barbados y otras menores, poseen, en su mayoría, condiciones de alimentación superiores a las tierras de colonización latina. Debemos, por lo tanto, dejar fijado que esta superioridad existe en la mayoría, pero no en la totalidad de esas tierras. En varios puntos de la América inglesa, las condiciones de la alimentación son, en verdad, terriblemente precarias; y hasta figuran algunas islas de las Indias Occidentales británicas a la cabeza de la columna de desnutrición humana en el continente americano. Y aun en zonas mejor alimentadas, como EEUU y el Canadá, los grupos humanos que allí viven están lejos de librarse completamente de las consecuencias de la escasez de alimentos. Si en esas zonas económicamente mejor equilibradas, no encontramos grandes masas humanas expuestas a las manifestaciones más alarmantes del hambre, podemos, con todo, registrar la existencia de determinadas deficiencias específicas, que actúan desfavorablemente en las condiciones de salud de tales pueblos. El fenómeno del hambre declarada u oculta se esparce, de esta manera, por toda la enorme masa de tierra que se extiende desde Alaska hasta Tierra del Fuego.

Como demostración de que ninguna nación, ninguna zona geográfica del continente americano está enteramente exenta de los peligros del hambre y de la desnutrición, basta referir algunos ejemplos significativos. En grandes ciudades estadounidenses como Nueva York y Chicago, hasta hoy se observan muchos casos de raquitismo entre las criaturas, lo que traduce relativa deficiencia de vitamina D y de ciertas sales minerales en sus regímenes alimentarios. En una serie de encuestas llevadas a cabo en los últimos diez años, en diferentes ciudades del Canadá, se verifica que gran parte de su población no ingería el mínimo indispensable de los principios nutritivos esenciales prescritos por los especialistas en la materia. Así, una encuesta llevada a cabo en el comienzo de la última guerra, en la ciudad de Halifax, reveló que un tercio de las familias interrogadas presentaban (Young, 1941) déficit alimentario de proteínas y hierro; la mitad no consumía cantidad suficiente de fósforo y de vitamina A, y más de la mitad tenía carencias de vitaminas B1 y C. En la ciudad de Quebec (Sylvestre & Nadeau, 1941), las condiciones de alimentación también se revelaron un tanto deficientes, principalmente en principios vitamínicos de los

grupos A, B, y C, siendo el déficit en vitamina B1, verdaderamente alarmante. Por último, en una encuesta hecha en Toronto, encontramos las siguientes conclusiones: “existe una generalizada deficiencia de vitamina B1, y las cantidades de vitamina C ingeridas no pueden ser consideradas como suficientes. Acentuadas deficiencias de calcio y hierro fueron encontradas en el consumo alimentario de las mujeres y de calcio en los adolescentes” (Patterson & McHenry, 1941).

En otro dominio inglés —el de Terranova— las condiciones de nutrición son más bien precarias, exteriorizándose las deficiencias de la alimentación en manifiestos signos clínicos. En la encuesta allí realizada en 1944 y repetida en 1948, por un grupo de notables peritos en nutrición (Aykroyd, 1949) se reveló entre la población de la isla un estado de múltiples carencias alimentarias. Y, más aún, si los signos de deficiencias del grupo A y B reveláronse menos frecuentes en el segundo informe, traduciendo una mejoría de las condiciones alimentarias como consecuencia de las medidas puestas en práctica por el gobierno del dominio en los últimos años, en compensación, los signos de carencia de vitamina C se mostraron más frecuentes, traduciendo intensificación de esta deficiencia específica. Si en Terranova no se encontró el escorbuto típico de pasadas épocas, se notó, no obstante, entre los individuos examinados, un gran número de individuos con las encías congestionadas e inflamadas (41% en 1944 y 54% en 1948), signos reveladores de sensible deficiencia de vitamina C. Con todo, en esas mismas zonas, las deficiencias alimenticias están lejos de llegar a la intensidad que caracteriza a las verdaderas zonas del hambre. Con poblaciones que presentan aspectos de desnutrición intensiva y en gran cantidad —verdaderas regiones del hambre— encontramos en la América inglesa dos zonas bien caracterizadas y que merecen, por ello, atención especial: la zona de las Indias Occidentales británicas y la zona del sur de EEUU, el viejo sur agrario.

El fracaso británico en las Indias Occidentales

Este es el título de un capítulo del magistral libro de Grenfell Price, *White Settlers in the Tropics*, en el cual el notable geógrafo describe el proceso de decadencia de los ingleses en las Antillas, atribuyendo a la alimentación impropia papel decisivo en el trabajo de segregación y degradación de las poblaciones de esas colonias. Realmente los tipos de régimen de esas islas siempre fueron, en todas las fases de su historia, los más inadecuados. En su estructura general y en los elementos que las integran, tales regímenes se asemejan mucho a los usados en las Antillas españolas, dadas las mismas condiciones del suelo y las posibilidades naturales, y dado el mismo tipo de explotación económica preponderante, el monocultivo azucarero.

Se trata siempre de regímenes preponderantemente vegetales, con un exceso de sustancias amiláceas, bajo la forma de cereales, tubérculos y raíces. Los alimentos protectores, como la carne y la leche, prácticamente no son parte de la alimentación del pueblo. Dentro de esas líneas generales, se registran ligeras variantes locales, características peculiares de los hábitos de cada isla. Así, en Jamaica, los alimentos básicos son el ñame, la batata, la mandioca y la “*fruta-pão*”, mientras que en Trinidad

se consume principalmente arroz refinado, arvejas secas y derivados del coco. En Barbados, donde las condiciones alimentarias son las más alarmantes, el régimen está normalmente constituido por arroz, batata, ñame, cebollas, té y azúcar. Algunas veces se usa un poco de bacalao, o cerdo salado. Leche, huevos, y vegetales frescos están siempre ausentes del régimen alimentario de la isla. Ingleses entendidos en nutrición cuentan que a las criaturas se les quita el pecho de la madre a los tres meses y desde entonces en adelante se las alimenta con té y “puches” de maíz conjuntamente con batatas y arroz (Committee on Nutrition in the Colonial Empire, 1939).

Los notables defectos de esos tipos de regímenes se unen a un hábito generalizado que agrava sobremanera el estado de nutrición de las poblaciones locales: el uso inmoderado de alcohol (Regatz, 1938). Hace muchos años escribía Rippley que un domingo de descanso mataba más gente en aquellas islas tropicales que una semana entera de trabajo pesado en las plantaciones, porque el domingo era el día de las grandes “borracheras” que minaban la salud de las poblaciones enteras (Rippley, 1902). Y más recientemente, Grenfell Price describió las consecuencias del uso exagerado del alcohol en la región con las siguientes palabras: “La embriaguez era general, y el juego, un vicio indomable. Innumerables jóvenes emigrantes de buenas familias inglesas bebían hasta morir. Los amigos comunicaban a los padres que habían muerto de ‘fiebre’ y el viejo caballo de batalla, el clima tropical, llevaba la fama” (Price, 1939). Hasta hoy se asocian el uso de una alimentación extremadamente defectuosa y el abuso de las bebidas alcohólicas, constituyendo terrible combinación de factores de degradación de las poblaciones coloniales.

No sorprende, pues, que en esas islas las condiciones de salud se mantengan tan precarias, y las dolencias de nutrición sean extremadamente frecuentes. La alta mortalidad infantil, la gran cantidad de caries dentales, la tuberculosis y las enfermedades infecciosas en general, son signos de falta de resistencia orgánica de esas poblaciones. La pelagra, el beriberi, las xeroftalmías, comúnmente se encuentran en una u otra isla. En Jamaica, el tumor del hígado en las criaturas se presenta con frecuencia sin paralelo con otras regiones del mundo. En esa misma isla, se produce en abundancia el síndrome de hígado inflamado, estudiado a fondo por el doctor Waterlow (1948) que ve, en esa enfermedad, una manifestación indudable de la deficiencia alimentaria de las criaturas.

La escasez de alimentos y las deplorables condiciones de nutrición en las Indias Occidentales británicas son consecuencias directas del defectuoso sistema de explotación colonial que los ingleses implantaron en esas tierras. Explotación basada en el monocultivo de la caña de azúcar exclusivamente, que no encuentra paralelo en la explotación monocultora de cualquier otro producto, ni aun en el monocultivo de la caña, llevado a cabo por otros pueblos colonizadores. Lo que allí pasó constituye el ejemplo más típico que se puede encontrar en la historia económica de los pueblos, de cómo un grupo humano, llevado por los intereses de lucro inmediato, es capaz de saquear toda la riqueza natural, trasformando regiones ricas en zonas de miseria y de hambre.

En ninguna otra parte del mundo, la evolución de la economía azucarera progresó con tamaña velocidad, tocando rápidamente su período de esplendor y, luego,

siguió la irremediable decadencia (Guerra y Sánchez, 1944). Harlow, en su admirable libro *A History of Barbados*, nos muestra con claridad cómo se produjo el proceso de transformación económico-social de la isla, proceso que, por la nitidez de sus varias fases, puede servir de ilustración viva a la explotación colonial inglesa en las Antillas (Harlow, 1926).

A través de los datos y la documentación presentados por aquel autor, se verifica que, al principio, la colonización de Barbados se hizo sobre la base de policultivo, divididas las tierras en propiedades pequeñas que producían algodón, tabaco, frutas cítricas, ganado vacuno y porcino y otros productos de manutención. En esta primera fase, comprendida entre 1625 y 1645, la población de raza inglesa creció bastante y se elevó en las siguientes proporciones: 1.400 habitantes en 1628, 6.000 en 1638, y 37.000 en 1643. Con el desarrollo de la caña de azúcar, que se produjo a mediados del siglo XVII, el policultivo fue asfixiado, las pequeñas propiedades agrícolas engullidas por el latifundio, las reservas alimentarias de la isla cada vez más exiguas y la vida de los colonos cada vez más difícil.

Esa evolución económica, tan desfavorable dio lugar al éxodo en masa de los habitantes de raza blanca hacia otras tierras. Comenzó entonces el descenso de la curva demográfica: en 1667 había 20.000 blancos en la isla; en 1786, 16.000; en 1807, 15.500 y, actualmente, cerca de 15.000 blancos.

El brazo esclavo vino entonces a sustituir al del hombre blanco, y constituyó la base del trabajo agrario. Así se desarrolló esta economía latifundista y esclavizante, con un esplendor transitorio, que duró de 1650 a 1685, y que entró, a continuación, en decadencia. Ya en aquella época, estaba la isla agotada. Sus florestas que, al principio, eran tan densas que se hacía difícil conseguir un espacio para la fundación de la colonia (Lippmann, 1942), estaban enteramente devastadas; todos los cultivos de sustentación estancados, y el azúcar era económicamente ruinoso por no ser posible ya producirlo a precios capaces de aguantar la terrible competencia internacional. Esta es la historia fugaz del azúcar en Barbados, contada por Harlow y confirmada en sus trazos más característicos por otros historiadores entendidos.

Lo que pasó en Barbados, se repitió en otras islas: en Jamaica, en Trinidad, en Tobago, donde siguió el proceso evolutivo las mismas etapas, apenas a un ritmo menos acelerado. Pocos años después de iniciada la colonización inglesa en el Mar de los Caribes, con la ocupación de la isla de San Cristóbal en 1632, los colonos ingleses dieron comienzo a la división de las tierras, a la constitución de los latifundios y a la organización de la casta de los señores de ingenio, “de la cruel aristocracia de los grandes plantadores, que tiranizaban a la masa miserable de los siervos blancos desprovistos de tierra” (Price, 1939). Esa aristocracia del azúcar, para desenvolver sus planes de producción en larga escala, tuvo que echar mano de la importación del esclavo negro, porque las poblaciones blancas pronto emigraron para otras regiones o fueron diezmadas por el hambre. Y así se estableció el típico régimen latifundista, y esclavizante, del monocultivo de la caña. Bajo la presión de ese régimen económico, las condiciones de vida pronto se tornaron difíciles en las islas y el rendimiento del azúcar luego decayó en forma tal que el Parlamento inglés, considerando que este era el producto más importante del comercio ultramarino de entonces, decidió, en

1737, proceder a un estudio local de las colonias, con el fin de remediar la situación. Fue entonces nombrada una comisión especial que, en un informe sobre la materia presentado al Parlamento, acentuó la importancia de la falta de alimentación adecuada en la decadencia de las islas. Son del referido informe las siguientes palabras: “la alimentación y el trato de los esclavos (418.000 negros para 82.000 blancos) y, por esto mismo, su capacidad de trabajo deja mucho que desear, pues para un negro cuyo valor se estima en 50 libras, se gasta apenas 25 chelines por año en alimentación” (Lippmann, 1942). Lo que expone el informe era la pura verdad. Los dueños de las plantaciones solo se interesaban por el esclavo como máquina de trabajo, limitando, por lo tanto, su alimentación a la cantidad de combustible indispensable para proveerlos de la cantidad de calorías que permitiera el uso de esa máquina. Y esa cantidad de calorías se encontraba en los alimentos más baratos: en la harina de mandioca, en la batata y en el arroz. De alimentos de ese tipo disponían los negros en cierta abundancia, pero solo de ellos. Al llenar el vientre de los negros con alimentos amiláceos, grandes suministradores de energía, lo que los plantadores pensaban era alimentar la propia industria de la caña, transformando, a través de la máquina del trabajo del hombre negro, alimentos de bajo costo en buen azúcar vendido a peso de oro. Por desgracia ni el informe presentado en el Parlamento, ni las quejas y rebeliones de los esclavos provocaron medidas adecuadas a la mejoría de la situación en las islas. Por el contrario, las condiciones de vida solo tendían a empeorar.

Con la independencia, en 1776, de las colonias estadounidenses, de donde las Antillas británicas recibían la mayor parte de su suplemento alimentario la situación se tornó verdaderamente dramática y, al lado del hambre crónica, surgió el hambre aguda, la epidemia del hambre. Se afirma que solo en la isla de Jamaica, de 1870 a 1877, murieron 15.000 negros de inanición. Con este cuadro de miseria que amenazaba directamente los intereses de la clase dominante, con el peligro de la pérdida en masa de los negros por inanición y, por lo tanto, del grave perjuicio de capital que los mismos representaban, vemos, por primera vez, al Imperio británico tomar medidas para mejorar la situación alimentaria de la región. Dentro de estas medidas se destaca una que, por la singular aventura que la envuelve, se vuelve históricamente conocida en el mundo entero y merece, por eso, referencia especial. Por orden de su Majestad británica, partió para la Polinesia en diciembre de 1787, el barco *Bounty* con la misión especial de traer de la isla Tahití, muestras de árboles de *fruta-pão*, para introducir esta planta en las Indias Occidentales. Tal iniciativa reveló que el gobierno británico conocía la situación de hambre en las Antillas y las referencias que circulaban en Inglaterra sobre ese árbol providencial de la Polinesia, conocido y revelado al mundo por el capitán Cook, en sus viajes por los mares del sur. El *Bounty*, bajo el comando del célebre capitán Bligh, permaneció en Tahití hasta abril de 1789 y habiendo cargado sus bodegas con *fruta-pão*, zarpó rumbo a Jamaica, a través de los mares del sur; pero su capitán, sorprendido por un motín a bordo, fue lanzado a una chalupa y abandonado en el mar con 18 hombres. La tripulación amotinada se estableció en la isla desierta de Pitcairn, y la pobló de mestizos de ingleses y tahitianos. El capitán Bligh y los que le permanecieron fieles, después de navegar 3.618 millas, fueron salvados y regresaron a Inglaterra. A pesar de ese fracaso, el asunto pareció

tan importante a Inglaterra que se organizó una nueva expedición cuyo comando se confió al mismo capitán Bligh que, esta vez, consiguió introducir la *fruta-pão* en las Indias Occidentales (Vaucaire, 1947).

La verdad es que la simple introducción de una nueva planta alimenticia estaba lejos de remediar la situación de las islas. Quizás haya disminuido la falta de comida, en las épocas de hambre más agudas, pero no consiguió corregir ninguna de las deficiencias nutritivas allí reinantes. Afirman los informes del capitán Cook que, plantando tres de esos árboles, una familia entera tiene alimento para el resto de su vida; la verdad es que no debían los tahitianos al uso de *fruta-pão* exclusivamente sus magníficas compleciones físicas, que tanto impresionaron a los primeros navegantes europeos llegados a aquellas tierras paradisíacas. La salud y la resistencia de los habitantes de Tahití eran producto de una alimentación variada, con pescado en abundancia, innumerables frutas y vegetales verdes, y el uso de tipos de vestuarios y de habitación racionalmente indicados para el clima en que vivían (Gerbault, 1929). Coronada de éxito la misión del capitán Bligh, comenzaron algunos años después los negros esclavos de las Indias Occidentales, a contar en su régimen, al lado de la batata y del ñame, con la *fruta-pão*, pero no disponiendo de alimentos protectores, siguieron muriéndose de hambre. Con la aprobación de la ley de la Libertad de Esclavos por el Parlamento inglés, en 1833, era de esperar que mejorasen las condiciones de vida en la región, al quedar los negros libres de volver al régimen del policultivo, a la agricultura de sustentación de tradición africana. Los hechos no confirmaron, empero, esas previsiones. Los grandes propietarios, al sentir que se agitaban los cimientos del sistema económico de las grandes plantaciones, al quitárseles el derecho de obligar al hombre negro a plantar solo caña, crearon mil obstáculos y subterfugios para no permitirle al negro libertado la posibilidad de producir alimentos para su subsistencia. Estos obstáculos llegaron al extremo de establecer un impuesto prohibitivo sobre las tierras dedicadas al cultivo de los alimentos, lo que constituía un medio de maniatar definitivamente los brazos libertados de los esclavos y obligarlos a continuar trabajando en las plantaciones de caña con sus salarios de hambre. Para mantener el nivel de esos salarios de miseria, los plantadores promovieron, entonces, la importación de trabajadores de zonas de bajo nivel de vida del Extremo Oriente, y en poco tiempo, los indios sustituían a los negros en los más variados menesteres. Con su alimentación casi exclusivamente de arroz y con pocas exigencias de comodidad, los indios se prestaban a las mil maravillas a los objetivos de la oligarquía azucarera, siempre deseosa de poseer mano de obra abundante y barata. De esa necesidad de brazos del sistema económico de las grandes plantaciones resultó que hoy gran parte de la población de las colonias inglesas en los trópicos americanos es de origen indio: así, en la Guinea inglesa, en una población de 380.000 individuos se cuentan 168.000 indios; y Trinidad con una población de 560.000 cuenta con 200.000 individuos de origen hindú.

Este régimen de esclavitud disfrazada dio lugar, en Jamaica, a una gran reacción de los negros, que se apoderaron de las tierras devueltas en el centro de la isla, y establecieron allí colonias autónomas, con una agricultura de sustentación que promovió sensible mejoría de las condiciones alimentarias locales. Hasta hoy, como

continuación de esa iniciativa, posee Jamaica mejores condiciones de alimentación que las demás colonias británicas del mar de los Caribes. Aunque las criaturas sufren de las carencias anteriormente apuntadas, los adultos presentan condiciones superiores a las de los negros de otras islas. Así, en el informe del Comité de Nutrición del Imperio Colonial británico, publicado en 1942, se leen las siguientes palabras: “La constitución física generalmente buena, el buen humor, la alegría y la paciencia del negro de Jamaica, son considerados por muchos, como prueba de que las condiciones de nutrición no son seriamente defectuosas, en esa isla” (Committee on Nutrition in the Colonial Empire, 1939). Si los negros hubiesen podido influir más intensamente sobre el régimen económico y los hábitos alimentarios de otras regiones de América, como lo hicieron en Jamaica, es muy posible que las condiciones de alimentación de este continente no fuesen tan defectuosas como se presentan hoy. Pero su influencia fue leve y, por esto, la situación alimentaria de las Antillas continúa siendo de las peores del mundo, con el hambre que ronda en torno de los conventillos urbanos y de las cabañas de los campesinos de esas tierras saqueadas.

Puerto Rico, la Hong-Kong de América

En el gran cuadro de las Antillas, aún queda un punto que hace falta poner de relieve, en el cual las condiciones de alimentación son de las más defectuosas, acaso, como afirmó con seguridad un equipo de avezados técnicos estadounidenses (Soule, Efron & Ness, 1945), las más defectuosas y las más precarias de toda la zona del Caribe. Este punto tan negro del mapa universal del hambre está representado por la isla de Puerto Rico. En esta isleta de 3.400 millas² de superficie aproximadamente, que abarca hoy una población estimada en cerca de dos millones de individuos, se ha desarrollado desde el comienzo de nuestro siglo, uno de los más tenebrosos dramas del hambre, vividos en el hemisferio occidental. Y ese drama merece ser analizado en detalle, porque sus causas no derivan, como ocurre en otras Antillas, de los errores del viejo sistema colonial de las grandes potencias europeas, sino del completo fracaso de los modernos procesos de explotación comercial, allí llevados a cabo por el país de la libre competencia: la moderna gran potencia estadounidense.

En 1898, cuando EEUU se apoderó de la isla, como consecuencia de su victoriosa guerra contra España, encontraron en ella una población que, si no vivía nadando en abundancia y riqueza, estaba con todo bien lejos de presentar los índices de miseria y de hambre que vino a exhibir en nuestro siglo. La isla, extremadamente montañosa, de suelo bastante irregular, con planicies apenas en una estrecha faja vecina a las costas, no les pareció a los españoles muy propicia para el desarrollo local de la caña de azúcar. Para mostrar la primera impresión de los españoles que la descubrieron en 1493, basta recordar el histórico episodio registrado en las memorias de Colón, con la descripción presentada por el gran navegante a la reina Isabel. Habiendo preguntado su Majestad a qué se parecía la nueva isla, se cuenta que Colón apelotonó en la mano una hoja de papel y poniéndola sobre la mesa, afirmó: “a esto, Majestad”. En esa isla, de suelo así accidentado, aunque los españoles introdujesen luego el cultivo

de la caña de azúcar, no lo hicieron en la proporción y con el orden que caracterizó a la colonización de otras islas de suelo más adecuado al cultivo de esa planta. Esta es la razón por la cual no se había desarrollado en Puerto Rico, en tiempo de los españoles, el monocultivo azucarero con su típico régimen latifundista y esclavizante. Como consecuencia del régimen de su explotación agraria, Puerto Rico nunca se despobló de sus colonos blancos y nunca se coloreó de una población negra casi exclusiva, como la de las Antillas Británicas. Numerosos grupos de colonos españoles, llegados principalmente de Galicia y de Asturias, contrabalancearon la población negra y, aún hoy, Puerto Rico tiene en su población más de dos tercios de raza blanca. Tampoco se habían constituido en la isla, hasta fines del siglo pasado, los grandes latifundios monopolizadores de la tierra. Hasta la fecha de ocupación estadounidense, el 75% de la zona arable de la isla estaba dividida en lotes pequeños, con una extensión media de 12 acres dedicados, en su mayor parte, a los productos de sustentación. El informe de la Comisión Militar Estadounidense de Censo, en 1899, después de la ocupación de la isla, comenta el hecho con la siguiente conclusión: “este régimen de tierras tiene ciertamente gran influencia en el establecimiento de condiciones satisfactorias para el pueblo de esta isla, en contraste con las inquietantes condiciones existentes en Cuba, donde gran parte de las tierras cultivadas está en las manos de un número reducido de grandes propietarios” (War Department, 1899). Es verdad que en las tierras bajas ribereñas prosperó, a costa del hombre negro, la industria del azúcar; pero, en las regiones centrales, las poblaciones de los blancos pobres desarrollaban, en pequeñas haciendas, una agricultura de sustentación. Existían en la isla, en el momento de la ocupación yanqui, 250 ingenios y 20 usinas de azúcar. Pronto, sin embargo, este cuadro económico se fue alterando profundamente, con la casi desaparición de los ingenios, absorbidos por las grandes usinas que engullían las tierras en sus latifundios. Bajo el impulso de los capitales estadounidenses, la industria del azúcar, monopolizada por un reducido y poderoso grupo de capitalistas, ausentes de la isla, se expandió extraordinariamente y pasó a constituir el eje de toda la vida económica del territorio portorriqueño. En el período que medió entre las dos guerras mundiales, las plantaciones de caña ocupaban el 40% de toda la tierra cultivada, y representaba su producción, cerca del 60% del total de exportación de la isla (Picó, 1937).

Grandes compañías industriales poseedoras de sectores de tierra de 40.000 a 50.000 acres, ocupaban las zonas más fértiles del país. Cuatro de las mayores organizaciones producían, antes de la última guerra, la mitad de todo el azúcar de Puerto Rico.

No se limitó, no obstante, al azúcar la explotación comercial del territorio. En las tierras poco propicias para el cultivo de la caña, los capitales estadounidenses desarrollaron el cultivo del tabaco y del café, ambos productos de exportación. Se verifica así que, prácticamente, casi toda la tierra de la isla pasó a producir para el consumo estadounidense. Huntington presenta las siguientes cifras de aprovechamiento del suelo de Puerto Rico, en los años que precedieron a la última guerra:

240.000 acres se dedican al azúcar, 190.000 al café, y cerca de 50.000 al tabaco, habiendo apenas 160.000 dedicados al cultivo de maíz, habichuelas, patata o ñame, los tres alimentos básicos de la isla. Considerando toda la región, los agricultores de Puerto Rico cultivan para la exportación una

superficie tres veces mayor que la dedicada a la producción de los alimentos para consumo doméstico. (Huntington, 1940)

No es, pues, de admirar que Puerto Rico, para alimentar, aunque mal, a su población, tenga que importar gran cantidad de alimentos a precios superiores al poder adquisitivo del grueso de sus habitantes. La culpa de esa dramática situación corresponde, en gran parte, a EEUU que, como muy bien afirmó el geógrafo estadounidense Preston James, “lejos de mostrar el camino de una economía estabilizada, dio un infeliz ejemplo de explotación comercial de la tierra y del trabajo por propietarios ausentistas” (James, 1942).

EEUU se enorgullecía de haber realizado mucha obra en el campo material en beneficio de la vieja y pobre posesión española, hoy bajo la protección de la bandera estrellada, y puede realmente presentar, en su acervo, grandes realizaciones: la construcción de buenos caminos, de bellos palacios, como el Capitolio de San Juan y una Universidad modelo; pero eso poco significa como éxito colonizador, ante la evidente miseria en que vive el pueblo de Puerto Rico. Miseria que llevó al investigador Erich W. Zimmermann a afirmar que aquella gente constituía “probablemente, el mayor grupo de poblaciones desamparadas bajo el pabellón estadounidense” (Zimmermann, 1940).

Imposibilitado de producir en su propio suelo los alimentos, y obligado por las barreras aduaneras a importarlos del mercado más caro del mundo (60% de la importación de los alimentos es de origen estadounidense), Puerto Rico fue arrastrado al tremendo laberinto de una economía sin salida. Preston James expresa muy bien esa insostenible situación económica con las siguientes palabras:

La pobreza de la mayoría de la población proviene, en gran parte, de estar Puerto Rico incluido dentro de las barreras aduaneras estadounidenses. Esa situación económica de Puerto Rico, si por un lado torna provechosa la situación de ciertas mercaderías como el azúcar, el tabaco y algunas frutas, en la concurrencia con las regiones de fuera de EEUU, por otro lado, obliga a los portorriqueños a comprar todo lo que no produce en el mercado más caro del mundo. No solamente deben los portorriqueños contribuir al mantenimiento del nivel de vida, relativamente alto, de los obreros de la metrópoli, sino también soportar la escala de los altos salarios de los marítimos estadounidenses, ya que las mercaderías deben trasportarse a la isla en navíos que enarbolan el pabellón de EEUU. Las tarifas acentúan, de esta manera, la diferencia entre la prosperidad de los productores y la pobreza del resto de la población. (James, 1942)

La política económica estadounidense fue, pues, de proteccionismo a una insignificante minoría, a costa de los más duros sacrificios de la mayoría de las poblaciones nativas. Ese estado de tremendo desequilibrio económico en el país llevó a un técnico estadounidense, en materia de nutrición, encargado de estudiar las condiciones alimentarias de la isla en 1930, a afirmar que nunca había visto otro lugar del mundo “donde los productos de una tierra rica fuesen ganancia de tan pocos —en la mayoría ausentes— y donde el pueblo que trabaja se presentara tan pobre y tan inadecuadamente alimentado y alojado” (Sherman, 1930).

Las condiciones de vida de ese pueblo se fueron tornando cada vez peores, conforme lo reveló la estadística de Zimmermann, en parte, por la alta concentración humana que allí se fue constituyendo. Puerto Rico posee una densidad demográfica calculada actualmente en 574 individuos por milla cuadrada de superficie, lo que corresponde a cerca de 1.500 personas por milla cuadrada de tierra cultivada, densidad agraria de las más altas del mundo. Pero si esa gran densidad de población dificulta hoy la solución del problema alimentario y lo agrava en algunos aspectos, no se puede atribuir a su existencia el estado de hambre crónica reinante. La verdad es que la miseria alimentaria y la superpoblación son consecuencias o síntomas de desorganización económica: de la defectuosa situación económica, de la pura explotación comercial. Fue la industria del azúcar la que determinó una concentración demográfica tan grande, como ocurrió en todas las zonas de monocultivo de la caña. De que la caña solo se puede desarrollar y prosperar sobre la base de una densa masa de población campesina, tenemos la demostración en todos los cuadrantes de la tierra: en Java, en Barbados, en la Luisiana. Aun en naciones de poca densidad demográfica como Brasil, vamos a encontrar, en la zona de monocultivo de la caña, en los estados del noreste, una de las zonas de más elevado índice demográfico del país. En Puerto Rico fueron el hambre de brazos de labor de la caña y el hambre crónica de los agricultores, los factores determinantes del impetuoso crecimiento de la población de la isla, que se duplicó después de la ocupación estadounidense, a pesar de los alarmantes índices de mortandad global y de mortandad infantil allí registrados. Las condiciones alimentarias de Puerto Rico llegaron al extremo de la precariedad durante la última guerra, cuando se tornó extremadamente difícil la importación de los alimentos y el país fue llevado a las puertas del hambre aguda. Al estallar la guerra, Puerto Rico dependía, para su abastecimiento, de importaciones extranjeras en las siguientes proporciones: "100% de grasas, aceites, cereales y derivados; 84% de pescado; 60% de leguminosas consumidas en la isla" (Hill & Noguera, 1940). Paralizada la importación, surgió verdadero pánico entre la población y la situación se tornó tan terrible que, en 1944, cerca del 40% de los habitantes estaban registrados para recibir alimentación gratuita. El régimen habitual de la isla está compuesto de habichuelas con arroz, raíces amiláceas y bacalao. Las clases más bajas, empero, no disponen de bacalao; y las más altas hacen uso de carne y de huevos. Pero en todas las clases, la base de la alimentación está monótonamente constituida por habichuelas y arroz. El análisis del régimen habitual del pueblo denuncia graves deficiencias de proteínas, sales minerales y vitaminas (Roberts, 1944). El estado de nutrición se revela desde luego precario por el desenvolvimiento insuficiente de las criaturas, cuyas estaturas son siempre muy inferiores a las del estándar estadounidense. La xeroftalmía, el escorbuto, el *esprúe* y la pelagra se propagan intensamente entre las poblaciones más pobres. Finalmente, casi todos los signos de carencias nutritivas pueden ser observados en la isla, a excepción de las afecciones dentales, en gran cantidad. Por un mecanismo que desafía los actuales conocimientos de la ciencia de la nutrición, las criaturas y aun los adultos de Puerto Rico, que prácticamente no consumen leche, queso ni otras fuentes abundantes de calcio, poseen dientes admirables, que causan envidia a los estadounidenses

bien alimentados. Buenos dientes exhibidos en anchas sonrisas latinoamericanas, es todo lo que queda del brillo y la salud de las primitivas poblaciones portorriqueñas, hoy civilizadas a través de la influencia estadounidense. En todo lo demás se muestran esas poblaciones inferiorizadas, no siendo exagerado comparar la isla de Puerto Rico, desde el punto de vista de las condiciones de vida de su pueblo, a la isla de Hong Kong, en los mares de China, donde los ingleses, allí establecidos por el Tratado de Nankín de 1842, nada hicieron hasta hoy para mejorar las condiciones de vida de los chinos que allí viven apilados, compactamente amontonados y atontados en la miseria, como en esta otra “Isla Conventillo”, según clasificó Vogt al territorio de Puerto Rico. A pesar de las medidas tomadas en posguerra, tendientes a intensificar la industrialización y promover la diversificación de sus productos agrícolas, Puerto Rico continúa siendo hasta hoy, una especie de Hong Kong de las Américas.

El Viejo Sur, paisaje de dilemas

No deja de ser chocante ver incluida entre las grandes regiones del hambre del mundo, una porción de territorio estadounidense. Realmente, parece una paradoja la existencia de zonas de hambre en un país de abundancia como EEUU, donde la agricultura siempre en apuros con sus excedentes tiene una capacidad productiva que permitió al país, durante la última guerra, ayudar a la situación alimentaria de la mitad del mundo. Pero la existencia de una región de hambre en el granero del mundo es hecho indiscutible. Indiscutible porque no se trata de un grupo pequeño de población, sino de toda una región geográfica de extensión territorial superior a la de innumerables países. Esta zona de hambre en EEUU está representada por la región del sur, con cerca de 500.000 millas² de superficie, y con una población de cerca de 30 millones de individuos.

En el período colonial, estaba el Sur representado por las cinco colonias inglesas de Maryland, Virginia, las Carolinas y Georgia. En el momento actual, los límites precisos de la región presentan, en verdad, tarea ardua para el geógrafo. Para los objetivos de nuestro estudio, por lo tanto, consideraremos esquemáticamente como el Sur a la zona correspondiente al Viejo Sur agrario y esclavista, que comprende los siguientes 11 estados del sudoeste estadounidense: Virginia, Carolina del Norte y del Sur, Kentucky, Tennessee, Georgia, Florida, Alabama, Misisipi, Luisiana y Arkansas.

Que esta región del Viejo Sur siempre fue una región de hambre, no cabe la menor duda y, para probarlo, basta mostrar ciertas cifras publicadas por el Consejo Nacional de Investigaciones de EEUU, que dan un balance de las condiciones de alimentación del país, durante la última guerra. En publicación divulgada en 1943, el comité especial nombrado para estudiar el asunto, informaba que en la región del Sur apenas 27% de la población hacía uso de un régimen adecuado (Committee on Diagnosis and Pathology of Nutritional Deficiencies, 1943). Esto quiere decir que más de dos tercios (73%) de los habitantes del sur tienen un régimen impropio, y sufren, en consecuencia, alguna especie de hambre.

Tal hecho no choca tan solo al lego, sino también a los que conocen en detalle las posibilidades geográficas de la región. El estudio de las raíces o causas del fenómeno del hambre en el sur de EEUU constituye un ejemplo bien ilustrativo del tipo de hambre de fabricación humana, desde que las condiciones naturales de la región son de las más favorables para la obtención de recursos alimentarios adecuados y suficientes. Pocas regiones del mundo presentan tal potencialidad, tan abundantes recursos naturales puestos a disposición del hombre. Pocas regiones del mundo fueron tan violentamente saqueadas, tan malbaratadas por su uso inadecuado y por el permanente desajuste del hombre frente al medio natural. El historiador John Smith, uno de los fundadores de Virginia, escribía a comienzos del siglo XVII que “en ninguna parte del mundo el cielo y la tierra se presentaban en tan armoniosa combinación para proporcionar un hábitat propicio a la ocupación humana”. Howard W. Odum, considerado hoy una de las mayores autoridades en los problemas geográficos y sociales de la región del Sur, sintetizando con admirable precisión la impresionante riqueza natural de esa región, traza un verdadero retrato del reino de la abundancia (Odum, 1936).

De la descripción de Odum se destacan dos trazos fundamentales que, para los objetivos de nuestro estudio, merecen ser apuntados: el suelo y el clima de la región, ambos propicios a la agricultura. El suelo está representado, en su mayor extensión, por la tierras de *podzol* amarillo y colorado que, si no tan fértiles, comparadas con el tipo de suelo negro —*chernozem*— de las zonas del norte y del centro estadounidense, son, con todo, bien superiores a los suelos tropicales que recubren la mayor parte de las demás regiones hasta ahora estudiadas del continente. Y al lado del *podzol* vamos a encontrar en el sur grandes sectores de suelo aun más fértil que la tierra negra de Alabama, así llamado, no por poseer cerca de 87% de negros en su población, sino por la coloración oscura de su suelo cargado de materia orgánica. Fajas de ricos terrenos aluviales cortan el sur en varios sentidos, tales como el de río James, en Virginia, cuna de la cultura del Sur, o como el del valle del Misisipi, que se extiende en una longitud media de 80 millas y en una extensión de cerca de 500 millas, desde la boca del río Ohio hasta el delta costero. Esta faja aluvial se ha revelado, según algunos autores, “tan fértil como el famoso valle del Nilo” (Hawk, 1934). El clima del Sur, que presenta variantes locales es, en su conjunto, muy favorable a la agricultura por su abundancia de lluvias y de sol y por sus estaciones bien definidas con inviernos menos sujetos a la nieve y a la helada.

De nada sirven esos privilegios naturales, para evitar el asiento del hambre en la región, dada la conducta económica seguida por los colonizadores de aquella tierra. En el análisis de la historia económica del sur, se encuentra toda la explicación de su tragedia y de la “dramática lucha de una larga y potente porción del pueblo estadounidense para sobrevivir, en un ambiente natural capaz de producir una civilización superior” (Odum, 1936). El actual “paisaje de dilemas”, como lo llamó H. W. Odum, en el cual el hambre figura como uno de los síntomas sobresalientes, es una herencia cultural de las épocas del pionerismo, de la colonización y de la esclavización, agravada, en los tiempos modernos, por la intervención de los especuladores de la tierra.

Los primeros pobladores de la colonia del Sur intentaron, no solo en Virginia, el policultivo de las mismas plantas que acostumbraban cultivar en Inglaterra. Así, abriendo claros en las florestas en torno de Jamestown, unos sembraron trigo, y otros, semillas de frutas y de vegetales, traídas del viejo mundo. Los árboles frutales se desarrollaron mejor; en lo que respecta al trigo los colonos “pronto verificaron que, aun cuando la planta alcanzase una altura sorprendente, dada la estupenda fertilidad del suelo, sus gérmenes no fructificaban” (Hawk, 1934). Dejando entonces a un lado el cultivo del trigo, ensayaron los colonos, con procedimientos aprendidos de los indios, el cultivo de plantas nativas, tales como el mijo, la habichuela, la batata, la calabaza, el melón y la fresa. Otros productos europeos, muy pocos, se introdujeron, y las colonias se fueron desarrollando sobre la base de cultivos de subsistencia, tendiendo al autoabastecimiento.

Por desgracia, esa tendencia no era bien vista en la Inglaterra de entonces, cuyo sistema colonial se basaba en el mercantilismo y consideraba a las colonias como simples suministradoras de materias primas no producidas en el territorio de la metrópoli y como nuevos mercados para sus productos (Lipson, 1931). La Compañía de Londres, que había obtenido en 1606, del rey Jaime I, los derechos de explotación de las tierras del sur, consideraba como el más urgente problema para el buen éxito económico de la empresa, el descubrimiento de un producto de exportación en gran escala. Es preciso no olvidar que la Compañía estaba formada por “caballeros, *gentlemen*, mercaderes y otros aventureros” de Londres y otros lugares, todos interesados en un solo objetivo: el lucro rápido y productivo a través de la aventura colonial. La primera tentativa de producción para exportar preconizada por los dirigentes de la Compañía fue la de la seda, que fracasó. Se intentó entonces el cultivo de la viña, que tampoco correspondió a los resultados esperados. La empresa colonial del sur estaba amenazada de fracaso, cuando finalmente se descubrió un producto de la agricultura de los nativos: el tabaco, la deseada mercadería de exportación. Rápidamente se extendió el cultivo del tabaco dentro del sistema de las grandes plantaciones, y ocupó gran parte de las tierras cultivables de Virginia, de Maryland y de las Carolinas. En otra zona, más hacia el oeste, principalmente en el valle del Misisipi, se estableció el cultivo experimental y, después, el reino indiscutible del algodón. Y, más tarde, la caña de azúcar se extendió por las tierras costeras de Luisiana. De este modo, los tres productos —algodón, tabaco y azúcar— con el algodón al frente, dieron cuenta del sur y esclavizaron al hombre y a la tierra a los caprichos de los especuladores comerciales. Con la implantación de los cultivos comerciales se transformó por completo el sistema de la economía regional. La posesión de la tierra, que al comienzo se hizo en parcelas pequeñas, luego alcanzó los excesos del latifundismo. Ya en 1626 el término medio de las haciendas era de 160 acres; en 1650, de 446 acres; y en 1700 de 670 acres. A principios del siglo XVIII, el gobierno, procurando combatir el avasallamiento latifundista, limitaba la extensión de los títulos de propiedad a 4.000 acres. Pero la ley no era respetada por los grandes propietarios, señores absolutos en sus dominios, donde hacían y deshacían y, por eso, continuó el crecimiento de las propiedades en tal escala, que a mediados del siglo había aristócratas del sur que poseían propiedades de cerca de 150.000 acres de extensión

(Hawk, 1934). Para cultivar esos enormes trozos de tierra, fue introducida —desde 1619— la esclavitud negra en las colonias del sur y, a partir de ese momento, se fue constituyendo el típico sistema de monocultivo con todo su cortejo de graves consecuencias, tales como la falta de alimentos, el agotamiento y la erosión del suelo, el trabajo esclavo y obligatorio, las periódicas crisis económicas y el bajo nivel biológico y cultural de las poblaciones.

El proceso a través del cual el sistema de las plantaciones llevó a las poblaciones regionales al régimen de hambre fue, en sus líneas generales, el realizado en otras regiones de monocultivos ya estudiadas. La escasez de alimentos surgió luego como consecuencia lógica del exclusivismo del trabajo de los esclavos, forzados a plantar casi exclusivamente los productos de exportación, limitándose al mínimo los cultivos de subsistencia. De allí resultaron regímenes incompletos, regímenes de hambre que llevaban a los negros a la muerte en poco tiempo. Pero en ese régimen económico era más barato sustituir a los esclavos muertos por nuevos negros, que tratarlos de manera adecuada, con buena alimentación y menos horas de trabajo. Después de la guerra de secesión y la libertad de esclavos, pasó la agricultura del sur a basarse en el trabajo de los arrendatarios que constituyen el grueso de la población rural de la zona. Para mostrar la preponderancia de los arrendatarios en el régimen del trabajo de la región, afirma H. Odum que solo en la región del algodón, de los dos millones de familias que allí viven, más de la mitad no poseía ninguna tierra y vivía como simples arrendatarios, al ritmo de las fluctuaciones de precio de aquella mercadería de especulación. En ciertas subregiones, el número de arrendatarios de tierra se aproxima al número total de los habitantes; así, en el Black Belt, representa el 73%, en Red River Bottoms el 80%, y en la región del Delta el 90% (Odum, 1936).

El sistema de arrendamiento, verdadera supervivencia del feudalismo europeo y de la época de la servidumbre de los tiempos coloniales, prolongó en el país los procesos de semiesclavitud, impidiendo la libertad de acción del trabajador, forzándolo a realizar el mismo género de trabajo y a recibir en pago de su esfuerzo apenas una parte de la cosecha que, regularmente, una vez vendida, no daba ni para matarle el hambre. Los sociólogos estadounidenses estudiaron a fondo el *tenants system*, y la mayoría de ellos lo considera como uno de los “escándalos públicos de América”. Myrdal ve en el sistema de los arrendatarios uno de los más tenaces de esos círculos viciosos de la miseria, círculo del monocultivo, del arrendamiento, del agotamiento y de la erosión del suelo, de tan tremendas consecuencias: “pobreza para la mayoría”, inestabilidad económica, ignorancia generalizada, bajos estándares de salud, falta de iniciativa, altos coeficientes de natalidad y constitución de grandes familias (Myrdal, 1944). En esas palabras del gran sociólogo sueco vemos el encadenamiento en que los fenómenos naturales se presentaron en esa zona, iniciándose por la posesión y por la explotación inadecuada de la tierra, la cual lleva al elemento humano a la pobreza, al hambre y a la superpoblación.

Aun con la decadencia de las plantaciones que provocó el parcelamiento de tierra en ciertas zonas, después de la guerra de secesión, las condiciones de vida continuaron precarias, porque los salarios de esa zona se mantuvieron como los más bajos del país. Tales salarios los impuso el algodón, por la necesidad de competir en

los mercados internacionales con productos propios de otras zonas de bajo nivel de vida y, aun por no tener las poblaciones rurales la posibilidad de opción entre otros géneros de trabajo.

Si por un lado, los cultivos de exportación degradaron el trabajo humano en aquella zona de EEUU, por otro lado, esos mismos cultivos se encargaron de agotar la tierra. Plantados en los primeros tiempos sin ayuda de ningún fertilizante y sin el artificio del cultivo de rotación, el algodón y el tabaco pronto ocasionaron el agotamiento de las mejores zonas del suelo de la región. De ese modo disminuyeron el humus y las sales minerales, de suerte que, para continuar produciendo, necesitan hoy del uso continuo e intensivo de fertilizantes, cuyo empleo exagerado recarga sobremanera la producción agrícola del sur. Debido al agotador monocultivo se desenvolvió allí el más tremendo proceso de desnudamiento del suelo jamás observado en el mundo entero; enorme extensión de tierra quedó estéril por la erosión. En un estudio llevado a cabo en 1933 por técnicos en el asunto, quedó demostrado que un tercio de toda la tierra del sur está corroída y que, por lo menos la mitad de toda la tierra corroída del país se encuentra en la región del sur. Las alarmantes cifras de centenas de millones de acres vueltos estériles, principalmente en las zonas del suelo irregular de Piedmont, exhibiendo las sangrientas rajaduras de la carne de la tierra, los largos barrancos de fondo colorado, ocasionaban verdadera alarma nacional y dieron lugar a teorías exclusivistas, que atribuyen toda la miseria y el hambre del sur a la erosión de su suelo (Shepard, 1945). La verdad es que el alarmismo provocó cierta confusión en el análisis de los hechos. No fue la erosión la causa de la decadencia y del hambre en el sur, pero fue ella, así como el hambre y la miseria regional, consecuencia de una única causa: la explotación económica inadecuada de la región. La erosión del suelo, como la erosión del potencial humano, son efectos desastrosos de un mismo factor: el sistema de las grandes plantaciones. Tiene toda la razón el eminente técnico estadounidense Charles Kellogg, cuando afirma que la “erosión del suelo es un importante síntoma de relaciones inadecuadas entre el pueblo y el suelo, como un dolor de cabeza es muchas veces el síntoma de alguna enfermedad fundamental. No se puede decir que las civilizaciones decayeron por el empobrecimiento del suelo, porque este empobrecimiento es más un resultado de decadencia del pueblo y de la civilización” (Kellogg, 1943). Presos en esa maraña de factores desfavorables: producción inadecuada, suelos agotados, salarios bajos, los grupos humanos que allí viven tienen, forzosamente, que hacer uso de una alimentación impropia e insuficiente.

Es sabido que el grueso de las poblaciones de la región vive exclusivamente de maíz, tocino y melaza. A estos alimentos básicos, se agrega en diferentes zonas, el arroz, los porotos y la batata, lo que poco mejora la composición del régimen. Régimen que se muestra, desde luego, tremendamente defectuoso, por la ausencia de alimentos protectores, tales como carne, leche, huevos y vegetales frescos. En un notable estudio sobre los factores económicos en su correlación con el estado de nutrición de las poblaciones del sur, Goldberger y Sydenstriker mostraron cómo la falta de esos alimentos protectores fue provocada exclusivamente por los intereses de la economía del monocultivo. Así afirmaron aquellos investigadores que en el sur

no se dispone de leche y carne en cantidad suficiente, porque los grandes propietarios de tierra siempre desacreditaron la ganadería, desde que los pastos robarían parte del suelo a los algodones y los arrendatarios desviarían, hacia la alimentación del ganado, los forrajes destinados a las mulas y los caballos necesarios para la industria del algodón y de la caña de azúcar. Tampoco estimularon jamás los grandes plantadores los huertos de frutales y hortalizas, porque estas ocuparían espacio y usarían una mano de obra que no debía ser apartada, ni por un momento, de los campos cultivados con los productos de exportación. Aun cuando cerca del 60% a 70% de los arrendatarios tienen cría de gallinas, esta es generalmente muy pequeña y los huevos constituyen, de esta manera, un alimento apenas ocasional.

Las restricciones impuestas a los esclavos y, posteriormente, a los arrendatarios, en cuanto al aprovechamiento de la tierra para la producción de frutas y verduras, no solo amenguaron en los habitantes de la región el interés por plantarlos, sino también el hábito de usarlos en su alimentación. Y aún hoy, cuando el sur tiende a diversificar su agricultura, produciendo apreciable cantidad de frutas y verduras, vemos que las familias campesinas se abstienen de su uso por la fuerza del hábito, continuando en su precario y monótono régimen de maíz, tocino y melaza. Es evidente que el uso continuado de ese régimen tiene que acarrear graves consecuencias en el estado de nutrición del pueblo. Y la verdad es que, desde los tiempos coloniales, tanto los negros como los blancos de las clases menos favorecidas exhibían una serie de perturbaciones ocasionadas ciertamente por su estado de nutrición deficiente. Perturbaciones que, en aquellos tiempos, se atribuían a otras causas, tales como la impropiedad del clima, el género de trabajo o, asimismo, una especie de atavismo racial.

De las enfermedades carenciales comunes en esa zona, se destaca una por su alarmante preponderancia: la pelagra. Aunque Babcock afirme que la enfermedad ha progresado en EEUU del sur desde 1828, fue en el comienzo de nuestro siglo cuando los médicos llamaron la atención sobre ese mal, que parecía crecer de manera alarmante en toda la zona. Registrada en 1909 la presencia de la pelagra en todos los estados del Sur, en pocos años el número de casos del terrible mal alcanzaba la centena de millar, con una mortandad anual de cerca de 4.000 personas (Goldberger & Sydenstricker, 1927). La pelagra traduce, como ya vimos, un estado de policarencia alimentaria, centralizado en la deficiencia de ácido nicotínico. Es, por excelencia, una enfermedad de la miseria y su incremento traduce siempre una intensificación del estado de penuria local. Hay quien explica el aumento del número de casos de pelagra en el Sur, desde fines del siglo pasado hasta la última guerra, como “consecuencia” de la mayor aptitud de los médicos para diagnosticar la enfermedad. Pero hay también quien ve en el fenómeno un reflejo de la evolución económica producida en la región durante esos años. Y parece que la razón está con estos últimos.

Aunque, desde fines del siglo pasado, las grandes plantaciones se han ido loteando en propiedades pequeñas, lo que hace hoy del sur de EEUU una de las regiones menos infestadas por el latifundio, hubo, durante el mismo período, un aumento en el número de propietarios ausentistas, factor de terrible gravamen en la situación económica. Así, en 1880, el 64% de las haciendas del sur eran explotadas por sus

propietarios; esa cifra, en 1900, caía al 53%, y en 1930, al 44%. Ese aumento de propietarios ausentistas proviene de la injerencia cada vez mayor de los banqueros y de grupos de financistas del norte, que se apoderan de los campos decadentes del sur.

Esos mismos grupos financieros se orientaron también hacia la explotación industrial del sur. Pero esa industrialización que en los últimos 30 años tomó gran impulso, también constituía, en ciertos casos, factor de pauperismo y no de enriquecimiento de las poblaciones regionales: muchas fábricas del norte se mudaron para el sur en busca de mano de obra barata y mantuvieron los salarios a niveles miserables.

Dirigidas por el capitalismo ausentista, las condiciones de vida de la región se volvieron peores que nunca, y es esa la razón por la cual la situación alimentaria de los colonos en aquella época fue peor que la de los esclavos en los tiempos coloniales. Fue, probablemente, esa nueva forma de colonización del sur, por las grandes organizaciones bancarias, la que promovió la gran epidemia de pelagra de los últimos 50 años y provocó el tremendo éxodo de la población rural del sur hacia ciertas zonas del oeste, principalmente a California. La desorganización económica provocada por la explotación capitalista de la tierra, con la mecanización del trabajo determinó la expulsión de gran número de campesinos que se dirigieron al oeste, formando la más extraña y paradójica caravana de emigrantes de todos los tiempos, pues pobres, famélicos y desarraigados, en su mayoría iban en automóviles, símbolos de abundancia en nuestra civilización mecanicista. Es verdad que viajaban amontonados en viejos carricoches que iban perdiendo las piezas por el camino, reventando los motores cansados y haciendo crecer, al margen de las calzadas, los cementerios de automóviles, en competición con sus propietarios que también iban poblando los cementerios del Oeste, con sus viejas osamentas aniquiladas. Este hecho paradójico, de propietarios de automóviles sin un níquel para comprar pan para los hijos hambrientos, como nos lo relata John Steinbeck en su libro *Las uvas de la ira*, simboliza bien la miseria en medio de la abundancia, calamidad constante del viejo sur.

La pelagra arrasó con tal intensidad el sur que, en ciertos lugares, llegaba hasta el 25% de las poblaciones rurales. En los estados de Tennessee, Arkansas y Misisipi, Goldberger calculaba su existencia, en 1927, en cerca de 10 a 20 por mil (Parsons, 1943). Y, aun en 1938, Sydenstricker y Sebrell calculaban separadamente en 100.000 el número de casos de pelagra existentes en EEUU, con un índice de mortandad que alcanzaba, en 1940, los 2.123 casos (Committee on Diagnosis and Pathology of Nutritional Deficiencies, 1943).

Analizando la estadística de la pelagra en varios años, se verifica la estrecha correlación de la enfermedad con las oscilaciones del mercado de algodón: se eleva en años de depresión económica y disminuye en seguida en los períodos de prosperidad. Así, en 1916, después de la depresión del algodón de 1914-1915, la pelagra alcanzó cifras alarmantes, y llegó a ocupar, en el estado de Carolina del Sur, el segundo lugar entre las causas de mortalidad. En 1927, surge la nueva tendencia ascendente de la pelagra, como consecuencia de los bajos precios del algodón en el año anterior y de la terrible creciente del Misisipi, que destruyó la mayor parte de las plantaciones en los estados de Tennessee, Arkansas, Misisipi y Luisiana. Después del crash de 1929, nuevamente sube la línea de incidencia de la pelagra en los estados del sur. Aún

hoy, a pesar del mejoramiento de las condiciones alimentarias, la pelagra continúa rondando la región, aunque en menor escala, en su forma típica y en sus manifestaciones más discretas.

Al lado de la pelagra, muchas otras carencias minerales y vitamínicas se tienen registradas en esa región. Las anemias por falta de hierro son extremadamente comunes, principalmente entre las criaturas y, regularmente, se agravan por la coexistencia de la verminosis. Deficiencias de vitamina A han sido registradas en porcentajes que alcanzan, en la población rural de Tennessee, el 50% de su total (Youmans, 1941).

Las deficiencias de vitamina B1, que otrora se propagaban en gran proporción en Luisiana bajo la forma de beriberi, aún perduran, principalmente en sus formas de deficiencias parciales. Otros elementos del complejo B, como la riboflavina, ocasionan —por su ausencia— trastornos locales, siendo la arriboflavinosis, según Spies, Beans y otros, la más común de todas las carencias alimentarias del sur. En ciertas zonas, las condiciones de alimentación son tan precarias que, al lado de las deficiencias específicas, se encuentra la deficiencia cuantitativa o hambre total, hambre de calorías. Así, en el informe llevado a cabo en Tennessee, por Youmans y sus colaboradores, se verificó que en todos los grupos de población, excepto entre las criaturas de uno a seis años, la ingestión diaria de calorías era inferior al mínimo recomendado y que, en ciertos grupos, esa deficiencia llegaba al 45% del total de energía necesaria.

No es de admirar que, en ese régimen de hambre cuantitativa y cualitativa, muchas de las poblaciones se mostraran incapaces de trabajar por falta de iniciativa y de energía.

Es verdad que, en los últimos años, ese cuadro negro del hambre viene aclarándose, gracias a las medidas e iniciativas tomadas por los poderes públicos. El impacto de la guerra, exigiendo racionalización en la producción y en la distribución de los alimentos, benefició mucho las condiciones alimentarias del sur. En el informe intitulado *Our Food Front*, divulgado en noviembre de 1943, el doctor Russell Wilder, comentando la mejoría de las condiciones de alimentación como consecuencia de la guerra, escribía las siguientes palabras: “Tenemos razones para acreditar que, en América del Norte, hay actualmente menos hambre que antes de la guerra” (Wilder, 1943).

Proyectos federales como el de la Administración del Valle de Tennessee que beneficia a una población de 4,5 millones de habitantes de siete estados de la Unión, al promover el control racional de las aguas, de las tierras, y de los variados recursos de la región, trajeron necesariamente relativa mejoría de las condiciones locales de vida. Basta recordar que, en un período de diez años, las realizaciones de la Administración del Valle de Tennessee promovieron en la región un aumento de renta individual de cerca del 75%, contra un aumento de renta nacional, en el mismo período, del 56% (Gunther, 1947). Es evidente que este levantamiento del estándar económico se reflejó en todos los aspectos de la vida regional, inclusive en la alimentación.

Con todo, aún perduran en la región condiciones alimentarias que dejan mucho que desear. Conforme escribió un estadounidense, técnico en nutrición, Grace A. Goldsmith, “en cuanto a las manifestaciones de las graves enfermedades carenciales,

como la pelagra y el beriberi, han decrecido notablemente en los últimos años, pero los síndromes de deficiencias discretas son aún comunes, y los hábitos alimenticios de una gran masa de la población están aún lejos del ideal” (Goldsmith, 1945).

Por mucho tiempo aún, el dilema del hambre en el sur de EEUU desafiará la capacidad de planeamiento, de los técnicos y economistas estadounidenses, y las manchas del hambre mantendrán su negro frente en torno “de los ranchos rurales” del sur que, en la opinión de John Gunther, constituyen “el aspecto que más subleva en el panorama nacional” (Gunther, 1947).



Foto: Lewis Wickes Hine (1874-1940). Niño barrendero en la sala de hilados en New Bedford (1911). *National Child Labor Committee collection, Library of Congress, Prints and Photographs Division.*

Capítulo 4

El hambre en la vieja Asia

Asia es, por excelencia, la tierra de los hombres y la tierra del hambre. En ninguna otra parte del mundo, los hombres imprimieron en la superficie de la tierra tan profunda marca de su presencia; en ninguna otra parte del mundo el hambre imprimió en la estructura de los grupos humanos signos más profundos de su acción. El más antiguo fósil humano, *el Sinanthropus pekinensis*, fue encontrado en tierras asiáticas y de ese mismo continente nos vienen las historias de las más antiguas epidemias del hambre que asolaron la especie humana.

En Asia —nombre que significa tierra donde nace el sol— nacieron así el hombre y el hambre, y cada vez que el sol se levanta por sobre las aguas del océano Pacífico iluminando aquel paisaje tan lleno de contrastes, se destacan con violencia los signos profundos de la lucha milenaria del hombre contra el hambre. Asia —el más humano de los continentes— donde el hombre vive desde hace más tiempo y donde, en nuestra época, viven mayor número de hombres, siempre ha sido escenario de los más siniestros episodios del interminable drama del hambre. Ningún otro factor social ha actuado en el mundo con más despótica energía sobre la conducta humana, que el hambre colectiva en las tierras del Extremo Oriente. Analizando las doctrinas religiosas, los códigos de moral, las costumbres comunitarias y los hábitos de vida de las poblaciones asiáticas, se comprueba que, en la estructuración de todas esas manifestaciones culturales, influye siempre, de manera decisiva, el estado de penuria alimentaria a que están sujetos sus grupos humanos a través de los siglos.

Tres cuartas partes de todas las actividades humanas, en Asia, se concentran exclusivamente en arrancar del medio natural los pobres recursos de subsistencia; de ahí resulta que todos los impulsos, pensamientos, actitudes y acciones del hombre están dirigidos hacia allí primordialmente, en el sentido de ese objetivo vital. Tal es la vida en la vieja Asia, cuna misteriosa de la humanidad, donde el mayor número de los individuos nació y murió en nuestro planeta.

Representando apenas un tercio de la superficie terrestre, Asia concentra más de dos tercios de la población del globo, lo que significa una densidad demográfica de 72 habitantes por milla cuadrada de superficie, mientras en el resto del mundo, esa cifra es apenas de 26 habitantes. Esa enorme reserva de humanidad, ese compacto cúmulo humano, más variado e innumerable que el de todas las otras regiones de la tierra es, sin duda alguna, el que da personalidad geográfica a la vieja Asia. Pero, bajo los pies de aquellas pululantes multitudes orientales se desenvuelve un paisaje natural, también multiforme, con las más variadas características, que permite dividir su inmensa masa continental, por lo menos, en cinco grandes regiones

naturales: el Extremo Oriente, que comprende China y Japón; el sureste asiático, representado por la península de Indochina; la India, que es una especie de subcontinente; el Cercano Oriente y la enorme masa continental de las tierras del extremo norte, que forman parte de la Unión Soviética.

En este capítulo de nuestro libro encararemos Asia en el conjunto de las cuatro primeras regiones, dejando a un lado la Unión Soviética. Procedemos así porque, en verdad, la Unión Soviética apenas puede ser considerada asiática, como es apenas europea. Es una especie de puente entre los dos continentes y las dos culturas. Como la península ibérica siempre fue un puente entre Europa y África, también Rusia, aun antes del advenimiento del socialismo soviético actuó como una zona de transición entre la cultura europea y las culturas asiáticas.

Agricultores de cuarenta siglos

Sobre la inmensa extensión de 3,5 millones de millas² de superficie, el pueblo chino desarrolló su típica civilización agraria. De los 500 millones de individuos que habitan tan gigantesca nación, por lo menos 400 millones viven íntimamente ligados a la tierra, a las actividades rurales de las que sacan los recursos de su sustento. Sobre la base de la agricultura, practicada en el suelo chino desde hace más de cuarenta siglos, ese pueblo, oriundo de las márgenes del río Amarillo, se estableció en la región y, de allí, extendió sus dominios y propagó en una enorme área, la influencia cultural de sus hábitos y de sus tradiciones. Así se formó la gran China, segundo país del mundo en extensión, solo sobrepasado hoy por la Unión Soviética.

Para mostrar el predominio de la vida rural en China, predominio que hace de ese país el más denso y la más densa y típica multitud campesina del mundo, basta saber que mientras en EEUU apenas el 23% de los habitantes viven en haciendas, en China la proporción es de más del 80% (Cressey, 1946). A pesar de tan extensa y absorbente actividad agraria o aun como consecuencia de esta, vemos que China vive, hasta hoy, en alarmante estado de penuria alimentaria, sujeta más que cualquier otro país del mundo, a las graves consecuencias de los variados tipos de hambre. Ninguna civilización ha sido más intensamente expuesta al hambre que esa civilización vegetal, basada casi exclusivamente en la agricultura de sustento. El alimento constituye en China una necesidad tan apremiante que el hecho se refleja en las expresiones idiomáticas de su pueblo. Mallory observa que el saludo a un amigo que se encuentra se hace con las siguientes palabras: “¿Ya comió?” (Mallory, 1928). Analizando el lenguaje de un campesino de China, han señalado los estudiosos el hecho de que ninguna fuente les brinda mayor abundancia de imágenes idiomáticas que la alimentación.

Aun cuando el país sea esencialmente agrícola, con todo, la agricultura no abarca toda su extensión territorial. Se limita en realidad a un tercio del territorio nacional, el más vecino a la costa. Los dos tercios restantes, correspondientes al territorio central de China, son en su casi totalidad extremadamente montañosos o desérticos, y, por lo tanto, poco aptos para la agricultura. Ese hecho se refleja en la distribución de la población, que se concentra en forma compacta en la parte más oriental del

país. Si dividimos China por un eje norte-sur, pasando por el centro de la provincia Yunnan, veremos que en la parte occidental, en 2 millones de millas² viven apenas 17 millones de individuos, mientras que en la parte oriental, con 1,5 millones de millas² de superficie, se aglomeran más de 450 millones de individuos. Es que la población china se amontona en las zonas de suelo más propicio para la agricultura, capaces de proporcionarle los recursos mínimos de subsistencia. Esos suelos se encuentran en los valles de los grandes ríos, principalmente en los depósitos aluviales de sus deltas y en las extensas planicies del norte, cubiertas de *loes* de la fértil camada de polvareda que los vientos asiáticos trajeron de los grandes desiertos centrales. Esa peculiar distribución del elemento humano traduce bien la estricta dependencia del chino, tanto del suelo como del clima de su país. Suelo y clima que están lejos de ser los más propicios para la agricultura. El escritor John Lessing Buck, el que hasta hoy estudió con más objetividad la organización de la vida rural en China afirma, con convicción, que en ninguna otra parte del mundo la agricultura lucha contra tantos obstáculos naturales, principalmente los resultantes de los imprevistos del clima (Buck, 1937). La lucha del agricultor contra las inconstancias de la naturaleza es una historia de excepcional heroísmo y fue relatada en todo su impresionante realismo por F. H. King, en su libro *Agricultores de cuarenta siglos*, expresión que utilizamos para titular este capítulo, porque nos parece que sintetiza la realidad de la vida china.

La primera dificultad de la agricultura en China es la escasez relativa de tierras cultivables, porque son grandes las extensiones del país, como afirma con mucha precisión el geógrafo Cressey, excesivamente frías o excesivamente secas, excesivamente montañosas o excesivamente estériles, para que en ellas se practique una agricultura de rendimiento compensador. De ahí resulta que el suelo, a pesar de la alta densidad demográfica que sobre él ejerce extrema presión, se cultiva apenas en una pequeña porción del territorio nacional: del 10% al 15%. Para atender las necesidades alimentarias de sus 500 millones de habitantes, cuenta China, según apreciaciones de Winfield (1948), apenas con 217 millones de acres para el cultivo, mientras que EEUU dispone de 365 millones para una población que no alcanza un tercio de la que tiene China. Esa desproporción entre suelo cultivado y población acarrea dos consecuencias extremadamente graves: la superpoblación regional y el gran parcelamiento de la tierra, más allá de los límites razonables para su explotación económica. La concentración humana rural alcanza sus extremos absurdos en las planicies aluviales de los grandes ríos. Así, en el delta del Yang-tse-Kiang en las proximidades de Shanghái y en el delta del Sikiang, en las cercanías de Cantón, esa concentración alcanza la impresionante cifra de 4.000 individuos por milla cuadrada de superficie. En esas zonas superpobladas, la labranza de la tierra es tan extrema, su división es llevada a tales límites, que Cressey, forzando un tanto la expresión, nos habla de “parcelas microscópicas de tierra” (Cressey, 1939). De hecho, sobrevolando a cierta altura esos campos cultivados de China, la imagen que se descubre ante nuestros ojos trae a la memoria, de manera impresionante, la de un corte de tejido visto al microscopio, con sus millares de células de diversos tipos y de tamaños levemente diferentes, apretándose unas contra otras. Cada célula es una hacienda de la cual depende una familia entera para su subsistencia. Esa verdadera pulverización

del suelo de China crea el problema del minifundio, tan grave en lo que respecta a la falta de potencial agrícola de la región, fenómeno opuesto al latifundio en el África y en América Latina. El tamaño medio de una hacienda en China es de cuatro acres y dieciocho décimas; mientras en Holanda es de 14, en Dinamarca de 39, en Inglaterra, de 63, y en EEUU, de 157 acres. Véase bien: esa es la extensión media, habiendo, por lo tanto, un gran número de propiedades de menor tamaño. Cerca del 23% de las haciendas computadas por Buck en diversas regiones de China, tienen apenas un acre y medio de superficie, y viven, por término medio 4,4 personas de los rendimientos agrícolas de tal suelo, sin ninguna otra posibilidad. El campesino de China mantiene, en nuestros días, un tipo de economía que se aproxima mucho a la economía feudal por su aislamiento, por la falta de intercambio comercial, por su extrema dependencia de los recursos de sustento local. Ese tipo de organización económica obliga al chino a arraigarse al suelo como si fuese un árbol y a establecer con el medio natural una tal conexión que, según la feliz expresión de Gerald Winfield, China funciona como una especie de “acuario balanceado”, en el cual las plantas y los animales se ayudan mutua e indisolublemente, para mantener el ciclo vital. La economía agraria china se hace en los moldes de las actividades de un acuario de ese género: todo bien establecido y reglado, para evitar los desequilibrios, siempre catastróficos para los grupos humanos. Ese precario equilibrio ecológico siempre amenazado por condiciones naturales adversas, llevó al chino a limitar su agricultura a las tierras más propicias y a concentrar sus actividades en el cultivo de plantas de más alto rendimiento, de acuerdo con las condiciones naturales. De allí, la limitación de la zona de cultivo y la limitación del número de productos cultivados en una medida apreciable.

Aunque Buck, procurando caracterizar bien la organización agraria de China, considere que el país puede dividirse en ocho diferentes zonas agrícolas, desde el punto de vista de la producción alimentaria son más o menos idénticas esas zonas, y se reducen sus diferencias marcadas a la caracterización de apenas dos: la zona del sur y la del norte. Zonas nítidamente distintas, tanto en el aspecto natural como en el cultural del paisaje; tan diversas, que uno de los primeros exploradores occidentales que anduvieron por aquellos parajes, Marco Polo, al visitar el Oriente en el siglo XIII percibió esa dualidad y habló de dos Chinas, de dos países diferentes, el del norte que él llamaba *Cathay* y el del sur, llamado *Manjé*.

La región del sur, caliente y húmeda, con su suelo montañoso, atravesado de fértiles valles y con su exceso de lluvias, constituye la gran zona del arroz. Al norte del río Yang-tse-Kiang y de las montañas de Tsig-ling, se extienden las extensas planicies semiáridas del país del norte. Allí casi no se planta arroz. Es la zona del trigo, del mijo, del sorgo o *kaoliang* y de la soja. En las dos grandes zonas, tanto en la del arroz como en la del trigo, encontramos un tipo de agricultura intensiva, en la que el hombre se esfuerza al máximo para extraer del suelo el mayor rendimiento posible por acre de tierra cultivada. Y es sorprendente comprobar que empleando una técnica agrícola arcaica, ignorando todos los principios de la agricultura científica y labrando una tierra explotada hace más de 4.000 años, aun así el pueblo chino puede extraer de ella un rendimiento que por hectáreas es, por lo común, sensiblemente superior al de

la agricultura estadounidense. Comenta el doctor Winfield que, mientras en EEUU se dan, término medio, *57 bushels* de arroz por hectárea, el sur de China produce 67; y mientras EEUU produce 14 *bushels* de trigo, el norte de China produce 16. Para obtener esos sorprendentes resultados, el campesino chino se entrega en cuerpo y alma al cultivo de la tierra y se liga a ella en una integración tan perfecta, que siempre restituye al suelo todo cuanto el suelo le da. Fue esta estricta dependencia del suelo la que creó en Oriente una filosofía de la vida, una mística que preconiza la indisoluble unión de la tierra eterna con la sangre eterna, del suelo con la raza.

Para que esa tierra escasa permita al pueblo chino continuar existiendo, pone el mayor número de brazos para cultivar esa tierra y el mayor número de manos para ayudar al crecimiento de las plantas. La planta de cultivo típica de Oriente —el arroz— es tan manipulada, tan acariciada el año entero por las manos orientales, plantándola, carpiéndola, regándola, limpiándola de plantas dañinas, que no hay exageración en afirmar que el arroz en China es cultivado, la mitad del tiempo en el suelo, y la otra mitad en la palma de la mano del agricultor. Y fue ese exceso de cuidado y de cariño del chino por el arroz el que hizo de esa planta un vegetal tan necesitado de mano de obra, viciado como una criatura excesivamente mimada por la familia. Como consecuencia natural de ese exceso de manipulación agrícola, vemos que si el rendimiento por hectárea es relativamente alto, el rendimiento per cápita es en extremo bajo. Según Winfield, trabajando el año entero, un campesino chino produce apenas 3.000 libras de granos, mientras que un estadounidense produce 44.000, esto es, 14 veces más.

La mesa del pobre es escasa

Si Asia es la tierra de los contrastes, estos son aun más acentuados en sus aspectos humanos que en su aspecto natural. La distancia que separa a un paria de la casta más baja de la India, un intocable, un desposeído de todos los bienes y derechos humanos, de un maharajá, poseedor de indescriptible riqueza y poderío, es mucho mayor que la distancia que separa los picos del Himalaya de los puntos más profundos del océano Pacífico. La diferencia entre la alimentación de un alto dignatario de China, en un banquete festivo, y el tipo de régimen habitual de un simple campesino del país, es de esa misma categoría de contraste violento.

Mientras los viajeros ilustres recibidos en Oriente con fiestas pomposas, nos hablan de banquetes interminables con decenas de platos de los más exquisitos y finos manjares, las encuestas llevadas a cabo en las zonas rurales de China nos presentan a millones y millones de individuos que, durante toda su vida, día tras día, año tras año, apenas disponen para sus comidas de un solo alimento: el arroz. En la región del sur, nos cuenta Platt (1938), la criatura, a los dos días de nacida, comienza a ingerir una a dos veces por día, una pasta poco compacta de harina de arroz levemente endulzada, y para el adulto es el arroz la fuente del 80% al 95% de su ración energética. En el norte vemos que el campesino hace del pan de trigo y del sorgo su alimentación básica. En ambas regiones se caracteriza la alimentación por tres

cualidades fundamentales: se trata de un régimen casi exclusivamente de origen vegetal, excesivamente frugal y en extremo monótono. No es que el chino sienta placer en usar ese tipo de alimentación tan exageradamente sobria, todo lo contrario, como prueba de que su empleo constituye una especie de sacrificio, vemos que en los días de fiesta, el chino se aparta de su régimen para ingerir toda clase de alimentos, tanto de origen vegetal como animal. Pero esto solo en los grandes días de fiesta: una o dos veces por año. El régimen habitual vegetariano, escaso y monótono, es una consecuencia forzosa, pues debe vivir en la más estricta economía, para disponer de alguna comida el año entero.

Su extremo predominio vegetal, que hace que apenas el 2% o el 3% del total de calorías provenga de alimentos animales, mientras que en EEUU esa parcela alcanza el 39%, es resultado de la conciencia que tiene el pueblo chino de que no sería posible utilizar su escasa tierra para la cría de animales, puesto que su rendimiento alimentario, en potencial energético, es bastante inferior al rendimiento de las plantas. El pueblo chino sabe que el vegetal ingerido directamente por el hombre reporta infinitamente más energía que el utilizado indirectamente en la fabricación de productos animales y, por desgracia, su problema de obtener energía para sus funciones vitales básicas siempre fue un problema angustioso. Dedicándose casi exclusivamente a la agricultura y cultivando alimentos altamente energéticos como el arroz, el trigo y el maíz, el chino no alcanza, sin embargo, una ración media de 2.250 calorías diarias. ¿Qué sería, entonces, si el chino se diese el lujo de transformar las calorías vegetales en calorías animales? La ciencia muestra que, en esa transformación, apenas una parte pequeña de la energía consumida por el animal en su alimentación, es recuperada. En la producción de leche se recupera apenas el 15%; en la de huevos, el 7%, en la de carne bovina, apenas el 4% de la energía consumida por el animal. Ese determinismo biológico hace que el chino no se dedique a la cría de animales para su consumo. Así, en tanto que, en EEUU, el 90% de los animales se cría para el consumo de alimentos, en China, apenas el 25% sirven a ese fin, y la casi totalidad de ellos se utilizan para ayudar al hombre en su labor agraria.

El único animal doméstico de real importancia en la economía alimentaria de los chinos es el cerdo; y ello porque se encuadra mejor que cualquier otro en la economía restrictiva del “acuario equilibrado”. Primero, porque la recuperación energética del porcino es más alta que la de otros animales, pues alcanza término medio el 20% de energía utilizada en su alimentación; segundo, porque el cerdo, en el Extremo Oriente, constituye una especie de barrendero encargado de aprovechar todos los restos y detritus domésticos. Son de Winfield estas expresivas palabras: “En un acuario equilibrado es preciso tener caracoles marinos, limpiadores, para comer y eliminar los restos, impidiendo la acumulación de basura. El cerdo es el caracol marino del acuario de China” (Winfield, 1948).

Con los residuos domésticos lanzados en los chiqueros, al lado de la casa, los chinos obtienen nueva parcela de energía de productos que, aparentemente, ya no podían dar ningún rendimiento al hombre. Winfield describe en todas sus fases lo que llama “la biografía del cerdo en China”, mostrando que este funciona como importante vínculo del ciclo vital del alimento en el país. Para poner en evidencia

cómo el chino se empeña, a costa de los mayores sacrificios, en economizar la energía alimentaria, basta saber que, cuando el cerdo crece y está en la época de ser vendido, nunca lo llevan al mercado andando, como se hace en ciertas regiones de Occidente, sino siempre cargado por uno o dos campesinos, a fin de que no gaste energía en la caminata y vaya así a perder una parte de su peso. La energía utilizada por los dos campesinos caminando leguas de distancia con un porcino vivo atado a una vara sobre sus delgados hombros, tiene para aquella gente mucho menos valor que la energía del cerdo, aunque sea el porcino un producto del detritus humano... En ciertas regiones de Occidente, con producción agrícola superior al consumo local, como es el caso de la región del Corn Belt estadounidense, el cerdo es alimentado y engordado con el cereal, constituyendo ese mecanismo económico, la manera más rendidora de negociar el maíz: envasarlo en la piel del cerdo... Pero en China no existe tal posibilidad de existencia de un exceso de cereales, de manera que lo que se embute en la piel del cerdo son simples residuos imposibles de ser aprovechados para otros fines. Contribuye aun el porcino, en China, para el precario equilibrio del acuario, produciendo regular cantidad de estiércol que, mezclado con el humano, es acumulado durante el año entero para fertilizar las tierras agrícolas.

La escasez y la monotonía del régimen chino son productos de la estructura económica que determina una producción insuficiente y forzosamente especializada en el número bien limitado de los productos.

Esos tipos de regímenes, insuficientes e incompletos, determinan el hambre crónica de las poblaciones, en sus variadas formas. Sufren los chinos, ante todo, de hambre cuantitativa, de la falta de energía en sus regímenes, para sus necesidades básicas y de trabajo. La delgadez de la mayoría de los habitantes de aquella región del mundo es una consecuencia directa de la inexistencia de cualquier margen, de cualquier superávit energético en las raciones, que les permita acumular grasas en forma de reservas. El ritmo y el rendimiento de trabajo de los chinos, de los más lentos y bajos del mundo, son, en parte, reflejos de esa falta de combustible para la realización de su trabajo muscular.

Mucho más graves que esa hambre cuantitativa son, no obstante, las hambres cualitativas, específicas, a que esa gente está permanentemente sometida: hambres de proteínas, de sales minerales y de vitaminas. El hambre de proteínas está extremadamente generalizada, desde que las fuentes de proteína completa, como la carne, los huevos y la leche, casi no participan del régimen. Ya vimos que el único animal doméstico que suministra carne a los chinos es el cerdo. Pero en proporción con los habitantes, el consumo es tan poco significativo, que sus productos son más usados en aperitivos y adobos que como alimentos básicos. Sirven apenas para mejorar el gusto y el olor del arroz y de las sopas de soja. Ciertos preceptos religiosos, tanto budistas como brahmanistas, colaboran fuertemente en mantener los bajos consumos de proteínas animales en las tierras de Oriente. La creencia budista en la metempsi-cosis, esto es, en la trasmigración del alma humana en los animales, prohíbe que se mate cualquier animal para comerlo, pues se corre el riesgo de matar a un pariente, a un antepasado reencarnado bajo la forma del animal. Felizmente, en la mayoría de las regiones los preceptos budistas excluyen de esa interdicción a los peces por dos

diferentes razones: en unas zonas, porque ellos no son incluidos entre los verdaderos animales de trasmigración, ya que poseen sangre fría; en otras, porque se considera que, para consumirlos, no hay necesidad de matarlos, basta pescarlos y dejarlos tranquilamente fuera del agua, donde morirán por sí mismos... Ciertamente esos preceptos no hacen más que sublimar, con razones mágicas, una realidad inexorable de las condiciones geográficas y económicas: la escasez de carne en la región. Con el progresivo aumento de la población, que volvió cada vez más difícil el abastecimiento regional de productos animales, el código religioso, para calmar la situación, estableció límite al consumo de productos, de acuerdo con las secretas ligaduras existentes entre los aspectos económicos y religiosos de la vida de un pueblo.

La deficiencia proteica es más acentuada en el sur, entre los “comedores de arroz”, que entre los “comedores de trigo” del norte: porque el trigo es más rico en proteínas, y además las poblaciones del norte disponen de soja, fuente de proteínas de alto valor biológico. El hambre de proteínas se manifiesta en variados aspectos. Su primer signo es el crecimiento retardado e insuficiente de la mayoría de los chinos, casi todos de estatura baja y tanto más baja cuanto más deficiente en proteínas es su régimen. Así vemos que la estatura media de las poblaciones chinas va aumentando del sur hacia el norte, en el mismo sentido que aumenta la proporción de proteínas en los regímenes. Otra grave manifestación del hambre proteica es la aparición de lesiones hepáticas que conducen a los estados de cirrosis tan comunes en el Extremo Oriente (FAO, 1948b). Esas enfermedades, hasta hace poco de origen desconocido, se revelan a la luz de los estudios experimentales recientes, como estados de carencia en determinados componentes de las proteínas: ciertos aminoácidos indispensables, y parecen constituir, de acuerdo con la conclusión de una comisión de especialistas de la FAO que estudió las condiciones de nutrición en el Extremo Oriente, “la más común de todas las deficiencias alimentarias en los trópicos y en Oriente”. Los efectos de la deficiencia proteica sobre la salud en general, en su sentido más amplio, se traducen por una sensible disminución de la resistencia orgánica a las infecciones y, en consecuencia, por índices estadísticos de salud de lo más comprometedores. También el reflejo del hambre de proteína sobre el comportamiento de los grupos humanos en China es bastante significativo. Hay estudiosos chinos que consideran esa grave falla de la alimentación como una de las razones básicas de la “letargia, deficiencia, indecisión y falta de ánimo” de aquel pueblo (Kuei, 1937).

Otra forma grave y generalizada del hambre específica entre los chinos es la que resulta de la deficiencia en calcio de su régimen. El fisiólogo Maynard acentúa el hecho, experimentalmente demostrado, de la dificultad de suministrarle calcio a una población sin hacer uso de los productos de la leche y, en China, prácticamente no se toma leche, siendo su consumo irrisorio aun entre las criaturas. Otra fuente de calcio, aunque menos eficiente, es la constituida por vegetales de hoja pero también esos alimentos participan en medida muy reducida en el régimen de los chinos. De esta manera, no hay medios de neutralizar el déficit de calcio que acarrea las frecuentes caries dentales, el raquitismo y la osteomalacia.

El raquitismo alcanza a las criaturas de las zonas menos soleadas y, por lo tanto, más desprovistas de vitamina D, y la osteomalacia es más frecuente entre las mujeres,

principalmente después de sucesivas maternidades, que las despoja en extremo de las reservas de calcio de los huesos, tomadas para la formación del esqueleto de los hijos y de la leche necesaria para su amamantamiento. En la provincia de Shansi, donde existe el hábito nocivo de que las parturientas sean mantenidas durante un mes después del parto con un régimen exclusivo de puches de arroz, la osteomalacia causa daño a un número impresionante de mujeres (Price, 1939); en ciertas zonas del Tíbet, donde se acostumbra dar a las mujeres grávidas costillitas de cerdo cocidas en salsa de vinagre que ataca al hueso disolviéndole el calcio, la osteomalacia constituye una rareza. La carencia de hierro es otra forma de hambre específica, de graves repercusiones para la salud del pueblo chino, uno de los que padece más de anemia en el mundo. La anemia alimentaria es extremadamente grave en la región por la verminosis, principalmente por la ancilostomiasis, diseminada de manera extraordinaria en China. Los vermes causantes de esa enfermedad despojan al organismo, a través de los intestinos, de una masa bien apreciable de sangre, calculada en los casos de gran infección en cerca de un cuarto de litro por día. El organismo, que no dispone ni de proteínas ni de hierro suficientes para elaborar los glóbulos sanguíneos que compensen esos estragos, se debilita en extremo, muchas veces hasta la muerte. De esta manera, los vermes parásitos pasan a constituir causa coadyuvante de las carencias minerales. Por otro lado, la gran cantidad de verminosis y de otras enfermedades parasitarias intestinales, como las disenterías amebianas y bacilosas, son, en gran parte, producto indirecto de la penuria de alimentos del pueblo. Es un verdadero círculo vicioso, según demuestra de manera impresionante el doctor Gerald Winfield, que estudió a fondo esos males llamados “enfermedades de origen fecal”, durante sus largas permanencias en la Cheeloo University, en Tsinan. La marcada prevalencia de esas enfermedades, que alcanza a más del 90% de los habitantes de la zona rural de China, se produce por varios factores, de los cuales el principal es el uso generalizado, en el país, del detritus humano para fertilizar la tierra. No disponiendo de fertilizantes químicos ni de cantidades suficientes de estiércol animal, los chinos solo ven un medio de restituir el nitrógeno al suelo: el uso del detritus humano acumulado, tanto en las ciudades como en los campos, para alimentar la tierra cansada por cuarenta siglos de fecundidad. Esta forzada utilización de los excrementos como fertilizante, constituye una de las expresiones más trágicas del ciclo de la materia en ese país del hambre. Todo lo que el suelo suministra debe volver al suelo, para que él no perezca y, con él, la vida humana y la civilización que él creó. Como el hombre retira del suelo todo su alimento, debe devolverle al mismo todos sus residuos y, cuando muere, ser enterrado en él, para restituir, hasta la última parcela, la materia orgánica que el suelo le prestó. El suelo es el que donó todo, viviendo los chinos de préstamo, de la supuesta generosidad de ese suelo, que la religión ordena sea venerado como la tierra de sus antepasados. Si los chinos suprimiesen, por medida higiénica, ese hábito malsano de usar los excrementos como fertilizantes, la producción del país caería de manera sensible y se repetirían los períodos agudos del hambre que tanto temen por conocer bien sus tremendos efectos. Por otra parte, ese proceso de fertilización lleva anualmente a la muerte a algunos millones de individuos, posiblemente una cifra más o menos equivalente a la de los que morirían de

hambre aguda, si los chinos dejasen de usar los excrementos. ¡Todo termina siempre por entrar en equilibrio en ese acuario famélico!

Los residuos humanos usados en forma húmeda, diluidos como se hace en el sur del país, o en forma seca, mezclados con cenizas de cocina y estiércol de establos, como se hace en el norte, constituyen siempre un alarmante factor de diseminación de las enfermedades de origen fecal. Aunque durante el tiempo en que el material está acumulado para secarse, mueren algunos huevos y gérmenes patógenos, aun así “millones de huevos de lombrices, billones de quistes de protozoarios y trillones de bacterias patógenas sobreviven y son trasportadas al campo”, donde van a infectar a los chinos, a través de sus laboriosas manos, siempre en contacto tan íntimo con el suelo, a través de sus bocas, siempre tan ávidas de alimentos contaminados por ese suelo. Winfield calcula que mueren anualmente en China, como consecuencia de la infección por medio de las heces humanas, cerca de cuatro millones de individuos, casi un tercio, por lo tanto, de la mortalidad global del país y el doble de los que mató, en sus años más mortíferos, la sangrienta guerra chino-japonesa.

En las provincias centrales y montañosas de China, en Yunnan, en Sinkang y en el Tíbet, reina el hambre específica de yodo y más del 25% de las poblaciones locales son portadoras del bocio, según el cálculo del doctor James Claude Thomson (1943), de la Universidad de Nanjing.

Las carencias vitamínicas son extremadamente frecuentes, aunque un poco menos de lo que era de suponer a primera vista, por la descripción sumaria del régimen alimenticio escaso y monótono del pueblo. La verdad es que el chino siempre usa cantidades pequeñas de ciertos productos: hojas, aceites, semillas y raíces que le suministran cierto suplemento de esos principios esenciales, principalmente preparados como están de manera verdaderamente sabia, cocidos casi en seco y a fuego rápido, lo cual les hace conservar todo su valor vitamínico.

La más común de las avitaminosis típicas es, sin duda alguna, el beriberi, más frecuente en el Sur, como consecuencia del uso de arroz decorticado o pulido y, por lo tanto, desprovisto de vitamina B1. No hay estadísticas fieles acerca de la frecuencia del mal, pero cuenta el doctor T. P. Kuo que en 1937, de los enfermos internados en los hospitales de las grandes ciudades de China, entre el 3% y el 7% sufrían de beriberi, y que ese porcentaje aumentó hasta el 15% durante los años de la guerra chino-japonesa. La xeroftalmía y la pelagra son también afecciones comunes en China, pero faltan datos estadísticos acerca de su frecuencia. Tales son las principales manifestaciones específicas del hambre que se propagan crónicamente en esa parte del mundo. Muchas otras características presentadas por esa inmensa masa humana, son, no obstante, en gran parte, consecuencias indirectas de esa misma miseria alimentaria, causa de los índices alarmantes de mortalidad global, de mortalidad infantil, de la limitada probabilidad de vida. El índice de mortalidad global, alrededor del 30 por mil, que mantiene China, es el más alto presentado por un país de gran extensión territorial; y el de mortalidad infantil de cerca del 160 por mil, es también de los más elevados del mundo. El promedio de vida, en el país, es apenas de 34 años, cuando en EEUU es de 60 y en Nueva Zelandia de 65. En este último aspecto, solo India sobrepasa a China, con su promedio de vida de apenas 26 años.

Como si no bastase esa sorda tragedia del hambre crónica, degradando de manera continua la vida del pueblo chino, se precipitan de vez en cuando, sobre aquella pobre gente, los cataclismos naturales que los arroja en las garras del hambre aguda y total. Ninguna tierra del mundo dispone de tantos instrumentos naturales de tortura humana como China. Las sequías, las inundaciones, las plagas de langostas, los terremotos y los tifones, constituyen las maneras habituales con que la naturaleza elimina periódicamente algunos millones de individuos. Como el pueblo chino vive siempre en el umbral de sus necesidades indispensables de subsistencia, sin posibilidades de acumular reservas, cada vez que un cataclismo natural se desencadena sobre la tierra, surge el hambre negra, matando en masa y expulsando en masa al hombre de la región assolada.

Las más terribles hambres de China fueron, según las crónicas históricas, aquellas que resultaron de sus grandes sequías. Alejandro Hosie, procurando compilar los registros estadísticos de ese cataclismo, llegó a la conclusión de que en el milenio que va de 620 a 1620, se registraron 610 años de sequías en algunas de las provincias de China; y de estos, 203 años fueron de sequías extremas, que acarrearón pavorosas epidemias de hambre. Por lo menos en 15 de esas sequías, los chinos cometieron actos de canibalismo, haciendo uso de carne humana por el agujijón tremendo del hambre. La extensión más expuesta a las sequías es la extensa planicie semiárida del centro y del norte del país.

Las inundaciones siempre constituirán la causa segunda en frecuencia de las epidemias del hambre en el Celeste Imperio, que inciden principalmente sobre las grandes planicies aluviales atravesadas por ríos variables y sus inmensos deltas, donde —atraídos por la fertilidad del suelo, producto en gran parte del mismo fenómeno de las inundaciones— se acumulan, como ya vimos, los grandes hormigueros humanos del Extremo Oriente. En verdad, esas planicies costeras fueron construidas por los mismos ríos que depositan grandes cantidades de lodo traídas de las zonas más centrales del país, de suerte que para protegerlas de las inundaciones se encauzan los ríos por medio de viejos diques de tierra que necesitan ser levantados cada vez más, porque los lechos de los ríos también se van elevando progresivamente con los nuevos depósitos aluviales. Hay ríos en China que corren en un lecho situado bien por encima del nivel de las planicies circundantes. Como dice de manera expresiva Dudley Buxton, “los ríos están sobre la planicie y no en la planicie”. Al romper o atravesar los diques, las aguas inundan campos y aldeas, destruyendo plantaciones, matando hombres y animales y fecundando el suelo para que, cuando bajen, vuelvan los sobrevivientes a cultivarlos y a recibir las dádivas de los días de abundancia. Así es la tierra de China: todo lo da y todo lo pierde, de acuerdo con los caprichos de la naturaleza, de acuerdo con la voluntad caprichosa de sus dioses omnipotentes.

La plaga de las langostas constituye la tercera causa natural de las epidemias de hambre en China. Las densas nubes de insectos, cuando se posan en una región, destruyen toda la vida vegetal y trasforman los más verdeantes campos de cultivo en los más desnudos parajes del mundo. Toda China está sujeta a ese tipo de calamidad, pero hay provincias que son atacadas con más frecuencia. Refiere Mallory que, de

162 epidemias de hambre registradas en la provincia de Shensi, 20 fueron causadas parcial o totalmente por las plagas de langostas. El campesino de China, ante la desoladora perspectiva de ver sus campos enteramente devastados, y toda su cosecha perdida, devorada, por las langostas insaciables, solo tiene un recurso: comenzar a comer langostas, única cosa que le queda para matar el hambre. Una vez más se muestra el chino conforme ante lo irremediable, procurando siempre una válvula de escape para aliviar la amenazadora presión de su acuario hambriento.

Aunque de efectos menos destructores en lo que se refiere a los recursos de alimentación, también los temblores de tierra y los huracanes que suelen asolar las regiones costeras de China son capaces de provocar el hambre aguda o de agravarla, cuando ya existe. Producida por cualesquiera de esos factores naturales, a veces por la asociación de varios de ellos, el hambre se instala, y reduce las poblaciones a los aspectos extremos de la miseria fisiológica. Tétricas descripciones, con detalles aun más macabros que los que presentamos acerca del hambre aguda en tierras americanas, nos han revelado los escritores ocupados con las tragedias de la vida china. La más tremenda degradación tanto física como moral de la especie humana ha sido observada en estos cuadros calamitosos. Escenas de vandalismo, de saqueo de propiedades privadas, de asesinatos en masa por un puñado de arroz y habichuelas son episodios comunes en China, cuando el agujijón del hambre aguda exaspera los sentidos humanos con sus torturantes pinchazos. Y hasta el canibalismo hace su tétrica aparición. Las poblaciones quedan reducidas a un montón de espectros humanos que, o se dejan morir con el viejo conformismo chino, o después de luchar dolorosamente con la conciencia, se despiden de los sepulcros de sus antepasados, piden perdón por su debilidad al abandonarlos y dejan sus tierras de hambre, en busca de otras regiones menos atacadas por el flagelo. El viejo campesino Wang Lung, héroe del libro de Pearl Buck, *La tierra de los dioses*, viendo esfumada la familia, reducida casi a comer un poco de forraje y cáscara de pan exclama: “Hubo tiempos peores. Hubo peores tiempos. Tiempos en que yo vi a hombres y mujeres comiendo a los propios hijos”. Y esa perspectiva macabra asusta a Wang Lung, a tal punto que piensa en partir, en abandonar la tierra. Pero cuando los aprovechadores de la ciudad le ofrecen una miseria por el pedazo de suelo al que se siente tan atado, y donde están enterrados sus antepasados y sus hijos muertos de hambre, se rebela contra la expulsión forzada de sus dominios, contra las fuerzas confabuladas para romper su eterna unión con la tierra sagrada y grita con vehemencia: “¡Nunca venderé mi tierra! Voy a cavar los campos y a alimentar a mis hijos con la misma tierra. Cuando ellos mueran, los enterraré en la tierra y yo, mi mujer y hasta mi viejo padre, todos moriremos en la tierra que nos vio nacer”. Pero los hijos mueren de hambre ante sus ojos y el pavor de la muerte constituye el supremo argumento. Wang Lung abandona todo y parte con su familia, para que el nombre de sus antepasados pueda sobrevivir.

Cuando procuramos averiguar las causas determinantes de este constante y tan imperativo estado de hambre reinante en China, llegamos a la conclusión de que son de varias categorías. Y que, aunque actúen regularmente, en intrincada correlación, pueden ser divididas en dos grupos: causas de categoría natural y causas de categoría social. El análisis del fenómeno del hambre en su realidad total nos permite,

con todo, conocer desde luego que las llamadas causas naturales —los fenómenos naturales e intempestivos— actúan apenas como factores inmediatos, promoviendo la explosión de una cosa que se constituye, en verdad, como consecuencia de causas sociales, de situaciones que corresponden a la estructura de la vida económica del pueblo chino. La trágica y absurda organización económica del país determina su estado de miseria alimentaria permanente y lo expone, de manera alarmante, a las crisis periódicas de hambre. Aun en los casos en que un cataclismo se precipita en determinada región, y trae como consecuencia el hambre, cuando analizamos su mecanismo de acción, vemos que sus repercusiones son tan dramáticas porque las condiciones del medio social favorecen la ampliación de estos maleficios. En el caso de las tremendas hambres que barren las provincias del norte inmediatamente después de las épocas de sequía, los efectos son aun más destructivos porque la mayoría de las poblaciones locales, viviendo siempre en los límites mínimos de subsistencia, no disponen de reservas ni orgánicas, ni pecuniarias, ni de productos almacenados *in loco*, para enfrentar cualquier escasez transitoria que la sequía ocasionare. Como en las otras provincias del país también es excepcional la existencia de excedentes de alimentos y como los medios de transporte en China son extremadamente precarios, toda ayuda para la región devastada es insuficiente para neutralizar los efectos de los cataclismos. También en el caso de las inundaciones se comprueba que fueron factores de orden social los que determinaron la destrucción de las campiñas, y el abandono de las obras de conservación de los lechos de los ríos, las causas fundamentales de la frecuencia de ese tipo de cataclismo en las tierras de China. Como fenómeno apenas de categoría natural, las inundaciones deberían ser decenas de veces más frecuentes en Holanda, con un suelo cóncavo, debajo del nivel del mar, que en China: pero a pesar de ello, en Holanda el fenómeno es raro, porque condiciones sociales favorables anularon su amenaza natural. Lo que se evidencia es que los fenómenos naturales que en China conducen al hambre, tales como las inundaciones y las sequías, si no pueden ser enteramente evitados por la inteligente intervención del hombre, pueden por lo menos moderar sus excesos y, principalmente, atenuar sus consecuencias, por medio de la organización social y del empleo adecuado de la técnica humana. Es lo que se ve en otras varias partes del mundo. Muchas de las tierras que hoy disfrutan con provecho los beneficios del sistema de Administración del Valle del Tennessee eran antiguamente atacadas por los mismos cataclismos naturales que se abaten aún hoy sobre China; y la mayor parte del territorio de California es, en verdad, mucho más árida que las llanuras de Shantung, Honan y Hopei, del norte de China, sin que esa aridez haya impedido que, por medio del uso de métodos técnicos adecuados, llegase a ocupar California el primer lugar entre los estados agrícolas de EEUU. Lo que ha acontecido con China es que los grupos humanos que allí viven, lejos de haberse organizado para vencer las violencias del medio natural, parecen haberse aliado al medio, estimulando los excesos y trabajando para exaltar su violencia. Otra cosa no ha sido la intervención del chino despojando sus tierras de su manto forestal, o disponiendo arbitrariamente del agua de los ríos, en los diferentes sectores de su curso, sin tener en cuenta sus consecuencias en el conjunto de sus sistemas fluviales. En la tala abusiva del

suelo chino tenemos una de las razones del enfurecimiento de sus grandes ríos que, sintiendo las márgenes desprovistas de árboles, pasan a tragar las tierras sueltas, desprotegidas, de los valles y desbordan en excesos de inundación. La destrucción de los bosques disminuye las posibilidades de reserva de la humedad del suelo y, según algunos autores, aun las posibilidades de precipitación regional, colaborando de este modo en la intensificación de las sequías. Como el chino se empeñó a través de los siglos en la destrucción de sus bosques, y ha llegado al extremo de que hoy apenas el 8% del territorio nacional posee manto forestal, su actuación en este sentido agravó sobremedida las posibilidades y las consecuencias tanto de las sequías como de los desbordamientos que asolan el país (Fong, 1942).

De los factores de naturaleza social, el que parece actuar con mayor intensidad para la permanencia del hambre en esas tierras, sobreponiéndose a las demás es, sin duda alguna, la supuesta superpoblación. El exceso de gente en China parece tan alarmantemente expresivo y parece ejercer una tan tremenda presión sobre el suelo, que los que se ocupan de manera superficial del problema de la vida del chino atribuyen todas las dificultades de este, inclusive el hambre, a dicho factor, y olvidan todo lo demás. Aun los estudiosos más profundos se han impresionado de tal modo con el fenómeno, que si no lo consideran único, por lo menos lo juzgan el más importante de los factores que ocasionan el hambre y la desnutrición crónicas de aquel pueblo. El doctor Walter Mallory, que trabajó en los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial en la Comisión Internacional de Rehabilitación del Hambre en China y ha escrito sobre el asunto un impresionante y bien documentado libro: *China, tierra del hambre*, termina su ensayo con la siguiente afirmación: “y ahora, una palabra final sobre el problema de la población: a nuestra manera de ver, es la superpoblación la causa principal de las recientes hambres en China”.

Tenemos la impresión de que, hasta cierto punto, será temerario afirmar que el hambre en China es, ante todo, una consecuencia de su superpoblación, cuando hasta hoy los peritos en demografía no consiguieron fijar claramente en qué consiste la superpoblación, ni tampoco cuál sería la población ideal, el óptimo de población para promover en cada superficie el bienestar individual y colectivo. Además, cuando se analiza lo que ocurre en China, aun a la luz de los conceptos un tanto imprecisos de la actual ciencia demográfica, se comprueba que el país está lejos de ser de los más densos del mundo. Tomándose la nación en conjunto, su densidad relativa es de cerca de 40 habitantes por km² de superficie, mientras que países europeos que, en tiempo de paz, están prácticamente libres de hambre, como Holanda y Bélgica, poseen densidades que llegan, respectivamente, a 264 y 279 habitantes por km² de superficie. Lo alarmante en China no es, propiamente, su densidad de población, sino la desconcertante distribución de esas poblaciones, con enormes espacios vacíos, y en ciertos lugares, amontonamientos humanos que llegan a aglomeraciones tales como las observadas por Mallory en una provincia del Norte, donde viven, por término medio, 6.880 personas por milla² de superficie. Ahora bien, la extraña distribución de las poblaciones en China no es producto de su exceso, sino, principalmente, consecuencia de la falta de posibilidad de trabajo en la mayor parte del territorio nacional. Es la desproporción entre la cantidad de

individuos y la cantidad de trabajo a su disposición, lo que da esa impresión de exceso de gente, de hormiguero humano en ciertas regiones de China. Las calles de Nueva York, con sus siete millones de habitantes parecen, en verdad, un desierto, en comparación con Shanghái, de apenas tres millones. Es que en esta última ciudad, el número de individuos para realizar cualquier tipo de trabajo es decenas de veces mayor que en Nueva York. Un extranjero que saliendo de un hotel de Shanghái, llamara a alguien para llevar un mensaje o un paquete, se vería rodeado de una verdadera multitud de *coolies*, que se disputarían ávidamente el modesto encargo. La verdad es que la distribución anómala de la población, creadora de esa aparente superpoblación, es una consecuencia directa de la organización económica primitiva del país, con sus actividades limitadas casi a un solo tipo de explotación económica —la agricultura— y esto mismo, en una superficie limitada, y por medio de procedimientos arcaicos. Si procuramos obtener la densidad demográfica funcional del pueblo chino, veremos inmediatamente surgir cifras alarmantes: 1.541 individuos por milla cuadrada de suelo cultivado, según John Buck. Pero no serán las condiciones naturales las que determinen esta concentración humana en limitadas superficies y el relativo abandono del resto del país. Las inquisiciones llevadas a cabo por investigadores y estudiosos de los problemas niegan tal interpretación, mostrando que China dispone, en la mayor parte de su territorio, de recursos naturales de variadas categorías que podrían permitir, por medio de una mejor distribución de la población, la completa absorción de los excesos regionales y eliminar todas las señales de superpoblación.

Entre estos recursos se destacan, desde luego, los agrícolas, mucho más ricos que los utilizados hasta la fecha. El doctor O. E. Baker (1928), del Departamento de Agricultura de EEUU, en un artículo publicado en 1928 sobre la agricultura en China, afirmaba que el país dispone de cerca de 350 millones de hectáreas de tierras propicias para la agricultura, pero que de estas reservas apenas cerca de 90 millones eran utilizadas. Calculándose en cerca de 100 millones de hectáreas la tierra hoy en cultivo en China, quedan aún en potencia más de dos tercios de sus reservas naturales. Posteriormente, señalaremos cuáles son los factores determinantes de la falta de utilización de esas preciosas reservas agrícolas por un pueblo que vive en un régimen de deficiencia crónica de alimentación.

Fuera de sus posibilidades agrícolas, posee China muchas otras reservas naturales, las cuales, debidamente explotadas, podrían extender su frontera económica, que hoy abarca apenas un tercio del territorio, hasta los límites de sus fronteras geográficas. Su riqueza en carbón, en varios minerales, y su enorme potencial hidráulico, constituyen sólida base para posible industrialización. Para que se realice en China tal revolución económica, son necesarios varios elementos, entre ellos, abundante mano de obra, capaz de movilizar riquezas regionales que duermen hace milenios en el suelo y en el subsuelo del país. Parece, pues, un tanto precipitado, ante el cuadro geográfico de un país que necesita ser explotado y económicamente movilizad por la expansión de su frente de trabajo, que se hable en tono categórico de los maleficios de su superpoblación y de la necesidad de limitar por todos los medios el crecimiento demográfico natural.

Además, es bueno destacar una vez más y tratar de probar, a la luz de hechos objetivos, que no hay que limitar el crecimiento de la población en China, sin previamente alterar toda la estructura socioeconómica del país. La verdad es que su elevado potencial demográfico es uno de los rasgos de su organización cultural que no puede ser eliminado independientemente de los otros rasgos que componen su rostro, la expresión singular de esa cultura. Cualquier tentativa de prescripción de medidas neomalthusianas como recurso para atenuar el estado de la alimentación de este pueblo, representa una medida, no solo exenta de base científica, sino socialmente ineficaz, porque no encontrará el menor eco en la masa del pueblo chino. En un sistema de economía hecha, como la del chino, en un régimen de vida de acuario equilibrado, nadie se arriesga a romper un solo eslabón del encadenamiento natural por miedo a sus terribles consecuencias. En sistemas de este género, o se cambia el sistema en su conjunto, o no se altera nada separadamente. Y no solo en el campo de los preceptos morales, de las creencias, o de los hábitos, sino hasta en el mismo terreno de las realizaciones materiales. No es posible extirpar la extrema pobreza de China mediante la introducción de medidas aisladas. Cualquier tentativa de esta naturaleza es irrealizable, o agrava aún más la situación del equilibrio inestable del limitado acuario.

La vida humana en esas tierras está en tan estrecha dependencia de las condiciones naturales y de los hábitos naturales, que nada se cambia sin una correlativa alteración de los diferentes eslabones de la cadena. Tomemos un ejemplo demostrativo de este punto de vista: la tentativa de mejorar las condiciones de salud del país eliminando el principal factor de propagación de las enfermedades de origen fecal, o sea el actual proceso de fertilización del suelo mediante los desechos humanos. El doctor G. Winfield nos muestra de manera impresionante en su libro *China, el país y el pueblo*, cómo ese hábito tiene sus raíces tremendamente ligadas a la estructura económica del país y cómo es difícil alterar el sistema en vigencia sin cambiar toda la estructura de la vida nacional. Con la actual organización económica de China, no dispone el campesino de otro fertilizante en cantidades suficientes y, por lo tanto, no puede prescindir del uso de las heces humanas.

Es tan extrema la dependencia —por parte del pueblo chino— de los residuos humanos, que el viajero que atraviesa ciertos parajes remotos del país encuentra colocadas, en pabellones especiales, poéticas y sugestivas inscripciones invitando a reposar un poco y a dejar allí su pequeña contribución de materia orgánica para alimentar el suelo de la región. Al acercarse a las ciudades el mismo viajero se deslumbrará con el vigor de las cintas verdes de la agricultura que siempre las rodean y que se muestra tan pujante por la mayor riqueza del fertilizante humano de las ciudades, que constituyen una de sus más importantes fuentes. Hace veinte años que la Concesión internacional de la ciudad de Shanghái cobraba 31.000 dólares oro por año por el monopolio de la recolección de 78.000 toneladas de residuos de los resumeros locales y su preparación para la venta en los campos agrícolas circundantes (Warwick, 1927).

Dada esta tremenda importancia de los desechos humanos como abonos del suelo chino, se hace necesario encontrar el medio de usarlos después de la destrucción de

los parásitos y de las bacterias que los tornan tan nocivos a la salud de la colectividad. Pero desgraciadamente todos los medios intentados para alcanzar el objetivo de la esterilización del producto final, también libran buena parte del nitrógeno de esas materias y disminuyen sensiblemente su valor como fertilizante. Los técnicos estadounidenses Stanley Wilson y G. Winfield, después de largas experiencias, llegaron a la conclusión de que el jugo de las heces bajo la forma de “compuestos” obtenidos por la mezcla, en cantidades adecuadas, de heces, estiércol animal y residuos vegetales, era inocuo puesto que, de este modo, se habrían exterminado los organismos patógenos. Para realizar este objetivo era necesario, no obstante, acrecentar los detritus humanos, en un 20% de su total, con residuos vegetales, y estos no los poseía el país. Pues estos residuos son usados, en su totalidad, en la alimentación de los animales de tracción y como combustible de cocina. La pobreza de China en maderas y la falta de carbón, cuya producción nacional per cápita es 60 veces menor que la estadounidense, no permiten la adición de residuos vegetales en los montes de estiércol para su buena formación (Rowe, 1945). Juzga Winfield que, para generalizar el uso de esos abonos es necesario aumentar las posibilidades vegetales, lo que solamente será posible por el resurgimiento y el desenvolvimiento de la explotación del carbón y la paralela mejoría de los medios de transporte para abaratar ese combustible. Así, para llevar a cabo una simple modificación de los procesos de fertilización del suelo, se hace necesario una profunda alteración de la agricultura, de la industria y de los medios de transporte del país.

Lo que acontece en el caso de los residuos humanos, acontece con cualquier otro elemento integrante de la vida económica y social de China, Es inútil intentar la limitación de su población por medio de la propaganda, cuando los factores biológicos, psicológicos y económicos trabajan todos en el sentido del aumento cada vez mayor de esa población. Y la tentativa será particularmente inútil si sus preconizadores pretenden acabar con el hambre en el país limitando la población. Es innegable que los dos fenómenos están íntimamente ligados, pero no en la relación de causa a efecto, que establecieron artificialmente los adeptos de las teorías de Malthus. No hay evidencia de que el hambre sea una consecuencia de esa supuesta superpoblación. Lo que resalta, a la luz de los hechos biológicos y sociales que acumulamos, es exactamente lo contrario: la superpoblación es una consecuencia del hambre. Las inmensas masas humanas que habitan ciertas regiones de China no son más que subproductos del hambre.

...Y el lecho de la miseria es fecundo

El crecimiento de las poblaciones está determinado, en último análisis, por el juego de dos elementos fundamentales: la fertilidad y la mortalidad (Smith, 1948). Todos los factores que intervienen en la marcha de una población, actúan sobre uno de esos dos elementos. Como el hambre determina forzosamente el innegable aumento del índice de mortalidad, se juzgó siempre que la misma actuaba, en el mismo sentido que las guerras y las plagas, como factores retrógrados del crecimiento de

las poblaciones. Parece, por lo tanto, una paradoja, esta afirmación nuestra de que, lejos de provocar una tendencia a la despoblación, lo que el hambre promueve es una tendencia a la superpoblación. Pero no se trata de una paradoja, y sí de una comprobación basada en toda una serie de hechos bien probados. El primero de estos hechos, aún de categoría empírica, fue la observación de que inmediatamente después de los calamitosos períodos de hambre o de pestes, las poblaciones aceleraban siempre la marcha de su crecimiento. Otra observación que hace admitir cierta lógica en nuestra aparente paradoja, es que los países de mayor miseria de alimentos, acosados permanentemente por el hambre que diezma sus poblaciones hasta por millones, son, también, paradójicamente, aquellos donde las poblaciones crecen con más violencia: China, India, Egipto y algunos países de América Central. Por otra parte, los países de mejores condiciones respecto de la alimentación, presentan verdadera declinación incipiente de población, equilibrando apenas su número de nacimientos con el de muertes. Es el caso de Australia, Nueva Zelanda y EEUU.

La paradoja se explica fácilmente, si ponemos a la vista el hecho de que si el hambre social aumenta la mortalidad, ella actúa aun con más intensidad elevando, o manteniendo elevada, la fertilidad; y eso, en niveles tales, que se constituye en un factor real de aceleración del crecimiento de las poblaciones. Es también un hecho de observación corriente, que las clases peor alimentadas siempre fueron las más fecundas. Ya los romanos, observando esa circunstancia, habían creado una palabra para designar a aquellos que vivían con ínfimos salarios de hambre y, al mismo tiempo, poseían una prole numerosa: los proletarios. Fue la observación de un hecho idéntico entre las poblaciones de la América Latina la que creó en estos países el adagio: “la mesa del pobre es escasa, pero el lecho de la miseria es fecundo...”

A pesar de estos hechos significativos continuaron, sin embargo, las investigaciones en torno al problema del crecimiento de las poblaciones, de acuerdo con la idea preestablecida de que la escasez de alimento era factor de limitación del crecimiento, mientras que la abundancia determinaba su expansión. No obstante, a mediados del siglo pasado, un filósofo y demógrafo, T. Doubleday, reaccionando contra el conservadorismo científico, procuró exponer de manera sistemática cómo actúa la falta de alimentos para incrementar el crecimiento de las poblaciones, escribiendo en un ensayo, publicado en 1853 y hoy enteramente olvidado, las siguientes precursoras palabras: “La gran ley general, pues, que parece regular realmente el aumento y el decrecimiento de la vida, ya vegetal, ya animal, es que siempre que determinada especie o género está amenazado, la naturaleza promueve luego un esfuerzo correspondiente para su preservación y continuación, aumentándole la fecundidad o la fertilidad. Y eso se da especialmente cuando la amenaza proviene de la disminución de la nutrición o del alimento adecuado, de modo que, en consecuencia, el estado de depleción o “estado depletórico” favorece la fertilidad; y por otra parte, el “estado pletórico” o estado de repleción perjudica la fertilidad, en proporción de la respectiva intensidad y esto, probablemente, en toda la naturaleza, universalmente, tanto en el reino vegetal como en el reino animal; además, en lo referente a la humanidad, esa ley tiene las siguientes consecuencias y actúa de la siguiente manera: hay, en todas las sociedades un aumento constante que acontece

justamente en los grupos menos provistos de alimentos; en resumen, entre los más pobres. Entre los que viven en la abundancia, bien provistos con alimentos de lujo, se observa un constante decrecimiento (Doubleday, 1853).

Desgraciadamente, sus teorías tuvieron poca repercusión y fueron prácticamente rechazadas en los medios oficiales por varias razones, de las cuales la más poderosa, como afirma con penetración Raymond Pearl, es que “presentó conclusiones que ofendían las susceptibilidades sentimentales y los juicios morales de las clases medias y elevadas de la era victoriana” (Pearl, 1939). Y como le faltase un número suficiente de hechos para probar sus afirmaciones intuitivas, sus puntos de vista cayeron en el olvido: ¡una singular victoria confiere fuerza de tabú al fenómeno del hambre!

Como hoy disponemos de elementos que nos permiten comprobar cómo el hambre es capaz de promover un crecimiento excesivo de las poblaciones, nos aventuramos a enfrentar los prejuicios de los neovictorianos y de los neomalthusianos. Prejuicios de los interesados, por motivos de orden político o de orden económico, en atribuir a condiciones naturales humanas lo que es producto de las condiciones sociales inhumanas.

En el capítulo relativo al análisis de los diferentes disfraces con que el hambre se reviste para asolar a la humanidad, ya vimos cómo un cierto tipo de hambre específica —el hambre de proteínas— puede determinar, tanto en los animales como en el hombre, un elevado nivel de fertilidad, y vimos que ingiriendo dosis regulares de proteínas caen, de manera sensible, los índices de fertilidad. A través del cuadro de correlación entre la toma de proteína diaria y el índice de fertilidad por países, se comprueba que este índice es tanto más alto cuanto más deficiente en proteínas es la ración de alimentos. En un país como China, donde la ingestión de proteínas, principalmente de proteínas animales, es tan restringida, se tiene en el hambre de estos principios alimenticios un factor biológico de su elevada fertilidad y, por lo tanto, de su permanente tendencia a la superpoblación. Esta concepción nuestra de que la falta de proteínas estimula la fertilidad no es solo una hipótesis; es un concepto intuitivo que los hechos confirman. Y es más que esto. Hoy disponemos en el campo de la ciencia de la nutrición de conocimientos acerca del metabolismo de las proteínas que nos permiten entender el mecanismo mediante el cual su deficiencia condiciona la elevada fertilidad, y su abundancia, la fertilidad baja. Aunque la exposición de ese mecanismo biológico sobrepasa un poco los objetivos de un libro de la categoría del nuestro, nos parece conveniente dar una idea de sus puntos fundamentales para que el lector pueda juzgar mejor la base científica en que se asientan algunas de las aserciones fundamentales de nuestro ensayo.

La fertilidad tiene su base biológica en el funcionamiento de determinados órganos cuyas funciones son reguladas, en gran parte, por los productos de secreción interna de ciertas glándulas: las hormonas. En las mujeres, el fenómeno de la fecundación está en estrecha conexión con el funcionamiento del ovario, con la producción de sus hormonas, principalmente de los estrógenos y con la presencia de estas sustancias en determinadas cantidades en el medio interno. Hoy se sabe que existe estrecha ligazón entre las funciones del hígado y las de los ovarios,

correspondiéndole a aquel inactivar los excesos de estrógeno que los ovarios envían la corriente sanguínea. Ya vimos anteriormente que una de las manifestaciones habituales de las deficiencias en proteínas es la degeneración gruesa del hígado y su tendencia a la cirrosis, dolencias extremadamente frecuentes en el Extremo Oriente y en las regiones tropicales de otros continentes (Waterlow, 1948). Siempre que ocurre la degeneración del hígado, decrece la eficiencia de las funciones de este órgano y, ciertamente, entre ellas, la inactivación de los excesos de estrógeno (foliculina). Así se aclara cómo están ligados los eslabones de este complejo mecanismo biológico: con la falta de proteína surgen las deficiencias de las funciones del hígado, entre ellas la disminución o pérdida de su capacidad inactivadora de la foliculina y, como consecuencia, se agranda de manera sensible la capacidad reproductora de la mujer: su fecundidad y su fertilidad. La fertilidad, o sea la capacidad reproductiva total de los organismos, es el resultado de sucesivos procesos fisiológicos. En los animales vivíparos, como el hombre, depende de la producción del *ovum* por el ovario, de su fertilización y de su desenvolvimiento en el útero. Ahora bien, todos estos procesos: ovulación, fertilización y desenvolvimiento fetal, dependen en gran manera de las funciones desempeñadas por las hormonas productoras de estrógeno. La propia libido o apetito sexual, que Raymond Pearl incluye entre los factores determinantes del nivel de fertilidad, está en dependencia del contenido de esa hormona en el medio interno.

Ya no hay, pues, necesidad de invocar los oscuros designios de la naturaleza acelerando la creación de los individuos por procesos misteriosos, cada vez que la especie se sienta amenazada de ser exterminada. No hay en eso ningún misterio, puesto que los fenómenos del metabolismo animal se encargan de promover ese equilibrio funcional. Ya vimos, también, por medio de qué mecanismo psicológico el hambre crónica determina, con la pérdida del apetito de alimentos, la intensificación del apetito sexual, fenómeno que va a contribuir a mantener los elevados índices de fertilidad entre los pueblos hambrientos. Pero, al lado de estos procesos de categoría biológica, hay todo un complejo mecanismo social, por medio del cual el hambre crónica actúa poderosamente en la aceleración del crecimiento demográfico. La influencia más viva del hambre sobre la estructura económica o social de China, se hace sentir a través de la tremenda limitación que tal condición impone a la producción individual. Bajo la acción continuada de las carencias crónicas, el pueblo chino tiene su capacidad de trabajo tan limitada, que el campesino se siente incapaz de retirar de la tierra, con su trabajo, un rendimiento suficiente para su alimentación. Ya vimos anteriormente que John Buck calcula que el rendimiento del chino es igual a la décima cuarta parte del rendimiento medio del agricultor estadounidense. Es que la falta de salud, la escasa energía muscular y, principalmente, el rápido agotamiento o fatiga nerviosa, determinados por el hambre, hacen que el trabajo rinda muy poco en el Extremo Oriente. Por menor que sea su propiedad, su pedacito de tierra, el chino siente que sus brazos, de músculos débiles, no son suficientes para arrancar de la tierra toda su potencialidad agrícola. Y esto constituye un problema agudo de su vida económica. Primero, disponer de tierra donde producir el alimento para matar el hambre; después, disponer de brazos para ayudar

a fecundar el puñado de tierra. Esta aguda y permanente necesidad de ayuda de brazos creó en el pueblo chino la ardiente aspiración de tener muchos hijos, de crear nuevos brazos para ayudarse en la lucha contra el hambre. Cuando su religión y su filosofía de vida, de acuerdo con Buda y con Confucio, hacen la apología de la gran familia patriarcal, indisolublemente ligada a la tierra, están apenas sublimando con justificativos de orden moral, un hecho de orden económico (Smith, 1927). La economía del hambre del pueblo chino influye, más de lo que puede parecer a primera vista, en la estructura más profunda de sus principios religiosos y de sus códigos de moral. “La religión y la filosofía no existirían, escribe un discípulo de Marx, sin las condiciones económicas que tornan posible su aparición”. Pero sin ser materialistas históricos, estamos obligados a reconocer la fuerza de los hechos económicos en la estructura y en el desenvolvimiento de las doctrinas religiosas. Tiene toda la razón el profesor Roger Bastide, cuando recuerda que “el hombre no es solo espíritu; que tiene un cuerpo y necesidades biológicas que satisfacer”, y más aún “que la religión no es muchas veces, más que una estrategia de los instintos en busca de su satisfacción” (Bastide, 1935). Las doctrinas de Confucio no habrían penetrado y enraizado tan profundamente en el alma popular china, si sus preceptos de amor a la familia y de veneración a los antepasados no se superpusiesen a los intereses económicos de aquella gente y no viniesen tan al encuentro de sus aspiraciones más íntimas. Prescribiendo la necesidad de los hijos para los deberes de venerar el nombre de la familia, y prendiéndolos a su suelo de origen, esos principios religiosos vienen a servir a las mil maravillas a la necesidad del jefe de familia de obtener los brazos necesarios para el aprovechamiento de su suelo y para la obtención de los recursos de vida. De que la fuerza del brazo es lo que más se desea, tenemos la prueba en la declarada preferencia del chino por los hijos de sexo masculino. El hijo es deseado, la hija apenas tolerada como una casualidad de la naturaleza. Solo al hijo le corresponden los deberes y las honras de venerar a los antepasados. Esta preferencia va hasta tal extremo de que las hijas son descuidadas y mueren durante la infancia en mucho mayor número que los hijos. Las estadísticas llevadas a cabo por la Comisión de Rehabilitación de China, revelaron que entre la población adulta se manifiesta franco exceso de hombres sobre mujeres.

Es esta misma idea de que los hijos constituyen indispensable base para la ampliación de la fuerza de la producción, la que hace que un pueblo como el chino, de hábitos de vida tan espiritualizados, tan ascéticos y moralistas, prescribe y tolera los casamientos tempranos y el concubinato —el establecimiento oficial de varias mujeres con un solo jefe patriarcal— para servir a sus deseos de formar una familia numerosa.

La miseria en cuanto a alimentos en que vive el pueblo chino no solo no le permite acumular ninguna reserva para los días difíciles, principalmente para los días de la vejez, sino que crea también el deseo de disponer de hijos como de una especie de seguro contra el desamparo de la suerte. Mallory escribió con mucha propiedad que la familia grande con muchos hijos varones, constituye “la póliza de seguro de la vejez del chino”.

En verdad, si en Occidente la ley garantiza el pago de la póliza de seguro en el momento oportuno, en Oriente la religión impone a los hijos que salden siempre la deuda que contrajeron para con sus padres, por el beneficio de haberlos engendrado; y raro es el chino que no cumple con este deber, poniendo siempre el interés de los padres por encima de los propios y de los hijos. (Mallory, 1928)

Cuenta Pearl Buck, en magistral documentación de la vida en China que, cuando el campesino Wang Lung vio toda su familia amenazada de muerte por la negra hambre que se propagaba en su provincia del norte, con el escaso alimento que le quedaba, procuraba matar el hambre de su viejo padre antes que el de los otros miembros de la familia: “lo poco que hubiese para comer, quedaría para el viejo, aunque nada quedase para los hijos. Wang Lung decía con orgullo que cuando muriese nadie podría decir que había olvidado a su viejo padre. Si fuese preciso, le daría la propia carne, pero él no quedaría sin comer” (Buck, 1931).

Así, la necesidad de brazos para producir, alejando la trágica presencia del hambre crónica, y la necesidad de manos vigilantes que acudan en los momentos terribles del hambre aguda, crearon toda una compleja estructura social, favorable a los altos índices de fertilidad. El hecho de que el hambre condiciona coeficientes de mortalidad tremendamente elevados, muriendo más de la mitad de los que nacen antes de llegar a la edad adulta y de estar la muerte siempre en acecho para diezmar los habitantes de aquellas tierras, justifica aun más el atormentador deseo de la familia china de poseer muchos hijos. De poseer un verdadero exceso de hijos que será disminuido por las enfermedades, las pestes, las hambres y las guerras, permitiendo la supervivencia de unos pocos, para labrar la tierra y venerar el nombre de los antepasados. Son estas razones profundas, biológicas y económicas, las que hacen del chino uno de los pueblos más prolíferos del mundo y determinan, ante las condiciones geográficas del país, una situación de relativa superpoblación. Es claro que estas razones profundas pudieran parecer absurdas y paradójales a otros pueblos que viven fuera del “acuario”, respirando en una atmósfera diferente, en un suelo diferente, debajo de un cielo diferente. Para estos, el amor del chino por los hijos y su veneración por la maternidad fecunda, deben parecer tan absurdos como la manía china de criar perros, pese a que los recursos de alimentación no dan ni para alimentar a las criaturas humanas. Pero también la cría de perros en la zona rural de China, que posee, probablemente, “la más escuálida, hambrienta y abandonada colección de canes” (Mallory, 1928) del mundo entero, tiene su razón de ser en el régimen de acuario de hambre de aquella gente. Razones expresadas por el pueblo chino en una frase: los perros se buscan por sí mismos lo que comen, y nosotros los comemos en los malos tiempos, cuando no encontramos otra cosa para comer...

Se comprueba así que querer atribuir, como en general se atribuye, la superpoblación a la existencia del hambre en China, es confundir la causa con el efecto. Con sus 500 millones de habitantes, China podría vivir completamente libre del flagelo del hambre, si sus habitantes fuesen cualitativamente aptos para el trabajo,

si gozasen de un estado sanitario que los capacitase para utilizar íntegramente los potenciales geográficos de que dispone la nación. No solo sus posibilidades agrícolas, por la incorporación de nuevas extensiones aptas para el cultivo mediante el uso de los recursos técnicos adecuados, principalmente irrigación y fertilización química, con sus riquezas naturales industrializables y sus apreciables reservas minerales. No hay pues, hambre en China porque haya gente en exceso, sino porque la gente que allí vive, no produce. El investigador John Buck llegó en sus estudios a la conclusión de que la producción agrícola es baja en China porque las propiedades son exageradamente pequeñas. Pero pensamos que debemos ir más lejos en el diagnóstico de las causas primarias del fenómeno. La verdad es que las haciendas son pequeñas porque no puede el individuo ni la familia china cultivar mayor extensión. Toda su energía se agota en un trozo insignificante de terreno.

La agricultura china fue establecida como una cultura de oasis, cultivo de superficies pequeñas de gran fertilidad. Y así siempre se mantiene. Sus comunidades agrarias se desenvuelven aisladas unas de otras y cada grupo se empeña en la utilización intensiva de las tierras de oasis. Habiendo crecido las poblaciones de esas comunidades hasta ciertos límites, se hacía necesaria cierta diferenciación económica, con el establecimiento de nuevos géneros de vida, para dar al grupo una estructura sana; pero el pueblo chino mantuvo la rutina del sistema primitivo, con graves consecuencias biológicas para sus poblaciones. Insistiendo en el cultivo de la tierra por un proceso que es más de jardinería que propiamente de agricultura, ese pueblo ha dejado de aprovechar grandes extensiones de tierra que solo podían ser cultivadas dentro de un sistema diferente, las que podrían utilizarse también para otros fines económicos, como la cría de ganado, la reforestación. Es muy probable que la falta de iniciativa y el exceso de sentido conservador de aquella gente sea también consecuencia de la propia hambre, de la desvitalización de la raza por falta de alimentos.

Si esta estructura primitiva de la economía china se presentaba como el mecanismo ideal para la aparición del hambre colectiva, los contactos con la civilización occidental y sus influencias, lejos de atenuarla, agravaron aun más la situación. Desde el comienzo del siglo pasado, China ha sido escenario de las más tremendas luchas subterráneas entre las grandes potencias imperialistas, todas ellas deseosas de mantener su hegemonía económica en la región (Schuman, 1941). Desde el tratado de Nanquín, que en 1842 dio por terminada la llamada “guerra del opio” con Inglaterra, China fue obligada a abrir sus puertas a las influencias occidentales y, desde esa fecha hasta hoy, ya no consiguió liberarse del colonialismo. Como muy bien lo dice el geógrafo estadounidense G. T. Trewartha:

...aunque China no se haya constituido como verdadera colonia de determinada potencia, ha sido explotada por varias de ellas en conjunto, y ha dejado de ser dueña de su destino. Como en otras regiones de explotación colonial, la ambición de sus dominadores blancos ha sido siempre la obtención de grandes lucros, sin atender al bienestar y al desenvolvimiento de las poblaciones nativas. (Trewartha, 1945)

Dentro de esa política de explotación colonial, las grandes potencias occidentales y, a partir de 1895, también Japón imperialista, trabajaron siempre en el sentido de mantener a China en un estado de economía agraria, semifeudal, propicio a los intereses de su colonialismo.

En la historia de China, durante el último siglo, vemos a las potencias imperialistas creando siempre grandes dificultades a los planes de reforma agraria capaces de intensificar la producción de alimentos, y a los planes de industrialización del país, que harían cambiar su expresión económica. Habiendo determinado, con su influencia, la desorganización de las viejas formas de la estructura económica, sin promover paralelamente el desarrollo industrial de la región, las potencias occidentales agravaron en mucho la situación del hambre en China, porque intensificaron la presión agrícola del país y la extrema fragmentación del cultivo del suelo.

Siempre se afirmó en Occidente que la decadencia de China se debía, ante todo, a la falta de unidad nacional; pero siempre se ha omitido el hecho fundamental de que esa desunión nacional fue siempre cultivada y estimulada con cariño por las potencias imperialistas. Todas las tentativas hechas por el país para salir del caos y de la miseria, siempre encontraron obstáculos insuperables en los intereses de las potencias occidentales, para las cuales aquella extensión siempre fue “el más importante foco del imperialismo colonial lucrativo del mundo”. Es verdad que esos países occidentales han “ayudado” a los chinos con sus misiones religiosas (Hughes, 1938) y, principalmente, con sus misiones científicas, intentando mejorar el estado de salud de aquellos pobres grupos humanos, pero apenas lo suficiente para que estos no desapareciesen, para que no se desvanezca, ahogado en la miseria, el magnífico mercado potencial de 500 millones de clientes para la industria occidental. Ese mismo interés egoísta de cada una de las grandes potencias evitó que China fuese íntegramente engullida por una de ellas, puesto que, siempre que una abría la boca, las otras mostraban los dientes en actitudes agresivas. Pero como se trataba de dividir la presa, caballerescamente, entre *gentlemen*, luego se obtenía la unidad de los intereses occidentales, como en la firma del Tratado de Versalles, a la cual China compareció como aliada, pero se opuso a firmar el desmembramiento de su territorio en beneficio de Japón; o como en la Conferencia de Washington, convocada en 1921 por el presidente Harding, con el fin de restaurar el *statu quo* en el Pacífico, con las “concesiones extranjeras” y las “puertas abiertas” de China al mercantilismo occidental. Es claro que para mantener sólidamente ese *statu quo*, era necesario mantener el *status de hambre* de la República China instituida por medio de la revolución de Sun Yat Sen, con el fin idealista de acabar con el hambre y la miseria en el país. De ahí el divorcio entre los dirigentes de la nueva China y los gobiernos de las potencias occidentales. Sun Yat Sen y su Kuomintang, para dirigir los destinos de China promoviendo su recuperación económica, apelaron a la simpatía y al auxilio de las grandes potencias interesadas. Pero como afirman, con documentación, tres grandes historiadores estadounidenses, F. P. Chambers, C. P. Grant y C. C. Bayley, “desgraciadamente aquellas potencias no estaban muy inclinadas a prestarles solidaridad” (Chambers, Grant & Bayley, 1943). Sin encontrar ningún apoyo en los países capitalistas, Sun Yat Sen tuvo que volverse a la Rusia Soviética, que pudo,

de esta manera, agrandar su influencia en el Extremo Oriente. Inició, entonces, el Kuomintang su lucha implacable contra el imperialismo, el feudalismo y el militarismo que asfixiaba la economía china. Pero la base de esa lucha descansaba en la reforma agraria, con la sustitución del arado de madera, el rastrillo de bambú y la rueda de agua por las modernas máquinas agrícolas y por la agricultura científica, lo que significa la necesidad de la intervención de capitales y de técnicos, cosas de que los nacionalistas no disponían. Con la muerte del doctor Sun, en 1925, subió al poder Chiang-Kai-Shek que, en los primeros años, siguió la misma política, procurando desarrollar un programa efectivo de mejoría del nivel de vida del pueblo chino, en colaboración más o menos estrecha con la Unión Soviética. Fue esta la fase de la política nacionalista en la cual se trazaron planes cuatrienales de recuperación económica del país. En 1933, el entonces ministro de Industria, Chen-Pung-Po, estructuró el primero de esos planes, con una exposición de motivos donde se leen las siguientes palabras:

...desde el punto de vista territorial y racial, China constituye un pueblo unitario, pero no se puede decir lo mismo de su estructura económica y política. Una nación puede ser unificada por las fuerzas militares, políticas o económicas. La experiencia me lleva a pensar que la verdadera unificación debe buscarse por medio de la economía. No me incumbe juzgar si existen vestigios de feudalismo en la China, pero no hay duda de que la conformación económica de la Nación está deformada por principios económicos de tipo feudal; y solamente por la eliminación de ese feudalismo se convertirá China en un estado moderno. (Lachin, 1938)

Preconizaba el plan de Chen-Pung-Po el desenvolvimiento agrario e industrial del valle del Yang-Tse-Kiang, como superficie demostrativa y punto de partida de la reconstrucción económica de todo el país. La elección de esa extensión se basaba en múltiples razones, de las cuales la fundamental era que ese río, con sus 3.200 millas de extensión, atraviesa seis de las más fértiles provincias de China, donde se concentra la mitad de la población del país. Bajo la presión de las potencias occidentales, asustadas por la colaboración soviética, Chiang-Kai-Shek procuró orientar el Kuomintang hacia Occidente, con la promesa de que le prestarían toda la ayuda necesaria para la reconstrucción económica de China. Pronto, sin embargo, se comprobó que tal ayuda no llegaba hasta el campo, donde el campesino continuó desamparado, acostumbrado a su hambre milenaria. Los préstamos occidentales eran mucho más para la realización de obras militares: caminos estratégicos y fortificaciones para sustentar el gobierno nacionalista, que para amparo y fomento de la producción. Y por ello los grupos de oposición comunista adquirieron importancia en el país y acabaron por dividirlo nuevamente en dos mitades, como en los primeros años que siguieron a la revolución de 1911. Durante la guerra con Japón, los comunistas ganaron prestigio y hoy han llegado a dominar toda China, haciendo cambiar la estructura económica de Asia y, por su intermedio, el equilibrio económico del mundo. Hay quien afirma que la infiltración soviética y la ayuda material prestada por la URSS son los factores fundamentales de las victorias de los comunistas

contra las tropas de Chiang-Kai-Shek. Tenemos la impresión de que tales victorias encuentran su explicación en otro origen más profundo. Que la revolución comunista va triunfando en China, porque los adeptos de Mao Tse-Tung cuentan con un aliado que pesa más en esta lucha de lo que pesa del lado de Chiang-Kai-Shek, EEUU. Y este aliado es el hambre. El hambre que las potencias occidentales, durante mucho tiempo, pensaron sería su aliada porque mataba con regularidad algunos millones de chinos, disminuyendo el crecimiento de la amenazadora “ola amarilla”, pero que comprueban hoy es uno de sus más terribles enemigos. La causa del fracaso de Chiang-Kai-Shek es haberse aliado al hambre contra su propio pueblo, mientras que Mao Tse-Tung procura liberar a su pueblo en la lucha contra el hambre. El horror al hambre ha sido el gran reclutador de sus ejércitos, y la estrategia del hambre, el factor decisivo en la marcha de la guerra civil en China.

No creo que un pueblo como el chino, de tradiciones tan arraigadas que no se dejaba penetrar por ninguna doctrina religiosa o filosófica de Occidente, haya sido influido de manera tan fulminante por la filosofía marxista o por la propaganda emanada de Moscú. El acontecimiento de la revolución comunista en China, a mi ver, es consecuencia de que sus objetivos en el terreno práctico van al encuentro de la más profunda aspiración de aquel pueblo, la de liberarse del hambre, producto de la explotación imperialista del suelo y del hombre de aquella región. Aspiración humana, pero que siempre le fue negada de manera inhumana. Cuentan los observadores estadounidenses de la zona comunista, que los más entusiastas adeptos de Mao Tse-Tung son los 100 millones de campesinos, entre los cuales distribuyó la tierra, de la que antes eran simples arrendatarios, y tenían que entregar entre el 40% y el 60% de sus cosechas a los grandes propietarios agrícolas. Porque es bueno destacar que, si la tierra de China era cultivada por los campesinos en microscópicas parcelas, ella pertenecía, en gran parte, bajo la forma de grandes latifundios, a unos pocos señores feudales. Se calcula que en las provincias del centro y del sur, el 3% de los hacendados, grandes propietarios, acaparaban el 45% de las tierras cultivadas. Se infiere de ahí que el predominante prestigio de Mao Tse-Tung es antes producto de su identificación con las necesidades más apremiantes de su pueblo, que de su supuesta obediencia a la filosofía marxista y a la política de Moscú. Hay observadores que afirman con seguridad que Mao Tse-Tung está lejos de ser un comunista ortodoxo, que decide los problemas políticos de China dentro de la inflexible línea del partido. Lo que lo distingue de los otros jefes izquierdistas es que, antes de ser comunista, es esencialmente chino; de allí resulta que su marxismo está impregnado de la filosofía de Confucio. El resorte que atrajo a sus filas las grandes masas humanas que constituían, al principio, sus tropas guerrilleras y, hoy, su ejército permanente, no obró en el campo de la inteligencia, conmoviendo e impresionando con ideas, sino en el campo material de la carne y de la sangre de su pueblo ansioso de una mejoría de sus condiciones de vida.

Nunca el mundo dependió tanto de los negocios de China. Negocios que en tiempos pasados fueron tan buenos para Occidente, que la expresión “negocios de China” fue sinónimo de lucro fácil y fabuloso. Si esa gigantesca masa humana encuentra el camino de sobrevivir elevando el estándar de vida de su gente, la economía del

mundo también se desahogará por largo tiempo, pero si China naufraga en la miseria y el aniquilamiento, no será solamente China la que irá a la ruina...

La vieja India

El superpoblado subcontinente de la India, que concentra el 20% de la población del mundo en apenas el 3% de la superficie total de la Tierra, se presenta, a primera vista, como un argumento vivo en favor de las teorías neomalthusianas. En verdad, el hecho de que sus 450 millones de individuos viven permanentemente en un estado de desnutrición crónica y estén expuestos periódicamente a los efectos de las hambres agudas, y el hecho aun más alarmante de que aquella gigantesca masa humana venga aumentando, en los últimos tiempos, en una proporción de 50 millones de habitantes por decenio, mientras que la producción de alimentos de la región permanece más o menos estacionaria, constituyen señales evidentes de que el país parece marchar hacia una catástrofe inevitable: a su total aniquilamiento consecuente a ese trágico e irreconciliable divorcio entre los dos términos del binomio de Malthus: la alimentación y la población. Pero también esta vez, aun en esta región elegida a propósito por los neomalthusianos para servir de superficie demostrativa de sus doctrinas, se comprueba que la razón está con ellos solo en apariencia, y no en la realidad de los hechos cuando se consideran en su conjunto. Tomándose aisladamente los dos factores: el crecimiento de la población india y la producción nacional, como variables independientes, no hay otro remedio sino reconocer como válidos los conceptos de Malthus. Pero cuando analizamos a la India en el conjunto de sus manifestaciones económico-sociales, como un organismo vivo con sus funciones en estrecha interdependencia, tal como ellas se suceden en la realidad, comprobamos que no existen razones naturales para justificar el estado de miseria en que viven, ni el estado de hambre en que mueren estas poblaciones. Comprobamos que esa desesperante situación de vida no se puede explicar ni por escasez de tierra, ni por exceso de gente.

El hambre reinante en la India resulta, en verdad, de otros factores que se ocultan debajo de la espesa complejidad de la vida económico-social de aquel pueblo. Otras razones deben indagarse que podrán explicar, más satisfactoriamente, cuanto los neomalthusianos consideran consecuencia exclusiva de la exagerada presión humana sobre el suelo, el exceso de gente en vista de los limitados recursos de subsistencia. Para que se pueda captar el mecanismo por medio del cual se constituye la estructura económico-social de la India con sus graves deficiencias, es necesario que se tenga ante todo una noción clara, aunque sintética, de sus fundamentos geográficos.

Por varias de sus características podría ser considerada la India como verdadero continente, igual que Europa. Su superficie es mayor que la del continente europeo; su separación del resto de Asia por la muralla del Himalaya tiene mayor nitidez que los inciertos límites orientales de Europa; y dentro de su territorio hay una diversidad de razas y de lenguas en nada inferior a la de las tierras europeas. Pero continente,

subcontinente o simple península que se desprende del sur de Asia, la India constituye un mundo cultural aparte, de inconfundible originalidad, que durante decenas de siglos se aisló del resto del mundo, protegido por las fronteras naturales de sus montañas infranqueables y de los grandes mares que la rodean. Con su superficie de cerca de 1,8 millones de millas², la India abarca tres regiones geográficas nítidamente diferenciadas y de posibilidades económicas bien diferentes: al norte, la gigantesca cadena del Himalaya; al sur, el altiplano del Decán, atravesado por cadenas de montañas poco abruptas y, entre esas dos regiones, la gran planicie del Indostán, surcada por los grandes ríos que descienden del Himalaya: el Ganges, el Indo y el Brahmaputra. La región del Himalaya, cubierta en gran parte por densas arboledas, es poco apta para la agricultura y escasamente habitada por poblaciones primitivas que viven en un régimen de simple recolección de los recursos forestales. En el altiplano del Decán, aunque el suelo es pobre, es posible la agricultura en los valles y en las faldas más suaves de las montañas por medio de terrazas y de irrigación mediante depósitos artificiales. Esta agricultura, que depende estrechamente de la dominación de las aguas, no atrae, a pesar de todo, a mucha gente y por ello esta región posee una población que está lejos de las elevadas densidades. Es en la porción intermedia del país en las planicies aluviales recientes del Indostán, extremadamente fértiles y lluviosas o fáciles de irrigar, donde se acumulan las grandes masas de población de la India. Más de la mitad de la población india se concentra en las manchas aluviales del norte, que apenas ocupan un quinto de la superficie total del país. En los bordes occidentales y en los orientales de la plataforma del Decán, formados por tierras bajas y húmedas, también existe elevada densidad de población. En contraste con estos núcleos pululantes de gente que llegan en el valle del Ganges, a más de 1.000 personas por milla cuadrada de superficie, encontramos extensas regiones, como el desierto de Thar y el altiplano de Naypur, casi deshabitadas.

No son solo las cualidades del suelo las que determinan esa distribución tan irregular de las poblaciones de la India, sino también las variedades de clima del país. Afirma el geógrafo Lester Trueblood que en ninguna otra región del mundo existe un tan característico clima de monzones, y que en ninguna otra parte el pueblo depende más de las condiciones climáticas (Trueblood, 1948). El régimen de lluvias es consecuencia principal de la dirección de los vientos cargados con la humedad traída de los mares, y de su intensidad y distribución depende esencialmente la vida de un pueblo tan predominantemente agrícola. Y esta distribución de lluvias es extremadamente irregular en la península indostánica: allí se encuentran desde los más altos niveles de precipitaciones pluviales del mundo, como en Cherrapunji, en Assam, hasta ciertas superficies del desierto de Thar donde prácticamente no llueve. Con más de tres cuartos de su población dedicada a las actividades agrícolas y penetrada de principios religiosos que les prohíben el uso de carne de ganado como alimento, los indios establecieron un tipo de alimentación de gran predominio vegetal, teniendo como alimento básico el arroz. Aunque ocupe este cereal un área de cultivo que representa apenas el 25% de la extensión total cultivada del país, constituye la base de la alimentación de los indostánicos, siendo el sorgo, el maíz, el trigo, la lenteja, consumidos en diferentes zonas del país, considerados como alimentos

complementarios. Con una producción de arroz que ocupa el primer lugar entre los alimentos del país, valuada en cerca de 40 millones de toneladas por año, la India continúa importando ese cereal para las apremiantes necesidades alimentarias de su pueblo. En la mayor parte del país, el arroz es consumido con legumbres, aceites vegetales y pescado, en pequeñas cantidades. Un plato favorito del indostánico, preparado a base de arroz, es el *mulligatawny*, especie de sopa de arroz cocido y cebolla, condimentada con una buena dosis de pimienta y ajo. El arroz condimentado con salsa caliente de *curry* preparado con varias semillas y hojas de vegetales que le dan sabor picante, también constituye una forma de alimentación habitual de los nativos. El consumo de carne es bastante baja y casi exclusivamente limitado a los mahometanos. Igualmente bajo es el consumo de leche y derivados, porque a pesar de poseer la India una cantidad de ganado calculada en la mitad del que existe en el mundo entero, ese ganado está mal alimentado, desnutrido y casi no produce leche.

Con ese tipo de alimentación vegetal escasa y monótona no es de asombrarse que el pueblo de la India sea uno de los más desnutridos del mundo, sufra las consecuencias de variadas carencias y exteriorice manifestaciones patentes de los más variados tipos de hambre específica. La primera de esas carencias que pesa duramente en la estructura biológica de aquel pueblo es la que resulta de la extremada deficiencia de proteínas de elevado valor biológico en su alimentación. De ella nacen graves males, que inferiorizan y degradan la raza de manera impresionante. Ya vimos que las diferencias de estatura y de resistencia física entre los sikhs que habitan las planicies del norte, el Punjab, y las poblaciones del sur del país resultan, como probó experimentalmente McCarryson, de la gran diferencia del contenido de proteínas de la alimentación del Punjab y del resto de la India. La alimentación del Punjab incluye el pan de trigo integral, la leche y sus derivados y la carne, en contraste con la alimentación de arroz y vegetales del sur del país. La falta casi generalizada de buenas proteínas contribuye a la baja estatura del pueblo indostánico y su falta de resistencia para el trabajo y las enfermedades. Ocasiona también esa carencia crónica males específicos. Desde hace mucho han observado los médicos que una enfermedad extremadamente común entre las clases más pobres de la India es el tumor hepático, pero atribuyen el hecho al paludismo y a otros agentes patógenos que se desarrollan en la región. Solo recientemente comenzaron a sospechar que el mal estaría ligado a las deficiencias de alimentación. En 1937 el doctor Aykroyd escribía estas palabras precursoras:

El tumor hepático no asociado a la malaria y al alcoholismo es causa común de muerte entre los indios de mediana edad de las clases más pobres, y es probable que esta enfermedad sea consecuencia del empleo de una alimentación extremadamente deficiente durante toda la vida. (Aykroyd, 1937)

Sus sospechas están hoy perfectamente confirmadas. Hoy está probado que es la deficiencia de ciertos elementos que componen las proteínas, la que acarrea los estados de tumores que tantas vidas roban en el Extremo Oriente. Esta misma pobreza de proteínas determina la falta de apetito, contra la cual lucha el pueblo indostánico

adobando la comida con un exceso de condimentos que la tornan picante y apetitosa. Esta es una de las funciones del *curry*, tanto tiempo usado por aquel pueblo, que llegó a ser llamado la “sal de Oriente”. También ciertas avitaminosis y carencias minerales son muy comunes en la India. En una encuesta acerca de las condiciones de la nutrición, llevada a cabo en 1939 en la provincia de Orissa por N. Singh, quedó en evidencia, entre las criaturas, toda una serie de avitaminosis típicas. El médico coronel R. E. Wright, que dirigió el Hospital Oftalmológico de Madrás durante muchos años, afirmó que las perturbaciones de la vista por deficiencias de vitamina B son más abundantes y graves en esa región que en cualquier otra parte del mundo. También el beriberi cobra su elevado tributo entre esa población de comedores de arroz. Una de sus formas más trágicas es, sin duda, la del beriberi agudo, que fulmina a los individuos de manera violenta y que, conforme a una descripción de los peritos de la FAO es causante, en Madrás Presidency, de la elevada mortalidad en la primera infancia, especialmente del segundo al cuarto mes de vida. Muchas otras formas de carencia se manifiestan, sobre las cuales no es necesario volver, porque son las mismas de todas las regiones de extrema miseria alimentaria del mundo.

Esa hambre crónica de los indios constituye, sin duda, una de las causas fundamentales de sus aterradores índices de mortalidad, que corren paralelos con los de China. Las estadísticas oficiales calculan la mortalidad total de la India en cerca de 24 por mil, pero el demógrafo Chandrasekhar juzga que esta cifra está muy lejos de la realidad: su cálculo es de 30 muertos por mil habitantes (Chandrasekhar, 1949). Pero lo que significa mayor tragedia para la economía de la nación no es la cifra de la mortalidad total, sino, principalmente, la precocidad con que los individuos suelen morir. La mortalidad infantil sobrepasa en mucho la de China, puesto que un cuarto de las criaturas indias muere en su primer año de vida: cerca del 25%. Hasta los cinco años suele morir el 40% y al llegar a los 20 años solo el 50% está vivo. Las trágicas condiciones de vida de la población india eliminan así antes de llegar a la edad adulta la mitad del potencial humano que produce el país, con graves repercusiones para la economía de la región. Es como si del total de los individuos nacidos en el país, la mitad estuviese compuesta de seres mutilados, sin brazos para producir, pero con bocas para ingerir alimentos. Otra cosa no son esas criaturas que nacen para comer mal y morir antes de llegar a la edad de producir. El promedio de vida del indio, 26 años —menos de la mitad del de EEUU y de Inglaterra, y apenas un tercio del de Nueva Zelanda— demuestra bien la terrible destrucción del material humano (Chandrasekhar, 1946). Es claro que no son solo el hambre y la desnutrición las causas de esa mortífera devastación de la población india, sino todo un conjunto de condiciones sanitarias desfavorables. Pero de lo que no cabe duda, es que el estado de desnutrición, disminuyendo la resistencia orgánica, constituye la preparación ideal del terreno para que las otras causas puedan actuar con libertad, principalmente las causas infecciosas. Tuvimos una demostración innegable de esa falta de resistencia del pueblo indostánico para las enfermedades durante la epidemia de gripe que asoló el mundo en 1918 y que, en la India, mató una enorme masa humana calculada entre 15 y 20 millones de individuos. También el hecho de que 100 a 200 millones de personas sufran de paludismo en la India y mueran anualmente de esta enfermedad cerca de un millón, se explica

porque los individuos mal nutridos constituyen presa fácil para ese mal. Geddes, para demostrar la influencia de la alimentación en la frecuencia del paludismo, dice que los musulmanes que comen carne son mucho menos propensos al paludismo que los indostánicos con su alimentación vegetal extremadamente deficiente. La tuberculosis, la disentería, el cólera, la verminosis, en fin, todos los capitanes de la muerte, tienen en esta región enormemente ayudada su tarea por el hambre. Y, de vez en cuando, el hambre pasa de auxiliar a jefe de banda, y diezma gente en tal cantidad, que arrebatada para sí el trofeo de los más altos índices de mortalidad del mundo. Esto sucede en dos períodos de hambre aguda, en las devastadoras epidemias de hambre, durante las cuales se han observado índices de mortalidad que llegan a la cifra impresionante de 60 por mil. Las epidemias de hambre parecen haber existido en la India en todos los tiempos, pero se agravaron mucho durante el siglo XIX por la intervención poco feliz de la política inglesa en la economía india. Las epidemias de hambre de los primeros años de aquel siglo, mataron la mitad de los habitantes de Madrás, Mysore y Hyderabad, conforme a lo que afirma André Philip (1930). En los últimos años del mismo siglo, según Reclus, murieron de inanición más de 20 millones de individuos y solo en el terrible año de 1877, más de cuatro millones (Reclus, 1875-1894). Durante nuestro siglo esas epidemias de hambre se fueron atenuando un poco, pero aún están lejos de desaparecer. Aun en los años 1942 y 1943 el hambre aguda mató con tal violencia que, en Calcuta, los hambrientos morían como moscas, siendo tan grande el número de muertos diseminados por las calles de la ciudad, que la recolección de los cuerpos constituía una tarea ingente (Osborn, 1948).

¿Cuáles son las causas de esa permanente situación de hambre en la India, situación que los ingleses, en dos siglos de dominación, no consiguieron eliminar, sino, por el contrario, agravaron en varios aspectos? Los políticos ingleses, procurando justificar el total fracaso de su administración colonial, presentan los factores o causas naturales como fuerzas determinantes e invencibles. Las primeras de esas fuerzas naturales llamadas a explicar el fenómeno, con el apoyo de gran número de estudiosos, habían de ser, ciertamente, la exagerada presión demográfica y el irremediable agotamiento de las potencias naturales de la tierra. No son pocos los que afirman en tono categórico que el hambre y la miseria en la India son productos exclusivos de la mezquindad de la naturaleza y del irresistible apetito reproductivo de su pueblo. Para los que así piensan, se confirman en la India las negras conjeturas de Malthus, y las naciones que hoy integran la Unión India se enfrentan con la fatal posibilidad de poseer un exceso de gente que ocupa una tierra enteramente agotada en sus recursos naturales. Así piensa Osborn cuando afirma que el enemigo interno de la India “es el exceso de gente que tiene que sustentar la tierra. La tierra hace mucho que está agotada, y la población continúa creciendo”. Del mismo modo piensa Furnas, cuando afirma que la población de la India llegó a su punto de saturación (Furnas & Furnas, 1942). Así piensa también un indostánico, el doctor Chandrasekhar, cuando expresa que el crecimiento de la India, de cerca de cuatro millones de habitantes por año, ante la falta de recursos suficientes para absorber esa población suplementaria, es verdaderamente desastroso. El pesimista Vogt, adoptando con entusiasmo los puntos de vista de Chandrasekhar, expresa

que “la reproducción es el deporte nacional”. ¿A qué otro deporte quería él que se dedicase este pueblo de energías tan consumidas y de disponibilidades económicas tan limitadas? ¿Que se diese el lujo de reservar, de los pequeños trozos de tierra de sus propiedades, un buen cuadrado de tierra firme y bien apisonada para una cancha de tenis, que jugaría con fervor idéntico al de los estadounidenses? ¿Que como los ingleses, se diesen a los excesos del box o a los excesos del deporte imperialista de confiscar tierras y más tierras y de hacer y deshacer en el mundo entero? No. Son estas tareas demasiado penosas para un pueblo moderado y pacífico. Los indostánicos nunca se distinguieron ni por la fuerza física ni por la fuerza política, sino por su fuerza cultural. Por la impresionante fuerza de su cultura, que hace más de 3.000 años viene resistiendo a los embates de otras muchas culturas que han intentado aplastarla. Concentrándose en el deporte de la reproducción, tan desdeñado por los neomalthusianos, la civilización de la India sobrevivió a la de los griegos, tan apasionados por muchas otras variedades deportivas, a la de los romanos tan amantes de los deportes de guerra y de fuerza, y es probable que sobreviva a otras civilizaciones actuales, tan admiradoras del deporte por el deporte mismo.

Veamos, a la luz de datos concretos, cómo pesan realmente, en la estructura económico-social del pueblo indio, los factores naturales generalmente apuntados como únicos culpables de su decadencia. Poniendo en relación los 450 millones de habitantes de la India, con la superficie de su suelo, correspondiente a dos tercios del área de EEUU, comprobamos que su densidad media relativa de 250 habitantes por milla cuadrada de superficie, si está lejos de ser baja, tampoco está entre las más altas del mundo; la sobrepasan más de una decena de países, entre ellos algunos de relativa prosperidad económica, como Bélgica, Holanda y la misma Inglaterra. Pero lo que diferencia singularmente a la India de esos otros países de elevada densidad demográfica, es que su población es predominantemente rural, pues vive del 87% de su total en cerca de un millón de aldeas pequeñas (Cressey, 1946). Ya vimos cómo esa población campesina se acumula en los fértiles valles y en las llanuras aluviales, donde se dedica al cultivo de cerca de 330 acres de tierra, de los cuales 50 millones son irrigados. Trabajando exclusivamente en las zonas más fértiles o más fácilmente irrigables, los indostánicos dejaron hasta hoy sin cultivar cerca de 150 millones de acres de tierra arable, según los cálculos de un especialista destacado. Queda, por lo tanto, en la India aún un tercio de sus reservas de suelo agrícola por explotar, a pesar de la fuerte presión demográfica en que viven las poblaciones en ciertas regiones, como el valle del Ganges, el delta de Bengala, la región de Orissa y Cochim. No es, por lo tanto, enteramente verídica la afirmación de que la India tiene agotadas sus posibilidades naturales. Y apenas aludimos a las posibilidades agrícolas, sin tener en cuenta sus recursos minerales, bien apreciables, sus reservas de petróleo, calculadas en 3% de las reservas mundiales, y su tremendo potencial hidráulico, calculado en 27 millones de caballos de fuerza, superior, por lo tanto, al de Canadá y al de China (20 caballos de fuerza) y casi igual al de EEUU (28 caballos de fuerza) y esas reservas, lejos de estar agotadas, se encuentran prácticamente vírgenes, apenas explotadas en proporción ínfima. No hay, por lo tanto, en la India actual, exceso comprobado de gente con respecto a las posibilidades o a los recursos naturales de la región. Pero, si

no es ese exceso absoluto de la población, lo que condiciona la existencia del hambre en la India, ¿habrá sido, entonces, el crecimiento intempestivo de su masa humana? Tampoco. Conforme afirma Wattal (1916), dada la alta cifra de mortalidad reinante, el crecimiento de población de la India ha sido, en conjunto, relativamente lento e irregular. Tampoco su fertilidad es de las más exageradas, como se afirma erróneamente: 33 por mil, cifra bastante más baja que la de la mayoría de los países latinoamericanos, africanos y de Oriente. Si ciertos factores, como la falta de proteínas en la alimentación, la universalidad del casamiento y la tradición del casamiento precoz (las mujeres se casan casi todas antes de los 15 años de edad) constituyen factores determinantes del elevado grado de fertilidad, por otro lado, la alta mortalidad de niñas antes de la edad de reproducción, la innecesaria mortalidad puerperal (se calcula en 200.000 el número de mujeres que mueren anualmente en el parto) y, finalmente, la prohibición religiosa del casamiento de viudas, son factores que tienden a mantener la fertilidad de aquella gente en límites razonables. El crecimiento máximo del país, calculado en cuatro millones por año, se traduce en un aumento de cerca del 1% de su efectivo humano, en una cifra, semejante, por consiguiente, al crecimiento de las poblaciones de Europa en nuestro siglo.

Si no fue la violenta ocupación humana, ni la saturación del suelo las que trajeron la miseria a la India, ¿cuáles fueron, entonces, los factores determinantes de esa miseria? En verdad, esos factores son todos resultantes del inadecuado aprovechamiento de sus potenciales, tanto naturales como humanos, lo cual se agravó seriamente con el sistema de economía colonial inglés. Si no, veamos:

A pesar de dedicar el grueso de su energía a la agricultura, la India cultiva, de acuerdo con estadísticas oficiales, apenas dos tercios de sus tierras arables. Y en esta superficie limitada y sometida a un tipo de agricultura intensiva, el rendimiento agrícola es bastante inferior al rendimiento medio del resto del mundo, Italia y Alemania, con densidades relativas más altas, consiguen rendimientos de su producción de alimentos que alcanzan, respectivamente, uno y dos millones de calorías por habitante y por año; la India apenas obtiene 800.000, lo que es absolutamente insuficiente para satisfacer las necesidades biológicas individuales. Si analizamos el rendimiento por productos, veremos la misma precariedad de la agricultura india. Así su producción de arroz por hectárea es de 14 quintales, mientras que Italia produce 50, España 45, Japón 35 y Rumania 24. Hay quien quiere atribuir ese rendimiento bajo a la pobreza de los suelos de tierras situadas, casi en su totalidad, en la zona tropical. Pero el argumento no resiste a la evidencia de los siguientes hechos: primero, en otras tierras igualmente tropicales se obtienen rendimientos bastante más altos, como en Egipto, con una producción de 30 quintales por hectárea, Surinam con 25 y la Guinea inglesa con 22. Segundo, aunque el subcontinente indio ocupe una latitud tropical, muchos de sus suelos, principalmente el de las llanuras aluviales del Indostán, donde se concentra el grueso de la producción agrícola, están formados con materiales traídos por los ríos de zonas que no son tropicales. Es de suponer, pues, que, si los deltas del Ganges y del Indo son de clima tropical, sus suelos, no obstante, están compuestos por elementos idénticos a los que integran los suelos de las regiones templadas donde nacen esos ríos.

El bajo rendimiento agrícola de la India es consecuencia, ante todo, de los métodos primitivos de cultivo usados en la región. Métodos rudimentarios de una agricultura sujeta a los caprichos de los monzones, llevada a cabo con instrumentos agrícolas toscos, sin selección de las semillas, sin control adecuado contra la plagas de los cereales, y con escasa fertilización del suelo mediante estiércol de ganado. Con sus inmensos rebaños calculados en cerca de 200 millones de cabezas, la India podría disponer, en verdad, de razonables sobrantes de estiércol, pero la extremada pobreza de la población rural no permite su integral utilización para este fin. En las llanuras cultivables, la escasez regional de madera torna difícil y cara la obtención de combustible, y obliga al agricultor a quemar el estiércol de buey en trozos que se ponen a secar sobre las rocas o en las paredes de los patios de las casas. En ciertas regiones, la lucha por la obtención del combustible es tan ardua como la lucha por la obtención del mismo alimento, y el estiércol representa el único recurso natural para aquellos grupos humanos tan esclavizados al medio. Cuenta Aldous Huxley (1932) un episodio que presencié en la región de Jaipur, y que expresa bien el papel desempeñado por el estiércol en la vida doméstica de las clases más pobres de la India. Viajaba el novelista inglés sobre el lomo de un elefante, el cual, a la salida del palacio de un señor feudal, se paró en la calle y se alivió abundantemente. Luego que el animal hubo concluido, salió corriendo de una choza una mujer vieja que se lanzó con entusiasmo sobre la inmensa pirámide de estiércol. Y mientras el elefante reiniciaba su marcha, ella agradecía con infinita gratitud el regalo presente que le había dejado, con el cual cocinaría durante una semana. Pero como los elefantes son escasos y sus descargas monumentales un golpe excepcional de fortuna para aquella pobre gente, el agricultor tiene que contentarse con los modestos ladrillos de estiércol de buey. De la producción total de estiércol, evaluada, cuando está seca, en 160 millones de toneladas, cerca del 40%, o sea, 65 millones se queman como combustible. Y, como cerca del 20% se pierde por falta de recolección, quedan apenas 40% para fertilizar el suelo. Otro factor de baja producción agrícola es su régimen de propiedad agraria inadecuada en extremo para su aprovechamiento racional. Cerca del 48% de las tierras cultivadas pertenecen a los *landlords*, verdaderos señores feudales que en número de seis a ocho millones, tienen en sus manos los grandes latifundios, en los cuales son mantenidos como arrendatarios centenas de millones de agricultores. Estos grandes propietarios son más negociantes que hacendados, y no se interesan por la tierra sino como fuente de sus enormes rentas. De ahí el abandono en que dejan a los arrendatarios; solo se acuerdan de ellos en la época de las cosechas, para cobrar del 40 al 60% de ellas, como precio del arrendamiento de la tierra. Y como el Estado retiene aún cerca del 10%, poco queda para el productor como recompensa de su trabajo. Ese régimen económico tal vez explique, en parte, la despreocupación y el desamor del indio por el trabajo, puesto que tiene conciencia de que su labor, por más esforzado que sea, no le rinde casi nada.

Y también ese régimen feudal explica el gran número de epidemias de hambre, sin falta real de producción alimentaria, sino tan solo por incapacidad financiera del agricultor para readquirir el producto de su sudor y poder, así, utilizar la cosecha para sus necesidades vitales. Es corriente, en la India, que mientras muchos mueren

de inanición, los productos de la región continúan siendo exportados. En la trágica hambruna de 1877 durante la cual perecieron cuatro millones de individuos, según refiere Richard Temple, nunca cesaron las exportaciones de cereales por el puerto de Calcuta. Por eso André Philip tiene toda la razón cuando escribe que “el hambre no siempre es consecuencia de la insuficiencia de las cosechas, sino de la insuficiencia de lo que le queda al campesino después de deducidas las partes que corresponden al fisco, al dueño de la tierra y al usurero” (Philip, 1930). Al lado del régimen de tierras de los grandes propietarios, llamado de *zamindari*, tenemos el régimen de la pequeña propiedad individual llamado *riotwari*, en el que la tierra está ocupada por algunos millones de agricultores que cultivan trozos pequeños de suelo y pagan el impuesto territorial directamente al Estado. Si en este tipo de organización agraria el campesino se libra de los males de la terrible explotación de los grandes propietarios, en cambio surgen otros males, para trabar sus posibilidades de liberación económica. El primero de ellos es que, en este tipo de organización social, el Estado cobra un impuesto muy alto, que llega a cerca del 25% de los beneficios líquidos de la producción. Y como exige ese pago a plazo fijo, sin contemplaciones ante los caprichos del clima, está obligado el agricultor a entregarse sin remedio a los usureros para obtener anticipos, que le cuestan, en intereses, los ojos de la cara. Otro maleficio del régimen de *riotwari* es el extremo parcelamiento de la tierra que pasa de generación en generación, de acuerdo con los principios de herencia, tanto de los indostánicos como de los mahometanos. Hoy, el tamaño medio de las propiedades de la India es de apenas cinco acres. Esas minúsculas parcelas de terreno ocupadas por una familia entera reducen el rendimiento agrícola individual, en India, a un nivel aun más bajo que en China y Japón. Además el campesino indio tiene una capacidad de trabajo extremadamente reducida, por varias razones, entre las cuales sobresale la de su desnutrición crónica y la del pésimo estado sanitario. Basta decir que, de acuerdo con investigaciones bien realizadas, fue probado que cada campesino indio pierde un mes de trabajo por año, atacado de malaria. Y que, el año entero, por lo menos un cuarto de la población rural trabaja en estado febril. Y no es solo la malaria la que chupa la sangre de aquella gente; están también las verminosis y las disenterías esparcidas por todas partes.

Tales son, en tintas un tanto negras, las condiciones de vida del pueblo de la India. Su defectuosa estructura social se agrava aún más por el problema de las castas, que separan la población en compartimientos cerrados, cada uno con código especial de vida, con derechos, hábitos e intereses diferentes; por el fanatismo religioso, y por el analfabetismo que llega, aún hoy, a más del 80% de sus habitantes.

El hambre, supervivencia medieval

Si las condiciones de vida en la India derivan, por evolución natural, de la primitiva organización social de tiranía de los antiguos brahmanes, que dominaron despóticamente a los componentes de las otras castas durante la Edad Media indostánica, gran responsabilidad corresponde a los ingleses, por haber contribuido en gran manera a

mantener ese estado de cosas. La verdad es que los ingleses siempre administraron la India como los señores indios sus tierras: sin otro interés que el de su máximo rendimiento y, por lo tanto, sin románticas preocupaciones por la vida de los nativos. Los colonizadores ingleses no fueron al Oriente para enraizarse en el suelo, para crear un nuevo tipo de sociedad y las bases de una nación nueva, como hicieron los españoles y portugueses en otras regiones tropicales del mundo, sino apenas para establecer factorías comerciales y, por medio de ellas, explotar el trabajo de los nativos. Que la colonización inglesa en los trópicos fue siempre de simple acomodamiento administrativo y no de enraizamiento de la raza, ya hoy nadie lo contradice. Lo que se discute es si, en su extremado mercantilismo, fueron los ingleses de alguna utilidad, o sencillamente perniciosos para los pueblos bajo su dominio. El análisis imparcial de los hechos muestra que, para el indio, la colonización inglesa trajo más daños que ventajas.

Cuando llegaron los primeros colonos a la India en el siglo XVIII, encontraron un país relativamente próspero, con una población de 100 millones de habitantes, dividida entre las actividades de la agricultura y de la artesanía. Hubo un tiempo en que la India no era simplemente un país de agricultores, sino un importante centro manufacturero, que exportaba mercaderías preciosamente trabajadas: tejidos finos, sedas y muselinas, encajes, bordados, joyas y tapices para Europa, Arabia, Egipto y China. La India salía entonces de su Edad Media, y aquella relativa prosperidad era producto de una economía de transición entre el sistema cerrado de tipo medieval y el naciente capitalismo manufacturero (Vath, 1937). Es verdad que en aquellos tiempos aún surgían, de vez en cuando, epidemias de hambre, herencia de su Edad Media, tal como ocurriera en Europa; pero el fenómeno tendía a desaparecer y ciertamente habría desaparecido como desapareció en la Europa Occidental a partir del siglo XVII, con su tendencia a la industrialización. También en la India se iniciaba ya la incorporación de los artesanos rurales a las manufacturas urbanas, formando el germen de la industria que levantaría cada vez más el estándar de vida nacional y el rendimiento de la nación. La intervención de los ingleses, con el insaciable apetito de sus comerciantes, vino a detener violentamente la evolución económica y a reinstaurar la economía medieval y el régimen del hambre permanente del país.

Desde los primeros tiempos de la ocupación, el puñado de ingleses, militares y civiles, encargado de dominar y de administrar la colonia, se mostró siempre inclinado a hacer todo en exclusivo interés de sus intereses mercantiles. La actuación de Robert Clive, considerado como el verdadero creador del Imperio británico en la India es el perfecto símbolo de ese tipo de explotación económica. Clive llegó a tales desmanes, a tales exageraciones de opresión y brutalidad contra los indostánicos, que el gobierno de la metrópoli sintió escrúpulos y lo llamó para rendir cuentas de sus inhumanas actividades. Como el Parlamento aprobase un voto de censura para su actuación administrativa, Clive se saltó la tapa de los sesos con una bala de revólver. Pero su reemplazante, Warren Hastings, continuó con la misma tradición. Entre sus actos administrativos se cuenta la venta, al Gran Mogol, por 25 millones de rupias, de dos provincias indias que no pertenecían a los ingleses, y el alquiler, por diez millones, de una brigada inglesa para *persuadir* a los gobiernos locales, que

protestaban contra esa venta ilegal, a que entregaran las provincias. Y muchas otras cosas hizo Hastings, hasta que el Parlamento inglés también lo llamó para juzgarlo; pero en esa época, ya la India había dado tales ganancias a Inglaterra, que el Parlamento, según documento comentado por el historiador Gonzalo de Reparaz, aun reconociendo que Hastings había sido criminal, “lo absolvía porque sus crímenes habían sido provechosos para Inglaterra...”

La manufactura india interesó mucho al principio a Inglaterra, porque como lo muestra C. R. Dutt, en su *Historia económica de la India*, sus productos, con todos los gastos de transporte, podían ser vendidos con gran provecho en Londres, a mitad del precio de los productos ingleses. Pero más tarde los negociantes ingleses, no contentándose con ganancias razonables, obtuvieron, por intermedio de la Compañía de las Indias Orientales, el monopolio de los productos más importantes, y comenzaron a forzar a los artesanos a entregárselos por precios tan bajos, que “provocaron la completa ruina de la industria y del comercio indio”. Por otra parte, el gobierno inglés, para proteger la naciente industria de la metrópoli estableció, desde el comienzo del siglo XIX, un sistema de derechos prohibitivos para los productos de la India, los cuales tenían que pagar entre el 60 y el 70% *ad valorem*, lo que significaba un golpe de muerte para las manufacturas indias. Mientras los productos ingleses circulaban libremente en la India, fueron mantenidos derechos aduaneros prohibitivos para los productos indios, hasta quedar Inglaterra dueña del mercado mundial, sin temer más la concurrencia de la India. Son del mismo autor inglés C. R. Dutt, estas significativas palabras:

Los tejidos y las sedas de la India, hasta 1813, se vendían en los mercados británicos a precios entre el 50 y el 60% inferiores a los de las industrias inglesas y fue, por esto, necesario proteger estas últimas con derechos del 70 al 80% *ad valorem*. Si no hubiésemos hecho esto, las fábricas de Manchester se habrían parado en su nacimiento y habría sido extremadamente difícil reconstruirlas después. La industria inglesa nació, así, por el sacrificio de la industria india. (Dutt, 1901)

Al sacrificar de tal modo a la colonia, se arruinó toda su artesanía y se provocó la desintegración de las fuerzas económicas de la nación. Las más graves consecuencias para la economía india resultaron de la desocupación obligada de los artesanos que se refugiaron en las ocupaciones agrarias, y crearon un proletariado rural con mayor presión sobre el suelo agrícola y con gradual disminución de las superficies de las propiedades agrarias. Así, durante el correr del siglo XIX, la población de artesanos de la India caía del 25 al 10%, mientras que la población agraria subía del 60 al 75%, y el hambre se esparcía por el país entero. ¡Fue el siglo XIX el siglo de las más terribles hambres de la India!

Durante todo el tiempo del dominio inglés, nunca se desarrolló ningún plan real para la industrialización india, excepto durante la Primera Guerra Mundial, en la cual las necesidades de supervivencia del Imperio fueron más fuertes que las necesidades inmediatas de lucro. Y, sin embargo, la industrialización bien orientada sería un factor decisivo para eliminar la miseria de la India, levantando a su pueblo del

pavoroso nivel económico en que vive, representado aún hoy por un rendimiento medio individual de 19 dólares por año, o sea de cinco centavos por día.

Tampoco tuvo el agricultor el amparo que era de esperar de los ingleses. En lo que se refiere al aumento del área cultivada, desarrollaron realmente un magnífico plan, incorporando extensas regiones desérticas, calculadas en 20 millones de acres por medio de la irrigación. Los trabajos de ingeniería, las represas y los canales de irrigación, construidos por los ingleses, constituyen una de las obras más meritorias y gigantescas llevadas a cabo por ellos en el país. Solamente una represa, situada en el bajo Indo, irriga una extensión del sur mayor que toda la tierra cultivada de Egipto. Hoy, la extensión de los modernos canales de irrigación, en la India, es mayor que la de todos los países del mundo y alcanza una cifra de 80.000 millas. Pero desgraciadamente esa expansión de la agricultura poco alcanzó a los productos de sustentación, los cultivos alimentarios, siendo beneficiados casi exclusivamente los productos de exportación. La superficie cultivada con alimentos y su producción ha permanecido más o menos constante durante toda la primera mitad de nuestro siglo, en que la población de la India aumentó en varias decenas de millones. Con la responsabilidad de miembro del Gobierno de la India, sir Azizul Huque declaraba en 1943 ante la Asamblea Legislativa:

...el problema alimentario en la India es hoy más grave de lo que parece. Si las estadísticas son exactas, se comprueba que la producción de los años 1911 a 1943 permanece más o menos estacionaria entre 25 y 27 millones de toneladas. En este período la población aumentó de 311 a 388 millones de habitantes. (Council of Chatham House, 1945)

No parece que el gobierno colonial inglés haya hecho gran esfuerzo para elevar el nivel técnico de la primitiva agricultura indostánica. La primera etapa en ese sentido sería promover el levantamiento del nivel mental de las poblaciones rurales, por medio de la educación, cosa que no se intentó. Cuando los ingleses en 1830, establecieron que su lengua sería la única que se enseñaría en los establecimientos escolares, lejos de promover la difusión de la cultura, la restringieron a un número insignificante de privilegiados. Con este simple decreto, el número de escuelas disminuyó enormemente en el país, puesto que faltaban profesores para dirigirlos. Cerrando el acceso de las masas a la educación, los ingleses actuaban según su interés, que era el de la formación de una reducida casta de indios instruidos, que los ayudasen en sus funciones administrativas. Crearon así una casta más, que acrecentaría las otras existentes en el país. Sin que la densa masa agraria india salga del oscurantismo en que vive dentro de su mundo de prejuicios y fanatismos, es bien difícil que se puedan implantar métodos agrícolas racionales en el suelo de la India.

Por la selección de las semillas, podrían haber obtenido los ingleses sensible aumento de la producción agrícola de la India, pero esta selección solo se hizo para los productos de exportación, tales como el algodón, la caña de azúcar y el yute. Afirman los técnicos de la FAO que, por medio de adecuados medios de fertilización, podría la producción alimentaria de la India aumentar en un 20%, pero hasta

hoy solo se utilizan, prácticamente, los abonos químicos artificiales en los cultivos de exportación. Por el uso intensivo de DDT sería posible no solo conquistar para la agricultura grandes extensiones insalubres de las faldas del Himalaya, sino duplicar la capacidad de producción del elemento humano: pero hasta hoy se ha hecho muy poca cosa en este sentido.

Ante este balance de las características económicas de la colonización británica, se llega a la conclusión de que, si no fueron los ingleses los que trajeron el hambre a la India, puesto que existía como una supervivencia de sus tiempos medievales, desde las dinastías mahometanas, turcas y granmogólicas, la verdad es que los ingleses procuraron conservar esta y otras supervivencias del feudalismo, en interés de su colonialismo imperialista.

El hambre, arma de guerra

El hambre como fuerza social es capaz de impulsar a los grupos humanos por los más extraños caminos. De conducirlos ciegamente en las más inesperadas direcciones, siempre que les sea suscitada la esperanza de satisfacer, de algún modo, su desesperado y mortificado instinto de comer.

En la inmensa extensión de los monzones del Extremo Oriente, vive un pueblo singular que, en su evolución social, pasó varias de sus etapas evolutivas con vertiginosa velocidad, siempre acechado por el vibrante látigo del hambre: el pueblo japonés. Fue la prolongada y periódica exposición de ese pueblo a los efectos calamitosos del hambre lo que lo indujo a saltar con violencia del marasmo económico en que vivía hace más de dos siglos, metido en estancado feudalismo, al más frenético capitalismo, al imperialismo agresivo y a las peligrosas aventuras de expansión económica y de expansión territorial. La verdad es que todas esas temerarias experiencias económicas a que se lanzó Japón ávidamente, no fueron más que las desesperadas y fracasadas tentativas de romper el tremendo cerco de hambre en que vivió sometido.

En un archipiélago de origen volcánico formado por cuatro grandes islas envueltas por una cadena de 4.000 islas pequeñas, con una superficie total de cerca de 150.000 millas², vive hace decenas de siglos el pueblo japonés. En el siglo VI de nuestra era, China, en su expansión cultural, alcanzó a través de Corea esas tierras semibárbaras, y allí implantó el budismo y los principios fundamentales de la organización cultural china. Moldeado por la cultura china, no tardó, sin embargo, Japón, en liberarse de su influencia, aprovechando la decadencia del continente ocurrida al final de la dinastía china de los Tang. De ahí en adelante, Japón se aísla, cerrándose herméticamente en su territorio insular y en él desenvuelve su típico feudalismo agrario bajo la mano de hierro de los señores feudales —los “daimios”— que durante siete siglos reinaron allí en nombre del emperador, considerado de origen divino. Eran esos señores feudales —personas intermediarias del emperador— los dueños de toda la tierra y de la gente, del suelo que ha de cultivarse y de los campesinos encargados de arrancar de ese suelo los medios de subsistencia. Cada feudo era un

mundo cerrado, con su ejército propio para implantar el orden y hacer cumplir las determinaciones del señor y con su población campesina rígidamente ligada a la tierra y consagrada exclusivamente al abastecimiento de aquellas sociedades cerradas, verdaderas autarquías económicas.

La ocupación del suelo se limitaba a las extensiones de la llanura, propicias a la agricultura, las cuales comprenden un cuarto del territorio nacional, pues los otros tres cuartos son excesivamente montañosos (Trewartha, 1945). Mediante el cultivo intensivo del arroz, en los valles y en las planicies costeras, y por la pesca, a la que pronto se dedicó el pueblo japonés, fueron obtenidas las bases esenciales de su régimen alimentario. El arroz fue siempre su alimento básico, y ese cereal influyó de tal manera en la vida del pueblo japonés que, durante mucho tiempo, se constituyó en la moneda corriente del país. Aún hoy, son siempre parte de las ceremonias religiosas y tradicionales, las ofrendas propiciatorias de arroz a los dioses.

Con su alimentación de arroz complementada con un poco de avena, sorgo, maíz y pescado, el pueblo japonés conseguía mantenerse en los tiempos normales en relativo equilibrio nutritivo. Escasamente alimentado, pero sin grandes deficiencias y sin declaradas carencias. Pero bajo la acción de cualquier factor que redujese las cosechas de uno de aquellos feudos —irregularidades de clima, terremoto o guerra civil— ese compartimiento vaciaba sus reservas de alimentos y surgía el hambre aguda, los espasmódicos episodios de hambre que la falta de comunicaciones y de comercio agravaba sobremanera.

La vida, en este otro acuario cerrado, tenía que ser regulada rígidamente; muchos de los principios morales del acuario chino se revelaban como inadecuados a las condiciones locales de Japón, lo que determinó la creación de un código de moral diferente —el *Bushido*— que prescribe, mucho antes de Malthus, la más drástica política malthusiana; la necesidad de evitar, por todos los medios, el crecimiento de la población. Es que, según el pensamiento de los dirigentes del país, el aumento del número de habitantes más allá de ciertos límites, conduciría fatalmente a un cambio de la estructura económica de la nación, o a una emigración forzada a otras tierras, peligros que los *shogunes* o dirigentes militares siempre quisieron evitar. Viviendo confortablemente en sus grandes castillos medievales, protegidos por ejércitos de sus *samuráis*, y con la plebe suficientemente numerosa para labrar sus tierras y pagarles abultados tributos, los *daimios* no veían la necesidad de que esa plebe creciese demasiado y comenzara a agitarse demasiado en su creciente hambre, haciendo estremecer con sus alaridos sus altos muros señoriales. La situación de los señores feudales de Japón era idéntica a la de ciertos neomalthusianos de nuestros días, que todo lo hacen para que este mundo continúe disponiendo de espacio suficiente para que en él vivan regaladamente unos cuantos privilegiados. Vemos, así, que el factor fundamental de esa política de restricción de la población, fue el deseo prepotente de los señores feudales de conservar la situación vigente con el despotismo de 26 decenas de individuos y la esclavización de 26 millones.

A pesar de la elevada fertilidad de aquella gente, fue posible, gracias a las rígidas prescripciones de fiscalización por medio de los coeficientes de mortalidad espantosamente altos, productos de las hambres periódicas, de las guerras internas y de

las epidemias, mantener la población de Japón estacionaria durante cuatro siglos. Entre las medidas proclamadas y largamente utilizadas en el país, desde el siglo XV hasta el XIX, se destacan el aborto, el infanticidio —practicado preferentemente en las criaturas de sexo femenino— el abandono a la muerte de los padres viejos y la más amplia aplicación de la pena de muerte por crímenes de cualquier categoría. Afirma un escritor japonés que el pueblo de su país, en aquella época, practicaba el infanticidio como quien arranca legumbres de raíz. En ciertas provincias, se mataban dos de cada cinco hijos y, en otras, todos los que pasaban de tres. En la provincia de Hyuga, solo escapaba de la furia infanticida el primogénito. Por medio de esta tremenda mortandad, el régimen feudal japonés se mantuvo inalterado y se evitó el agravamiento del estado de hambre del pueblo. Durante dos siglos —de mediados del siglo XVII a mediados del siglo XIX— la población del país osciló entre 25 y 27 millones de individuos. Era esa la organización económico-social del pueblo japonés, con sus habitantes aislados del mundo y luchando arduamente por su subsistencia, cuando —en una memorable mañana de junio de 1853— el comodoro estadounidense Perry, rompiendo la inviolabilidad de las aguas del Imperio, forzó la entrada de la bahía de Uruga, llevando consigo una carta del gobierno de EEUU, en la cual se solicitaba la apertura de los puertos japoneses, y prácticamente impuesto un tratado de comercio con su país. Tales pedidos fueron atendidos con la persuasión de argumentos definitivos, tales como la presencia de diez navíos equipados de excelentes cañones y de 2.000 hombres armados en pie de guerra; y, el 13 de febrero de 1854, fue firmado con EEUU el primer tratado que abrió las puertas de Japón al Occidente, a su cultura técnica y a sus apetitos mercantiles. Poco después firmaba tratados semejantes con Inglaterra, Francia, Rusia y Holanda, y Japón comenzaba a dejarse infiltrar por las ideas occidentales.

La creación de una nueva potencia

En los primeros contactos con la civilización industrial de Occidente, el pueblo japonés tuvo la impresión de que había otros medios de escapar del cerco del hambre, menos inhumanos que el asesinato en masa de sus hijos recién nacidos y de sus venerados padres. Medios que serían alcanzados mediante la aplicación de la eficiente técnica occidental, en la solución de sus problemas. Tal descubrimiento entusiasmó en tal forma al pueblo japonés, que ya no pensó en otra cosa, sino en echar mano de aquella técnica a costa de cualesquiera penas y sacrificios. Se vio así la polarización de la voluntad de todo un pueblo hambriento en un solo objetivo: la obtención de alimento; polarización que, como afirma Sorokin (1942), absorbe en tal forma a los individuos, que ellos ya no piensan en sacrificios, ya no sienten más las fatigas resultantes de esa búsqueda frenética de comida. De tal manera el hambriento pueblo japonés se concentró en utilizar los métodos occidentales para escapar del hambre, que apenas seis años después de la llegada de los hombres blancos, en 1860, estalló la revolución que deseaba acabar con el feudalismo e implantar en Japón los principios económicos y las técnicas de Occidente.

Con la muerte, en 1867, del viejo emperador Komei terminó el feudalismo japonés y se inició, con la subida al trono del joven emperador Mutsuhito, la era Meiji, que iba a forjar el Japón moderno. El primer paso en este sentido fue la reforma agraria, con la división de la tierra de los *daimios* en la masa de los campesinos, y con la introducción de la agricultura científica en el país. A pesar de afirmarse categóricamente, en aquella época, que ya no quedaba en Japón ni una pulgada de tierra para ser cultivada, la extensión agrícola creció sensiblemente, desde entonces. En un siglo de política agraria, Japón aumentó esa extensión de 4,5 millones de hectáreas a 6 millones, o sea, en cerca del 35% de su total. Hoy se calcula que aún quedan 1,5 millones de hectáreas de tierras propicias para el cultivo. Como consecuencia de la división de los dominios feudales, se produce una extremada fragmentación de la propiedad agrícola. Antes de la última guerra, el número de propiedades japonesas con más de una hectárea no alcanzaba al 25% del total del país. Pero, a pesar de ese parcelamiento del suelo, que redujo más de dos tercios de las propiedades agrarias a pequeños lotes de terreno con menos de una hectárea, aun así, permanecía la gran mayoría de los habitantes de la zona rural, trabajando en un suelo que no les pertenecía. Según el Bureau Internacional del Trabajo, en 1935, cerca del 75% de los agricultores japoneses eran arrendatarios o trabajadores rurales asalariados. Aunque trabajando en propiedades diminutas, donde es antieconómico su rendimiento efectivo, y, en su mayoría, en tierras ajenas, los campesinos de Japón consiguieron el más sorprendente aumento de la producción jamás registrado en la historia.

Mientras que en el Japón feudal de 1860, una hectárea de arroz daba un rendimiento medio de 16 quintales, ese rendimiento subía en 1890 a 20 quintales, en 1910 a 24 y en 1930 a 28 quintales: casi el doble del rendimiento de los tiempos de la agricultura precientífica (Ruellan, 1938). Por la selección adecuada de las semillas, por la irrigación y la fertilización racionales, el japonés alcanzó un término medio de producción de los más altos del mundo. Apenas sobrepasan estos índices España, Italia y Egipto, con rendimientos que alcanzan respectivamente, a 64, 47 y 35 quintales por hectáreas; pero es preciso recordar que estos países son pequeños productores de arroz y que limitan su cultivo a minúsculas manchas de tierra extraordinariamente fértiles, mientras que Japón cultiva este cereal en los más diferentes tipos de suelo. Otra sorprendente conquista de la técnica agrícola obtenida por los japoneses fue conseguir ese enorme aumento de la producción nacional sin agotar el suelo. Afirman los técnicos occidentales que en ningún otro país agrícola del mundo los estragos de la erosión son tan reducidos como en Japón. Dos peritos estadounidenses, G. Jacks y R. White, llegan al extremo de afirmar que no existe prácticamente erosión en las tierras japonesas (Jacks & White, 1939).

Para obtener tan sorprendentes resultados agrícolas, Japón puso en práctica toda la experiencia técnica asimilada en Occidente, asociándola a ciertos procesos tradicionales de la agricultura china y japonesa. La verdad es que aunque el pueblo japonés esté siempre angustiado por la obtención de más alimentos, nunca se lanzó a la tarea de maltratar su suelo de una manera violenta, tornándolo en poco tiempo inservible, como ocurrió en diversas regiones del mundo occidental. A pesar de la tremenda presión demográfica que le es impuesta al suelo, se le han hecho grandes

arreglos, a fin de evitar las terribles consecuencias de la erosión. Siempre intrigó a los técnicos extranjeros el hecho de que Japón, con escasez de alimento, principalmente de fuentes de proteínas, no echase mano a sus regiones montañosas poco propicias a la agricultura, para desenvolver en ellas la ganadería, como lo hace Nueva Zelandia, cuyo relieve es muy parecido al del archipiélago japonés. Pero la explicación de tal conducta se encuentra en la sabia política de conservación del suelo que Japón estableció antes que cualquier otro país del mundo. Con los bosques devastados para el establecimiento de los campos de pastoreo, es muy posible que las aguas, sin estorbos, produjeran tremendos desgastes al suelo de las regiones agrícolas. Esta es la razón por la cual Japón mantiene hasta hoy una reserva forestal de cerca de 5,2 millones de acres, o sea una extensión casi idéntica a la de su área cultivada.

También el uso de abonos ha sido empleado allí en gran cantidad y en las más variadas combinaciones. Los abonos naturales son utilizados desde hace mucho tiempo, echando mano los campesinos de todos los residuos vegetales: la paja de los cereales, el follaje de ciertas leguminosas, las cenizas de las cocinas y, de acuerdo con la vieja tradición china, los mismos desechos humanos, para el enriquecimiento de los suelos. Más modernamente, se desarrolló la fertilización por medio de las tortas de soja, extremadamente ricas en materias nítricas, y de las harinas del carozo de algodón, del maíz, del coco y del maní. Para mostrar la gran importancia que tienen ante los ojos del japonés los métodos de fertilización del suelo como necesidad vital, conviene recordar que él mismo sacrifica enorme parte del producto de su pesca para fabricar harina de pescado, usada como abono. Según F. Ruellan, el tonelaje de los abonos de pescado representa el 45% del total de los productos de pesca industrializados. Para su preparación se emplean anualmente cerca de medio millón de toneladas de pescados frescos.

No hay duda que el uso de esos procesos técnicos, asociados al desarrollo correlativo de los medios de transporte, de distribución y de comercio interno, contribuyó a vencer las epidemias de hambre aguda que, periódicamente, diezaban las poblaciones o marcaban la vida entera de los sobrevivientes de una generación con señales inconfundibles de inferioridad antropológica. Pero casi no influyó en el régimen de hambre crónica a que vive sometido el pueblo. El aumento de producción no fue suficiente para permitir mayor consumo individual, y mucho menos el empleo de una alimentación más variada, capaz de librar al pueblo japonés de sus deficiencias alimentarias específicas, principalmente de la deficiencia de proteínas. Hasta cierto punto esa carrera angustiosa, aunque compensada por el aumento de producción, sacrificó algunas fuentes de alimentación y tornó aun más monótona la alimentación nacional. Ya vimos cómo se pierden grandes cantidades de proteínas vegetales de soja y de proteínas animales de pescado, para fertilizar el suelo y producir más arroz.

¿Cómo se explica que la técnica importada de Occidente y aplicada con tanto entusiasmo y disciplina, no haya resuelto el problema del hambre del pueblo japonés? Es que, importando la técnica, importaron también nuevos problemas y nuevas dificultades, que vinieron a complicar su existencia. Al mismo tiempo que Japón aprendía en Occidente esa milagrosa técnica que, por un momento, le

aliviaba los peligros más agudos del hambre, aprendía también que, para sobrevivir en este mundo, no basta que un país aumente su producción agrícola de acuerdo con sus necesidades, sino que necesita también hacerse lo suficientemente fuerte para resistir la voracidad económica de los países competidores. La lección de China dividida por los intereses extranjeros, incapacitada de dirigirse por el camino de la unificación nacional e independencia económica, sirvió de ejemplo a Japón. Pronto comprendió su pueblo que necesitaba prepararse para defenderse de la absorción colonial de las potencias occidentales, y que la primera cosa por hacer en ese sentido era desenvolver al máximo su potencial humano, para transformarse, también, en una potencia. Cambió, entonces, enteramente la política demográfica de Japón, y fueron promulgadas severas leyes contra la restricción de la natalidad, contra los abortos y los infanticidios. Por otro lado, como los índices de mortalidad bajasen por la eliminación de los grandes flagelos de los tiempos feudales —las guerras civiles, las epidemias de hambre y las pestes— y los coeficientes de natalidad fuesen cada vez más altos, subiendo del año 1872 al de 1926 del 25 al 34%, aumento único en la historia del mundo (explicable, en gran parte, por el régimen de miseria alimentaria a que fueron sometidas las poblaciones industriales durante aquella etapa de expansión del imperialismo industrial japonés) la población japonesa comenzó a crecer de manera alarmante (Dennery, 1930). Con 34 millones de habitantes en 1875, Japón alcanzaba 43 millones en 1900, 52 millones en 1915, 64 millones en 1930 y 78 millones en 1945. De esta manera el anillo de hierro del hambre, que parecía aflojar en torno del cuello de la nación, volvió al poco tiempo a apretarlo nuevamente. Con la tremenda presión humana sobre el suelo, representada por la mayor densidad de población del mundo en relación con el área cultivada (más de 1.000 individuos por km² de superficie), Japón no podía sustentarse a costa de su agricultura, por grande que fuese su expansión y su tecnificación. Fue esta la causa por la cual, desde el comienzo de su modernización, el país se lanzó a toda vela a la industrialización en gran escala, como única solución para el aprovechamiento de su potencial humano y para dar alimento a su creciente población. Pero esa industrialización encontró serios obstáculos, tales como la falta de combustible y la escasez de materias primas nacionales. La verdad es que, como afirma categóricamente Trewartha, “la naturaleza no talló los moldes de los recursos económicos de Japón en la escala necesaria a una gran potencia” (Trewartha, 1945). ¿Cómo podía entonces, Japón, con esos pesados hándicaps y llegando atrasado a la competencia mundial, encontrar mercados para sus productos, de modo de conseguir estabilizar y expandir su industria? La primera cosa que había que hacer era dirigir la política industrial del país dentro de un riguroso equilibrio económico, y por esa razón el naciente capitalismo japonés se diferenció del capitalismo occidental, de extremado interés individual o de grupos, para ser un capitalismo dirigido y coordinado por el poder imperial. En esa coordinación, en ese dirigentismo capitalista, Japón alcanzó tal eficiencia, que los pueblos occidentales, sorprendidos con la prodigiosa capacidad de expansión de su industria y de su comercio, enviaron delegaciones técnicas para estudiar sus métodos de organización (Allen, 1940). Estas misiones llegaron a la conclusión unánime de que el gran secreto del éxito japonés en la competencia de

los mercados mundiales se basaba, ante todo, en el hecho de disponer aquel país de una especie de materia prima indispensable, en gran cantidad y por precios ínfimos: el material humano, del cual la industria japonesa saca su mano de obra. En el crecimiento constante de la población, que suministró mano de obra barata, se basó la gran expansión económica japonesa. Para luchar con la competencia extranjera, la industria japonesa tuvo que establecer un régimen de trabajo que no estaba lejos de la esclavitud o semiesclavitud de los tiempos medievales. Mantenía a los obreros en chozas inmundas, con alimentación escasa y compuesta casi exclusivamente de arroz de mala calidad. El hambre produjo la esclavitud del pueblo japonés y esta esclavitud fue el sólido pedestal en que se asentó la industria de Japón, afirmó William Brown, en el famoso libro en que denunció el peligro amarillo.

En las más modernas fábricas del mundo, montadas con maquinarias que significan la última palabra, la última creación del genio inventivo alemán, inglés y estadounidense, naciones que peleaban para introducirlas en aquel nuevo mercado, trabajaban hombres y mujeres, que aún estaban embebidos de los principios tradicionales, de la obediencia absoluta a los antiguos señores: los *daimios*, los barones medievales. ¿Y quiénes son los nuevos *daimios* de esta era industrial? Son los patrones que constituyen la oligarquía financiera del país, los dirigentes del supercapitalismo japonés, organizado en forma de grandes consorcios que abarcan, muchas veces, todos los ramos de actividades económicas de la nación. Un número pequeño de estas oligarquías, verdaderos supertrusts, para fiscalizar toda la vida económica del país lleva a cabo los grandes planes de industrialización nacional. Los nombres de los magnates japoneses se hacen familiares en el mundo entero: Mitsui, Mitsubishi, Sumimoto, Yasuka y Furukawa. Son los cinco grandes de la industria nipona. Para mostrar cómo tales organizaciones ejercían una fiscalización absoluta en los negocios del país, basta referir el campo de actividades a que se dedicaba una de ellas, la Mitsubishi, por ejemplo. Sus actividades se extendían a la explotación de carbón, hierro, acero, astilleros navales, construcción de aviones, motores, petróleo, aluminio, industria de artefactos eléctricos, de productos químicos, de tejidos, de azúcar, de harina de trigo y compañías de navegación. En algunos de estos sectores, la organización abarcaba el tercio y hasta la mitad de toda la producción nacional (Hadley, 1948). Con este sencillo ejemplo, se ve que los consorcios japoneses actuaban como fuerza económica con mayor rigor que el de los mayores trusts estadounidenses.

En defensa de sus intereses capitalistas, los nuevos *daimios* procuran mantener en el país el hambre y el desempleo que les provee mano de obra abundante y barata. En la industria grande, cerca del 70% de la mano de obra está representada por mujeres, sujetas a las más tiránicas condiciones de trabajo. Es preciso no olvidar que en aquel país salido hace poco del feudalismo, la mujer no posee derechos y es, como muy bien lo juzga William Brown “la esclava de un esclavo”.

De esta manera, la industria, creada como panacea, señalada por mentores occidentales interesados en vender sus máquinas como la salvación del pueblo contra el cerco del hambre, no hizo más que mantener o aun agravar el estado de hambre imperante, y creó una nueva clase de hambrientos crónicos; los obreros de la industria. Para demostrar hasta qué punto la falta de alimentación adecuada de las

clases obreras llevaba a la muerte a sus integrantes, basta referir los resultados de una experiencia definitiva, llevada a cabo por el Instituto Imperial de Nutrición de Tokio. En una fábrica de aquella ciudad, donde la mortalidad por tuberculosis era extremadamente alta, la institución de un régimen alimentario adecuado disminuyó la frecuencia de la terrible enfermedad en cerca del 68% (Saiki, 1937).

¿Y cómo repercutió el surgir de la industrialización en la economía agraria del país? También de manera desfavorable. El capitalismo dirigido, apoyado y protegido por el Estado, procuró amparar la industria creando tremendos impuestos a la producción agraria. Hasta antes de la guerra chino-japonesa, el campesino pagaba tres veces más impuesto que el habitante de la ciudad. Es verdad que el gobierno daba al campesino asistencia técnica, enseñándole los métodos más adecuados de fertilización y de irrigación, pero nunca le dio suficiente ayuda financiera. Los industriales fijan los precios de los abonos y de las máquinas agrícolas lo más alto que pueden, y el precio de los productos del campo en un nivel apenas suficiente para que la agricultura no vaya a la bancarrota. La elite financiera del país —el *zaibatsu*— se resguardaba en el viejo adagio japonés: “los campesinos no deben ni vivir, ni morir”. El aumento de la producción no mejora el estándar de vida del campesino porque, cada vez más, aumentan los impuestos, los diezmos para los propietarios del suelo y el costo de la maquinaria agrícola. Como una demostración clara de la fría crueldad con que esa economía industrial encaraba al hombre del campo en Japón, tenemos el caso de la ruina de la industria de la seda natural en el período que siguió al desastre financiero estadounidense de 1929. Hasta esa fecha, la mayor parte de la producción de seda natural japonesa era absorbida por EEUU; y cerca de 1,5 millones de familias japonesas tenían en el cultivo del gusano de seda una posibilidad de mejorar sus recursos de vida. Pero con el desastre financiero, el mundo empobrecido no pudo ya darse el lujo de usar seda natural en gran escala, y recurrió a la producción mundial de seda artificial, con lo que Japón vio arruinarse su industria de la seda. Sin embargo, inmediatamente reacciona el país: sacrifica la cría del gusano de seda, abandona sus telares, e instala la industria de la seda artificial, aunque esta no dé trabajo a más de 200.000 familias. Es el sacrificio forzado de más de un millón de familias, pero la única salvación para este importante ramo de la economía nacional. En pocos años, Japón conquista el primer lugar como productor de seda artificial, aunque es grande el número de individuos que mueren de hambre, sacrificados por esta maniobra de desesperación.

Se comprueba así que, a despecho de la racionalización técnica de la agricultura y la industrialización en gran medida, perdura el hambre en el país. Es muy posible que con el progresivo desenvolvimiento de la industria, con la obtención de mercados estables para sus productos, y materias primas suficientes para sus actividades fabriles, el país tratase de escapar del hambre promoviendo un adecuado levantamiento del estándar de vida de su pueblo. Pero esta etapa nunca fue alcanzada.

Luego de que las potencias industriales de Occidente tomaron conocimiento del terrible diluvio de productos de procedencia japonesa desparramados por el mundo a precios sin competencia se hizo sentir la reacción: el recrudescimiento de las barreras aduaneras fue el primer golpe de muerte para la industria y para la estructura económica de Japón. La verdad es que Japón intentó, al principio, obtener

el equilibrio económico y social de su pueblo por medios pacíficos, por simples maniobras económicas. Son de William Vogt las palabras siguientes:

Para ser justos debemos reconocer que durante decenas de años Japón hizo los mayores esfuerzos para conseguir materias primas y elementos por medios puramente económicos. Estos les fueron negados debido a las tarifas estadounidenses. A nosotros nos conviene extraordinariamente vender a Japón; en cambio no nos conviene comprarle los artículos de carga. (Vogt, 1948)

Suelo y sangre

La miseria en que fue mantenida la población campesina de Japón (la cual, a pesar de la industrialización rigurosa del país constituía, hasta 1939, cerca del 50% de la población total, y hasta 1945 cerca del 40%) constituía el principal factor de la agresividad de aquel pueblo. De esa población rural y miserable se formó el grueso del ejército japonés, que pasó a ser la gran fuerza de la opinión nacional, en busca de mejores condiciones de vida para el pueblo, en busca de justicia social por medio del uso de la fuerza, del empleo del militarismo conquistador y expansionista.

Durante muchos años, luchaban en Japón dos corrientes políticas distintas, ambas de tendencia nacionalista e imperialista, pero proclamando técnicas diferentes para la obtención de esos fines: la corriente dirigida por la mayoría de la industria preconizaba la simple expansión económica, sin guerras de conquista; la corriente militarista propugnaba la guerra y la reivindicación económica por la fuerza de las armas. Los industriales no veían con buenos ojos las llamadas “guerras de conquista”, porque temían complicaciones con las potencias occidentales, con las cuales se iban entendiendo diplomáticamente hasta cierto punto, por medio del juego de intereses de los grandes tratados internacionales. Y también, según los antiimperialistas japoneses, porque la conquista de nuevos territorios, descongestionando la presión demográfica del país y creando nuevos horizontes de trabajo para los excedentes de la población, iría a encarecer la mano de obra y a disminuir así las ganancias industriales. Por estas razones, los partidos políticos fiscalizados por los *Mitsui* y los *Mitsubishi* se constituyeron en portavoces de la política de simple expansión económica, de la esfera de influencia económica de Japón sobre territorios extranjeros, influencia expresada disfrazadamente en un programa de fraternal cooperación con los otros países de Asia. Aprovechando el sentimiento de hostilidad de los pueblos asiáticos contra la explotación colonial de Occidente, Japón creó para la circulación en Oriente, la célebre frase de “gran esfera de coprosperidad asiática”. Esta política no tuvo éxito: primero, porque las otras naciones asiáticas no confiaban en Japón que, de tiempo en tiempo mostraba las uñas lanzando ataques expansionistas en las tierras vecinas; segundo, porque las potencias occidentales también se opusieron a esa unificación de intereses, excesivamente favorable a su terrible competidor oriental. Ante el fracaso y la continuación del hambre y la miseria que agujoneaba siempre al pueblo japonés, comenzó a prevalecer en la conducta política nacional la

orientación expansionista, favorable a la guerra. Cada día aumentaba más el poderío del ejército, hasta arrastrar al país a las aventuras de la guerra de China y de la gran guerra contra los dos seculares enemigos de Japón: Inglaterra y EEUU.

Para llevar al país a tan peligrosas aventuras, los jefes militaristas japoneses difundieron en toda la nación la idea genial de que la miseria nacional, el hambre del campesino y la extremada pobreza del obrero urbano, eran productos exclusivos de un odio arraigado del hombre blanco al japonés. Odio del blanco que hacía todo para no permitir al pueblo japonés levantar la cabeza, que le impedía obtener materias primas para su industria, mercados para sus productos y aun descongestionar un poco sus tierras saturadas de gente, mediante la emigración. Así se creó en el espíritu del pueblo japonés una terrible sed de venganza, fermentada en el *caldo de cultivo* del hambre, sentimiento que ayudó mucho a la creación de un ejército fanático y obstinado, que se lanzó con violencia a la conquista de lo que juzgaba ser su definitiva liberación del hambre y de la miseria nacionales, mantenidos por el odio de las potencias occidentales. En su desesperación por salir del círculo de hierro del hambre, el japonés echó mano de los bárbaros procedimientos del imperialismo agresivo, haciendo tabla rasa del respeto a los derechos ajenos. Y cuando, en su ataque inicial, aquel pueblo oriental ofendió a las grandes potencias de Occidente, su sentimiento era de que apenas se estaba desquitando de una larga y sistemática persecución. Frederick Schuman, analizando aquellos terribles años de guerra en que el fascismo japonés se apoderó de grandes extensiones de tierras asiáticas, y expulsó de ellas a los dominadores occidentales, escribe las siguientes palabras: “que la más joven de las grandes potencias tuviese que tomar la iniciativa de llevar a la más antigua a las puertas de la ruina, era tal vez el precio que la vejez debe pagar a la juventud cuando los viejos no enseñan a los jóvenes la virtud sino el vicio” (Schuman, 1941).

Realmente, corresponde a los pueblos occidentales gran parte de la culpa de que Japón haya caído en manos de los fascistas y militaristas y, llevado por la miseria enfermiza del imperialismo agresivo, ocasionara los terribles males de la guerra en el Extremo Oriente. La culpa de estos países no está en el hecho de sostener odios de raza que, en verdad, no existen. Los pueblos occidentales nunca demostraron un sentimiento nacional de odio real, ni por los japoneses, ni por otros pueblos. Tanto es así que, en los momentos de sufrimiento, Japón siempre encontró eco en el corazón de los pueblos occidentales como en el del pueblo estadounidense, el cual, inmediatamente después del terrible terremoto que, en 1923, casi arrasó Japón, se apresuró a organizar una amplia campaña de asistencia que envió enormes ayudas de todo orden al país devastado. La culpa de las potencias occidentales está en haber dejado que los intereses de sus grupos imperialistas oprimiesen demasiado las aspiraciones de mejoría de las condiciones de vida del pueblo japonés, y que los capitalistas japoneses continuasen manteniendo un régimen de semiesclavitud medieval en un país técnicamente occidentalizado. De haber encontrado Japón una posibilidad de estabilizar su industria, abasteciendo con sus productos las extensiones de Oriente donde recibían sus materias primas y, por otro lado, de haber exigido las potencias occidentales del gobierno japonés el establecimiento de condiciones de

vida más humanas para los campesinos y para los obreros, con lo cual hubiera decrecido el índice de natalidad de aquel pueblo, como decreció, relativamente, a partir de 1920, inmediatamente después de la prosperidad que siguió a la Primera Guerra Mundial, con el equilibrio de la economía interna luego habrían disminuido los sentimientos de agresividad y no encontraría más eco en la opinión pública la propaganda guerrera expresada en documentos como los memorables escritos del general Araki y el famoso memorándum Tanaka. Pero nada, o casi nada, se hizo en tal sentido. Cuando se hablaba del estado de miseria del pueblo japonés, del estado de hambre crónica en que lo mantenían, los líderes políticos afirmaban que se trataba de gente distinta, con inaudita resistencia para el sufrimiento y, por lo tanto, conformes con su estado de hambre. La verdad era bien diferente. El hambre de los japoneses, a la que se le daba tan poca importancia en Occidente, creó en aquel pueblo un estado de permanente revolución que se dirigió hacia una de las más tremendas carnicerías de la historia y solo fue detenida por el terrible uso de las armas atómicas. Tampoco la guerra trajo mejoría para las condiciones de vida en Japón. Cuando, en 1937, este país declaró la guerra a China, su gobierno adoptó enérgicas disposiciones para reforzar el abastecimiento de alimentos de la nación. Entre estas disposiciones, figuraban subvenciones para los agricultores, la institución del seguro sobre la cosecha y los tribunales especiales para los conflictos agrarios, medidas tendientes a estimular por todos los medios, la agricultura estancada. Pero tales medidas surtían poco efecto y, a partir de diciembre de 1941, con el ataque a Pearl Harbor, la producción alimenticia, lejos de aumentar, sufrió cierto decrecimiento. Es verdad que la ocupación de nuevos y extensos territorios vino a traer nuevo contingente de víveres al dominio de Japón, pero muchos de esos territorios se encontraron arrasados y fue preciso, de cualquier modo, alimentar a sus poblaciones locales. El abastecimiento de las fuerzas armadas, cada día más numerosas, no permitía un suplemento efectivo para las poblaciones civiles y, con el trascurso de la guerra y los reveses japoneses de los últimos años, la situación fue empeorando progresivamente de tal manera que cuando Japón pidió la paz, la ración media de la población civil era de cerca de 1.000 calorías por persona y por día, verdadero régimen de hambre aguda. La División Médica de la Investigación de Bombardeos comprobó, después de la ocupación, que aun en una ciudad como Kyoto, que no había sido bombardeada, el total de la población civil adulta había perdido en término medio, diez libras de peso per cápita, siendo que el 65% de la población perdía, en término medio, 20 libras. Cuando Konoye aconsejó al emperador Hirohito la rendición, mencionó la posibilidad de una revolución comunista, como consecuencia de las desesperantes condiciones de vida del pueblo japonés (Cohen, 1949). Ocupando militarmente el territorio japonés, las potencias aliadas se encontraron con el grave problema de abastecer de alimentos a un país de más de 70 millones de habitantes, cuyas reservas eran extremadamente bajas. Un rápido análisis del problema demostró, desde luego, que no solo la situación en el momento era realmente mala, sino que esta se agravaría necesariamente al año siguiente, previéndose para la primavera de 1946 una crisis alimentaria aguda, con epidemias de hambre, inflación y la consiguiente agitación social. El Supremo Comando de las Potencias Aliadas, para

conjurar la crisis de consecuencias imprevisibles, estableció un plan de emergencia: decretó el racionamiento inmediato, promovió la importación urgente de ciertos alimentos básicos y fiscalizó su distribución. Al lado de ese plan de emergencia, fue establecido un plan de largo alcance basado en la reestructuración de la economía nacional sobre bases democráticas. Constituían las directrices fundamentales de ese plan, la reforma agraria y la nueva política industrial. En el campo de la agricultura, el Supremo Comando Aliado actuó con gran acierto, y obtuvo resultados relativamente promisorios. Bajo sus auspicios, fue aprobada por el gobierno japonés la ley del 21 de octubre de 1946, destinada a transferir la propiedad de las tierras a aquellos que realmente la trabajan. El mecanismo económico de esa transferencia debía hacerse por medio de la adquisición, por parte del gobierno, del 70% al 80% de las tierras cultivadas por arrendatarios, y por la reventa a estos últimos. Se daría así a los campesinos la posibilidad de adquirir tierra para su trabajo con pagas anuales a un plazo de 24 años, y los préstamos serían siempre proporcionales a los rendimientos agrícolas, no debiendo sobrepasar un tercio de estos. El proyecto de esta operación de economía agraria de gran envergadura abarcaba cerca de dos millones de hectáreas, o sea, cerca de un tercio de las tierras cultivadas en el país. Su ejecución se viene haciendo con eficacia y, tres años después de la ocupación, ya el gobierno ha adquirido cerca de 1,6 millones de hectáreas, o sea el 80% del total de las tierras que debían ser distribuidas. Se establecieron medidas tendientes a reforzar el movimiento cooperativo agrícola mediante decretos legislativos, lo que también dio cierto impulso a la agricultura e hizo que la producción de alimentos en las tierras que componen Japón propiamente dicho volviese, en los últimos años, a alcanzar el nivel del período previo a la guerra. Pero la pérdida de los suministros de la isla de Formosa, de Corea y de la Manchuria, que contribuían con un cuarto del abastecimiento de la metrópoli, hizo que la situación alimentaria continuase, hasta hoy, tremendamente deficiente. Con dos años de ocupación aliada, la ración individual de esa área apenas pudo ser aumentada a 1.240 calorías y, para una ración individual del mínimo fisiológico, de 2.160 calorías diarias, fue previsto para el año 1950 un déficit de 4 millones de toneladas de arroz, o sea del 24% del total necesario para el consumo del pueblo japonés. Un factor de terrible agravamiento de la situación alimentaria del país, que anula los efectos de los progresos en el campo de la producción, fue sin duda, el tremendo aumento de la población ocurrido durante los años de la ocupación aliada. Desde 1945 hasta setiembre de 1949, la población de Japón propiamente dicho creció en cerca de 10 millones de individuos, y llegó a la cifra de 82,5 millones de habitantes (*Supreme Commander for the Allied Powers*, 1949). Este gigantesco crecimiento de la población resultó, en parte, de la repatriación a la metrópoli de cerca de 5 millones de japoneses que, al fin de la guerra, se encontraban desparrramados en una extensa superficie del Pacífico y, en parte, del extraordinario crecimiento natural, producto del excedente del número de nacimientos sobre el de muertes: cerca de 5,1 millones. Este crecimiento natural de 5 millones de individuos en cuatro años no tiene precedente en la historia demográfica de Japón, y se explica por el surgir de la recuperación biológica que siempre ocurre en la evolución demográfica de un grupo humano, inmediatamente después de los graves períodos de

guerra, hambre aguda, o peste. De 1920 a 1945, durante los cinco períodos que mediaron entre los censos quinquenales, el aumento de la población japonesa fue de 3,6 millones, 4,4 millones, 4,6 millones, 4,1 millones y 3,9 millones de personas, respectivamente (Buchanan, 1948). Nunca se alcanzó la cantidad de 5 millones registrada en el período de posguerra de 1945 a 1949, hecho que confirma nuestra teoría del hambre como factor de superpoblación regional.

Con tal cantidad de población, era evidente la imposibilidad de levantar el estándar de alimentación japonesa en relación con el fomento de la producción agraria. Con el informe del Supremo Comando de las Potencias Aliadas se acentúa, de manera clara, que la obtención de alimentos y de materias primas esenciales, en cantidades suficientes para las necesidades de Japón, solamente podría ser alcanzada mediante el comercio exterior. Todas las esperanzas de una posible solución residían, pues, en la recuperación industrial del país que daría la base económica al intercambio comercial. Desgraciadamente, esta recuperación de la industria hasta el momento actual no se manifiesta satisfactoriamente. La intervención estadounidense en este sector se reveló bastante menos acertada que en el campo de las actividades agrícolas. Punto capital de la política industrial del Supremo Comando fue la destrucción de los grandes consorcios, la liquidación de las gigantescas empresas monopolizadoras de la industria japonesa. Inspirado por esta política, el gobierno japonés instituyó una legislación especial, destinada a obtener lo que los estadounidenses llaman la “eliminación de la concentración excesiva del poder económico”. Esta legislación, que luego entró en lucha con tremendas fuerzas subterráneas de intereses perjudicados y que miraba por el saneamiento de la economía nacional por medio de la extirpación del poder del *zaibatsu*, o sea la vieja oligarquía financiera de Japón, no alcanzó los resultados deseados. La verdad es que la industria desmontada de sus engranajes fascistas, no fue restablecida sobre ninguna otra estructura. La intervención aliada fue útil para demoler la monstruosa economía totalitaria que mantenía la miseria nacional, pero fue incapaz de reestructurar otra forma de economía industrial para el país. Por eso los nacionalistas japoneses afirman que la nueva política industrial de inspiración estadounidense destruyó por completo a los jefes, los mejores cerebros y los mejores técnicos de la organización industrial japonesa, y extinguió así sus posibilidades creadoras. Estos defensores de los *zaibatsu* llaman a la nueva política económica “política de atomización de la industria japonesa” (*The Economist*, 1948a); quieren indicar con esa expresión que la industria japonesa fue aniquilada por una fuerza tan destructiva como la de la bomba atómica. La realidad es que la industria japonesa no da señales de recuperación, no habiendo alcanzado, hasta hoy, el 50% del nivel previo a la guerra; las consecuencias de este marasmo industrial son muy desastrosas para el equilibrio económico de la nación. Sus primeras consecuencias se traducen en el hecho de que el comercio exterior de Japón no alcanzó aún el 30% del nivel de 1930-1934. Cerca del 90% de las importaciones del país provienen de EEUU, las exportaciones de retorno no van más allá del 10% de esas importaciones. Otra consecuencia del fracaso de la política industrial aliada fue la terrible inflación que surgió, acompañada por los alarmantes aumentos del costo de la vida. Durante los primeros dos años de la ocupación aliada, el costo de la vida

en Tokio subía en un 2.000%, y el precio de los alimentos llegó a un nivel 65 veces mayor que el de 1937 (*The Times*, 1947). Esta grave situación económica mantiene al pueblo japonés en su estado de desnutrición crónica y de miseria y constituye un terrible impacto para los aliados. Según algunos estadounidenses, EEUU está alimentando a Japón por caridad y esto no puede durar indefinidamente. “Japón está siendo alimentado, y miserablemente alimentado, por la caridad estadounidense” (Vogt, 1948). Los financistas y los banqueros de América del Norte comienzan a inquietarse con la situación y ya hicieron sentir, por la voz de uno de sus mentores, el banquero de Detroit, Joseph Dodge, que este fantástico sueño oriental del opio, para el cual los contribuyentes estadounidenses están pagando, debe terminar al final de 1951 (*The Economist*, 1949a). Para otros, EEUU está impidiendo la recuperación industrial de Japón, por temor a su competencia, sacrificando de este modo la vida del pueblo japonés y la tranquilidad económico-social del mundo. El problema es demasiado complejo y difícil para ser juzgado en el momento. Solo el desenvolvimiento futuro del panorama mundial podrá decir dónde está la verdad. Por lo pronto, la única verdad que demuestran los hechos es que circunstancias inapelables mantienen, hasta hoy, al pueblo japonés en un estado de desnutrición y de hambre.

Capítulo 5

El hambre en el continente negro

Entre los más antiguos documentos auténticos de la historia de las hambres en el mundo, se cuenta la famosa *Lápida del hambre* encontrada en un túmulo de granito, en la primera catarata del Nilo. En esa piedra tumular, se halla grabado el relato de una terrible epidemia de hambre que asoló las tierras de Egipto en el reinado de Tosorthrus, cerca de dos mil años antes de los tiempos de Abraham. Las propias lamentaciones del monarca quedaron conservadas por aquellos jeroglíficos hasta nuestros días:

Desde lo alto de mi trono —se lamentaba el antiguo rey— lloro esa gran desgracia: durante mi reinado, faltó la inundación del Nilo durante siete años. Los granos están menguados, las zafras escasas y hay escasez de toda clase de alimentos. Todos los hombres se trasformaron en ladrones de sus vecinos. Quieren correr y ni pueden andar. Las criaturas lloran, los jóvenes caminan como viejos: sus almas están quebrantadas, sus piernas retorcidas, arrastrándose por el suelo y sus manos reposan en sus regazos. El Consejo de los Grandes está desierto. Abiertos están los graneros, pero en vez de especies alimentarias en ellos solo hay aire. Todo se agotó. (Graves, 1917)

Desde esa remota antigüedad se van acumulando las pruebas y los documentos acerca de las incursiones del hambre en el continente africano. Y hasta nuestros días se encontraba allí acendrada esa calamidad, gobernando los destinos de los pueblos africanos, bajo sus variadas formas de dominio: el juego despiadado del hambre aguda, que acostumbra surgir periódicamente en las tierras esteparias o semiáridas del norte de África (Nouvel, 1948), o el de hambre crónica, que actúa permanentemente entre las poblaciones de la floresta ecuatorial y de la sabana tropical. Ningún otro continente, con excepción del Asia, ha suministrado tan amplio escenario al drama del hambre universal. No hay un solo rincón, un solo retazo de tierra africana que haya escapado de las garras del flagelo. África es, en su totalidad, un continente de pueblos famélicos. En el hambre y en la desnutrición crónica se puede encontrar una de las razones más decisivas del atraso del continente negro del relativo marasmo en que lucha la mayor parte de sus poblaciones. Siendo el segundo continente del mundo en tamaño, África es, no obstante, de los menos poblados: en sus once o más millones de millas² viven apenas 180 millones de individuos. ¿Cuál es la razón por la cual en tan vasto territorio que constituye el más macizo de los continentes, no encuentra aquella escasa población los medios necesarios para escapar del cerco del hambre? Como en otras tierras de hambre, vamos a encontrar en África una

multiplicidad de factores que conspiran contra la liberación del elemento humano de la angustiosa presión de la necesidad de alimentos. Factores, unos, de categoría natural, desprendidos de las propias condiciones geográficas del continente; y otros, de categoría cultural, ligados a la coyuntura económico-cultural en que viven las poblaciones africanas, en su mayor parte sometidas a la presión económica del colonialismo europeo.

La estratégica África

Nadie puede afirmar que sea África, en su conjunto, una tierra de promisión, con la abundancia fácil y la fertilidad de un valle de Canaán. Lejos de eso. A primera vista, puede aquel continente parecer muy propicio a la ocupación humana, por su situación en el centro de la gran masa de tierra del globo, entre Europa y Asia, por la gran extensión de tierras planas que posee, algunas interrumpidas por las aguas de ríos, de los mayores del mundo —El Nilo, el Congo, el Níger y el Zambeze—, por sus grandes riquezas de minerales, y por su alto potencial hidráulico (Percy & Fifield, 1948). La verdad es que a estos trazos favorables se anteponen características de las más desfavorables al hombre en su lucha con el medio natural. Es preciso no olvidar que África es el más tropical de todos los continentes, con su macizo triángulo de tierra casi todo encuadrado entre las dos líneas de los trópicos. Este tropicalismo no constituye, en verdad, barrera infranqueable a la ocupación humana, desde que es hoy posible, gracias a la técnica, el encuadre próspero del hombre en los cuadros climáticos tropicales, pero no deja de constituir serio obstáculo a su triunfo. Obstáculo que se ejerce, no por la acción directa del clima que asfixia y aniquila al hombre de aquellos parajes, como afirman un tanto ligeramente ciertos adeptos de las teorías climáticas de la civilización (Huntington, 1915), pero que se evidencia por su acción indirecta, a través de los tipos de suelos, y de los tipos de vegetación que estos climas condicionan. Más de la mitad del continente africano está representado por dos tipos de paisajes naturales bien poco propicios a la ocupación humana: el desierto tropical y la floresta ecuatorial. El trazo más significativo de la fisiografía de África es la ancha faja desértica que se extiende de los quince a los treinta grados de latitud norte, en una distancia de más de 1.000 millas desde el Atlántico hasta el mar Rojo: el Sahara, o gran desierto, que divide el continente en dos mundos culturales diferentes, el de África blanca o mediterránea y el de África negra o ecuatorial-tropical. En el desierto, la producción de alimentos encuentra su gran obstáculo en la permanente falta de agua; y en la floresta, en la relativa pobreza de los suelos. Ya vimos, a propósito de América Latina, cómo los suelos ecuatoriales son regularmente pobres y cómo rápidamente se agotan cuando son sometidos al cultivo continuado. En las zonas de transición entre la floresta y el desierto, en las sabanas y en las estepas, aunque los suelos sean un tanto mejores, la irregularidad y la inconstancia de las lluvias constituyen serio obstáculo a la agricultura productora. Quedan, pues, pequeñas manchas fértiles y con agua suficiente —los oasis— donde la fertilidad es indiscutible.

Ese panorama fisiográfico del continente negro, un tanto decepcionante, llevó a Vogt a afirmar, extremando las cosas, que “prácticamente toda África debe ser considerada como tierra marginal para la agricultura” (Vogt, 1948). No diremos tanto. Más adelante, tendremos ocasión de mostrar que mucha tierra africana se ha revelado buena para el cultivo de variadas plantas. Pero este cultivo tiene exigencias excepcionales que al no ser atendidas, llevan la agricultura al fracaso irremediable. Tales factores naturales desfavorables, que podrían con todo ser anulados o, lo menos, amonorados por una conducta humana racional —por el empleo adecuado de la técnica asociada a la experiencia del nativo que allí vive desde los tiempos prehistóricos— fueron agravados sobremanera por la conducta intempestiva del colono europeo. África constituye uno de los más vastos campos de acción de aventura colonial con todos sus excesos, desmanes y maleficios llevados a cabo contra las poblaciones casi siempre indefensas. Hasta hoy, con excepción de los dos o tres grupos de poblaciones que obtuvieron estatutos o cartas políticas de países independientes, toda África está política y económicamente fiscalizada por potencias europeas en cuya conducta colonial hay muy poca cosa que elogiar. Con razón escribe George T. Renner que “en consecuencia, África es hoy vasto campo de estudio del imperia-lismo” (Renner, 1948a).

El efecto desfavorable de la colonización europea sobre los recursos de vida del nativo se hace sentir a través de la acción de toda una serie de elementos o componentes económico-sociales que constituyen la propia esencia de la explotación colonial en todos los tiempos. El primero de estos elementos fue el mercantilismo, la capacidad de lucro fácil que constituye el resorte impulsor de aventura colonial desde la antigüedad. En la búsqueda de ese lucro fácil vemos al colono concentrar todo su interés, despreciando los restantes aspectos esenciales del equilibrio económico de las regiones explotadas. Desde los tiempos de los romanos que, en su expansión imperial, ocuparon toda la faja de tierra africana al norte del Sahara, integrando una cultura de tipo mediterráneo, la técnica de la colonización también ha sido casi siempre el saqueo sistemático de las riquezas naturales. *Delenda Carthago* es un símbolo o una señal, especie de código de conducta para el conquistador europeo frente a los pueblos de otros continentes. De un enorme granero de cereales y un gran huerto de olivas plantadas en las costas del Atlántico y en los valles costeros del Mediterráneo, los romanos en poco tiempo hicieron de esta región africana una estepa desolada y decadente. Es verdad que construyeron grandes acueductos, diques y ciudades pomposas, pero con la decadencia de la región, todo eso se desmoronó y hundió en la arena del desierto que comenzó a avanzar sobre el paisaje desnudo de su primitivo manto natural de vegetación (Osborn, 1948). El exceso de utilización del suelo para producir el máximo de granos exigido por la metrópoli, y la destrucción de las florestas del Atlántico para abastecer de madera a la armada de los césares y para satisfacer el lujo de los palacios romanos, dieron, en consecuencia, rápida cuenta de las colonias romanas del norte de África. Gautier cita como ejemplo de furia destructora de las riquezas coloniales por parte de los europeos, el caso de la desaparición del elefante de las costas del Atlas durante la ocupación romana. En esa zona, donde Roma abastecía de elefantes a sus ejércitos, han desaparecido todos

los paquidermos después de la caída del Imperio, “aniquilados por las exigencias económicas del mercado romano que quería el marfil, y por la furia de destrucción propia del europeo de todos los tiempos” (Gautier, 1928). La colonización de los tiempos modernos también se inició en África bajo el mismo signo del mercantilismo. Los primeros europeos que alcanzaron las costas occidentales del continente negro durante el siglo XV no tuvieron más preocupación que la del negocio rendidor: la fácil adquisición de mercaderías para ser negociadas a buenos precios en los países europeos. Aun los portugueses, iniciadores de la expansión colonial en el mundo moderno, que pronto se mostraron los más capaces de todos los pueblos para echar raíces coloniales en las tierras de los trópicos, desde el comienzo no se interesaron en ocupar tierras africanas, sino en establecer en las costas simples factorías o puntos de contacto para su comercio de ultramar. Es bien cierto que allí entra en acción un factor de naturaleza geográfica que no puede ser despreciado: la dificultad natural que África opone a su penetración continental. En realidad, es este el más impenetrable de los continentes, con sus costas tan desprovistas de resguardos portuarios y con su altiplano continental tan abruptamente elevado en las vecindades de la costa, dificultando sobremanera su escalamiento. Aun a través de los valles de los ríos es difícil la penetración porque estos se abrieron camino a través de sucesivas caídas y rápidos que los tornan impropios para la navegación desde las proximidades de sus desembocaduras. Sea por esta barrera geográfica, sea por el espíritu que dominó la época, la verdad es que los portugueses y, después de ellos, los españoles, los franceses, los ingleses y otros pueblos interesados en la expansión de su economía por las tierras de otros continentes, solo se interesaron por África como un emporio suministrador de mercaderías y nada más. Pronto se verificó que la más rendidora de esas mercaderías era el hombre negro que se negociaba como esclavo en otras tierras coloniales. Así se estableció el tráfico de esclavos que, como ya vimos, constituía —según G. Price (1939)— la principal causa del fracaso colonial inglés en las Antillas y también el principal factor de fracaso de toda la colonización europea en África. La verdad es que, hasta hoy, la desconfianza del nativo, su falta de voluntad en colaborar con el europeo para el desenvolvimiento de las tierras africanas, son provocadas por el sentimiento de miedo y el descreimiento ocasionado por la conducta de los occidentales, en el espíritu del hombre negro. Cuando hoy, Inglaterra traza planes para levantar el estándar de vida de las poblaciones africanas, con evidente y sincero deseo de mejorar la situación económica y biológica de estas, uno de los mayores obstáculos para la realización de estos planes, es la reserva, el descreimiento y la desconfianza con que son encarados por los nativos, que siempre ven en el hombre blanco un interés apenas disfrazado de explotarlos y esclavizarlos.

Con la penetración continental llevada a cabo durante el siglo pasado por los grandes exploradores europeos y la verdadera explotación colonial, no ya limitada al tráfico de negros y a la compra de marfil y especias en las factorías de las costas, en nada mejoró la conducta de la colonización europea para con los nativos. Ocupando los valles más fértiles por donde iban penetrando los blancos apartaban casi sistemáticamente al hombre negro, arrojándolo hacia las zonas más accidentadas, donde este pasaba a cultivar la tierra que rápidamente se agotaba por la erosión. Factor de

terrible desequilibrio de la economía alimentaria africana fue, sin duda, el establecimiento de las colonias de plantación, iniciadas por los ingleses y después imitadas por otros pueblos colonizadores. La base del sistema de las plantaciones era la gran propiedad o latifundio, destinado a la producción en gran cantidad de productos de exportación, con el sacrificio de las riquezas naturales de la fauna y de la flora regionales, y aun con la supresión de los cultivos de sustentación. Ya vimos anteriormente cómo este sistema devastó poblaciones enteras, extensas partes de tierra en el continente americano, y aquí apenas insistimos sobre su deshumana estructura, tan bien expresada en la palabra del gran estudioso de los problemas coloniales, Paul Leroy-Beaulieu:

...las colonias de plantación se tornaron verdaderas usinas, sin otro fin que el de producir azúcar, café u otras mercaderías de alto precio: los cultivos de sustentación dejaron de existir, y la tierra era explotada intempestivamente en vista de un solo producto. No había, en verdad, una sociedad colonial: el ausentismo de los propietarios, la inexistencia de una clase media, la presión de una multitud de hombres sin derechos, considerados simples instrumentos reclutados por el tráfico, todos estos factores antisociales dieron a los establecimientos europeos de los trópicos el carácter más triste y más contrario a los principios generosos de nuestra civilización. (Leroy-Beaulieu, 1882)

En el caso africano, este sistema produjo efectos desastrosos sobre las poblaciones de varias regiones, por el excesivo desnudamiento del suelo, el desplazamiento perjudicial de la mano de obra, y el estancamiento de la agricultura de productos alimenticios. El sistema de las grandes plantaciones y, después, la explotación minera e industrial crearon en África un tipo de sociedad allí inexistente: la sociedad proletaria, desarraigada de la tierra, destacada de sus grupos clánicos y viviendo una vida de intensa miseria (Gillès de Pélichy, 1949). Hoy coexisten en el África negra dos sociedades yuxtapuestas: la sociedad tradicional de la agrupación familiar, que vive de su agricultura primitiva, de la cría de ganado, de la caza y de la pesca, dentro de cierto equilibrio ecológico, y la sociedad de los asalariados agrícolas y de los obreros industriales, que representan el más bajo estándar de nutrición de todo el continente y, tal vez, conforme afirman los técnicos de la FAO “de los más bajos niveles del mundo entero” (FAO, 1948c). Se calcula que un quinto de la población africana forma parte hoy de esta sociedad negra en vías de proletarización. Para tener una idea exacta de la influencia europea en el desequilibrio de la economía alimentaria africana, es preciso analizar el fenómeno en sus aspectos regionales, con sus peculiaridades en cada uno de los grandes cuadros que componen, en conjunto, el mosaico del paisaje africano.

Desde luego, tenemos que considerar separadamente a las dos Áfricas: la blanca, situada al norte de la línea del trópico de Cáncer, y la negra, al sur de esta misma línea.

Epidemias de hambre en el África blanca

La llamada África blanca comprende las tierras bajas, marginales del Mediterráneo, las altas estepas del Atlas y el inmenso desierto de Sahara, con sus oasis diseminados, únicos núcleos de vida perdidos en la inmensa desolación de piedras y arena. Es esta la parte de África conocida desde hace más tiempo en el mundo occidental, y poblada por grupos de pueblos semitas y hamonitas. Políticamente abarca Egipto, África francesa del norte con sus colonias de Túnez, Argelia y Marruecos y la ex colonia italiana de Libia. Con excepción de Egipto, donde las condiciones alimentarias son permanentemente precarias, presenta esta región un tipo de régimen sobrio, poco abundante, por lo tanto hasta cierto punto equilibrado. El problema de Egipto es el más grave de toda la región. Aunque posee el país una extensión territorial de cerca de 380.000 millas², su suelo es casi todo desierto y apenas puede ser aprovechado en el oasis del Nilo que, en su conjunto de valle y delta, totaliza una superficie de apenas 13.600 millas². En esta faja limitada de suelo fértil, irrigada por el Nilo, es donde se concentra la totalidad de la población del país, calculada hoy en cerca de diecinueve millones de habitantes. De este total, cerca del 62% están representados por los *fellahs* —o sea, agricultores del Nilo— que viven dependiendo estrictamente de la producción de sus tierras irrigadas. Durante innumerables siglos, el *fellah* cultivó sus tierras, y sus cosechas dependieron de las crecientes periódicas del Nilo. El cultivo de los cereales y otras plantas alimenticias en el valle de este río exótico, dio origen y esplendor a la antigua civilización egipcia. Con los productos vegetales de su suelo, y con los productos animales adquiridos por trueque a los pueblos nómades, criadores de ganado en las regiones esteparias vecinas, puede el egipcio establecer un tipo de régimen más o menos equilibrado. Es verdad que estas poblaciones estaban sujetas a la irregularidad de las crecientes, y a la omnipotente y misteriosa voluntad del río divino que muchas veces no crecía, y dejaba a la tierra sedienta, y famélica a la región entera: “cuando la tierra tiene sed, el *fellah* tiene hambre” dice un antiguo adagio egipcio. Pero, fuera de las épocas calamitosas de sequía y de los periodos de hambre aguda, el *fellah* era razonablemente alimentado con granos de cereales integrales, trigo y cebada, con leguminosas, con aceite de oliva y con frutas. Después de la intervención inglesa en la economía del país, se rompió ese equilibrio precario, y ahora, con el dominio del Nilo por la técnica occidental aun cuando el *fellah* está libre de las epidemias de hambre aguda, se encuentra, no obstante condenado a un régimen de hambre crónica, por el uso permanente de un régimen monótono y escaso, deficiente en varios principios nutritivos esenciales.

Con la construcción del famoso dique de Aswan, en 1902, terminó la dependencia del *fellah* de las crecientes del Nilo y comenzó a depender de los intereses comerciales británicos que le alteraron por completo los métodos de vida. Con la sustitución del tipo de irrigación periódica de las crecientes por el tipo de irrigación perenne durante el año entero, disminuyó mucho la fertilidad de aquellos suelos que dejaron de recibir periódicamente el precioso presente del limo traído del corazón de África para revitalizar la tierra de Egipto trabajada desde la antigüedad.

El cultivo durante todo el año, posibilitado por los nuevos procesos de irrigación, también contribuyó a apresurar el progresivo agotamiento del suelo. Por otra parte, la proletarianización de la población rural, asociada a la eliminación de las hambres agudas y a la implantación del hambre crónica, actuaron en conjunto en el sentido de promover espantoso incremento de la población, que aumentó en esta primera mitad del siglo XX de ocho a diecinueve millones de habitantes. Tal aumento de población, en una zona de suelo limitado, intensificó, de manera tremenda, la presión demográfica sobre el suelo, hasta alcanzar los límites extremos de cerca de dos mil individuos por milla cuadrada de tierra cultivada. La reserva forzada de una gran parte de las tierras de riego para los cultivos de exportación, que interesaban al Imperio británico, principalmente el algodón y el azúcar, agravó aún más la pobreza de alimentos del *fellah*. “En un país así superpoblado, la competencia de los cultivos industriales con los alimentarios constituye un verdadero peligro”, afirma E. F. Gautier (1939), gran conocedor de esa región africana. Hoy, el *fellah* no dispone de alimentos excedentes para trocar por productos de otras zonas. Tiene que satisfacer sus necesidades alimentarias básicas exclusivamente con un poco de trigo o de arroz cultivados en retacitos de tierra cuya extensión media en el país es hoy de cerca de cinco feddan (un feddan es igual a 1,038 de acre). Tal situación acarrea el uso de una alimentación tremendamente defectuosa, sobre todo por la extrema pobreza de proteínas animales (cerca de doce gramos por día). Las deficiencias vitamínicas también deben ser habituales en esa zona, como lo prueba la larga existencia de pelagra en la región, pelagra que, como sabemos hoy, traduce en su multiplicidad de síntomas una multiplicidad de carencias.

La alimentación de las poblaciones bereberes del norte de África es mucho más variada y mejor equilibrada: dispone de cereales: trigo duro, cebada y sorgo, bajo la forma de galletas y de alucuzcu, aceite de oliva, leche, queso, dátiles, higos (Gibertón, 1937). El consumo de carne es bien bajo, pero el de leche de cabra, de oveja y de camello suple perfectamente las necesidades de las buenas proteínas animales del organismo. Desde hace mucho intrigaba a los europeos la óptima complexión física y la extraordinaria resistencia de aquellas poblaciones, principalmente de los grupos nómades de las costas del desierto: poblaciones bereberes, con su tipo beduino característico, descrito por Harrison con las siguientes palabras: “El tipo nómade, magro e infatigable, con su mirada de halcón, arrogante, hambriento e indescriptiblemente sucio” (Harrison, 1924).

En la actualidad ha sufrido la región el impacto destructivo de varias civilizaciones, experimentando poco después de la ocupación romana, la intervención de los árabes, que allí practicaron un exceso de pastoreo que mucho contribuyó a la degradación de los vegetales nativos en esa zona, pero que mantiene, hasta nuestros días, una buena reserva de ganado caprino y ovino que mucho contribuye al levantamiento del tipo de régimen regional. Por desgracia ese tipo de régimen, de tradición mediterránea, frugal y saludable, no siempre puede ser mantenido, pues el gran mal que sufre la región es la inconstancia del clima, las lluvias extremadamente irregulares. Y de la mayor o menor abundancia de lluvias depende enteramente la alimentación de aquellos pueblos agricultores y criadores. África del Norte es, por

excelencia, la tierra de las vacas gordas y las vacas flacas, de que nos habla la Biblia: de los años de hartura y de los años de necesidad. Después que las lluvias faltan o escasean, mengua la mayor parte de los cultivos y el ganado comienza a morir de hambre y epidemias. Hasta hoy, no fue posible librar a las poblaciones locales de esas periódicas incursiones de hambre aguda que siguen a los períodos de sequía. Son principalmente las poblaciones nativas, agricultores de sustentación y criadores de las regiones esteparias, las que más sufren con estos cataclismos climáticos. Las poblaciones europeas, calculadas en cerca de dos millones de individuos, concentrándose en la parte litoral —más húmeda y usando de los procesos de irrigación en mayor proporción— se defienden mejor del hambre, aun sin tomar en cuenta el factor económico, su más elevado poder adquisitivo, que les permite importar alimentos en los tiempos difíciles aun a precios excepcionalmente altos. En cambio las poblaciones nativas, impregnadas de fatalismo mahometano y, por lo tanto, imprevisoras, son llevadas a extrema penuria, sin otro recurso que el de vender sus tierras, abandonar sus parajes y emigrar para las ciudades del litoral, donde se amontonan en los terribles barrios africanos, como el célebre Casbah, barrio oriental de Argel.

Constituyen, pues, estas hambres periódicas un grave factor de disgregación económico-social de la región, y provocan la desaparición progresiva de la pequeña propiedad y el crecimiento de un proletariado urbano inactivo y revoltoso. Jacques Nouvel, en su interesante estudio sobre las hambres en Marruecos demostró que las principales víctimas sociales del flagelo son el pequeño propietario y el pequeño criador:

...el pequeño propietario, desde que sus reservas se agotan se ve obligado a vender sus tierras. Los potentados del campo o los comerciantes de la ciudad disponen de recursos de cereales en sus silos, o de dinero o de crédito; luego se apresuran a comprar esas tierras. Según el viejo hábito del país, compran a plazos, y casi nunca acaban de pagar la cantidad estipulada o la cantidad de granos combinada. Y aun cuando llegan a pagar, lo hacen después de tantas demoras, que el grano o el dinero ya están desvalorizados. Así los grandes se apoderan, a cambio de algunas migajas de pan, de las tierras de los pobres. (Nouvel, 1948)

El abarcamiento de las tierras por los capitalistas y banqueros llegó a tales límites, que el gobierno de Marruecos fue obligado en 1945, a establecer una ley que crea un bien de familia inalienable, sin la expresa autorización de las autoridades competentes, con el límite máximo territorial fijado en cinco hectáreas de tierra. Informan, no obstante, los estudiosos de los problemas sociales de la región, que tal dispositivo legal está lejos de contener los abusos y, a través de innumerables burlas, los pequeños propietarios continúan siendo expulsados de sus retazos de tierra, fuente exclusiva de subsistencia. Esa progresiva evolución del dominio de la tierra de las manos de los nativos a las del europeo, explica por qué en Argelia, con siete millones de habitantes y apenas un millón de europeos, un tercio de la región cultivada (cerca de cinco millones de hectáreas) pertenece a los últimos.

El impacto colonial en el África negra

Desde el borde sur del Sahara hasta el cabo de Buena Esperanza se extiende la llamada África negra, donde vegetan las poblaciones negroides del continente, formadas por los negros propiamente dichos, sudaneses y bantúes, y por los negrillos, hotentotes y bosquimanos. En esta inmensa región, recubierta de los más variados tipos de revestimientos vegetales, para una población nativa de más de cien millones de individuos, apenas existen tres millones de europeos, de los cuales dos millones se concentran en las tierras subtropicales de la Unión Sudafricana. En las fajas ecuatoriales y tropicales húmedas, del continente, que constituyen el propio corazón de África, el hombre blanco es una rareza, un trazo de exotismo dentro del paisaje primitivo. Aun las ciudades, creación del hombre blanco, trazo característico de la cultura occidental, están más pobladas de negros que de europeos: Leopoldville, en el Congo Belga, tiene 5.000 blancos y 115.000 negros; y Brazaville, en el Congo Francés, tiene cerca de 2.250 blancos para una población nativa de más de 50.000 individuos (Dresch, 1948). La verdad es que el europeo nunca intentó en aquellos parajes una colonización de verdadero arraigamiento de raza o población, sino apenas de simple encuadramiento administrativo, basando todo el trabajo productivo de la colonia en la mano de obra nativa. Con unos cuantos colonos respaldados por la inmensidad de la selva, se realiza toda la obra administrativa de las empresas explotadoras de la colonia.

Las condiciones de alimentación en el África negra varían enormemente, de acuerdo con los diferentes tipos de paisajes regionales: de acuerdo con las posibilidades naturales de cada zona, y con el género de vida de las poblaciones que enfrentan esas posibilidades. Así, podemos considerar los siguientes tipos de grandes regiones naturales africanas: la floresta tropical húmeda, la región de las sabanas, las estepas semiáridas, el desierto y, finalmente, las regiones subtropicales de la llanura sudafricana.

A ambos lados de la línea del Ecuador se extiende la ancha faja de la floresta tropical húmeda, representada por la más extensa, cerrada y frondosa masa de árboles del mundo, después de la floresta amazónica. Su extensión es de cerca de 900 millas², de las cuales la mitad pertenece a la enorme cuenca del Congo. Allí viven dos grupos raciales muy distintos: los negrillos y los negros bantúes. Los negrillos habitan las zonas más desoladas, casi impenetrables, de la floresta —entre seis grados de latitud sur y seis grados de latitud norte— viviendo en completo aislamiento cultural, en un régimen de economía de los más primitivos, limitado a la caza, a la pesca en los ríos y lagos y a la recolección de plantas silvestres. A consecuencia de la falta de agricultura organizada, su alimentación es extremadamente precaria, insuficiente e incompleta. Cuantitativamente defectuosa en calorías y cualitativamente escasa en proteínas, sales minerales y vitaminas. La verdad es que, apenas con la caza y con la pesca, este grupo está lejos de obtener proteínas animales suficientes: y como las frutas en la floresta ecuatorial son mucho menos abundantes de lo que uno se imagina, también la supresión de vitaminas deja mucho que desear. No es de admirar, pues, que ese grupo humano presente características antropológicas que evidencian un extremo

grado de desnutrición. Son poblaciones de pigmeos, cuya estatura varía de 130 a 145 cm, y presentan regularmente acentuado prognatismo, acondroplasias y otras deformaciones óseas.

En lo que respecta a las poblaciones negras propiamente dichas, debemos considerar dos grupos distintos: el de las poblaciones que viven en su cuadro natural, dispersas dentro de la floresta o agrupadas en sus aldeas nativas, y el de las poblaciones influidas por los contactos europeos, que viven en las ciudades, desenraizadas y formando el proletariado negro, asalariado por el blanco. De los dos grupos, el mejor alimentado es, sin duda, el de la primitiva sociedad negra, que conserva hasta hoy su tradición agraria de poliagricultura y su organización en tribu. Abriendo, por medio del proceso de las quemazones claros pequeños en la floresta cerrada, el hombre negro estableció su cultivo de sustentación, representado principalmente por el cultivo de la mandioca o casabe, plátanos y bananas, batata o ñame y, secundariamente, por cereales como el mijo, el sorgo y el arroz. Con estos productos de su agricultura, asociados a los de la recolección en la floresta, principalmente las frutas oleaginosas, el hombre negro organiza su régimen alimentario de predominio vegetal. Este régimen tiene como alimento básico la mandioca cuyo cultivo abarca más de la mitad de las tierras cultivadas. Y si esta limitación es en rigor poco abundante cuantitativamente, cualitativamente está lejos de presentar graves deficiencias específicas que conduzcan a verdaderos estados de carencia. Es verdad que la falta de cría de ganado en esa zona, por la falta de pastos y por la seria infestación regional de insectos transmisores de graves epizootias, principalmente de las tripanosomiasis, hace pensar en un abastecimiento inadecuado de buenas proteínas. Pero el hombre negro procura corregir esa falla echando mano de los productos de la caza en la floresta virgen, productos de que hace uso indiscriminadamente en su alimentación, desde el hipopótamo y el cocodrilo hasta los ratones, las serpientes, las langostas y las hormigas. Si la mandioca, bajo la forma de harina, es un alimento en extremo deficiente en vitaminas y en sales, no ocurre lo mismo cuando se usa como lo hace el negro africano, bajo la forma de ensaladas crudas, mezcladas las raíces con los brotes más tiernos de la planta. También las papillas preparadas con plantas silvestres y el aceite de palma, que entra en abundancia en la alimentación de esta zona, suministran buenos suplementos de vitaminas.

No se puede negar que esta economía primitiva está lejos de garantizar un abastecimiento regular y adecuado a través de los tiempos, desde que ella tiende a agotar las tierras cultivadas. Pero como la floresta es inmensa y sus poblaciones no alcanzan densidades demográficas muy altas, tal equilibrio precario se mantiene satisfactoriamente hasta la llegada de los blancos y su intervención colonizadora. La verdad es que todos los investigadores que estudiaron las condiciones de nutrición de aquellos grupos primitivos están de acuerdo en afirmar que estos no presentan manifestaciones clínicas de carencias alimentarias. Una de las demostraciones más patentes de la superioridad de ese régimen primitivo es el magnífico aspecto de los dientes de las poblaciones nativas que de él hacen uso. Así, el doctor Weston A. Price (1939) tuvo ocasión de verificar que en seis tribus de Kenya, de alimentación primitiva, no le fue posible encontrar un solo caso de caries dentaria ni un solo caso de deformación del arco dental y en muchas otras tribus, el mismo investigador

verificó una casi completa inmunidad a la caries. En trece tribus primitivas estudiadas, jamás encontró irregularidad en la formación de los dientes; no obstante, cuando los miembros de estas tribus se separaban y adoptaban hábitos alimentarios civilizados, surgían innumerables caries dentarias. Bigwood y Trolli, que estudiaron las condiciones de alimentación en el Congo Belga, llegaron a la conclusión de que el régimen alimentario, aunque deficiente en materiales caloríferos, no presenta déficit de los alimentos protectores; y atribuye el hecho al uso de los

...frutos y legumbres verdes, más usuales en la masa de la población del Congo que en los países europeos. Otros alimentos típicamente coloniales y, aparentemente, ricos en principios protectores deben contribuir con eficacia a defender al negro contra las manifestaciones carenciales. Tal es el caso de los insectos comestibles, de donde la conducta acertada de no combatir esas costumbres alimentarias resultantes de una selección natural favorable. (Bigwood & Trolli, 1937)

Por desgracia, el contacto con el europeo provocó la modificación de esos hábitos primitivos, con graves consecuencias para la salud de los nativos. El primer factor de desequilibrio alimentario introducido por el colono europeo fue la implantación en la zona de los cultivos de exportación en gran cantidad, tales como el cacao, el café, el azúcar y el almidón. Ya vimos el mecanismo a través del cual actúa el sistema de las grandes plantaciones coloniales; veamos ahora algunos ejemplos concretos acerca de la acción nociva de estas. Un buen ejemplo es el caso de la colonia británica de Gambia, en África occidental, donde la economía de la zona, concentrándose casi exclusivamente en la producción del maní, deja en completo abandono los cultivos de sustentación. A consecuencia del monocultivo, las condiciones alimentarias del colono son pésimas desde que están basadas en la importación de arroz y ciertos productos de otras regiones. En una encuesta llevada a cabo en la región por el Comité de Nutrición del Imperio Colonial, llegaron los técnicos a las siguientes conclusiones: en general el régimen es excesivo en carbohidratos y deficiente en elementos protectores: proteínas, sales minerales y vitaminas... La alta mortandad infantil: 369 por mil, la gran cantidad de caries dentarias y las manifestaciones de avitaminosis A y D son índices patentes de una alimentación inadecuada. El beriberi es raro; las neuritis, frecuentes. Es común el estado de letargo físico y mental del nativo, el cual debe atribuirse, por lo menos en parte, a la deficiencia alimentaria (Comité de Nutrición del Imperio Colonial, 1939).

Por todas partes donde los contactos del negro con el europeo fueron más prolongados, vamos a encontrar un tipo de régimen marcadamente deficiente. Se observa, por ejemplo, en varias zonas africanas, entre las criaturas, una enfermedad de evolución casi siempre fatal, conocida con el nombre de *kwashiorkor* o desnutrición maligna, que es una de las manifestaciones típicas del uso de un régimen inadecuado. Ese mal que se caracteriza por la detención del crecimiento, edemas, diarreas copiosas, inflamación del hígado y algunas veces, despigmentación de la piel y de los cabellos, aunque no pueda ser atribuida a una carencia específica, traduce ciertamente un estado pluricarencial, incluyendo la falta de buenas proteínas, que

constituye su factor central, en la opinión del doctor H. C. Trawell que estudió la enfermedad durante veinte años en Uganda y en Kenya. Pero no solo porque disminuye la producción regional de alimentos el régimen de los productos de exportación es dañino al nativo, sino también porque arruina los suelos por la intensificación de los factores de erosión. Es el caso del cultivo del cacao en la Costa de Oro y del cacahuete o maní en el Senegal. Según Gourou, las florestas de la Costa de Oro están en vías de desaparecer y los suelos del Senegal están siendo arrasados de manera impresionante:

...los suelos del Senegal del norte, en la región de Louga ya están arruinados, y los de Cayor, en el Senegal del centro, evolucionan en el mismo sentido. Los estragos ocasionados por el cacahuete van más allá de los límites del Senegal. En efecto, los campos de cultivo del maní son, en parte, trabajados por obreros agrícolas estacionarios, que vienen del Sudán para ganar algún dinero líquido. A veces, los brazos de estos inmigrantes hacen falta durante las estaciones de las lluvias para el cultivo sudanés. La gran extensión del cultivo del cacahuete representa una falsa riqueza por comprometer el futuro agrícola del Senegal y desequilibrar la economía del Sudán. (Gourou, 1947)

Tiene mucha razón Gourou al llamar la atención acerca del problema de la mano de obra nativa como uno de los factores agravantes del hambre crónica en el África ecuatorial. En verdad, es este uno de los problemas más arduos del colonialismo, y de más hondas repercusiones para el futuro de las tierras africanas. La explotación agrícola colonial, basada en la mano de obra abundante y barata, encuentra dificultades insuperables en aquellas remotas regiones. En principio, el hombre negro es refractario a este género de actividad y, además, sus precarias condiciones de salud no le permiten un rendimiento de trabajo satisfactorio. Para vencer tales dificultades, se estructuró una política colonial que fuerza al nativo al trabajo asalariado e intensifica, hasta cierto punto, la capacidad productiva. La política de aumento de su capacidad de trabajo sería de verdad saludable si fuese llevada a cabo científicamente y no como en general se realiza. Algunos administradores coloniales comprendieron pronto que para llevar a cabo la explotación provechosa de las tierras coloniales era necesario, ante todo, aumentar y fortificar las poblaciones nativas, lo que al principio fue enteramente descuidado. En el Congo Belga, por ejemplo, la población nativa ha disminuido hasta el fin de la Primera Guerra Mundial en cerca de un cuarto de su totalidad. El gobernador general de la colonia, M. Lippens, escribía en 1920 que “el Congo ve su población nativa desaparecer con increíble rapidez, porque desdénamos ‘la ensalada’ por el caucho y por el marfil”. Necesitando del brazo del hombre negro como una de las piezas esenciales del engranaje colonial, se hizo el colonizador más avisado un protector de ese brazo negro. Es la política expresada pintorescamente por un gobernador colonial francés, M. Carde, con las siguientes palabras: “es preciso, ante todo, hacer el negro”, esto es, fabricar el negro con la necesaria abundancia para el trabajo colonial, y para este fin M. Carde declaraba que era absolutamente indispensable “la política del estómago lleno” (Hardy, 1933). En la realización de esa política es donde las buenas intenciones, si por ventura existían,

se desmoronaron. Se llenó el estómago del nativo de las plantaciones, de las minas o de las industrias con maíz, arroz, o harina de mandioca y, al abotagarlos así, lejos de mejorar su estado de nutrición, se agrava sobremanera sus posibles carencias específicas. Dando al hombre negro mayores cantidades de comida de la que este dispone normalmente en su aldea nativa, el colonizador europeo trata apenas de atraer al trabajador y suministrarle la cantidad suficiente de energía, para ser trasformada por su máquina viva en trabajo efectivo. En verdad, haciendo eso, no está él nutriendo mejor al hombre negro, sino apenas alimentándolo con abundancia de material energético. Pasa hasta hoy en África la misma cosa que ocurrió en la América tropical con la alimentación de los negros esclavos. Sus propietarios, atentos a que estos produjesen lo más posible, siempre reservaban cantidades razonables de habichuelas, maíz, harina y tocino para su régimen. Regímenes que los mantenían con apariencia de buena salud y les permitían el duro esfuerzo agrícola que de ellos se exigía. Esta conducta de los señores de ingenio del Brasil y de las Antillas, mal interpretada por un sociólogo brasileño poco versado en la complejidad de tales problemas biológicos, lo llevó a afirmar erróneamente que el esclavo negro pertenecía a una clase de las mejor alimentadas en los tiempos coloniales. Cosa que nunca ocurrió. El esclavo comía mucho, pero comía siempre mal.

La llamada “política del estómago lleno” en África ecuatorial, agravó mucho la situación alimentaria de los negros. Bigwood y Trolli observaron que el trabajador negro al servicio de los colonos presenta con mucha frecuencia signos de carencias alimentarias, principalmente de beriberi en sus formas secas o húmedas. En Tanganyika, también han sido registrados innumerables casos de raquitismo, de beriberi y de escorbuto. El estado de la nutrición es particularmente precario en los distritos mineros, donde no existen alimentos frescos. La pelagra siempre ha sido observada en la Nigeria y en la Costa de Oro.

De la política de obtención de mano de obra nativa también forman parte los dispositivos que mucho argumentan contra los métodos coloniales: el régimen de las reservas de tierras en el proceso de confinar las poblaciones indígenas en regiones, suficientes para atender a sus necesidades de vida, forzándolas a buscar trabajo fuera de sus tierras. El caso del territorio de Kenya constituye un ejemplo elocuente, y es referido por Gourou. En 1939, en ese territorio, 3 millones de indígenas disponían apenas de 100.000 km² de reservas de tierra, mientras que 21.000 blancos (de los cuales 1.600 eran propietarios) disponían de 40.000 km². En Rodesia del Sur, 60.000 europeos disponían de 185.000 km², mientras que 1,5 millones de negros pululan por unos 115.000 km². La obligación de pagar altos impuestos en especie también funciona como factor impuesto al hombre negro, y lo fuerza a asalariarse como trabajador colonial. En varias regiones en que esos métodos no han alcanzado resultados satisfactorios, se va más lejos, estableciéndose un régimen de trabajo de tipo feudal, con coloridos bien nítidos de verdadera esclavitud. Según Gourou, en la Costa del Marfil se utilizaba aún, en 1945, mano de obra requisada militarmente a través de la administración, “mano de obra mal pagada y mal tratada”. En la región de las sabanas africanas la alimentación es, regularmente, un poco mejor que la de la floresta. La sabana, con su paisaje natural de hierbas altas, sembrada de árboles dispersos

que recubren un suelo donde, al lado de las zonas poco fértiles, se encuentran buenas manchas de aluvión o de tierra pantanosa de alta producción, es mucho más propicia a la agricultura que la zona de la floresta. La agricultura encuentra en el régimen climático de estaciones bien definidas, que caracteriza a la sabana, un factor favorable a su implantación. La verdad es que, colocada entre dos medios hostiles, el desierto y la floresta, uno demasiado seco y otro demasiado húmedo, la sabana representa una especie de oasis dentro del África ecuatorial-tropical. En su enorme región, de casi 1,5 millones de millas² de superficie, vive una población dedicada principalmente a la agricultura y, complementariamente, a la cría de ganado. La abundancia de productos animales y de frutas refuerza los elementos protectores del régimen regional. En ciertas zonas más dedicadas a la vida pastoril, la alimentación se vuelve de las mejores del mundo, rivalizando, con la de ciertas poblaciones bereberes del Sahara. Ejemplo de ese régimen rico en proteínas animales y bien equilibrado, es el de la tribu pastoril de los *masai*, estudiada por Orr y Gilks, y la de los pueblos pastores de la Somalia inglesa. Estos últimos, habitantes de una zona esteparia, de transición entre la sabana y el desierto, usan un régimen de leche —de camello, vaca, oveja y cabra— consumida en la proporción de cerca de dos litros diarios por persona. La carne, el *ghee*, los dátiles y el arroz, completan ese régimen, que hace del habitante de la Somalia un tipo delgado, pero de alta estatura y magnífica resistencia física. A pesar de no hacer uso de frutas, excepcionalmente raras en esa zona semiárida, los habitantes de la Somalia nunca presentan signos de avitaminosis.

Si los habitantes de las costas del Sahara se presentan con tan buena complejión física, ello no ocurre con los que viven en las vecindades del otro desierto africano —el Kalahari— en el hemisferio sur. Allí vive, en verdad, una de las poblaciones más decadentes del continente, en vías de desaparecer: los bosquimanos. Están representados por tribus nómades, que viven exclusivamente de la caza, y de los escasos productos naturales de la región. Por su estatura reducida —152 cm, en promedio—, el bosquimano denuncia en su aspecto exterior el precario estado de salud al que vive sometido (Seligman, 1935).

El clima, ese viejo caballo de batalla

Por la descripción de las condiciones de alimentación, las más de las veces desfavorables en las tierras tropicales del África negra, no se piense un tanto apresuradamente que sea el factor clima, creador de condiciones adversas al trabajo y originador de suelos pobres y fácilmente agotables, el principal factor de la miseria alimentaria del continente. Y tanto no es el clima el eje del problema que, aun en la región extratropical, vamos a encontrar ciertos grupos humanos con condiciones de alimentación iguales o peores que las observadas en África ecuatorial o tropical. Es el caso de la Unión Sudafricana y de los territorios británicos de África del Sur: Bazutolandia, Bechuanalandia y Swazilandia.

La Unión Sudafricana está colocada, en casi su totalidad, con excepción de una faja pequeña de tierra del Transvaal, debajo del trópico de Capricornio, y como sus

tierras están situadas a una altura media de 3.000 pies, goza el país de un clima típicamente templado. Pues bien, en este clima donde se aclimataron cerca de dos millones de europeos, se encuentran aún hoy grandes masas humanas desnutridas y hambrientas. Y no solo masas de nativos, sino también poblaciones de origen europeo, representadas por los famosos *poor whites* (blancos pobres), grave problema social para la Unión. No se puede negar que las condiciones de alimentación mejoraron sensiblemente en los últimos años, con el levantamiento del estándar de vida provocado por la última guerra. La prueba es que la Unión Sudafricana, que hasta antes de la guerra exportaba para Inglaterra cantidades apreciables de maíz, manteca y frutas, ahora absorbe toda esa producción en su consumo interno y aun importa algunos de esos productos. Las estadísticas demostraron que, con el aumento del salario, tanto de los europeos como de los nativos, consiguiente a la industrialización y a la prosperidad provocada por la guerra, se originó “un sensible aumento del consumo de alimentos” (*The Economist*, 1947). Con todo, esa mejoría de las condiciones de vida no alcanzó a las poblaciones marginales, que continúan viviendo en condiciones de subalimentación. En 1932, una misión científica de la Fundación Carnegie que estudió el problema de los *poor whites* en África del Sur, avaluó su masa en cerca de 220.000 individuos, o sea en más del 10% de la población blanca total. En ese informe citan los técnicos como elemento central de la decadencia de esas poblaciones blancas, su deficiente régimen alimentario: “condiciones de pobreza y de ignorancia conducen a la falta de alimentos y al uso de un régimen defectuoso”. La falta de resistencia de los *poor whites* a las enfermedades reduce su capacidad de trabajo volviendo así más agudo el problema (*Reporte Comisión Carnegie*, 1932). No disponemos de informes acerca del número actual de los *poor whites*, pero sabemos que el Departamento de Bienestar Social de África del Sur prosigue con su política de ayuda económica a aquellas poblaciones esparcidas en todas las provincias de la Unión.

En cuanto a las poblaciones de los negros bantúes y kafires, que oscilan en cerca de 7,5 millones de individuos, se mantienen en su mayoría con un régimen alimentario de los más deficientes. Los colonizadores holandeses, al llegar a aquellas tierras encontraron tribus nativas formadas por individuos fuertes y sanos, que vivían de la cría de ganado, de la caza de animales salvajes y del cultivo del maíz. Con los largos años de lucha entre nativos y conquistadores, con la pérdida de sus tierras y la segregación de la mitad de la población negra en las reservas territoriales, se desorganizó por completo la economía del nativo, que hoy limita sus recursos alimentarios casi exclusivamente al maíz. El inspector escolar J. H. Dugard de Transkey informa que, de 11.000 criaturas observadas, el 84% solo hacía una comida diaria, el 14,9% dos comidas, y solo el 0,6% hacía tres comidas por día. En todos los casos, las comidas estaban compuestas de maíz bajo variadas formas. El 40% de las criaturas hacía uso de la leche durante cierta estación del año, y apenas el 8% comía vegetales verdes (Gillman & Gillman, 1947).

Las condiciones de alimentación en las colonias inglesas del extremo sur son aún peores que las de la Unión Sudafricana. Así, en Bazutolandia, de clima subtropical con una altura media de 7.000 pies, vamos a encontrar una población agraria con un régimen carente en extremo de elementos protectores. Son del informe del

Comité de Nutrición del Imperio Colonial, ya anteriormente citado, las siguientes palabras: “un régimen excesivo en hidratos de carbono y deficiente en proteínas, grasas animales y vitaminas prevalece en todo el país”. Es claro que con tal régimen, la población presenta pésimo estado sanitario con varias carencias típicas como la pelagra, el escorbuto, el beriberi, etcétera. Y, lo que es más grave, el hambre y la desnutrición en lugar de aminorar, parecen recrudecer en los últimos tiempos.

Fenómeno digno de notarse es que la población de Bazutolandia es una de las de mayor crecimiento del territorio africano. Ha aumentado en un 100% en los últimos cuarenta años, lo que documenta de nuevo nuestra teoría del hambre, como factor de superpoblación.

En el protectorado de Bechuanalandia las condiciones alimentarias son también muy deficientes, a pesar de tratarse de una colonia pastoril, dedicada casi exclusivamente a la cría de ganado y a las industrias de lechería. Pero ocurre que estos productos, en lugar de ser de consumo local, se exportan, principalmente para la Unión Sudafricana. Como consecuencia, vamos a encontrar poblaciones nativas del territorio que viven en “un régimen alimentario defectuoso, y sufren deficiencias vitamínicas que se manifiestan clínicamente, y a través de la falta de resistencia a varias enfermedades”.

De los tres territorios británicos del extremo sudafricano, el de Swazilandia es el de condiciones alimentarias menos sombrías. Los adultos no presentan signos de carencias; estas se revelan, con todo, en las criaturas. Los entendidos en nutrición atribuyen la ausencia de avitaminosis en los adultos al uso habitual de ciertas plantas nativas que, al ser analizadas, revelaron alto potencial vitamínico.

Tales son, en rápida visión panorámica, las condiciones de alimentación y nutrición en las tierras africanas. Por esta pintura, un tanto impresionista, queda demostrado que el continente negro constituye una de las mayores y más oscuras manchas del mapa de distribución del hambre y de la desnutrición en el mundo. Pero surgen algunas esperanzas de que en breve esa terrible mancha comience a clarear. Con la ebullición política del Asia, y la pérdida de gran parte de los imperios coloniales del Extremo Oriente, las potencias europeas y EEUU están dedicando más que nunca especial interés a África. Principalmente, Inglaterra, Francia y Bélgica, que poseen las mayores posesiones coloniales en aquel continente. Solo Inglaterra trazó un plan que abarcaba proyectos de fomento y expansión económica de África, consistente en un billón y medio de dólares; y en ese plan no fueron olvidados los aspectos de recuperación biológica del hombre africano a través de la mejoría de su alimentación. Los proyectos de construcción de diques de irrigación y regularización del agua de los ríos y de los lagos darán origen, ciertamente, a una buena expansión de la agricultura y a una relativa industrialización del continente africano, progresos que podrían repercutir favorablemente en las condiciones de vida de las poblaciones locales. Todo depende del concepto que Europa adopte en lo que respecta a su política colonial, en estos años decisivos para la civilización occidental. Proyectos grandiosos como el británico del maní en Kenya y en Tanganyika, donde se están invirtiendo 100 millones de dólares para obtener, dentro de cinco años, una producción anual de 60.000 toneladas de aceite; y como el francés en el Senegal,

extendiendo el cultivo del cacahuete en un área de 160.000 hectáreas de tierra, vienen a empeorar aun más la situación, si no se toman en cuenta los intereses biológicos y económicos del nativo, de cuya cooperación y esfuerzo tanto dependen tales realizaciones. Para justificar esas gigantescas inversiones de capitales en expansión económica en África, los economistas europeos presentan el argumento de que en el momento actual África constituye para Europa la misma cosa que el centro oeste estadounidense representaba para el este de EEUU a mediados del siglo pasado. Esto es, una región de grandes potencialidades, capaz de suministrar alimentos y materias primas para los grandes centros industrializados. Si geográficamente el paralelo es verdadero, debe ser también tomado en consideración en el campo de las relaciones sociales. El centro oeste estadounidense creció y se desarrolló admirablemente porque, abasteciendo al este, defendió económicamente sus intereses regionales. Y a través de esa política de intereses mutuos se consolidó la grandeza material de EEUU. Europa, si desea contar con África para su recuperación económica, tendrá que trazar una política de mutuo interés, y dejar también a África el derecho de vivir una vida decente y el derecho más elemental de cualquier pueblo es el derecho a una alimentación suficiente y equilibrada. Por lo tanto, si no fuera concedido a los pueblos africanos este derecho, difícilmente colaborarían ellos de buena voluntad en los proyectos económicos trazados por los europeos. La verdad es que “a pesar de los beneficios obtenidos y prometidos, los nativos demuestran una creciente desconfianza de las intenciones del blanco, una creciente resistencia a creer lo que aquel dice y a cooperar en sus planes de recuperación económica” (Huxley, 1949).

Afirman los geopolíticos que África, con su situación geográfica entre Europa y Asia, asume en las condiciones actuales de la política internacional un papel preponderante en la estrategia de la fiscalización del mundo (Renner, 1948b). Hay otro aspecto de relieve estratégico que, a nuestro parecer, África desempeña en el momento, frente a la crisis que el mundo atraviesa. Nos referimos no a su crisis política sino a su crisis biológica de falta de recursos de subsistencia para una población en continuo aumento. Contar con África es disponer estratégicamente de una enorme potencia natural, cuya explotación solo podrá ser efectuada por medio del brazo nativo, que no tendrá fuerza para hacerlo mientras sea el brazo de un pueblo famélico, un brazo atrofiado e incapacitado por las hambres agudas y crónicas que asolan aquel continente.



Foto: Lewis Wickes Hine (1874-1940). Niños mineros de Pittston, Pensilvania (1911). *National Child Labor Committee collection, Library of Congress, Prints and Photographs Division.*

Capítulo 6

La Europa famélica

A mediados del siglo XVIII, afirmó Montesquieu que “Europa no es más que una nación formada por la reunión de varias de ellas”. Los hechos político-sociales ocurridos en el continente europeo en los últimos dos siglos desautorizan por completo la afirmación optimista del célebre filósofo francés de la existencia de una supuesta unidad política de Europa.

La verdad es que la Europa actual está lejos de presentarse como un solo bloque, con la estructura económica de una nación; representa, por el contrario, un verdadero mundo de intereses antagónicos. Ante la realidad actual, si quisiéramos conservar algo de la afirmación de Montesquieu, sería parafraseándola en la siguiente forma: Europa no es más que un mundo compuesto por la reunión de varios de ellos, de dos por lo menos: el mundo occidental capitalista y el mundo oriental soviético. Por el corazón de Europa, exactamente a través de las tierras que el geógrafo inglés Halford Mackinder (Weigert, Stefansson & Harrison, 1949) bautizó expresivamente con la denominación de *world heartland* —el corazón del mundo— pasa hoy la línea de demarcación que divide la tierra de los hombres en dos mundos de aspiraciones sociales un tanto diferentes. Europa abarca, pues, paisajes culturales de esos dos mundos, y en esto reside la primera característica de su compleja vida económica y social, y es este el primer obstáculo para el estudio de la región en su conjunto. Pero aun antes de la existencia de la llamada *cortina de hierro* que separa hoy el continente europeo en dos grandes compartimientos antagónicos, Europa ya era un plano de contacto de varios mundos: el atlántico, el eslavo y el mediterráneo (Herouville, 1949). Y estos dos mundos diferentes impregnaron la civilización europea con las distintas tonalidades de sus múltiples influencias. Además, ninguna otra región de la Tierra vivió en tan constante y tan estricta dependencia económica del resto del mundo, como la vieja Europa. Todo esto demuestra qué difícil es abordar —en el plano continental— el estudio del problema del hambre y de la desnutrición en una zona tan diferenciada, en sus aspectos locales, y tan paradójica, en sus contrastes desorientadores. Pero es preciso intentar vencer los obstáculos y esbozar una pintura del continente que muestre las marcas dejadas por el hambre en la corteza de la tierra y en la piel de la gente que habita este variado y tumultuoso mundo europeo.

Ante todo, obedeciendo al método geográfico que adoptamos, debemos fijar bien los límites de la zona que estudiaremos. En concordancia con el punto de vista adoptado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU, 1949), donde se encuentra el mayor depósito de informaciones sobre la región, consideramos Europa a toda la porción más occidental de masa territorial euroasiática, representada por

el conjunto de países situados al oeste de la Unión Soviética. No hay duda de que, en sentido estrictamente geográfico, una gran parte de la Unión Soviética es nítidamente europea, pero se convino en considerar hoy a la Unión Soviética, en su conjunto, como una potencia asiática, económicamente separada de Europa. Dentro de los límites así establecidos, Europa comprende un territorio de cerca de 5.700.000 km² de superficie (el 4% de la superficie del globo), con una población de cerca de 420 millones de habitantes (el 20% de la población del mundo). En ese escenario, no muy extenso pero de impresionante riqueza de episodios, se viene representando, desde la antigüedad, el interminable drama del hambre. Drama que alcanzó uno de sus “clímax” durante la Edad Media, época de devastadoras epidemias de hambre que barrieron poblaciones enteras de Europa. El sistema feudal, que alcanzó su apogeo en este período histórico, con sus enormes latifundios improductivos, y con la casi ausencia de comercio entre los diferentes dominios señoriales, constituía un campo extremadamente propicio para la aparición y para la propagación de las hambres colectivas, cada vez que un factor accidental provocaba cualquier descenso sensible en la producción local de alimentos. Los latifundios en que entonces se dividía el territorio europeo, con una extensión media, según H. Pirenne (1941), de 4.000 hectáreas, se encontraban, en su mayor parte, desaprovechados, “cubiertos de bosques, de brezos y de pantanos”. Sus propietarios, no disponiendo de mercados externos para el consumo de los productos locales, se despreocupaban por completo de la expansión de la producción de la tierra, limitándose a las necesidades básicas de sus feudos, a los productos de sustentación para el consumo inmediato. Esta es la razón de los sucesivos azotes de hambre en ese sombrío período histórico en que las masas humanas europeas vivían alternativamente atacadas de “una estúpida y desesperada apatía o de un intenso furor místico” (Curschmann, 1900), arrojándose impunemente a mortíferas guerras religiosas para calmar su sed de fanatismo y su apetito mortificado por el hambre. Desde el siglo X hasta el Renacimiento, cuentan las crónicas el acaecimiento de 400 grandes epidemias de hambre que ocurrieron en los países del continente y en las islas británicas (Southard, 1937); Cornelio Walford (1878), cerca de 22 grandes hambres que se abatieron sobre Europa con su trágico cortejo de miserias. En muchos de esos episodios de hambre aguda se practicaba como recurso extremo la antropofagia, negociándose carne humana. William Farr (Prentice, 1939), estudiando la escasez de alimentos en la Inglaterra medieval, afirmó que durante los siglos XI y XII se registraron en el país cerca de 20 grandes epidemias de hambre. En esos períodos de negra miseria de alimentos, las poblaciones hambrientas echaban mano de las plantas silvestres, de hierbas, raíces y cáscaras de árboles y, durante el invierno, practicaban una especie de hibernación colectiva, semejante a la de ciertos animales. Aldeas enteras permanecían adormecidas durante 4 o 5 meses del año, con sus habitantes “la mayor parte del tiempo echados, moviéndose lo menos posible y apenas para ejecutar las necesidades más indispensables” (Maurizio, 1932). Este año artificial continúa siendo practicado, como una supervivencia de los hábitos y condiciones de la vida medieval, por algunas poblaciones de la Rusia zarista hasta en nuestro siglo, siendo conocida esta costumbre con la denominación de *ljoshka*.

En el siglo XVI, con los descubrimientos de los grandes navegantes que llevaron a Europa la contribución de los recursos alimentarios de otros continentes, se atenuaron las epidemias de hambre y se hicieron también menos frecuentes; pero, aun así, continuaron haciendo sus estragos. En 1586 fue sacudida Inglaterra por una de las mayores epidemias de hambre de toda su historia y, en 1662, los campesinos de la región de Blois, en Francia, pacían como el ganado, royendo los cardos y las raíces encontradas en el campo. Con razón afirma Mr. Parmelee que la escasez de alimentos no desapareció con el Renacimiento europeo, pero continuó “con menor frecuencia en Inglaterra hasta el siglo XVIII y, en Francia, la falta de alimentos, agravada por la escasez de las cosechas de 1788 fue una de las causas de la gran Revolución de 1789” (Prentice, 1939). Durante varios años de hambre en el siglo XVII, fueron encontrados, caídos en las orillas de los caminos de Europa, hombres y mujeres muertos, con las bocas llenas de heno y criaturas en el cementerio, chupando los huesos de los muertos” (Maurizio, 1932). El siglo XVIII también fue atacado por varios años de miseria alimentaria y, en su segunda mitad, se juntaron todos los factores adversos para mantener en un régimen casi permanente de hambre a las poblaciones del continente. El hambre que reinó entre 1769 y 1789 fue realmente factor decisivo de la Revolución francesa. Taine, en su minucioso estudio acerca de la Revolución (Taine, 1883) señala el hambre y la miseria como los principales agentes provocadores. Para probar su tesis, Taine nos presenta el panorama de Francia en esa época. Hay trozos tan vivamente expresivos en su obra que merecen una transcripción íntegra:

Dos causas excitan y mantienen la agitación universal. La primera de ellas es la crisis de alimentos que permanentemente, prolongada durante diez años, y agravada por la violencia que provoca, va a exacerbar hasta la locura todas las pasiones populares [...] Cuando un río fluye con el lecho hasta las orillas, basta una creciente pequeña para que desborde. Tal es la miseria en el siglo XVII. El hombre del pueblo, que vive con dificultad cuando el pan está barato, se siente morir cuando está caro.

A continuación, presenta Taine una serie de testimonios de la miseria colectiva de la nación. En Normandía un cuarto de la población mendigaba el pan. El parlamento de Rouen escribía al rey que el pueblo no tenía recursos para pagar el precio del pan “¡y qué clase de pan era suministrado a los que podían comprar!” En París, el número de indigentes se triplicaba por todas partes, y la miseria rondaba tanto en las ciudades como en los campos. El obispo de Chartres comprobó que “los hombres comían heno como los carneros y morían como moscas” (Maurizio, 1932). Según un testimonio de la época “a medida que se aproximaba el 14 de julio, aumentaba más el hambre. Cada panadería era cercada por una verdadera multitud, la cual distribuía el pan con la mayor tranquilidad, y este pan era en general negro, terroso, amargo y provocaba inflamaciones en la garganta y dolores en el vientre”. Y —agrega Taine— en las largas filas que se movían inquietas ante las puertas de las panaderías, las ideas negras fermentaban. Fue en ese ambiente donde estalló la gran revolución, con un pueblo hambriento escalando las murallas, llevado por la esperanza de días mejores.

Con la implantación de los principios de la Revolución francesa mejoró la situación de las masas humanas, pero el hambre no se extinguió en las tierras europeas. Se obtuvo, es verdad, la emancipación personal de los campesinos con la abolición del estado de servidumbre; pero, fuera de Francia, casi no se alteró el régimen de la propiedad territorial (Sée, 1921). El feudalismo agrario sobrevivió y muchos de sus rastros permanecen casi hasta nuestros días. Con su permanencia, también el hambre se mantuvo en el continente europeo. No obstante, con la expansión del capitalismo industrial, con la intensificación de los trueques comerciales y de los medios de transporte que se produjeron en el siglo pasado, se tornaron las hambres agudas cada vez más raras, durante los períodos de paz. La última de esas calamidades en Europa Occidental fue registrada en Irlanda en el año 1846, cuando murió un millón de personas y más de un millón emigró huyendo de los horrores del hambre. Esa hambre irlandesa, ya en plena era industrial, tuvo su explicación en las consecuencias funestas del *landlordismo*, en la posesión de toda la tierra de Irlanda por un número pequeño de conquistadores ingleses, que dejó a casi toda la población irlandesa reducida a la categoría de simple arrendataria. El problema agrario llevado al extremo condujo a los irlandeses al cataclismo de 1846.

Pero si las hambres agudas pasaron desde entonces a presentarse solo en las épocas de guerra, en cambio la revolución industrial, creando las grandes concentraciones del proletariado urbano, vio agravarse en mucho el problema del abastecimiento, e implantó en Europa el régimen del hambre crónica. En extensas zonas del continente grandes masas de población pasaron entonces a vivir en un régimen de alimentación de permanente deficiencia. Si las hambres agudas que asolaron a Europa durante la Edad Media explican muchas cosas de la extraña estructura social de ese período histórico, las hambres crónicas a que vivieron sometidos varios grupos de poblaciones de Europa contemporánea tienen también su importancia, su decisiva intervención en el desarrollo de varios hechos históricos, principalmente de categoría política en la historia de muchas de sus guerras y de sus agitaciones sociales.

Tiene razón Michelet cuando afirma que el Estado francés, hasta la gran Revolución, “con su aumento de miserias acumuladas de siglo en siglo, nunca sería comprendido sin que fuese escrito un terrible libro, *La historia del hambre*”. Y tiene razón Parmelee Prentice, cuando afirma que, con tal libro, en caso de que fuese escrito, no solo la historia de Francia sino toda la historia del mundo sería iluminada por la verdad, porque el mundo entero ha sufrido de hambre a través de todos los tiempos (Prentice, 1939).

Pero no es este el objetivo de nuestro libro. No estamos escribiendo una historia, y sí una geopolítica del hambre, y lo que nos interesa es el presente y no el pasado. Esta es la razón por la cual no nos extendemos más en el estudio de la historia del hambre en el escenario europeo, aunque sea este un filón de gran riqueza, a la espera de un sondeo prolongado y de una interpretación objetiva. Los hechos históricos, que enumeramos de pasada, tuvieron como objetivo permitirnos una toma de posición para el análisis de los hechos actuales. Es que, muchas veces, solo se puede entender el presente con cierto conocimiento del pasado, y por esto echa mano la geografía —en tales casos— del método histórico, como un método complementario de estudio.

Para la comprensión de la situación alimentaria en la Europa actual, es preciso que se tenga conocimiento del estado allí reinante antes de la última guerra, de las alteraciones y transformaciones ocurridas durante la guerra y de lo que pasó en el período de posguerra.

Años decisivos: 1930-1939

El filósofo alemán Oswald Spengler pronunció en Hamburgo en 1929 una conferencia en la cual exigía la recuperación económica de Alemania y su reacondicionamiento para dirigir el mundo. Con el golpe nazista de 1933, que permitió a Hitler apoderarse del poder, vivió Spengler el comienzo de sus profecías y fue entonces cuando publicó su conferencia, ampliada bajo la forma de libro, con el título bien expresivo de *Años decisivos*. En lo que respecta al título, se confirman las profecías de Spengler, y durante la década que siguió a su célebre conferencia de Hamburgo, Europa y el mundo vivieron realmente años decisivos de su historia. Durante ese período de violenta crisis histórica, el mundo tuvo conocimiento por primera vez, fuera del círculo limitado de los especialistas, de las lamentables condiciones de alimentación de la mayoría de los pueblos de Europa. La impresión hasta entonces generalizada era la de que, aunque el problema del abastecimiento de alimentos de Europa constituyese una tarea ardua, conseguía el continente, con su elevado nivel de industrialización y su importación de alimentos en gran cantidad, mantener en un estado de nutrición razonable a sus poblaciones. Las encuestas llevadas a cabo por los peritos del Comité Especial de Alimentación creado en 1935 por la antigua Liga de las Naciones, vinieron a demostrar, empero, que la situación era muy diferente, Europa constituía una gran zona de hambre, con densos grupos de poblaciones permanentemente sometidos a regímenes insuficientes e incompletos. Con todo el esfuerzo llevado a cabo por países como Gran Bretaña, que importaba el 60% de los alimentos de su consumo, o como Bélgica y Noruega, que importaban el 50%, o como Holanda, que importaba el 30%, o como Alemania, que importaba el 25%, no se conseguía obtener un régimen equilibrado para los componentes de las densas poblaciones de aquellos países (Erdman, 1945). Se comprobó, también, que aun en países como Hungría, Rumania, Bulgaria, Polonia y Yugoslavia, donde había, dentro del concepto energético, un exceso de alimentos para la exportación, las condiciones de alimentación de los campesinos eran bastante precarias, peores aun que las de los países de la región occidental, de producción agrícola deficiente.

Lord John Boyd Orr (1936), estudiando las condiciones de alimentación de Gran Bretaña en 1936, llegó a la conclusión de que cerca del 50% del pueblo británico hacía uso de un régimen inadecuado, siendo así que el 10% de los componentes del grupo de menores rentas vivían en un régimen de deficiencia de todos los elementos esenciales de la nutrición; el 20% de los de rentas menos escasas usaban un régimen cuantitativamente suficiente, pero deficiente en cuanto a varios elementos protectores; y el 20% vivía con un régimen con determinadas deficiencias de vitaminas o de sales minerales. Estas sensacionales revelaciones de lord Orr y de sus colaboradores,

acerca de las lamentables condiciones de alimentación de un pueblo que presumía poseer uno de los más altos estándares de vida de Europa, causó profunda impresión, siendo aun tomadas con cierta reserva. Pero un nuevo examen, efectuado en 1936 y 1937, bajo la dirección de sir William Crawford (Cruickshank, 1946), confirmó enteramente las informaciones de lord Orr. La verdad es que en Inglaterra continuaban progresando varias formas de hambre específica, como el raquitismo, las anemias alimentarias, etcétera. El célebre Testamento Médico divulgado a continuación por el Comité Médico de un condado inglés, el de Cheshire, constituye uno de los documentos más elocuentes e intergiversables de las grandes repercusiones del hambre y de la desnutrición sobre las características biológicas del pueblo británico. Los 600 médicos de aquella región aseguran en su relato —de repercusión mundial— que, encargados por ley de la prevención y la cura de las enfermedades, pudieron hacer algo en lo que respecta a la curación de los males, pero nada, o casi nada, para prevenirlos, puesto que el origen de la mayor parte de ellos se encuentra en la utilización permanente de una alimentación defectuosa (Picton, 1949a).

En este impresionante documento se revela el alarmante número de caries dentales entre las criaturas, la elevada frecuencia del raquitismo en varios grados, y otros males denunciadores de un estado de desnutrición crónica. La mala situación alimentaria del pueblo británico resultaba, en parte, de su gran dependencia del abastecimiento externo dada por la limitada extensión de tierras laborables del país. Pero la verdad es que tal disponibilidad no era convenientemente aprovechada, conforme se comprobó durante la última guerra, cuando la implantación de medidas de emergencia hizo mudar la situación alimentaria del país. Mucho contribuía para agravar tal estado, el régimen agrario defectuoso de la nación. Aunque a fines de la Edad Media se había decretado la abolición de la servidumbre y el establecimiento de la propiedad de los campesinos en Inglaterra, en los tiempos modernos, principalmente en el siglo XIX, se verificó la eliminación progresiva de la pequeña propiedad campesina, por la extensión de la propiedad noble, por la concentración desmedida de tierras en las manos de los *landlords*. Así se originó el latifundio y la clase de los trabajadores del campo —*labourers*— jurídicamente libres, pero económicamente en la más estrecha dependencia de los propietarios nobles. Sobre este régimen agrario inglés se expresó así Henri Sée:

Los nobles no explotan sus tierras, sino que las arriendan a los grandes *farmers* que se diferencian de los hacendados comunes de la antigua Francia por ser empresarios agrícolas, y de los hacendados campesinos por dirigir grandes explotaciones y pertenecer a la clase burguesa por su cultura y su manera de vivir. Los resultados económicos de ese cambio fueron de los más graves. Inglaterra produjo cada vez menos cereales, porque las tierras de cultivo fueron transformadas en prados a fin de simplificar su explotación. (Sée, 1921)

España es otro país donde las supervivencias del feudalismo agrario son responsables de uno de los más bajos estándares de nutrición del continente. Desde hace mucho son conocidas varias manifestaciones de carencia alimentaria entre las

poblaciones españolas, tales como la pelagra, que progresa endémicamente en Galicia y en Asturias (Salvat Navarro, 1936), o como el bocio endémico, reinante en varias regiones del país; pero solo recientemente se reveló el verdadero estado de deficiencia de alimentos del pueblo sobre bases científicas.

Durante el Medioevo, España fue mejor alimentada que el resto de Europa, porque gracias a la influencia de los árabes que ocuparon una gran parte de su territorio, se estableció allí una poliagricultura, un cultivo intenso de frutos y verduras, llevado a efecto principalmente en las tierras irrigadas del sur. Las huertas de verduras y frutales que hicieron famosa, en el siglo X, a Andalucía —o sea la parte musulmana de la península ibérica favorecieron mucho el tipo de régimen regional, haciéndola rica en principios protectores, sales minerales y vitaminas. Describe Lévi Provençal, en su libro *La Península Ibérica en la Edad Media* (Lévi-Provençal, 1938), la gran variedad de plantas de esos jardines sarracenos: naranjos, tamarindos, granados, almendros, manzanos, higueras y otras plantas, en magnífica profusión. Y Gordon East, en su *Historia geográfica de Europa*, llega a afirmar de manera categórica que, a mediados del siglo X, la agricultura ibérica no tenía rival en Europa (East, 1935). Pues bien, esta buena tradición agrícola y alimentaria se perdió en gran parte a través de los tiempos, bajo la influencia de varios factores que degradaron el tipo de régimen regional. En verdad, parece hoy inexplicable que un país de la extensión de España, con casi 200.000 millas² de superficie y apenas 25 millones de habitantes, es decir, con una densidad relativa excepcionalmente baja en Europa Occidental, no disponga de recursos de alimentación suficientes para suministrar un régimen equilibrado a sus habitantes. Todo se explica si atendemos al hecho de que con la Reconquista fue implantado el feudalismo agrario, hasta hoy intacto en el país. Osborn procura explicar la decadencia de la agricultura española por el agotamiento del suelo y por la erosión de aquellas tierras extremadamente accidentadas, y que durante largo tiempo fueron expuestas a la devastación de rebaños de ovejas conducidas por pastores nómades. La *mesta*, o sea la organización de criadores de carneros, de vigorosa influencia política en los siglos XV y XVI, contribuyó mucho, según aquel autor, a la devastación de las florestas y a la ruina del suelo (Osborn, 1948). Tenemos la impresión, sin embargo, de que mucho más importante que el factor *erosión* ha sido el factor de régimen de la propiedad agraria, en el condicionamiento de la miseria alimentaria de España. En ningún otro país de Europa se ha conservado en mayor proporción el latifundio que en España, en detrimento de los intereses biológicos y económicos del grueso de la población. Hasta el término de la monarquía, en 1931, el régimen agrario en el país era típicamente medieval, con las mejores tierras cultivables acaparadas por reducido número de grandes propietarios. El escritor estadounidense Leland Stowe, que estudió el fenómeno *in loco* escribió al respecto las palabras siguientes:

Antes de la República, como hoy en el régimen contrarrevolucionario de Franco, cerca de 50.000 latifundistas tenían el monopolio de más de la mitad de las tierras de España, incluyendo sus más ricas partes. En esta forma, los aristócratas de España, que representan el dos por mil de la población total del país, acaparan cerca del 51% del territorio nacional. (Stowe, 1947)

Al ser establecida la República, tuvo que enfrentar el problema agrario como uno de los más urgentes por resolver. En ciertas regiones, como Andalucía y Extremadura, a consecuencia de ese sistema arcaico de propiedad, más del 60% de la tierra cultivable permanecía sin plantaciones; en cuanto al 40% restante era cultivado en forma inadecuada. Dice Salvador de Madariaga que “en estas regiones había unos pocos propietarios con enormes extensiones de tierras, rodeadas de un proletariado sin tierras, cuya subsistencia dependía del capricho de los mayordomos del señor” (Madariaga, 1942).

El gobierno republicano español intentó acometer el problema de la reforma agraria, pero no consiguió realizar sus objetivos básicos. Lo que sucedió ahí es hoy de conocimiento mundial y fue expresado por Leland Stowe en las siguientes palabras:

La nueva República española intentó la redistribución de las tierras de algunos de los grandes latifundios, con moderación y razonable remuneración para los antiguos propietarios, pero aun este gradual y limitado esfuerzo era más de lo que los duques y señores de España, por su mentalidad medieval y su acentuada falta de conciencia social, pudieran tolerar. Los grandes señores feudales, el Ejército y la Iglesia se unieron y desencadenaron la contrarrevolución encabezada por Franco y respaldada por Hitler y Mussolini. Y vencieron. En lo que se refiere a los privilegios de tierras, la España de Franco es la misma España de los tiempos de Fernando e Isabel. (Stowe, 1947)

Con el estallido de la Guerra Civil española en 1936, se agravó sobremanera la situación alimentaria del país y sobre el plano de fondo del hambre crónica, se destacaron en colores vivos las escenas dantescas de las hambres agudas, de las epidemias de hambre. Durante los dos últimos años de la Guerra Civil, España sufrió los mismos tipos de hambre a que fue sometida Europa durante la Primera Guerra Mundial, en la cual el número de muertos por falta de alimentos casi igualó el de los muertos en los campos de batalla. Los resultados de las observaciones llevadas a cabo por el doctor Pedro y Pons, entre las poblaciones de la llamada *zona roja*, o sea de la parte ocupada por los republicanos, nos muestran el grado extremo de penuria de alimentos a que fueron sometidas sus poblaciones civiles (Pedro y Pons, 1947). Cuenta aquel especialista que la mayoría de la población estaba obligada a “aceptar un régimen tremendamente monótono y escaso. Régimen sin posibilidades de variación y consistente apenas en lentejas hervidas, sin aceite, con un pedazo de pan que, muchos días, era suprimido”. Dada la escasez y los precios astronómicos de los alimentos más nutritivos, pescado, carne, huevos, leche y aceite de oliva, no eran probados durante largos meses por la mayoría de la población. Esta mayoría debía asimismo limitar su alimentación a sopas de pan, lentejas o garbanzos y alimentos silvestres. Bandas de hambrientos recorrían los campos en busca de raíces y de hojas para engañar el estómago. Los cardos, los brezos y las amapolas cocidas con mucha sal, constituían recursos de salvación para aquella dieta de hambre. Europa, una vez más, había vuelto al régimen de la recolección de plantas silvestres, otrora llamadas “alimentos de la miseria”. Con tal dieta carente de muchos de los principios nutritivos, surgen varias perturbaciones graves descritas por Pedro y Pons

con abundancia de detalle: edemas de hambre, disenterías carenciales, osteopatías de hambre, anemias nutritivas y, principalmente, terrible recrudecimiento de la pelagra que mató a muchos. Según Simonart, en Madrid solamente fueron registrados, en un año, cerca de 30.000 casos de pelagra (Simonart, 1947).

La situación alimentaria en Italia antes de la guerra no era mucho mejor que la de España. Con las tierras más fértiles del norte excesivamente pobladas, y con los suelos pobres del sur corroídos en gran parte por la erosión, Italia se constituyó durante muchos años en el mayor importador de trigo de la Europa continental, para mantener a su pueblo en un estándar de vida aún modesto, con una importación bruta de cerca de 80 millones de *bushels* de cereales. Con el programa bélico del gobierno fascista, el país fue disminuyendo progresivamente esa importación hasta que, en 1935, importaba apenas 20 millones de *bushels*, o sea, la cuarta parte de lo que acostumbraba importar entre 1920 y 1930. Esta disminución de la importación de trigo tuvo muy grave repercusión en el estado de salud del pueblo italiano, operarios y campesinos que, ante lo inevitable, solo tenían que hacer una cosa, como me lo expuso de manera pintoresca un obrero de Roma en 1938: “apretar un poco más el cinturón alrededor del estómago”. La alimentación italiana, que siempre fue defectuosa por el uso exagerado de farináceos y por la deficiencia de proteínas y de ciertas vitaminas, se tornó aun más precaria en aquellos años decisivos de preparación bélica. La conquista de Abisinia no mejoró de manera apreciable la situación, porque los productos traídos del famoso Imperio Colonial italiano llegaban a la metrópoli tan sobrecargados por el costo de los transportes, que eran inaccesibles a las clases pobres. Con la falta de carne y de otros alimentos protectores, la pelagra, que después de la Primera Guerra Mundial había desaparecido, volvió a presentarse en apreciable cantidad. En las tierras del sur, en la región que los italianos llaman *Mezzogiorno*, las condiciones alimentarias alcanzaban el más bajo nivel de vida. En esa zona, contribuyendo a agravar la situación de las colectividades, entraba como factor de la grave situación agraria reinante, el problema de los grandes latifundios, en que los campesinos o *cafoni* eran mantenidos en un estado de semiesclavitud. Los latifundios producían trigo, azúcar de remolacha, naranjas y otros alimentos, pero todo eso era exportado para los centros más adelantados del país, y quedaba reducido el campesino del sur a un régimen de hambre permanente. El novelista italiano Ignazio Silone, describiendo el estado de miseria reinante en el sur de Italia, se expresa así en su libro *Fontamara* sobre la región de Fuccino, en Marcia:

...las remolachas de Fuccino constituyen la materia prima de uno de los más importantes ingenios de azúcar de Europa, pero para los *cafoni* que los cultivan, el azúcar representa un lujo de golosina y solo entra en sus casas durante la Pascua, para el pastel ritual. También casi todo el trigo de Fuccino se envía a la ciudad, allí se utiliza en la fabricación del pan blanco, de las masas, de los bizcochos y hasta para los alimentos de los perros y gatos de lujo. En cuanto a los *cafoni* que lo cultivan, están obligados a alimentarse casi exclusivamente de mijo. Lo que los *cafoni* sacan de Fuccino puede ser considerado como verdadera renta de hambre, una renta que apenas les da la posibilidad de vivir, pero nunca de prosperar. (Silone, 1933)

El príncipe Torlogni, personaje de la novela de Silone, como buen latifundista no deja a los campesinos sino lo estrictamente necesario para que estos puedan sobrevivir y continuar cultivando el suelo de sus propiedades. Todo lo demás lo envía el propietario a los mercados para transformarlo en buen dinero que le permitirá vivir lujosamente en la capital.

Carlo Levy, autor de otro libro que retrata de manera fiel la región del sur de Italia, *Cristo se detuvo en Éboli*, habla así de la alimentación en la Lucania: “los ricos comen un poco de pan y queso, algunas aceitunas y algunos higos secos. Los pobres el año entero comen apenas pan, al cual agregan una que otra vez un tomate crudo, un poco de ajo o pimienta” (Levy, 1948).

Con tal tipo de alimentación no es de extrañar que las criaturas de la región se muestren como las describe Carlo Levy: “todas pálidas y delgadas, con grandes ojos negros y tristes en sus rostros de cera, y con los vientres hinchados y distendidos como tambores apoyados en sus piernecitas torcidas y delgadas”.

Con razón afirma Elizabeth Wiskemann que, hasta hoy, “estas regiones de Calabria, Lucania y Apulia, constituyen el talón de Aquiles de Italia y tal vez de toda Europa Occidental. Su problema básico es el agrario y este es extremadamente complicado por la infinita diversidad con que se presenta” (Wiskemann, 1949). Esta región del hambre, la de más alto coeficiente de natalidad de toda Italia, es uno más de los ejemplos vivos de nuestra teoría del hambre como factor del crecimiento de la población.

Tomemos ahora un grupo de población que habita el extremo opuesto del continente europeo, el extremo norte, y veamos su situación alimentaria en aquellos años anteriores a la guerra. Los estudios llevados a cabo en Suecia demostraron que las condiciones de alimentación, aunque fuesen allí mucho mejores que en los países hasta ahora señalados, estaban lejos de ser perfectas, pues existían deficiencias de nutrición manifiestas en varios grupos de la población. Así, cerca del 15% de los individuos observados no ingerían un total calórico suficiente, el 27% presentaba deficiencia alimentaria de vitamina A, 36% de vitamina B3, 43% de vitamina B2 y 14% de vitamina C. Una encuesta médico-social, llevada a cabo en los años 1929-1930 en aquel país, evidenció la existencia de una estrecha correlación entre las insuficiencias alimentarias señaladas y la frecuencia de ciertas enfermedades del aparato digestivo y de la sangre (Société des Nations, 1937).

En los países de Europa Oriental, a pesar de su estructura predominantemente agraria, con una producción de víveres que hacía de muchos de ellos países exportadores y abastecedores de cereales de la Europa Occidental, las condiciones de alimentación se presentaban precarias, con las más variadas manifestaciones de hambre en sus poblaciones. En Rumania, considerada como uno de los grandes depósitos de trigo de Europa, la pelagra nunca dejó de existir. Según observaciones llevadas a cabo en 1933 por el doctor W. Aykroyd, del 5% al 6% de los habitantes de las aldeas de Moldavia eran atacados todas las primaveras por la pelagra. En esa zona demostró una investigación que la alimentación habitual era extremadamente deficiente en proteínas, calcio y vitaminas. En Hungría:

...los alimentos básicos eran pan, habichuelas secas, remolacha, papas, coles y tocino. Solo raramente consumían carne de buey o de carnero y, a veces carne de cerdo, los que disponían de medios pecuniarios. Casi nadie consumía leche, huevos, aves, manteca, legumbres frescas y frutas. Era, por lo tanto, en su conjunto, una alimentación extremadamente deficiente en todos los grupos de alimentos protectores. La alimentación de los campesinos de Polonia consistía casi exclusivamente en papas y centeno, con claras deficiencias proteicas, minerales y vitamínicas. (FAO, 1947)

El raquitismo y las xeroftalmías son endémicos en Polonia y en Hungría desde los tiempos medievales hasta nuestros días.

¿Cómo se explica que en esos países esencialmente agrícolas, no se hubiese obtenido el equilibrio entre la capacidad de producción de la tierra y la necesidad de alimentos de los grupos humanos? Varios factores se opusieron a la obtención de ese ansiado equilibrio, tales como el atraso de los métodos agrícolas empleados, la falta de asistencia financiera para el agricultor y la desproporción, comprobada con frecuencia, entre los precios bajos a que el campesino vendía el producto de la tierra y de su trabajo, y los altos precios que pagaba para adquirir los artículos industrializados que necesitaba. No hay duda, pues, que de todos los factores de hambre, en Europa Central y Oriental hasta la última guerra, el más importante fue el régimen desequilibrado de la propiedad territorial, con la coexistencia de propiedades excesivamente pequeñas, inferiores a los límites de suficiencia, y los enormes latifundios de supervivencia feudal. Por ejemplo, en Polonia, con su alta densidad de población rural, que representaba el 61% del total del país, en 1935 había, de un lado, la excesiva división de la tierra entre los campesinos pobres y, por otro lado, la retención del 20% de toda la tierra arable y del 50% de las praderas en las manos de un número reducido de grandes propietarios (Ministry of Foreign Relations, 1947). Según Raymond L. Buell, en 1921 el 65% de las propiedades de Polonia eran de menos de 12 hectáreas, o sea, haciendas muy pequeñas, incapaces de sustentar a una familia. Además, cerca de 4 millones de campesinos no poseían tierra. Tamaña escasez de tierra para la mayoría de los campesinos era consecuencia del hecho de que cerca del 43% del área total de las tierras cultivadas del país estaba constituido por los grandes latifundios pertenecientes a 19.000 grandes propietarios (Buell, 1939).

Con todo, las mayores supervivencias del feudalismo, los más escandalosos y descomunales acaparamientos de tierra de toda Europa tal vez, aun peores que los de España, se encontraban, hasta la última guerra, en Hungría. La nobleza feudal húngara constituyó, por muchos años, la única fuerza política ponderable del país y pudo así mantener intactos sus privilegios de los tiempos medievales. Según M. W. Fodor, de los 60 millones de acres de tierra arable de Hungría, cerca de 20 millones, o sea un tercio, constituía la propiedad de apenas 4.000 latifundistas. Silone, al estudiar el latifundismo en Italia, presenta al príncipe Torlogni como dueño de toda la tierra y de todas las riquezas de una región entera, pero el príncipe Torlogni era solo un personaje de novela. Leland Stowe, estudiando el latifundismo en Hungría, presenta una lista de los 25 mayores latifundistas agrarios del país, con sus verdaderos nombres y no con nombres de personajes de novela. Constan en esa lista desde

el príncipe Paulo Eszterházy, que era poseedor del mayor latifundio de la nación con cerca de 300.000 acres de tierra, hasta el Fondo de Cultura Católica Húngara que colocado en vigésimo quinto lugar, poseía apenas, modestamente, 45.000 acres. En la lista de los mayores latifundistas figuran en lugar destacado la familia real, aristócratas, órdenes e instituciones de la Iglesia Católica Romana. Esta es la razón principal por la cual la nobleza y el clero siempre se opusieron obstinadamente a cualquier reforma agraria en el país.

Las condiciones de vida del trabajador rural en aquellos feudos eran naturalmente de las más bajas. El periodista estadounidense Theodore Andrica del *Cleveland Press* atravesando el país en 1938, anotó que el salario medio de aquella gente era de cerca de cuatro cruceros por día, “en el período de trabajo, cuando había algo que hacer” (Stowe, 1947).

Por los ejemplos presentados se puede tener una idea general de la situación alimentaria de Europa cuando se preparaba el fermento de la gran conflagración mundial; en lo que respecta a Alemania, tomaba sus precauciones y hacía sus preparativos para que se realizase las profecías de Spengler acerca de los años decisivos de la historia del mundo. Con todas las deficiencias alimentarias señaladas, con cerca de un tercio de sus poblaciones viviendo un régimen de hambre crónica, Europa, para sobrevivir, tenía que importar gran cantidad de alimentos: cerca de nueve millones de toneladas de cereales panificables, grandes cantidades de forraje para mantener sus rebaños, de fertilizantes para alimentar su suelo agotado y de grasas para alimentación y para fines industriales. Era, pues, bien grande la dependencia de Europa del resto del mundo en materia de alimentación. Con el rápido crecimiento de sus poblaciones, se vio forzado el continente europeo a ampliar progresivamente sus importaciones para mantener equilibrada su balanza alimentaria. Pero la situación económica de los países europeos, en general precaria, no permitía tal conducta política de defensa del potencial humano, y asistimos a la reducción progresiva del volumen de importación por parte de varios países. William Vogt describe así ese decrecimiento forzado de la importación de alimentos por parte de Europa:

La reducción en las importaciones no significa que el déficit fuese cubierto con la producción europea. Ella derivó en gran parte de una degradación de la alimentación. Se fomentaba el uso del maíz, del centeno y de la papa para alcanzar los niveles de suficiencia nacional y continental. Había una considerable disminución en el uso de los forrajes, de ahí un decrecimiento en la producción animal. Esta tendencia del período de preguerra preparaba el camino para los programas espartanos o asiáticos que Europa iría a poner en uso durante la guerra. (Vogt, 1948)

Desde la tremenda crisis de 1929 que sacudió la estructura económica de todo el mundo occidental, se produjo un gran retraso en el comercio importador de alimentos por parte de los países europeos. “En 1933 las importaciones de trigo de Alemania, Francia, Italia, Polonia, Suecia y Checoslovaquia no llegaban a la séptima parte de las importaciones del período de 1924-1928”, afirma Henry Claude (1945) estudiando esa tremenda depresión del comercio internacional. Bruscamente la

agricultura, que estimulada por la Primera Guerra Mundial y armada de recursos técnicos valiosos había registrado una enorme expansión en el período de 1920 a 1929, se vio ante el terrible problema de los excedentes de producción, por falta de mercados consumidores. La crisis económica mundial, al originar la desocupación en masa, disminuía el consumo interno y hacía decrecer las posibilidades de exportación, puesto que cada país, procurando salvarse de la bancarrota, levantaba barreras de todo orden a la importación de los productos extranjeros. Se extendió la onda de los nacionalismos económicos, agravando por todas partes las condiciones de vida de las poblaciones pobres. Las tarifas proteccionistas casi paralizaron los trueques comerciales, y no se encontraba salida para la situación de asfixia económica a que fuera llevado el mundo. Coexistían, una al lado de la otra, el hambre y la abundancia de producción, sin que se encontrase una manera de armonizar los intereses económicos de los productores con los intereses biológicos de los consumidores. No valía la pena producir alimentos desde que

...el mundo estaba sumergido en una depresión económica con la desocupación a tal punto generalizada, que los consumidores tenían que reducir sus compras de alimentos. Una Conferencia Mundial de Economía fue convocada en Londres en 1933, pero la única recomendación que obtuvo aprobación unánime fue la de la necesidad inalienable de restringir aun más la producción, a pesar de la existencia comprobada del hambre y de la desnutrición universales. (FAO, 1946)

En este ambiente de angustia que siguió a la gran crisis económica del mundo occidental, con los pueblos debilitados y agotados por el hambre crónica, Alemania inició su política totalitaria de alimentación, como preparativo esencial para la guerra. Los alemanes descubrieron la importancia del alimento como arma de guerra durante el primer conflicto mundial, cuando el cerco del hambre constituyó el factor más importante de su capitulación. Tienen, pues, que aprovechar los años decisivos para una perfecta preparación, de manera que se evite la repetición del colapso de 1918. Antes del comienzo de la guerra la producción de Alemania cubría cuatro quintos de las necesidades alimentarias del país, y, por esto, el primer objetivo de la política alimentaria del Tercer Reich fue llegar a la autosuficiencia, cubriendo el quinto restante con la producción interna. Para alcanzar tal objetivo, los hombres de ciencia alemanes hicieron uso de los modernos métodos de la técnica agrícola y lograron el máximo aprovechamiento de las tierras disponibles. Puesto en el orden del día el viejo problema del espacio vital —*Lebensraum*— de Ratzel, era preciso obtener de ese espacio el máximo de capacidad productiva. Y, de hecho, de 1933 a 1940, Alemania aumentó su producción interna en 15% de su total. Era preciso, entre tanto, prever la perturbación que la guerra podía acarrear en el mecanismo de la producción, planear todo un sistema de riguroso racionamiento económico de los alimentos, y formar las indispensables existencias de reserva. Para trazar los planes de racionamiento sin afectar la salud de sus poblaciones, contaba Alemania con el caudal de conocimientos divulgado por la Liga de las Naciones y con la experiencia directa de sus técnicos. Para la movilización total de los recursos alimentarios, creó el Tercer

Reich, desde 1933, una legislación especial que colocaba a todos los agricultores, industriales de alimentos, comerciantes y labradores bajo la rigurosa fiscalización de un organismo especial; el *Reichnährstand*, encargado de dirigir la batalla de la subsistencia de la nación. Batalla que fue técnicamente ganada con la implantación de las industrias de los sustitutos alimentarios, los *ersatz*, y con la educación psicológica del pueblo, disciplinado para el racionamiento de guerra, seis años antes de ser disparado el primer tiro del segundo conflicto mundial.

Para formar sus grandes reservas de alimentos, Alemania estableció, desde luego, una serie de acuerdos comerciales con los países vecinos, principalmente los de la Europa Oriental, capaces de suministrarle alimentos. Fue durante ese período crucial de preparación de todas sus reservas para la guerra total, cuando Alemania obtuvo, mediante su diplomacia hecha de promesas y de amenazas, el trueque de los cereales de Hungría, Polonia y Rumania, de los cerdos de Dinamarca, de la manteca y el queso de Holanda, por los productos manufacturados y los equipos industriales de su fabricación. Con esta política de succión de la existencia de alimentos de los países vecinos, absorbió el Tercer Reich, entre 1933 y 1939, el 40% de las exportaciones de Bulgaria, Grecia, Yugoslavia, Rumania, Hungría y Turquía, aunque antes nunca había sobrepasado el 15%. Luego, después de la ocupación del país de los Sudetes, de acuerdo con el pacto de Munich, los alemanes “forzaron al impotente gobierno de Checoslovaquia a *venderles* sus reservas de 750.000 toneladas de cereales, que nunca pagaron” (Inter-Allied Information Committee, 1942). Con razón escribió Boris Shub que “los acuerdos comerciales de antes de la guerra, consecuencias del fracaso de las democracias en encontrar una contra arma para la economía totalitaria de Alemania, dieron al Reich la primera gran victoria de guerra” (Shub, 1943).

Realmente, declarada la guerra, solo Alemania poseía una situación alimentaria favorable. En cuanto a los otros países del continente, tenían más agravadas sus situaciones alimentarias, ya normalmente deficientes. Y a partir de entonces, el contraste se acentuó cada vez más, con una Alemania abastecida de alimentos obtenidos por los saqueos y confiscaciones de guerra, y con sus enemigos sistemáticamente despojados de sus reservas de alimentos.

Europa, campo de concentración

A medida que Alemania iba invadiendo los diferentes países de Europa, iba implantando en ellos su política del “hambre organizada”. Tenía el Tercer Reich como plan central de su política “organizar el padrón de privación alimenticia de los pueblos de Europa, distribuyendo entre ellos, de acuerdo con sus objetivos políticos y militares, las cortas raciones que sobraban después de satisfechas las prioridades del Reich”, conforme a las palabras de Boris Shub, autor del impresionante documento de la época, *Starvation over Europe*, del cual extrajimos gran parte de los datos informativos que presentamos a continuación. Al lado de la distinción racial así establecida, Alemania emprendió la distinción alimentaria, dividiendo la población de

Europa en grupos bien alimentados, grupos deficientemente alimentados, grupos de hambrientos y grupos de muertos de hambre. En verdad, el único grupo bien alimentado era el de la raza alemana, puesto que todos los otros debían ser sacrificados para que siempre hubiese alimentos suficientes para la “raza superior”. Conforme a las palabras pronunciadas en 1940 por el líder del trabajo del Reich, Robert Ley, “una raza inferior necesita menos espacio, menos ropa y menos alimento que la raza alemana”. Los pueblos colaboradores, empleados en tareas de importancia vital o militar para la seguridad de Alemania recibían una alimentación que les permitía mantener cierta eficiencia en el trabajo; los enemigos estaban limitados a un régimen de privación intensa, que les impedía toda combatividad, y ciertos grupos raciales, como los judíos, eran sometidos a un régimen de verdadero exterminio. Tenía, pues, el plan del hambre organizada por el Reich, sólida base científica y objetivos bien definidos. Tratábase de una poderosa arma de guerra, de gran poder destructivo, que debía usarse en gran escala y con el máximo de eficacia. Y fue lo que hicieron los alemanes, dejando a un lado cualquier sentimentalismo, y manipulando los alimentos de acuerdo con sus fines que tenía en vista aquella especie peculiar de *Geopolítica del hambre*, según la clasificaría Karl Haushoffer y su camarilla de geopolíticos alemanes (Strausz Hupé, 1945). “Por primera vez en la historia, el control de alimentos es llevado a cabo, no para proporcionar una distribución racional de lo sobrante, sino como arma de hambre, lenta y segura, en un plan de exterminio” (Babicka, 1943); así escribía en 1943 la periodista polaca María Babicka.

Etapas indispensable para la creación del hambre en masa, fuera de la confiscación de todas las reservas de alimentos puestas al alcance de las tropas alemanas de la famosa Reichwehr, uno detrás del otro fueron saqueados por los nazis los países europeos. Cuando los alemanes invadieron Polonia, a fines de 1939, la cuarta parte del país, comprendiendo las fértiles planicies occidentales, fue incorporada al Reich con la denominación de provincia de Warterlande. Esa región se hizo luego el gran granero de Alemania, del que las autoridades militares germánicas retiraron, en los dos primeros años de guerra, 480 toneladas de trigo, 150.000 de centeno, 150.000 de cebada y 80.000 de avena. Cerca de 700.000 cerdos también fueron requisados en esas planicies de Warterlande. Del área restante de Polonia, que constituía el gobierno general, el Reich confiscó, solo en 1940, cerca de 100.000 toneladas de cereales, 100.000 cerdos, 100 millones de huevos y 20 millones de libras de manteca.

En abril de 1940, le llegó el turno a Noruega. Antes de la guerra poseía aquel país uno de los más altos estándares de alimentación de Europa, con una manutención extremadamente rica en productos marinos, gracias a la industria del pescado, de las mejores del mundo. Cuando Alemania invadió a Polonia, Noruega, que disponía de la tercera marina mercante del mundo, trató de intensificar sus importaciones y formar grandes reservas de alimentos, temiendo un bloqueo prolongado de sus costas. Grandes cantidades de pescado seco, bacalao, harina de trigo, papas, arroz, café, té y chocolate, fueron acumuladas así para evitar la posible escasez de alimentos en el país. Con los productos naturales: peces, lácteos, huevos, vegetales y frutas, los noruegos estaban a cubierto de cualquier amenaza de hambre. Pero, según relata dramáticamente Else Margrete Roed en un estudio sobre la situación alimentaria

de Noruega, un día llegaron de sorpresa los alemanes invadiendo brutalmente el país y se apoderaron de todas esas reservas: “caían sobre el país como una manga de langostas y devoraron todo lo que encontraban. No solamente teníamos que alimentar centenas de millares de glotones alemanes, sino también los navíos germánicos que los trajeron volvieron abarrotados de alimentos de Noruega” (Roed, 1943). Desde aquel momento, refiere la periodista noruega, todos los productos, uno tras otro, fueron desapareciendo del mercado: “primero los huevos, después la carne, la harina de trigo, el café, la leche, el chocolate, el té, los pescados envasados, las frutas y las legumbres y, finalmente, el queso y la leche fresca: todo desapareció en la boca de los alemanes”.

Holanda tuvo la misma suerte. También el gobierno holandés acumuló grandes reservas de alimentos, para proteger el bienestar del pueblo en el caso de un bloqueo parcial o aun total. Pero en mayo de 1940, surgió la eventualidad, mucho más grave, de la invasión enemiga, y las llamadas reservas de alimentos de la crisis del pueblo holandés fueron a reunirse con el vasto patrimonio de alimentos de Alemania (Peters, 1940). Solo durante la primera semana de la ocupación los alemanes confiscaron en Holanda cerca de 18 millones de libras de manteca, o sea el 90% de las reservas totales del país (*The Times*, 1940). En los dos primeros años de la guerra, un cuarto de los rebaños holandeses había sido diezmado y gran parte de sus campos de pastoreo transformados en campos de cultivo para plantas oleaginosas. También la reserva de cerdos bajó en ese período, de 1.800.000 a 490.000 y la de gallinas, de los 33 millones a 3 millones apenas de cabezas. Era parte del plan alimentario alemán confiscar la cría de animales y descalabrar en los países ocupados toda economía ganadera, con el pretexto de que el ganado consumía alimentos que debían ser aprovechados por el hombre. Así llevaban los nazis toda la carne disponible y dejaban para los pueblos esclavizados el afrecho del ganado. Era una más de las aplicaciones inhumanas de los supuestos principios científicos germanos. De acuerdo con tales teorías, Europa hambrienta no podía darse el lujo de criar animales, con todo el gasto de energía que representa la transformación de los productos vegetales en carne. Era preciso seguir el ejemplo de China. Y Alemania preconizaba así, el *achicamiento* de Europa, o sea, el bastardeo y la degradación de sus estándares de alimentación al nivel de los regímenes chinos de alimentación. Dinamarca, Bélgica, Francia, todos dieron su tributo para el levantamiento de los grandes almacenes de Alemania. Cerca de 10 millones de dólares en jamón, manteca y huevos, fueron confiscados en la pequeña Dinamarca.

Penetrando en el territorio de la Unión Soviética, los alemanes se apoderaron de todo lo que aún quedaba de los incendios de la guerra para enviarlo al Reich. En materia de alimentación los países satélites, aliados de Alemania, no recibían tratamiento mucho mejor. Las exigencias que les hacía el amigo fuerte, para continuar protegiéndolos llevaron a aquellos países a una situación de verdadera miseria alimentaria. Las mayores víctimas de esta *protección* fueron Bulgaria, Rumania y Hungría, obligadas a suministrar alimentos al Reich, más allá de los límites de sus posibilidades naturales:

...la enormidad de sus contribuciones forzadas para los silos y almacenes frigoríficos alemanes puede ser calculada por la reducción de sus raciones de pan y de carne; los gobiernos de aquellos países eran constantemente advertidos por Berlín de que sus respectivos pueblos aún estaban comiendo en demasía en la opinión del Reich. (Shub, 1943)

Más allá de ese acaparamiento de la producción, el Reich tornaba aun más difícil la situación alimentaria de aquellos pueblos, tomándoles constantemente la mano de obra agrícola, con la exigencia del envío de brazos para las fábricas de Alemania. Envío que se hacía bajo la presión de la Gestapo y con todas las variantes de tragedia relatadas después, con amargo realismo, por el escritor rumano Virgil Georghiu, en su terrible libro *La hora veinticinco*. En aquella Europa, así saqueada por los langostas nazis, devastada por las bombas, paralizada por el pánico, minada por la quinta-columna, por la desorganización administrativa y por la corrupción, el hambre se fue instalando a gusto en su nuevo imperio, y la casi totalidad de las poblaciones europeas pasó a vivir como en una especie de campo de concentración. Toda Europa no pasaba de un vasto y sombrío campo de concentración. En verdad, los alimentos racionados de las poblaciones civiles poco diferían de los verdaderos campos de horrores de los campos de Bergen-Belsen o de Büchenwald. Eran regímenes de menos de 1.000 calorías diarias, compuestos casi exclusivamente de papas podridas y de pan de mala calidad. Tan tremenda escasez de víveres dio lugar al nefasto mercado negro, por el cual los que aún disponían de algunos recursos, procuraban obtener otros productos para hacer más soportables sus raciones de miseria. Es claro que los mercados negros funcionaban casi siempre con la complacencia o conveniencia de las tropas de ocupación y con productos sacados de las reservas militares de esas tropas. Nacido con la ocupación, estimulado por la propia Gestapo (Debrê-Bridel, 1947), el mercado negro constituía, también, una forma de saqueo organizado contra la economía privada de los pueblos subyugados por la tiranía nazi. Pero aun con el mercado negro funcionando a todo vapor, como en Francia, donde la hacienda pública llegó a perder más del 50% de sus rentas, el pueblo continuó pasando terribles privaciones y exhibiendo cada día con más evidencia, las señales inconfundibles del hambre. Poco tiempo después de la invasión, la alimentación racionada de Polonia era de 700 a 800 calorías por día, lo que llevó al pueblo polaco “a comer perros, gatos y ratas, y a preparar sus sopas con la piel de los animales muertos y con la corteza de los árboles” (Babicka, 1943). Es evidente que el estado físico de las poblaciones así alimentadas tenía que bajar a niveles lamentables. Los adultos presentaban pérdidas enormes de peso (del 10% al 30%), edemas de hambre, postración intensa e incapacidad para el trabajo. En las criaturas se producía una verdadera detención del crecimiento. Una misión científica de la FAO, que visitó Polonia después de la guerra, comprobó que la estatura de los niños era del 3 al 6% menor que antes de 1930 y que su peso era, por término medio, del 10% al 14% más bajo. Las anemias intensas, el bocio y el raquitismo en gran cantidad fueron otras manifestaciones del hambre, comunes en la Polonia ocupada por los alemanes. Terminado el conflicto, cerca del 70% de los niños y el 58% de las niñas presentaban señales de raquitismo de distinta intensidad (FAO, 1948d). Una de

las más graves consecuencias de la gran escasez de alimentos fue la pérdida de resistencia a las infecciones de todo orden. La tuberculosis tomó las riendas y, como uno de los caballos del Apocalipsis, comenzó a devastar el país entero. Al término de la lucha armada, se comprobó que el 80% de las criaturas polacas presentaba reacción positiva a la prueba de la tuberculina y que cerca de 15.000 criaturas eran portadoras de lesiones tuberculosas abiertas y diseminaban bacilos por todas partes.

El cuadro de hambre en Holanda era aún más negro que el de Polonia, principalmente en el último año de la guerra, en el invierno de 1944-1945. En otoño de 1944, los aliados libertaron el sur de Holanda y penetraron en el territorio alemán, dejando la parte septentrional del territorio holandés, donde están situadas las grandes ciudades de Ámsterdam, Rotterdam y La Haya, bajo el yugo germánico. En aquel período crítico, toda la circulación ferroviaria del país cesó enteramente, y las condiciones de alimentación llegaron al extremo de la penuria, bajando la alimentación media diaria (que en el año anterior era de 1.200 calorías) a cerca de 800 calorías. El consumo de proteínas animales caía prácticamente a cero. La cantidad de proteínas totales oscilaba entre 10 y 15 gramos y la de grasas caía bruscamente de 30 a 2,5 gramos diarios (Jonxis, 1946). Surgió, entonces, el hambre negra con los edemas generalizados, los estados de caquexia extrema y las diarreas del hambre. De las carencias vitamínicas clásicas, las que surgieron típicamente fueron las avitaminosis A. Por otro lado eran frecuentes las descalcificaciones de los huesos y las anemias acentuadas. Los edemas del hambre aparecieron con tan aterradoramente frecuencia que, en la época de la liberación de la referida zona el número de edematosos en Rotterdam llegaba a 40.000, en Ámsterdam a 30.000, en La Haya a 17.000 y en Haarlem a 15.000. En muchas otras ciudades, millares de pobres hambrientos exhibían sus caras hinchadas y deformes por esa ignominiosa marca del hambre (Stare, 1945). En aquellas condiciones, las cifras de mortalidad, que ya habían subido el 9% el primer año de la guerra y al 17% en el segundo, alcanzaron entonces niveles impresionantes, muriendo tanta gente que, como “escasease la madera para los cajones, largas filas de cadáveres eran amontonados en las iglesias” (Nord, 1947).

El estado desesperante a que el hambre llevó a las poblaciones del norte de Holanda durante aquel período puede ser bien valorado a través de la impresionante documentación fotográfica con que Max Nord compuso su libro titulado *Ámsterdam durante el invierno del hambre* y en cuya introducción se leen estas trágicas palabras:

Volvamos nuestros pensamientos a los meses del invierno de 1944-1945, cuando la parte aislada de Holanda Occidental vivía en amarga desesperación y en la mayor angustia, necesitando de alimento y de combustibles. Apuntamos aquí, realmente, los dolores, tristezas y amarguras de gente tan desesperada, tan hambrienta y tan aterrorizada, que no se acordaba (ni podía acordarse) de que millones de individuos en el mundo estaban sufriendo en la misma forma. El dolor por la pérdida de un hijo no disminuye por el hecho de que millones de hijos de otros hayan sucumbido en la misma ocasión. La paradoja es la siguiente: el pueblo está gobernado por cabezas y cerebros, pero vive por el corazón. He aquí por qué la bomba atómica tuvo que ser lanzada. He aquí por qué las Fuerzas Aliadas marcharon a Alemania dejándonos atrás sin alimentos y sin carbón, todo un largo invierno, bajo el yugo de los alemanes. (Nord, 1947)

Son enteramente verídicas las palabras de Max Nord, como son fieles sus fotografías. Son verdaderas, inclusive cuando afirma que millones de individuos, en otras partes del mundo, sufrían suplicios semejantes a los del pueblo holandés. Realmente, en Bélgica, en Noruega, en Dinamarca, en Italia, en Grecia y en otros países ocupados, surgían los mismos cuadros de hambre, en variados grados de frecuencia, pero siempre implacables, cobrando elevado tributo de vidas humanas.

Para terminar este cuadro impresionante del hambre en el continente europeo, nos resta, apenas, agregar un trazo que torna aun más sombrío su cargado aspecto. Este trazo representa la situación del grupo humano que, en todos los países ocupados, siempre sufrió más hambre que todos los otros grupos oprimidos: el de los judíos. El hambre constituía uno de los medios predilectos de los nazis, para el exterminio del pueblo judío: “los científicos alemanes estructuraron un plan de acuerdo con el cual el hambre lenta debería exterminar a la población judía de Europa, destruyendo en cierto tiempo a todos aquellos que hubiesen sobrevivido a los otros medios de destrucción” y la cosecha de muertos por este proceso fue decenas de veces más abundante que la obtenida con las cámaras de gases y con los pelotones de fusilamiento. La masacre de los judíos, durante el último conflicto, se efectuó especialmente por medio de esta terrible arma de guerra que es el hambre. Por el hambre y de los males, que de él nacen, como las pestes y las epidemias. A través de ciertos datos, que Boris Shub llama, con mucha propiedad, “estadística del hambre”, se puede tener una idea del evidente cataclismo que se desató sobre el pueblo judío. En el Ghetto de Varsovia perecieron, durante el año de 1941, cerca de 50.000 judíos, o sea un décimo de la población total, lo que significa “diezmo, en el sentido literal de la palabra” (Shub, 1943). En Bohemia-Moravia, el 14% de la población judía pereció en este mismo año. En Viena, la mortalidad de los judíos, en 1942, era diez veces más alta que la mortalidad de antes de la guerra. Son innumerables los casos que dan a conocer exactamente la tragedia de los israelitas en la Europa nazificada.

Mientras el continente entero se contorsiona por el hambre, el pueblo alemán conseguía mantener su estándar de alimentación en un nivel correspondiente al 90% del de antes de la guerra, hasta casi el término de la lucha (Klatt, 1950). Solo en el último año de guerra la alimentación de los alemanes bajó, primero, a 2.000 calorías y, después, a 1.600 y se tornó cualitativamente deficiente en los últimos meses de la guerra. Tales eran, en sus líneas generales, las condiciones de alimentación en Europa, cuando en 1945 terminó la Segunda Guerra Mundial.

El hambre, herencia del nazismo

La Carta del Atlántico, filmada en 1941 por las Naciones Unidas en la lucha común contra el nazismo contenía, entre sus puntos fundamentales, uno que se refería a la liberación de los pueblos de los regímenes de hambre: era el “Punto Tres”, enunciado como el de *Liberación de la necesidad*. Para que esa tercera liberación fuese realmente conquistada en el período crítico que debía seguir al término de la guerra, las Naciones Unidas inician rápidamente los planes de preparación para promover el

abastecimiento adecuado de alimentos en los países europeos, después de liberado el continente del yugo nazi. En 1943, el presidente Roosevelt convocó, en Hot Springs, una Conferencia de las Naciones Unidas para los Problemas de Alimentación y Agricultura. En ese cónclave fue lanzada la simiente de la Organización de Alimentación y Agricultura de las Naciones Unidas (FAO) que promovería una distribución más adecuada de víveres y trazaría los rumbos de una política mundial de alimentación. En aquel mismo año, era creada la Administración de las Naciones Unidas para el Socorro y la Reconstrucción (UNRRA, por las siglas en inglés de *United Nations Relief and Rehabilitation Administration*) con el objeto de llevar socorros a las víctimas de guerra, principalmente socorros de naturaleza alimentaria. Durante la guerra, EEUU, por medio de la UNRRA y de los créditos del plan de Empréstitos y Arrendamientos, suministró a países extranjeros cerca de 60 billones de dólares en bienes de consumo, principalmente en alimentos. De esos auxilios, cerca del 90% fueron distribuidos entre los países de Europa (Smith, 1949). Con el término del conflicto, se comprobó que las condiciones reinantes en el continente europeo eran trágicamente desfavorables a una rápida recuperación económica. Se comprobó, también, que ellas correspondían a las negras previsiones formuladas por lord John Boyd Orr al comienzo de la guerra, al afirmar:

Cuando las potencias del Eje sean completamente aniquiladas, las Naciones Unidas tendrán la fiscalización del mundo. Será un mundo en ruinas. En muchos países, las estructuras políticas, económicas y sociales estarán completamente destruidas; igualmente, en los países menos afectados por la guerra, estarán también muy dañadas. Y es obvio que ese mundo merece ser reconstruido. Tal tarea solo puede llevarse a cabo si las naciones libres, que se unieron ante el peligro común del dominio mundial de los nazis, procuraran permanecer unidas para cooperar en la construcción de un mundo nuevo y mejor. Pero no es fácil mantener las Naciones Unidas para los objetos de la paz después de ganada la última batalla. En el ardor de la victoria, las grandes potencias tenderán a pensar más en sus propios intereses nacionalistas e imperialistas que en la contribución para la causa común del mejoramiento del mundo. (Boyd Orr, 1943)

Uno de los más arduos problemas por enfrentar después de la guerra fue el de proveer de alimentos a aquella Europa despedazada y aniquilada por seis años de lucha. Varios factores habían determinado una sensible baja de la producción de alimentos y constituían grandes obstáculos para el resurgimiento de la producción. Entre los factores de ese colapso de la producción de alimentos en Europa se destacan: el decrecimiento de la productividad del suelo, por falta de abonos y fertilizantes, la reducción de las zonas de cultivo, la relativa escasez de mano de obra agrícola y la deficiencia de las herramientas y utensilios de cultivo. Actuando regularmente en conjunto, tales factores determinaron una baja de la producción agrícola, del 40% de los niveles de antes de la guerra. Ese decrecimiento se hizo aun más grave para el equilibrio de la economía alimentaria europea por el hecho de que la población del continente, a pesar de las pesadas pérdidas de vidas ocasionadas por el conflicto, había aumentado en ese período en cerca del 20%.

Aunque las destrucciones de la guerra fuesen mucho más intensas en los países de Europa Oriental que en la Occidental, fue en esta segunda parte del continente donde el fenómeno de la deficiencia alimentaria se presentó de más difícil solución, dada la más elevada densidad de su población, y dada la dependencia en que siempre vivió Europa Occidental de la importación de alimentos provenientes de Europa Oriental. Terminada la guerra, se encontró Europa Occidental en la más grave situación alimentaria de toda su historia. Algunos índices de la producción de sus alimentos básicos nos dan una idea clara de la angustia en que se vio esa región. Así, la producción de cereales había bajado el 50% en el período 1945-1946, con relación al período 1934-1938, la de la carne el 36%, la de la manteca el 30% y la de otros derivados de la leche el 57%; la de huevos el 37%, la de azúcar el 30% y la de papas el 25% (Duprat, 1948). Además, pronto se verificó la imposibilidad de contar con los países de Europa Oriental para suplir algunos de esos déficits más alarmantes, ya que los intereses de las dos grandes potencias que se apoderaron de la fiscalización económica del mundo —EEUU y la URSS— se oponían a los trueques comerciales entre los dos mundos de sus respectivas influencias.

Las potencias occidentales, considerando que el comercio de Europa Occidental con la parte oriental no representaba, antes de la guerra, sino el 15% de los cambios totales del Oeste, desestimaron la importancia de los mismos, pero hoy reconocen que la barrera de la cortina de hierro para los trueques comerciales entre las dos Europas constituye uno de los más graves obstáculos para la recuperación económica del continente (Chomel, 1950). Y fue esta una de las razones de la lentitud con que mejoró la trágica situación del hambre de Europa Occidental, en el período posterior a la guerra. Antes del conflicto, los países del oriente europeo suministraban al occidente grandes cantidades de cereales y otros productos alimenticios, a cambio de productos industriales. Durante la guerra, Alemania retiró de aquellos países grandes cantidades de alimentos, para el consumo de sus tropas. Por eso, terminado el conflicto, los países orientales iniciaron una política de elevación de su nivel de vida, promoviendo la expansión de su consumo interno. Además de eso, alegando que el Plan Marshall, puesto en ejecución en los países de Europa Occidental, en una de sus cláusulas, prohíbe la exportación para el oriente europeo de los productos clasificados como estratégicos, los países orientales atribuían a tal cláusula la paralización de los trueques comerciales Oriente-Occidente europeos y se negaban a vender sus productos agrícolas a la Europa industrial. Bajo la presión de esos factores adversos surgidos de la guerra y, además, por la fatal coincidencia de que los años que siguieron a la paz, 1946 y 1947, estuvieron sujetos a graves sucesos meteorológicos —sequías y heladas que dañaron en gran modo las plantaciones— Europa continuó por mucho tiempo luchando entre las garras del hambre, después de ganada la última batalla, y a pesar de los tremendos esfuerzos de las autoridades encargadas de la política de rehabilitación y reconstrucción de Europa.

En cada región europea, el fenómeno del hambre posterior a la guerra tomó aspectos peculiares; pero en Alemania el fenómeno asumió aspectos más graves y de más difícil solución. Cuando el Supremo Comando de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas tomó posesión de la Alemania vencida, se consideró en condiciones

de abastecer a las poblaciones germánicas, manteniéndolas en un nivel de consumo reducido al mínimo esencial, con los recursos alimentarios locales. Este mínimo fue establecido en cerca de 2.000 calorías, pero pronto las autoridades encargadas del abastecimiento verificaron que las reservas alimentarias del país estaban lejos de permitir tal nivel de alimentación y fueron obligados a reducirlo a 1.550 calorías diarias, para el consumidor normal. Ese régimen restringido fue, entonces, considerado como el mínimo indispensable para la mantención de la salud en un estado de emergencia, durante un corto plazo no excedente de 6 meses. Pero las contingencias económicas llevaron a las autoridades a mantener en tales niveles de alimentación, y aun en niveles más bajos todavía, los padrones de alimentación de Alemania, durante cerca de 3 años, después del término de la guerra (Klatt, 1950). En el segundo año de la ocupación, en 1946, la situación, en lugar de mejorar, se tornó aun más grave, la ración media cayó en la zona británica y en la estadounidense, a 1.000 calorías diarias y, en 1947, a 800 calorías diarias. Además, ese insuficiente total calórico, correspondiente a apenas un tercio de las necesidades fisiológicas comunes, era suministrado casi exclusivamente por pan y papas, con extrema escasez de las demás sustancias alimenticias. Así el consumo de los alimentos protectores descendió a niveles extremadamente peligrosos para la salud de la colectividad. El consumo diario de proteínas bajó a cerca de 28 gramos, de los cuales apenas 5 gramos eran de origen animal y el de grasas no pasaba de 5 gramos, cuando son necesarios normalmente entre 40 y 60 gramos por día, para el equilibrio de la salud. Los suplementos vitamínicos y de sales minerales también eran extremadamente escasos; de ahí las variadas formas de carencias observadas en Alemania en aquel período de posguerra.

La situación alimentaria en Alemania se tornó tan dramática, que el pueblo alemán comenzó a sospechar y murmurar por todas partes que el hambre allí reinante era mantenido a propósito por los aliados por instinto de venganza, y como uno de los elementos integrantes del plan de exterminio de la raza alemana. Llegó, así, para los alemanes la hora en que sufrieron privaciones idénticas a las sufridas durante la guerra por los pueblos oprimidos por ellos; y por esto no es de extrañar que formularan en ese momento contra los aliados, las mismas acusaciones que contra ellos formularon los judíos, los polacos, los yugoslavos y otros “pueblos inferiores” sometidos al castigo del “hambre organizada”. El Comité de Médicos Alemanes envió, en setiembre de 1947, a la Segunda Conferencia de las Naciones Unidas para Alimentación y Agricultura, un memorándum sobre la situación alimentaria en Alemania, para ser sometido a la consideración de la Conferencia. En ese impresionante documento presentó aquel Comité datos probatorios de la desesperante situación del país en materia de alimentación, y de las deplorables condiciones de nutrición del pueblo, y formuló un llamado insistente para que el mundo tomase providencias en el sentido de impedir la destrucción total del pueblo alemán por el hambre. Hay en el referido documento, que fue presentado al Comité Consultivo de Nutrición, al cual tuvimos el honor de pertenecer, el mismo tono de protesta, ansiedad y desesperación, que en el documento elaborado en 1943 por Boris Shub, dando cuenta del hambre generalizada de los otros pueblos de Europa bajo el

dominio de las hordas germánicas. El documento del Comité de Médicos Alemanes comienza con las siguientes palabras:

...los médicos alemanes apelan a la conciencia del mundo en el sentido de que no se tolere por más tiempo la alarmante declinación de la salud del pueblo alemán. La mayoría de este pueblo está viviendo con un tipo de alimentación que contiene cerca de un tercio del mínimo de alimentos prescritos por los técnicos internacionales. Aun las raciones de los trabajadores de las industrias pesadas llegan apenas a mantenerlos vivos, pero son siempre insuficientes para que los hombres realicen el trabajo que de ellos se debe exigir. El estado de desnutrición crónica reinante produce acentuada reducción de la capacidad física y no solo disminuye la eficiencia del pueblo germánico, sino que también afecta extremadamente la capacidad intelectual y la estructura económica del pueblo... Los médicos alemanes levantan su voz amonestadora contra las inevitables consecuencias del hambre crónica y los peligros potenciales, no solamente para el pueblo directamente afectado, sino también para los patrones de moral y para la seguridad del resto del mundo. (FAO, 1947)

Después de describir las variadas manifestaciones del hambre reinante en Alemania: los edemas de hambre, las formas caquéticas con pérdidas de peso de los adultos que algunas veces alcanzan a 45 kg y otros síntomas y señales de la variada gama de la “enfermedad del hambre”, los médicos alemanes terminan su documento con las siguientes palabras:

Nosotros, los médicos alemanes, sentimos el deber de llamar la atención del mundo entero hacia el hecho de que lo que ahora está pasando en Alemania, es lo más opuesto a la *educación para la democracia*, que se nos prometió; en verdad, constituye un germen de destrucción de los fundamentos biológicos de la democracia. Lo que estamos testimoniando es la destrucción de la materia física y espiritual de una gran nación, y nadie puede eludir su responsabilidad por tal hecho sino haciendo todo lo posible para socorrer y ayudar.

Los médicos alemanes producían de este modo en el pueblo germánico la impresión de que había un plan de “hambre organizada” por los aliados, para exterminar al enemigo vencido.

Estudiando la situación económica del mundo en aquellos dramáticos años de 1945, 1946 y 1947 se comprueba, no obstante, que los aliados no concibieron nunca ningún plan de exterminio de la raza alemana por medio del hambre. Se comprobó que la escasez de alimentos a que fue sometida Alemania en aquel período de posguerra era apenas una consecuencia natural de la destrucción de la guerra y del desmantelamiento de la economía mundial surgida de la guerra. No encontrando en Alemania reservas de alimentos suficientes para abastecer el país, solo sería posible a los aliados obtener un nivel de consumo alimentario tolerable, por encima de la línea del hambre, por la importación en gran cantidad de alimentos producidos en EEUU, país que duplicó su producción de cereales durante los años de guerra. Pero es preciso tener en cuenta que, al cesar las hostilidades en Europa, había varios

otros países aliados y no enemigos de EEUU (pues a su lado se habían batido por la causa común de la liberación de Europa) cuyas condiciones de alimentación eran mucho peores que las reinantes en Alemania: países devastados por la guerra y con sus poblaciones que morían de hambre, como Bélgica, Holanda, Francia, etcétera. Es evidente que esos países debían tener prioridad sobre Alemania, para recibir la ayuda de alimentos que América del Norte podía dar a Europa. Y EEUU, procediendo así, poco sobra para ayudar a Alemania.

En cuanto al agravamiento de la situación alimentaria ocurrida en 1947, ello se explica como consecuencia directa de la sequía del año anterior, que hizo bajar en extremo el rendimiento de las cosechas, no solo en Alemania, sino en casi toda Europa.

Se debe reconocer no obstante que si los aliados nada podían hacer, en principio, para luchar contra la epidemia del hambre diseminada por Alemania en el continente europeo, y que acabó contaminando el propio territorio germánico, podían con todo, utilizar medidas para apresurar la recuperación económica de Alemania y acortar el período de angustia alimentaria de posguerra. Pero poco o nada hicieron los aliados en ese sentido. En verdad, la política administrativa adoptada por ellos en Alemania, en lugar de aminorar la situación de miseria alimentaria reinante, contribuyó a agravarla y prolongarla sobremanera. Observando la inhabilidad política y los errores administrativos de los aliados en Alemania, el escritor estadounidense William Henry Chamberlin afirmó: “a la peor guerra del mundo sucedió la peor paz del mundo” (Chamberlin, 1947). Y otro escritor también estadounidense, el corresponsal de guerra Howard K. Smith, declaró sin ambages que “la historia de la ocupación aliada en Alemania es una larga, irritante y compleja tragedia de errores, apenas mitigada, algunas veces, por algún acto de inteligencia constructiva” (Smith, 1949). Varios de estos errores repercutían duramente sobre la situación alimentaria de los alemanes. El primero de ellos fue la división del país en diferentes zonas de ocupación, funcionando económicamente como compartimientos estancos. Nada podía ser más nocivo en aquel país integrante de un continente cuya circulación económica sufre, hace largos años, las duras restricciones impuestas por 20.000 kilómetros de barreras aduaneras (Galín, 1950) que el crecimiento de esas barreras en varios millares de kilómetros, dentro de su propio territorio. La línea divisoria entre la Alemania Oriental, de ocupación rusa, y la Occidental, ocupada por las potencias de Occidente, creó, desde luego, un terrible problema para el abastecimiento de esta segunda parte del país, acentuando su déficit de producción alimentaria. Antes de la guerra, mientras la producción agrícola de la zona oriental del país proveía, por término medio, 2.400 calorías diarias per cápita, la producción de la región occidental apenas alcanzaba a 1.700 calorías diarias. De los territorios situados al este del Oder, se traían anualmente cerca de un millón de toneladas de cereales, medio millón de toneladas de papas y un cuarto de millón de toneladas de azúcar, para atenuar la gran eficiencia alimentaria de la zona más industrializada del oeste alemán. Ahora, este refuerzo alimentario fue totalmente suprimido por el plan de ocupación de Alemania. Además, la ocupación de Alemania Occidental, como se hizo inicialmente en tres fajas territoriales administradas respectivamente

por EEUU, Inglaterra y Francia, agravó aún más la situación, puesto que vio entorpecida la libre circulación de los productos, en una zona de estructura económica multiforme. La zona más sacrificada desde este punto de vista, fue la de ocupación británica, por ser la más densamente poblada (cerca de 23 millones de habitantes) y de menor producción agrícola, por tratarse de una región muy industrializada, como es la cuenca del Ruhr. La producción agrícola de esta zona no alcanzaba más que el 40% de su necesidad de alimentos, siendo preciso importar mensualmente 100.000 toneladas de alimentos para completar el abastecimiento de las necesidades mínimas de sus poblaciones (Chardonnet, 1947).

Otro grave error político de los aliados, en los primeros años de la ocupación, fue la adopción del plan de desmantelamiento industrial de Alemania, de limitación drástica de sus industrias pesadas, forzando al país a mantener su economía sobre la base de las industrias livianas, la agricultura y la exportación de materias primas. Esa tentativa de “pasteurizar” a Alemania, de acuerdo con el Plan Morgenthau, contemplaba el desarme industrial de aquella nación guerrera, y el desenvolvimiento de las industrias agrícolas y pacíficas. Por su aplicación debía reducirse en un 50% la producción industrial alemana, obteniéndose, con todo, utilidades exportables, correspondientes a 3 billones de marcos, con los cuales serían cubiertas las importaciones necesarias para la vida del país. Pronto se comprobó la imposibilidad de equilibrar la economía germánica con tales limitaciones de la producción industrial. Fueron los ingleses los primeros en sentir el peso económico de la manutención de su zona de ocupación, en un régimen tan drásticamente deficiente. Necesitando importar alimentos por valor de 130 millones de libras por año, la zona británica, con su exportación reducida al carbón, la potasa y las maderas, apenas recuperaba cerca de 50 millones y quedaba un déficit de 80 millones para ser cubierto por el gobierno británico. En la zona estadounidense, mientras las importaciones llegaban a 50 millones de dólares, las exportaciones no llegaban a los 2 millones. Tales verificaciones fueron decisivas para determinar la modificación de esa errada política de excesiva limitación de las industrias en un país predominantemente industrial, como siempre fue Alemania.

Actitud de graves consecuencias económicas fue también la adoptada por las potencias aliadas en lo que se refiere a la política agraria, cuando se negaron, en un comienzo, a llevar a efecto una reforma saneadora en el país y lo hicieron solo tardíamente y en forma ineficaz. Los rusos, en seguida, después de la rendición de las tropas alemanas, dieron comienzo a una política de expropiación de las tierras, confiscando todas las propiedades de más de 230 acres de extensión, así como las de los jefes nazis y de los criminales de guerra. Como más de un tercio de las propiedades de Alemania Oriental disponían, entonces, de más de 250 acres, la ley tuvo amplio efecto, redistribuyendo a través de las Comisiones de Tierra, en lotes pequeños, el suelo de 7.000 latifundios y de 3.300 estancias de criminales de guerra, en un total de 7,5 millones de acres. Así se constituyeron 500.000 nuevas propiedades pequeñas de 2 a 20 acres de extensión. El punto débil de esta radical reforma agraria, realizada un tanto apresuradamente, fue la extrema división de la tierra, que originó propiedades excesivamente pequeñas, las cuales, en opinión de los que condenan

la reforma, eran “demasiado grandes para morir en ellas, pero demasiado pequeñas para vivir de ellas” (Klatt, 1950). En contraste con esa rápida acción de los rusos, vemos que las potencias occidentales permanecieron mucho tiempo en perjudicial indecisión ante la política agraria que debían seguir, lo que retardó mucho la recuperación agrícola de la región. Por la necesidad de contemperizar con las fuerzas políticas de derecha, para hacer con ellas frente a la amenaza del comunismo reinante en Alemania Oriental, las potencias de Occidente se sintieron en dificultades para señalar un plan de reforma agraria. El principal argumento contra tal iniciativa se basaba en el hecho de que cuatro quintos de las grandes propiedades de Alemania se concentraban en la zona oriental del país, bajo la ocupación rusa, no habiendo, pues, necesidad de redistribución de tierras en la zona occidental. Veamos cómo se expresa, acerca de esa actitud política de los aliados, el observador internacional Werner Klatt, que estudió a fondo el problema de la alimentación y de la agricultura en la Alemania de posguerra:

En estas circunstancias, las autoridades aliadas responsables de la zona occidental de Alemania tendían a considerar la reforma agraria como medida inoportuna, capaz de retardar la recuperación de aquella economía perturbada y aquella sociedad inestable. Ahora puede parecer que una rápida decisión hubiera sido mejor que años de indecisión, pero en aquella oportunidad, la acción dura de los rusos y comunistas en la zona oriental tendía a debilitar la posición de los aliados y de los alemanes, en favor de la reforma agraria en la zona occidental y fortalecer el papel de aquellos que, por cualquier razón, estaban de parte del mantenimiento del *statu quo*. Las leyes agrarias surgidas de esa situación representan un ajustamiento, no muy feliz, de esos puntos de vista diametralmente opuestos. (Klatt, 1950)

Solo un año después que los rusos hubieran llevado a cabo la reforma agraria en Alemania Oriental, anunciaron los estadounidenses una reforma extremadamente moderada. Reforma que consistía en la expropiación, por el Estado, de cierta cantidad de tierra de las grandes propiedades, cantidad que oscilaba entre el 10%, en el caso de propiedades de 250 acres, hasta el 90%, en el caso de latifundios de más de 3.550 acres. De este modo, el mayor latifundio del país, con 12.000 acres, fue reducido a 1.900 acres, lo que constituye, aún, un enorme latifundio. La reforma estadounidense no imponía, en caso alguno, como la rusa, la expropiación total de la tierra. En setiembre de 1947, el gobierno militar de la zona británica también promulgó su reforma, de acuerdo con la cual nadie podía poseer más de 375 acres de tierra. La reforma agraria en la zona francesa se hizo en 1947, correspondiendo a un número pequeño de latifundios de más de 375 acres. Analizando esa política agraria lenta y un tanto desorientada de los aliados, política manifiestamente influida por los partidos más conservadores de derecha, el citado escritor Werner Klatt concluye así sus consideraciones en torno del asunto:

Allí está la razón por la cual la táctica retardada de los partidos de extrema derecha en la zona occidental es tan lamentable como la reforma precipitada y mal pensada de los comunistas, en la zona oriental. Una política agraria

realista contribuirá sobremanera a la solución de algunos de los problemas más difíciles de la Alemania actual; pero, sin esto, encontrarán los extremistas camino fácil para provocar, sin obstáculos, un nuevo desastre político y económico, en el futuro. (Klatt, 1950)

Todos estos errores y otros, acumulados, hicieron que la situación alimentaria de Alemania permaneciese desastrosa hasta 1949. Solo entonces, después de la reforma monetaria que subsanó en parte los más graves inconvenientes de la inflación, la situación fue tendiendo a normalizarse.

Pero no fue solo en la Alemania derrotada donde el hambre instaló su cuartel general europeo en la posguerra. También en el campo de los vencedores, en los países aliados, con derecho a reparaciones, las condiciones de alimentación continuaron en estado lamentable, mucho tiempo después de obtenida la paz. Un ejemplo típico es el caso de Francia. La guerra, la ocupación y la liberación de ese país provocaron condiciones extremadamente desfavorables para su abastecimiento alimentario de modo que Francia continuó, mucho tiempo después de la liberación, pasando hambre, y sangrada vergonzosamente por la corrompida organización del mercado negro. Su recuperación agrícola encontró serios obstáculos; entre ellos el pésimo estado en que dejaron sus campos de cultivo y la falta absoluta de material agrícola mecanizado. La falta de fertilizantes alcanzó un grado terrible, cayendo el consumo de esos elementos indispensables para la vida del campo, de 4 millones de toneladas en 1939, a apenas un cuarto de millón de toneladas en 1945, o sea, cerca del 6% del total de antes de la guerra. La falta de mano de obra agraria también fue sensible en el país, pues, conforme a datos del Ministerio de Agricultura, desde 1938 a 1945, 100.000 agricultores dejaron definitivamente sus tierras. Además, durante la guerra, 400.000 agricultores fueron hechos prisioneros y 50.000 fueron muertos, descalabrando sobremanera el trabajo agrícola. Con la tremenda parálisis de la producción y la absoluta falta de recursos financieros para adquirir afuera los alimentos de que carecía, Francia tuvo que atravesar largos ocho años de angustia alimentaria, después de la guerra. Solo con la ayuda del Plan Marshall pudo salir de su asfixia económica y pudieron sus poblaciones volver, poco a poco, a un régimen alimentario más tolerable. Queda por saber si, suprimidas las ayudas de ese Plan, en el próximo año, podrá el país encontrar, en sus propios recursos económicos, capacidad para sobrevivir en un nivel de vida adecuado. Es verdad que sus índices de producción industrial ya sobrepasaron los de antes de la guerra, pero hay quien afirma que esa expansión de la industria francesa no traduce una salud económica integral, en vista de la falta de circulación económica adecuada en el continente europeo. Esta es la opinión de un grupo de autorizados investigadores del llamado Movimiento de Economía y Humanismo de Francia, opinión expresada en las siguientes palabras:

...los índices de producción no dan idea exacta de una situación económica. Se presentan hipertrofiados por la expansión de las industrias de energía y de las industrias que trabajan para la reconstrucción. Una situación económica solo es saludable por el equilibrio del intercambio entre las distintas ramas de la producción y entre las naciones, y es en este punto donde la

actual situación parece particularmente difícil. El optimismo de los iniciadores del Plan Marshall y de los firmantes del informe general del Comité de Cooperación Económica Europea, que pensaban o declaraban pensar que, por la vuelta a la libertad de los trueques, el circuito económico del conjunto se restablecería, se encuentra hoy bien disminuido. El apoyo americano, aun insuflando substancia necesaria, no restablece las canalizaciones. Los trueques intereuropeos permanecieron muy por debajo de las previsiones. Los trueques entre Europa y el mundo no encontraron equilibrio entre las transacciones de venta y de compra. No es que las necesidades de los pueblos estuviesen satisfechas o que faltasen mercaderías, sino que el dinero no pudo desempeñar su papel universal, puesto que los países de moneda fuerte, no aceptando más los riesgos y sin comprender las exigencias de la solidaridad internacional, se negaban a ser pagados con moneda débil. Cálculo de corta visión, que torna imposible la vuelta del equilibrio económico al mundo. (*Le Diagnostic Économique et Social*, 1949)

En otros países de Europa Occidental, la situación de posguerra se va desarrollando con los mismos obstáculos, los mismos sobresaltos y las mismas dificultades, a pesar de todos los esfuerzos realizados para la obtención de la tan complicada integración económica del continente, asunto predilecto de economistas, políticos y diplomáticos de las Naciones Unidas y sin la cual parece difícil la solución del problema del abastecimiento regional. Cada país procura, aisladamente, salir del círculo de sus privaciones, a través de medidas salvadoras: es el caso de Inglaterra, que prescribe una política de alimentación estrictamente reglamentada de acuerdo con las necesidades biológicas individuales; es el caso de Holanda, que procura conquistar nuevas tierras al mar, para ampliar la superficie cultivada del país, sin alcanzar uno solo de ellos el bienestar deseado, principalmente los niveles de vida con que los estadounidenses causan envidia al mundo, creando por todas partes, una especie de resentimiento; pero, al mismo tiempo, un germen de esperanza de que a través de la *productividad individual* esos niveles puedan ser alcanzados en otras regiones de la tierra. Lo máximo obtenido hasta ahora por los países europeos es un estado de equilibrio precario, de una economía de emergencia, a la espera de soluciones aún desconocidas. Cuando Holanda planeó y realizó gigantescos trabajos de terraplamiento en el golfo de Zuiderzee, lo que le permitió, por la construcción de *polders* la incorporación al territorio nacional de cerca de 500.000 acres de tierra, o sea, el 7% del área total del país, en los cuales sería posible establecer una producción agraria para abastecer a 300.000 personas (Brown, s/f), con ello poco desahogo obtuvo el país, considerando que el aumento anual de su población alcanza a 100.000 personas y que la pérdida del Imperio holandés en el Extremo Oriente retiró de la nación apreciables recursos alimentarios.

El milagro realizado por Inglaterra de sobrevivir al hambre durante la guerra y equilibrarse en la posguerra fue resultado de la vieja experiencia de aquel pueblo insular. De acuerdo con los estudiosos de los problemas agrícolas de Gran Bretaña, el sueño de los viejos agricultores ingleses fue siempre una “buena guerra”. Así explica esta aspiración el economista inglés F. W. Bateson:

El sueño de los viejos agricultores ingleses era *Una buena guerra*. Una guerra podía, en realidad, llenar la bolsa del agricultor. La experiencia de las guerras napoleónicas, cuando el trigo subió de 40 S. a más de 120 X. por *quarter* y la cebada, de menos de 20 S. a más de 60 X., encontró amplia confirmación en la guerra de 1914-18. Una guerra que fuese guerra (para distinguirse de un simple “episodio” como la guerra de los Boers) estimulaba la demanda, aunque restringiendo el sobrante. Por otra parte, había más dinero en tiempo de guerra y el pueblo sentía hambre, porque trabajaba más; además, los alimentos importados eran escasos y caros debido a los riesgos del transporte, y los precios de las mercaderías inglesas, sin la presión de la competencia extranjera, alcanzaban nuevos y auspiciosos niveles. (Bateson, 1946)

La última guerra colmó las medidas de la agricultura inglesa y, si no llenó la bolsa de los hacendados, sirvió para abarrotar los almacenes bajo el control del Ministerio de Agricultura, con grandes reservas de alimentos producidos en las islas británicas. Con todo, la situación alimentaria, aunque manteniéndose tolerable, estaba lejos de alcanzar el nivel deseado para el bienestar del pueblo británico.

Todas las esperanzas de esa vieja Europa, que hoy “desde el punto de vista económico, no es más que la sombra de sí misma” (Chardonnet, 1947), residen en la posibilidad de un mejor entendimiento entre los países del continente y en la formación de una federación europea. Por desgracia, las profundas divergencias de posguerra entre la Unión Soviética y las grandes potencias occidentales, principalmente EEUU, impiden, por el momento, la posibilidad de que tal federación pueda abarcar todos los países de Europa, de que sea esta, en realidad, una federación paneuropea como fue ideada, en principio, en 1922, por el estadista austriaco Condenhove-Kalergi, tornándose apenas en una federación de los países de Europa Occidental. A pesar de todos los esfuerzos realizados en el sentido de obtener alguna cosa concreta, aún estamos lejos también de la unidad económica de los países de Europa Occidental, lo que, hasta cierto punto, decepciona mucho a la opinión pública estadounidense, que querría ver una Europa unida y capacitada para vivir sin ayuda del Plan Marshall, tan gravoso para el contribuyente estadounidense. El estadista belga Paul Henry Spaak, que tanto ha trabajado para la realización de ese sueño de los Estados Unidos de Europa, procura justificar el relativo fracaso del proyecto, por las dificultades reales que se oponen a la realidad económico-social de Europa.

En estos últimos años, se afirmó en un gran número de conferencias que la prosperidad de determinado país depende de la prosperidad de otros; pero, una cosa es aceptar esa aseveración, en principio, y otra, aceptar, en la práctica, sus consecuencias inmediatas. Europa debe ser reconstruida: pero reconstruir a Europa significa en principio herir ciertos intereses legítimos. Puede significar, originar el desempleo en algunos lugares, durante cierto tiempo. Puede significar la ruina de ciertos individuos y de ciertos grupos. Para crear un nuevo equilibrio en Europa, tenemos, primeramente, que destruir el antiguo. Las complicaciones de ese principio son formidables y los que no se dan cuenta de esas complicaciones o niegan la importancia de estas, dificultan aún más la solución del problema. En realidad, tal actitud podrá conducir a amargas decepciones por todas partes. (Spaak, 1950)

Y a continuación muestra Spaak cuánto tiempo se perdió, cuántas dificultades fue preciso vencer para que se organizase la unión aduanera de apenas tres pequeños países europeos, de economías hasta cierto punto complementarias: Holanda, Bélgica y Luxemburgo, dentro de la Unión Económica del *Benelux*. Imagínese lo que será el juego de intereses contradictorios de casi dos decenas de países, que luchan para mantener varios de sus privilegios visiblemente perjudiciales para el equilibrio económico del conjunto.

Al mismo tiempo que la industrializada Europa Occidental, con su estructura económica visiblemente disminuida y desequilibrada por la gran densidad de su población, su grave deficiencia agrícola, sus grandes centros manufactureros desprovistos de varias materias primas, se vuelve hacia EEUU a la espera de que allí se produzcan nuevos milagros para su supervivencia económica, la Europa Oriental agrícola, vuelta hacia el Asia y ligada económicamente a la esfera de influencia de la Unión Soviética, busca nuevos rumbos para la solución de sus también graves problemas (Gatheron, 1942).

Detrás de la cortina de hierro

Creada por el doctor Goebbels poco antes del término de la guerra, y puesta en circulación por Churchill en la posguerra, la expresión “cortina de hierro” se divulgó por el mundo entero. Procura esta expresión traducir la impenetrabilidad de la más rígida frontera del mundo, la que divide la tierra en dos hemisferios económicos y separa a Europa en dos “compartimientos estancos, sin mutua cooperación”.

De este lado de la *cortina* se encuentran los países a cuya situación acabamos de pasar revista; del otro lado, las repúblicas populares, políticamente estructuradas en moldes socialistas. La verdad es que estas dos Europas siempre fueron muy diferentes una de otra; siempre contrastaron en sus características, pero siempre se completaban en sus dos economías. De las dos partes, la oriental fue siempre la más pobre y la más atrasada, intensamente impregnada con las tradiciones de un feudalismo agrario que mantenía las masas campesinas en un estado muy próximo a la servidumbre de los tiempos medievales. Howard K. Smith describe así, en líneas generales, la Europa Oriental de antes de la guerra:

La mitad oriental de Europa ha sufrido de pobreza crónica, atraso y acentuado feudalismo de concepciones y tradiciones, aun en los puntos donde la reforma agraria data ya de una generación. Con excepción de Checoslovaquia y de Finlandia, esa parte de Europa jamás conoció la democracia y, sin una gran clase media o sin ciertas concepciones sociales, considerable riqueza nacional, el liberalismo nunca echó raíces entre las poblaciones campesinas, predominantemente pobres. (Smith, 1949)

Sobre estos países tradicionalmente desorganizados y crónicamente fallidos, la guerra se abatió con fragor y provocó un aniquilamiento sin paralelo en la historia del mundo. Los daños y las pérdidas de la Europa Oriental fueron proporcionalmente

dos veces mayores que los de Europa Occidental, en la última guerra. Es bueno que se presenten algunos números que demuestren este descalabro de la guerra, en aquella región del mundo. En vidas humanas las mayores pérdidas de la guerra fueron, proporcionalmente, las de Polonia y de Yugoslavia, que alcanzaron, respectivamente, el 20% y el 17% de sus poblaciones. En cuanto al Occidente, Holanda perdió el 2,2%, Francia el 1,5% e Inglaterra el 0,8%. Calculándose el valor de las destrucciones per cápita sobre la base del dólar de 1938, la Comisión encargada del Problema de las Reparaciones, llegó a los siguientes cálculos: en Polonia las destrucciones alcanzaron 2.118 dólares por individuo; en Yugoslavia, 1.813; en la Unión Soviética, 1.525; en Alemania, 1.481 y en Francia 1.074 (*Études et Conjonctures*, 1947). De los 30 millones de individuos muertos en la guerra, 25 millones habitaban en la zona oriental de Europa. Considerando el atraso medio de la región y el arrasamiento impuesto por la lucha armada con los dos gigantescos ejércitos, el alemán y el ruso, que hacían de esas tierras campo de maniobras de sus terribles embestidas y retiradas, no es de extrañar que, terminado el conflicto, estos países se encontrasen al borde del abismo económico, con la economía despedazada y los sobrevivientes de sus poblaciones gravemente amenazados por una epidemia de hambre.

En esta atmósfera de angustia y de necesidad, los siete países denominados hoy satélites de Rusia, dieron comienzo a sus planes de reconstrucción económica, para escapar del cerco implacable del hambre y de la destrucción definitiva. De estos planes siempre participaban las reformas agrarias, el incremento de la producción, la industrialización en gran cantidad y la elevación de los niveles de vida de las poblaciones. Poniendo en juego una serie de factores ligados al momento político mundial, los jefes soviéticos dirigieron los rumbos de aquellos países hacia el régimen de progresiva colectivización de la riqueza. Y la verdad es que esa política socializante no encontró grandes resistencias locales, puesto que las masas, despojadas por el feudalismo agrario y por los partidos políticos opresores, habiendo llegado hasta el régimen fascista, recibieron con grandes esperanzas el advenimiento de una nueva era económica que les prometía, ante todo, la mejora de sus condiciones de vida. Condiciones de vida que en aquel trágico momento habían descendido al nivel ínfimo de toda la historia de la región. Además, como muy bien acentúa Lourival Fontes en el análisis espectral que hace de Europa, en su libro *Hombres y multitudes*, los alemanes habían abierto el camino para la fácil implantación del nuevo orden económico:

En los países del este europeo los alemanes fueron los heraldos y los aliados naturales. La ocupación destruyó la riqueza privada o llevó, en la retirada, los restos del viejo orden. No había más ciudadelas que tomar, ni privilegios que suprimir, ni tentativas de restauración que temer o que desafiar. La extensión y la consolidación del poder comunista, encontrando limpio y desembarazado el terreno de conquista, debía dirigirse a otras tareas, otras razones y otras incompatibilidades. Las energías, los esfuerzos válidos, las reservas de capacidad, el trabajo libre o reclutado, los instrumentos de la técnica, los recursos, el equipamiento y las disponibilidades fueron entonces convocados y dirigidos como en una emulación olímpica, para saludar la aurora del socialismo y sus mensajes, promesas y magnificencias

de innovación y de renovación. Los sueños maravillosos, las prodigalidades exageradas y las fantasías extravagantes inspiran la ambición, la teatralidad y la megalomanía. No son, por eso, la arrogancia, el orgullo, la megalomanía o la exageración, sino las adquisiciones, los progresos y las realizaciones, las que reclaman y exigen la neutralidad del testimonio. Las repúblicas populares enfrentaron los mismos problemas, las mismas dificultades y ensayaron uniformemente las mismas soluciones: el planeamiento económico, la intensificación industrial, la reforma agraria, el aumento de la producción, la elevación en un tiempo acelerado. Ése es el lado positivo y constructivo. Los resultados hablan como argumentos. (Fontes, 1950)

Siendo el objetivo central de esta política socialista la elevación de los niveles de vida, y siendo su componente más importante la alimentación, las repúblicas socialistas trataron de promover reformas agrarias, que hiciesen posible un aprovechamiento más racional de la tierra y un consecuente aumento de la producción agrícola. Aumento que no constituía una utopía ante la realidad de los procedimientos de cultivo rutinarios y precarios hasta entonces usados en las regiones. En países como Bulgaria y Polonia, aumentos de producción del 100% fueron previstos por los técnicos de la Organización de Alimentación y Agricultura de las Naciones Unidas, como objetivo fácil de alcanzar, con los recursos actuales de la técnica y las disponibilidades naturales de aquellos países. Como ejemplo típico de estas reformas agrarias y de los resultados obtenidos, podemos presentar los casos de Hungría y de Polonia que, como ya vimos anteriormente, constituían dos grandes focos de supervivencia feudal en el continente europeo.

La reforma agraria de Hungría tuvo lugar en 1945 sobre la base de una ley con los siguientes objetivos inmediatos:

- 1) La propiedad media no podía tener más de 142 acres.
- 2) Los ciudadanos descendientes de campesinos que ya trabajaban la tierra, podían recibir 284 acres.
- 3) Un comité especial podía conceder a las personas de reconocida actitud antinazi o que hubiesen prestado servicios en la liberación, hasta 426 acres.
- 4) Todos los latifundios con más de 1.400 acres debían ser expropiados y los respectivos propietarios no podían conservar más de 142 acres. Así, la ley estaba, franca y severamente, contra los latifundistas, ya sea de la aristocracia, ya de la Iglesia. Miraban de eliminar directamente los privilegios de aquellos que habían prosperado con el monopolio, a través de generaciones. (Stowe, 1947)

Por medio de esta reforma fueron redistribuidos ocho millones de acres de tierra que beneficiaron a cerca de dos millones de individuos que antes formaban el proletariado rural, trabajadores del campo que no poseían tierra (*The Economist*, 1948b).

La extensión media de estas nuevas propiedades era de 7 acres, y había gran número de ellas con menos de cinco acres, o sea, haciendas pequeñas antieconómicas para la explotación agrícola. Muchos de esos pequeños propietarios iniciaron su nueva vida sin ninguna reserva de capital y sin instrumentos agrícolas adecuados. La falta de animales de tracción y la extrema deficiencia de fertilizantes también

dificultaron el aprovechamiento de las tierras redistribuidas, de manera que no es de admirar que en el año 1946 la superficie cultivada en el país, no alcanzase el 70% del nivel de antes de la guerra. Con los estragos producidos en los labrantíos por la sequía que entonces asoló al país, las cosechas fueron reducidas a la mitad del nivel de antes de la guerra. Esta terrible crisis agraria dio lugar a una ola de descreimiento acerca de los resultados de la reforma, y hubo algunos campesinos pobres más pesimistas que vendieron sus tierras a los propietarios más poderosos.

Ante esta tentativa de reacción contra la reforma agraria, el Estado promovió una mayor intervención en la política rural, amparando mejor al campesino, dándole mayor asistencia técnica y, principalmente, estimulando la organización de cooperativas agrícolas destinadas a corregir las consecuencias desfavorables del parcelamiento exagerado de las tierras. A tales medidas siguió luego un saludable resurgimiento de la producción, con la correspondiente subida de los niveles de consumo locales. En el año siguiente, entre 1947 y 1948, cuando la crisis alimentaria de Europa Occidental permanecía grave, registrándose también una baja del consumo medio de pan, papas y leche, los niveles del consumo en Hungría presentaban ascensos sensibles en varios alimentos, tales como pan, papa, carne y oleaginosas (FAO, 1948c). Por la diversificación de la producción, que limitó la siembra de trigo a las necesidades internas del país y amplió la producción de azúcar, papa, arroz, y otros alimentos, viene Hungría agrandando cada vez más su producción y levantando el estándar de nutrición de su pueblo.

Mejoría apreciable de los niveles de producción fue también la obtenida por Polonia, por medio de la reforma agraria allí efectuada a partir de setiembre de 1944 y que benefició, hasta el momento, aproximadamente a 850.000 familias campesinas (*Poland Today*, 1950). Por la reforma agraria polaca, todas las propiedades con más de 125 acres fueron divididas, teniendo los nuevos lotes una extensión media de 12,5 acres. A través de esa reforma, Polonia pasó a poseer cerca de tres millones de propiedades, de las cuales 3.000 pertenecen a instituciones estatales, y las demás a los campesinos que trabajan independientes u organizados en cooperativas agrarias. Tanto en Hungría como en Polonia y en otras repúblicas populares, el movimiento cooperativista tomó gran incremento y representa, en el pensamiento de los jefes socialistas, una etapa de transición entre la propiedad privada individual y la colectivización nacional de las tierras. Con la experiencia de las dificultades con que tuvieron que luchar en sus propios países para convencer a los campesinos de las ventajas económicas de las propiedades colectivas, los actuales jefes soviéticos no hicieron la menor presión para que las repúblicas populares alcanzasen inmediatamente la etapa colectivista. Juzgan ellos más acertado esperar para poder contar con la colaboración espontánea del hombre de campo, sin constreñirlo a trabajar a la fuerza, en un régimen por el cual no siente entusiasmo. De ahí el plan de las cooperativas de producción, de las cuales el campesino debe participar voluntariamente. Con todo, los privilegios económicos de que gozan esas cooperativas constituyen un factor de atracción bastante eficiente, que lleva hacia su seno al agricultor independiente. En Hungría, el *Moszk*, o sea el Centro Nacional de Cooperativas Húngaras, a fines de 1949, fiscalizaba cerca de 3.000 cooperativas agrícolas. El número de esas

cooperativas, por esa época, en Yugoslavia, era de 3.700, correspondiendo al 7,8% de sus tierras arables, y en Bulgaria de 1.300, o sea el 12% de sus tierras arables (*The Economist*, 1949b).

A través de sus planes trienales o quinquenales, la economía dirigida viene, en estos países, obteniendo resultados que sorprendieron a los economistas de Occidente. Así en Polonia, por medio del plan de nacionalización, por el cual el Estado monopoliza hoy el 94% de la industria; el 85% del comercio mayorista y el 35% de las actividades del comercio minorista, puede el país obtener niveles de producción que, en 1949, sobrepasaron en un 51% los niveles de producción industrial de antes de la guerra; en un 80% los de producción agrícola y en un 116% los de renta nacional. La producción industrial per cápita alcanzó, en 1948, el doble de 1938, y el país cambió la base de su economía de la agricultura a la industria, la cual, antes de la guerra, apenas correspondía al 45%, y ahora llega al 64% de la producción total del país. Lo que no se puede negar es que esos países atraviesan hoy una era de relativa prosperidad de sus poblaciones trabajadoras, tanto urbanas como rurales, y comienzan a disponer de suficientes recursos básicos, esenciales para su vida. Observando con imparcialidad este evidente contraste entre el vigor económico y la recuperación social de los países danubianos y balcánicos y la engorrosa y titubeante economía de Europa Occidental, Howard K. Smith pudo formular la siguiente afirmación de gran trascendencia política:

Europa Occidental cayó en un período de contracción social; Europa Oriental, en un período de expansión social. Esos dos movimientos están en una fase incipiente, pero tienen toda la apariencia de movimientos duraderos. Las fuerzas que hay detrás de esos movimientos son más profundas que las políticas vigentes o que la “guerra fría”. Son fuerzas seculares acumuladas durante mucho tiempo y ahora virtualmente irresistibles. (Smith, 1949)

Howard K. Smith atribuye el renacimiento económico de Europa Oriental a varios factores, entre los cuales destaca el siguiente:

Este, pues, es el mayor factor para la expansión de Oriente; la región inicia su revolución industrial bajo las mismas condiciones favorables que la América del Norte inició la suya, con un mercado virgen, destinado a expandirse y no a retraerse, y eso, en proporciones continentales. El mercado oriental es asimismo más vasto que el que provocó la elevación de la industria estadounidense; se extiende, efectivamente, desde las playas chinas del Pacífico, hasta el Elba germánico, sin una sola tarifa levantada en cualquier parte de ese vasto espacio bicontinental. Esta circunstancia ciertamente incrementará la elevación de la industria en Europa Oriental en el sentido de la aplicación de técnicas de padronización y producción en masa, a un punto que nunca fue posible en los mercados nacionales pequeños de Europa Occidental. (Smith, 1949)

No cabe duda alguna de que este factor es muy importante, principalmente en comparación con la situación de Europa Occidental, que ya no encuentra mercado para

sus productos, aunque esté aún lejos de poner en empleo pleno su capacidad productiva industrial. Tenemos la impresión, sin embargo, de que no fue este el factor principal que determinó el cambio económico en el cuadro comparativo de las dos Europas. Nos parece, más bien, que los buenos vientos económicos, que hoy soplan en Oriente, prueban el hecho de que los países de esa zona, colocados ante contingencias inexorables, supieron enfrentarlas y realizaron una reforma básica en sus estructuras sociales. Sin discutir el precio que se pagará en sacrificios, esos pueblos se libertaron de innumerables privilegios y prejuicios que constituían los mayores obstáculos, al soplo de la renovación económica. En cambio, Europa Occidental viene esquivando el encarar de frente su realidad económica y reconocer que las guerras y las crisis consecuentes que la han asolado sean producto de los graves errores de sus conductas políticas, evidentemente absurdas. Y en esta obstinación se mantiene buscando soluciones en esquemas económicos artificiales, que no llegan a las raíces del problema y son, en realidad, ineficaces para extirpar el mal de raíz. La diferencia esencial en la conducta de las dos Europas, la de Oriente y la de Occidente, es que una toma su camino, acertado o errado, y por él marcha con confianza, mientras que la otra se mantiene indecisa, se aparta del camino, se queda al margen de la ruta y pide consejo y amparo para sus males y vicisitudes. Los peligros que envuelven esta anómala situación para la seguridad del mundo, no pueden escapar de la vista de quien quiera encarar el mundo en su unidad espacial. Es necesario y urgente que, por todos los medios, sea sacada Europa Occidental de esa absurda retracción en que se ha recogido; y la única manera coherente con la realidad geográfica es promover la unificación de las dos Europas, en una sola. Tiene toda la razón Howard Smith al formular esta grave acusación:

Si hay alguna verdad en las profecías de fe hechas por América y por Rusia, en el sentido de salvar a Europa, el primer esfuerzo, de ambos lados, debe ser el de levantar la "cortina de hierro", a fin de permitir el flujo del comercio e intercambio de utilidades económicas básicas. Es posible que, oportunamente, se levante también la "cortina de hierro" política e ideológica.

Para terminar el estudio del hambre en las diferentes regiones del mundo, debiéramos pasar ahora a un último capítulo dedicado al estudio de la Unión Soviética, pero llevados por motivos que pasamos a exponer, no abordaremos en este libro el estudio de esa región que abarca hoy una sexta parte de la superficie de la tierra. Es claro que la simple comprobación de la extensión territorial de la Unión Soviética, la importancia de la misma en el panorama económico y social del mundo y, más aún, el hecho de haber sido esta zona, en todos los tiempos, escenario de terribles dramas de hambre, todo esto habla en el sentido de que debiéramos estudiar la situación del problema del hambre en la Unión Soviética. Desgraciadamente, nos faltan elementos informativos suficientes para un análisis que actualice el problema, con la misma objetividad con que intentamos exponer la realidad vigente en las otras zonas hasta aquí estudiadas. En lo que respecta a Rusia, disponemos de una gran riqueza de documentación acerca de los estragos del hambre en el tiempo de

los zares, época en la que Rusia fue conocida en el mundo entero como “el país de las grandes hambres” (Scott, 1902). Disponemos también de elementos informativos suficientes para juzgar las causas y los efectos del hambre que asoló el país después de la Primera Guerra, en los primeros años de la revolución bolchevique (1921-1922), y disponemos también de datos sobre el hambre de la última guerra, como los del sitio de Leningrado en 1941 (Brozek, 1946). Existe también hoy gran abundancia de datos estadísticos acerca de la producción de la Unión Soviética, la cual nos permite apreciar el desenvolvimiento de la agricultura en ese país. Pero lo que no conocemos son publicaciones que nos suministren cuadros objetivos de las condiciones de alimentación y del estado de nutrición de los innumerables grupos de población que habitan las varias repúblicas que hoy se encuentran afiliadas a la Unión Soviética. Tenemos la impresión de que estas condiciones varían en extremo de una a otra zona, de manera que cualquier información que intentara una interpretación total, falsearía por completo la realidad singular de los hechos en cada una de esas regiones. Para evitar esa falsificación de la realidad a que estaríamos expuestos con la tentativa de interpretar sobre la base de una documentación insuficiente, desistimos de llevar a cabo tal tarea. No desistiremos, en cambio, de completar nuestros análisis del fenómeno del hambre en su expresión universal y, por eso, continuaremos estudiando el problema y prometemos que, disponiendo en el futuro de material suficiente, o aun si nos fuese posible una comprobación directa de la realidad en las diferentes zonas del mundo soviético, escribiremos, entonces, un capítulo o un libro entero que trate, exclusivamente, el problema del hambre en esa región hasta hoy tan discutida, tan misteriosa, tan combatida, y tan temida, y de cuya conducta política dependen, cada vez más, la paz y la tranquilidad del mundo entero.

Parte III

Un mundo sin hambre



Foto: Lewis Wickes Hine (1874-1940). Niño en un basurero de Fall River, Massachusetts (1916). *National Child Labor Committee collection, Library of Congress, Prints and Photographs Division.*

Capítulo 7

La lucha contra el hambre

Con la apreciación del mapa mundial del hambre y con el análisis de los factores que condicionan su distribución regional, tareas llevadas a cabo en la Segunda Parte de este libro, quedó demostrado de manera patente que el hambre colectiva es un fenómeno de categoría social, provocado, regularmente, por el aprovechamiento inadecuado de las posibilidades y recursos naturales y por la mala distribución de los bienes de consumo obtenidos. Frente a la evidencia de los hechos presentados, ya no es posible admitir que sea el hambre un fenómeno natural, ya que está condicionada mucho más por los factores de naturaleza económica que por los de naturaleza geográfica. La verdad, difícil de ocultarse, es que el mundo dispone de recursos suficientes para permitir el uso adecuado de alimentación por parte de todas las colectividades. Y si, hasta hoy, muchos de los *huéspedes de la tierra* continúan sin participar del banquete, es porque todas las civilizaciones, inclusive la nuestra, se han mantenido y estructurado sobre la base de una extrema desigualdad económica. Las antiguas civilizaciones como escribió Kenneth Boulding, “fueron construidas sobre un excedente económico tan limitado, que no podían sustituirlo sino sobre la base de una extrema desigualdad en la distribución de sus patrimonios. Todas las antiguas civilizaciones fueron, en último análisis, apenas minúsculos islotes de cultivo, que emergían de un inmenso mar de pobreza y de esclavitud” (Boulding, 1946). En verdad, hasta los grandes descubrimientos de la técnica moderna, no era posible concebir otro tipo de civilización sino este, en el cual la mayoría de los hombres debía ser irremediablemente aplastada por el peso de la miseria y del hambre. Pero hoy, con las fuerzas de la naturaleza puestas al servicio de la producción en masa, surge, por primera vez en la historia, un tipo de sociedad en la que la pobreza puede ser suprimida y, con ella, la miseria y el hambre. Si esto aún no ocurrió es porque, a la par de la producción en masa, no se procuró promover el correspondiente consumo en masa, que daría el necesario equilibrio a una economía humanizada. La lucha contra el hambre y su posible eliminación de la superficie de la Tierra no constituía, por lo tanto, utopía ni el fantasmagórico sueño de un mundo de hadas, pero sí un objetivo perfectamente realizable en los límites de la capacidad de los hombres y las posibilidades de la tierra. Lo que se hace necesario es proceder a un mejor ajuste de los hombres y las tierras por ellos ocupadas y una mejor distribución de los beneficios que la tierra acostumbra brindar al hombre. En el momento actual, esa batalla contra el hambre ya no constituye una tarea de idealismo quijotesco y, por lo tanto, no es necesario traspasar el análisis frío y realista de la actual situación política y económica del mundo. De los resultados de esta batalla depende la supervivencia de nuestra civilización, dado que

solo por la eliminación de los focos de miseria que engangrenan nuestro mundo, será posible vitalizar la economía en masa, a la cual nos lanzamos tan ávidamente sin atenernos al hecho de que no estábamos socialmente preparados para esa aventura económica. Sin un levantamiento de los patrones de vida de las poblaciones más pobres, que constituyen dos tercios de la humanidad, se hace imposible mantener los niveles de civilización en que vive el tercio restante. Pues esta civilización se basa en altos niveles de producción que están siempre exigiendo la continua ampliación de los mercados, solo posible por la incorporación, a la economía mundial, de los dos tercios que hoy viven al margen de ella. Así, solo ampliando el poder adquisitivo y la capacidad de consumo de esos grupos marginales, podrá nuestra civilización sobrevivir y prosperar dentro de su actual estructura económica y social.

Constituye, por lo tanto, la lucha contra el hambre el imperativo número uno a que todos somos solicitados. Lucha que se va desarrollando como una especie de guerra fría y que amenaza congelar toda la vitalidad de nuestra civilización, si no somos capaces de vencerla con determinación. Es una lástima que en esta lucha por la elevación de los patrones de vida no se haya encontrado apoyo universal, desde que muchos continúan aún pensando, dentro de concepciones arcaicas y feudales, que la pobreza y la miseria constituyen una necesidad y una fatalidad. Continúan, asimismo, muchos deseando que haya siempre famélicos y miserables, por juzgar imprescindible que el hambre y la miseria sirvan de *sustrato* a la riqueza y abundancia que estiman y disfrutan. Es preciso, ante todo, que procuremos extirpar del pensamiento político contemporáneo, ese concepto equivocado de la *economía* como un juego, en el cual debe haber siempre unos que todo lo pierdan para que otros lo ganen todo. Es preciso hacer de la *economía* un instrumento de distribución equilibrada de los bienes de la tierra para que ninguno pueda, en nuestro tiempo, definirla, como lo hizo en tono amargo Karl Marx, en el siglo pasado, diciendo que es “la ciencia de las miserias humanas” (Gomes, 1948).

La cooperación de la naturaleza

En la lucha contra el hambre, el primer objetivo por conquistar es, sin duda alguna, un aumento ponderable de la producción mundial de alimentos. Para eso, se hace necesario ampliar las zonas de cultivo mediante un uso adecuado. La ampliación de la zona de cultivo mundial es una legítima aspiración que puede ser obtenida, principalmente, incorporando a la agricultura extensas zonas tropicales de suelos colorados y zonas subpolares de *podzols*. Según Robert Salter, esos tipos de suelo cubren cerca del 28% de la superficie de la Tierra. Y, no obstante, su empleo en la agricultura no sobrepasa actualmente el 1% de su total (Salter, 1948).

En lo que respecta a los suelos colorados tropicales, buena parte de ellos se encuentra cultivada en el Extremo Oriente, pero sus reservas en África y en América del Sur permanecen vírgenes. Según Salter, si admitimos la posibilidad de utilizar apenas el 20% de esas reservas africanas y sudamericanas, habremos incorporado a la zona de cultivo mundial cerca de 900 millones de acres de tierra. Otros 100 millones

podrán ser obtenidos en Oceanía. Admitiéndose la hipótesis del aprovechamiento de apenas 10% de las reservas de los *podzols* de Canadá y de la Unión Soviética, más de 300 millones de acres de tierra serán puestos al servicio de la producción agrícola. Con ese aumento total de tierras cultivables, calculado en 1.300 millones de acres, afirma Salter que no habrá dificultades en obtener, en el año 1960, un suplemento adecuado a la población del mundo entero, aun con las previsiones de su crecimiento natural, desde que esas tierras se utilizarán de acuerdo con los modernos procesos de técnica agrícola. Nadie puede negar que los rendimientos de tales suelos son relativamente bajos y que se agotan más fácilmente que los suelos templados; pero mediante adecuados procesos técnicos, principalmente aquellos que promueven la recuperación constante de la fertilidad del suelo, por el uso de todos los residuos y detritus de su propia producción, es posible mantenerlos en un nivel razonable de productividad y sobre bases económicas perfectamente sustentables. No faltan, pues, reservas de suelo para la expansión racional de la producción de alimentos; y aun dentro de las zonas de suelos más fértiles, existen grandes trozos de tierra hasta hoy inexplorados, por deficiencias de las estructuras económicas que no estimulan la producción agrícola.

Debemos también tener presente que muchos suelos, que se consideran agotados y perdidos para la agricultura, no merecen tal desprecio y muy bien pueden ser recuperados con un poco de trabajo y de apoyo económico. Afirma el revolucionario de la agricultura, Edward H. Faulkner, que no es verdad que para la restauración de los suelos asolados por la erosión sean necesarios miles de años de laboriosa acción constructiva de la naturaleza. Declara que el hombre puede restaurar los suelos a través de procesos técnicos relativamente sencillos: “Dondequiera que haya existido un buen suelo, este puede ser reconstituido por medio de la maquinaria... En cualquier región que haya sufrido erosión por el agua, por más fuerte que esta haya sido, es innegable que se puede restaurar un suelo tan bueno como el que existía. Lo mismo, más o menos, se puede decir de las regiones tocadas por la erosión eólica o por el exceso de cultivo y de pastoreo” (Faulkner, 1943). Es verdad que Faulkner es considerado por los ortodoxos de la ciencia del suelo y de la tecnología agrícola, como un herético y un visionario que pretende, con sus métodos revolucionarios, obtener aumentos impresionantes de la agricultura, correspondientes a cinco o diez veces el nivel de la producción actual. Con todo, los hechos observados en varias regiones dan, hasta cierto punto, razón y confieren cierto sentido realista a la “herejía” de Faulkner (Rorty & Norman, 1947). Tuvimos en el Brasil un buen y expresivo ejemplo de esta restauración de tierras perdidas. En la gran región del café, en el estado de San Pablo, a medida que avanzaba hacia el oeste el monocultivo cafetero, a través de las tierras rojas del altiplano, muchas *fazendas* del este iban siendo abandonadas, porque el respectivo rendimiento decrecía vertiginosamente como consecuencia del agotamiento del suelo. El monocultivo del café, en su nomadismo en busca de mejores tierras, aniquiló extensas regiones de suelos fértiles del Brasil, dejándolos en tal estado, que parecían inútiles para cualquier finalidad agrícola. Pero los inmigrantes japoneses, con su larga experiencia en el trabajo de suelos ingratos, adquirieron esas tierras a precios ínfimos y, a través de la Organización de Cooperativas Agrícolas, desarrollaron en las inmediaciones de

la capital del estado el cultivo de papas y de verduras, creando una magnífica faja verde en torno de la ciudad, y contribuyendo de esa forma a facilitar sobremedida el abastecimiento alimentario de aquel núcleo urbano de cerca de dos millones de habitantes y a mejorar mucho el patrón de la alimentación de sus habitantes. Faulkner tenía otro buen argumento a su favor, en el hecho de haber conseguido los holandeses crear nuevos suelos agrícolas partiendo del fondo de los mares rasos que cercan su país. Si es posible esta tarea de crear suelos nuevos sin contar con cualquier base de suelo anterior, mucho más fácil deberá ser recrearlos partiendo de la base de suelos cansados, agotados o impropios para la agricultura. La corrección debe dar menos trabajo que la construcción integral de suelos. Se llega así a la conclusión de que aquello que se llama suelo agotado o inaprovechable dentro de determinado tipo de economía agraria, puede muy bien ser aprovechable dentro de otros moldes económicos. El problema de la productividad de los suelos es muy similar en su enfoque al de la densidad de población: son problemas que no pueden encararse en términos absolutos, sino como variables o funciones de los tipos de organización económica en juego. No hay, para el suelo, ni límites absolutos de productividad, la llamada *potencialidad biótica* de Vogt, ni límite absoluto de capacidad demográfica. El problema de la superpoblación en relación con el suelo es de una imprecisión y de un empirismo que repugnan al espíritu demográfico. Tiene toda la razón Earl Parker Hanson (1949a) cuando afirma que los neomalthusianos están totalmente errados al hablar de superpoblación en términos de habitantes y de km² de superficie. El problema es mucho más de número de habitantes y cantidad de alimentos producidos.

La limitación del cultivo de los suelos en las zonas más productivas se basaba, hasta hoy, en el hecho de que, existiendo aún en disponibilidad suelos ricos, no había necesidad de explotar los suelos más pobres. Pero, alcanzados los límites de aprovechamiento de los suelos de alto rendimiento, tendremos que pasar al cultivo intensivo de los medianos y, finalmente, al de los de bajo rendimiento, desde que la finalidad última del cultivo del suelo no es la obtención de un margen de lucro excepcional sino la obtención de utilidades necesarias al bienestar colectivo. El costo de la producción debe ser tenido en cuenta no como una barrera infranqueable para la utilización del suelo, sino como una exigencia que debe ser llenada a través de la reestructuración de las posibilidades económicas, teniéndose en cuenta la necesidad de pagar precios que compensen la producción. Cuando hace pocos años se inició el cultivo artificial de determinados hongos para la obtención de los antibióticos, penicilina, aureomicina, terramicina, etcétera, se verificó el alto costo de esos procesos industriales, pero eso no constituía motivo de abandono de los proyectos, desde que los referidos antibióticos se mostraban excepcionalmente eficientes en la lucha contra innumerables enfermedades infecciosas. Su costo no era abusivo en relación con los beneficios obtenidos con su uso. Hoy está probado que el alimento constituye el más potente de todos los antibióticos, ya que defiende al organismo de manera inespecífica, de toda clase de agresiones microbianas. Con el uso de una alimentación bien equilibrada, el mundo tendrá poca necesidad de usar otras sustancias antibióticas o protectoras de la salud. De allí el concepto de larga visión política, de aquellos que, como E. B. Balfour, ven en la agricultura un servicio de salud pública: “Desde que la

agricultura ha sido considerada como un servicio de salud, la única consideración importante en lo que respecta a la producción alimentaria debe ser la conveniencia de la salud colectiva; las consideraciones comunes de naturaleza económica tendrán que pasar a un plano enteramente secundario” (Balfour, 1949). El otro proceso de que dispone el mundo, actualmente, para promover un aumento en masa de las disponibilidades alimentarias, es la obtención del aumento de producción por hectárea, o sea, del aumento de productividad de los suelos cultivables. Los progresos obtenidos en este sentido, en algunos países, en estos últimos años, principalmente durante la guerra, ya no dejan la menor duda sobre la posibilidad de aumentar apreciablemente la producción agrícola por unidad, en cualquier parte del mundo, a través de la aplicación de los progresos técnicos por la moderna ciencia agrícola. Tal aplicación, llevada a cabo con grandes planeamientos, constituye la característica central de nuestra era, era de la Segunda Revolución Industrial diferente de la primera, llevada a cabo en el siglo pasado. En lo que respecta a la Primera Revolución Industrial, esta se basó en las aplicaciones de la mecánica a las industrias manuales, mientras que la segunda se caracteriza por la extensa aplicación de los métodos científicos a las industrias de toda especie, o sea, por la aplicación generalizada de la ciencia para la solución de los problemas de producción (Bernal & Cornforth, 1949).

La colaboración o la intromisión de la ciencia

Los procesos tecnológicos a través de los cuales la ciencia agrícola permite el apreciable crecimiento de la producción de los suelos, son de varias categorías: a) mayor empleo de fertilizantes; uso más generalizado de los cultivos de protección y mejoría general de los procesos de conservación del suelo; b) uso generalizado de variedades de mayor rendimiento, tales como el maíz híbrido, y de variedades de avena, soja, papas, y otros productos de cultivo más resistentes a las enfermedades; e) mejor alimentación para el ganado y mejoramiento de los rebaños; d) mejor fiscalización de las plagas y enfermedades de las plantas.

Con la aplicación de algunos de esos recursos de la ciencia, en los últimos quince años, EEUU pudo “aumentar la producción de las haciendas en más de un tercio por acre. Los cultivos de subsistencia tuvieron un aumento del 40%” (Bliven, 1949). La producción por acre aumentó en cerca del 20%, y la producción de la cría de ganado por cabeza en casi 10% más, durante la guerra, que anteriormente (Christensen, 1948). Sobre la eficiencia de la tecnología agrícola para permitir mayor producción del suelo, el Bureau de Economía Agrícola de EEUU declara que

...durante cinco zafras sucesivas, a partir de 1942, nuestros campesinos producían, por año, alimentos suficientes para alimentar a cerca de cincuenta mil personas más de las que podrían ser alimentadas, en regímenes semejantes, con la producción nacional de los cinco años anteriores a 1930. Esa tarea fue realizada con el 10% menos de trabajadores. Ese aumento de producción se debió, en parte, a las condiciones atmosféricas favorables, pero su factor principal fue el progreso técnico y científico. (McCall, 1948)

En este punto hay un aspecto que contiene materia controvertida —el del problema de los fertilizantes— y merece discusión más detallada. Hay que discutir primero si el mundo dispone o no de reservas suficientes de fertilizantes, para permitir la plena explotación de los suelos a través de su uso generalizado. Segundo, si el uso de los fertilizantes, aumentando el rendimiento cuantitativo de la producción agrícola no provoca efectos negativos en lo que atañe a la producción cualitativa, o sea, cuánto es el valor nutritivo de los productos obtenidos gracias a su uso en gran cantidad. Para mantener la actual producción agrícola del mundo, con el empleo de fertilizantes limitado apenas a cierto número de países, ya el volumen de esos materiales en uso alcanza tremendo nivel de consumo. Solo EEUU, para mantener la producción de alimentos de la guerra, utilizó anualmente un promedio de cerca de 12 millones de toneladas de fertilizantes con un costo aproximado de 400 millones de dólares. Calcula Robert Salter que, con la ampliación de las zonas de cultivo del mundo al incorporarse más de 1.300 millones de acres de nuevos suelos, y manteniendo los actuales niveles de uso de fertilizantes por acre, la cantidad necesaria de esos productos se calcula en ocho veces el actual consumo de fosfato y dieciocho veces el actual consumo de potasa. ¿Dispondrá el mundo de reservas de esos elementos que permitan ese enorme suministro, o estará allí una de las pruebas de mezquindad de la naturaleza, capaz de sabotear los planes de expansión económica de la humanidad actual? Veamos lo que al respecto dice el propio Salter: “Asimismo, las reservas conocidas de fosfato del mundo darían para más de cinco mil años y las reservas conocidas de potasa, para quinientos años. El mundo no está enteramente explotado aún en cuanto a esos minerales. No hay duda de que las reservas son muy superiores a lo que se conoce” (Salter, 1948). Así, sobre las disponibilidades naturales de fertilizantes químicos no puede haber más dudas. En cambio, hay controversia sobre si es eficiente su uso para el mantenimiento de la salud del suelo, de la cualidad nutritiva de la producción y de la salud de las poblaciones alimentadas con tales productos. Hay investigadores, como el doctor E. L. Bishop, director de Salud de la Administración del Valle de Tennessee, que ve en el uso de los fertilizantes artificiales, el medio más económico de promover la constante restauración de la fertilidad de los suelos y la progresiva mejoría de las condiciones de nutrición humana; pero hay otros como el fallecido hombre de ciencia inglés sir Albert Howard, que ve en el uso de esos productos artificiales un verdadero atentado de la civilización contra la salud de los suelos, de las plantas y de los hombres.

La teoría de Howard se basa en la premisa de que los fertilizantes sintéticos están lejos de suministrar al suelo los elementos indispensables para su integral restauración, la cual solo puede ser obtenida a través del empleo de los adobos naturales y del uso de los procesos agrícolas también más naturales que los aconsejados por la agricultura científica occidental. Llama Howard la atención acerca del divorcio existente entre los métodos agrícolas occidentales y los procesos que la naturaleza emplea para mantener el revestimiento vivo natural:

¿Cuáles serán los principios que guían la agricultura de la Naturaleza? Todos ellos pueden ser fácilmente observados en acción, en nuestros bosques y florestas. La regla general es el cultivo mixto: las plantas están siempre en

compañía de los animales, muchas especies de plantas y de animales viven juntas. En la floresta se encuentran todas las formas de vida animal, desde los mamíferos hasta los más simples invertebrados. El reino vegetal exhibe la misma variedad; ningún vestigio de monocultivo; la regla general es el cultivo mixto. Las principales características de los cultivos de la naturaleza pueden, por consiguiente, ser expresadas en pocas palabras. La madre Tierra jamás intentó hacer agricultura sin la cría de ganado: siempre realizó labores mixtas; tuvo máximo cuidado para preservar el suelo y evitar la erosión; los detritos, tanto animales como vegetales, son convertidos en humus; no hay desperdicios: los procesos de crecimiento y de descomposición se equilibran recíprocamente; el almacenamiento de las aguas pluviales merece la máxima atención; tanto las plantas como los animales tienen que procurar por sí mismos librarse de las enfermedades. (Howard, 1943)

A continuación, Howard acusa a la agricultura occidental de volverse extremadamente antinatural al sustituir los animales por la máquina, al imperar el monocultivo por todas partes, y al usar fertilizantes artificiales cada vez con más frecuencia. Sobre la fertilización artificial se expresa así el gran agrónomo inglés:

Los abonos artificiales son de uso generalizado. Lo que caracteriza la fertilización en Occidente es el empleo de los abonos artificiales. Las fábricas que, durante la Gran Guerra, se dedicaron a la fijación del ázoe atmosférico para la fabricación de explosivos, tuvieron que encontrar otros mercados; el uso de los fertilizantes azoados en la agricultura aumentó a tal punto, que hoy la mayoría de los hacendados y los floricultores comerciales basan sus programas de abono en las formas más baratas del ázoe (N), fósforo (P) y potasa (K), existentes en el mercado. Esa mentalidad que podríamos llamar de N. P. K. domina el cultivo en las estaciones experimentales y en las zonas rurales. (Howard, 1943)

Para Howard, el uso de los fertilizantes, que se desarrolló dentro de la tradición de los estudios químicos de Liebig “se basa en el completo desconocimiento de la nutrición vegetal. Es superficial y está fundamentalmente errado. No toma en cuenta la vida del suelo, inclusive la asociación *micorrizal*, o sea el puente de hongos vivos que liga el suelo a las raíces. Los abonos artificiales llevan inevitablemente a la nutrición artificial, a la alimentación artificial, a los animales artificiales y, finalmente, a hombres y mujeres artificiales”.

La salvación estaría, según Howard, en el retorno a los procesos agrícolas más naturales y, principalmente, en el uso de abonos naturales, originados en diferentes fuentes de materia orgánica.

Con su larga experiencia de la agricultura en la India, Howard preconizó y divulgó el proceso *indore*, basado en la obtención de abonos de residuos animales y vegetales aumentados con una base química para neutralizar la acidez. En memorables experiencias, demostró Howard que las plantas cultivadas con su proceso presentaban verdadera inmunidad a innumerables plagas y enfermedades, y que los animales con ellas alimentados también exhibían una sorprendente resistencia a varias epizootias comunes en el Extremo Oriente. En el discurso que pronunció en 1939, en

Cheshire, con ocasión de la lectura del famoso Testamento Médico, elaborado por los médicos de aquel condado y al cual ya nos referimos, Sir Albert Howard declara que la naturaleza y los campesinos de la India, juntamente con los insectos y los hongos a los cuales llama maestros de la agricultura de la propia naturaleza, le han enseñado “cómo obtener buenos cultivos prácticamente libres de enfermedades, sin el auxilio de micólogos, entomólogos, bacteriólogos, químicos agrícolas, estadísticos, volúmenes de informaciones, abonos artificiales, máquinas de pulverización, insecticidas, fungicidas, germicidas y cualquier otra *parafernalia* dispendiosa de las modernas estaciones experimentales” (Picton, 1949b).

No hay duda que Howard es un iconoclasta, lleno de una rebeldía mental que lo lleva a negar de manera categórica cualquier valor de la moderna técnica agrícola; pero tampoco hay duda que tiene buena dosis de razón en muchas de sus afirmaciones, razón que aparece a través de análisis imparciales de ciertos hechos objetivos. De un lado, vemos la agricultura de los chinos, con base de abonos naturales, subsistir durante cuarenta siglos sin que el suelo demuestre agotamiento de su fertilidad. Por otro lado, vemos que EEUU, usando fertilizantes en cantidad sin precedente en la historia de la agricultura agotó ya cien millones de acres de sus tierras en menos de dos siglos de cultivo. La experiencia viva de China es un buen ejemplo para moderar un poco el entusiasmo de aquellos que, estudiando la agricultura en sus laboratorios, olvidan que el hábitat natural de las plantas no es una probeta química, sino el lecho de la propia tierra. Con la intención de hacer provechosa esta experiencia oriental a los hombres de estudio de Occidente, el especialista estadounidense F. H. King intentó escribir un *Mensaje de la China y el Japón al Mundo*, pero dirigido muy especialmente al pueblo estadounidense. Por desgracia la muerte interrumpió la elaboración de ese mensaje; pero de la parte redactada se destacan estas palabras significativas:

Solo puede ser una cuestión de la más alta importancia industrial, educacional y social para cualquier nación, conseguir un completo y exacto relato de todas esas condiciones que hacen posible mantener tan densas poblaciones con el producto del suelo chino, del coreano y del japonés. Muchas de las etapas, fases y experiencias, a través de las cuales se llevó a cabo el proceso de esa evolución, están irremediabilmente sepultadas en el pasado, pero esa notable preservación conseguida hace siglos y proyectada hasta nuestros días, con poca decadencia aparente, merece el más profundo estudio. Viviendo, como vivimos, el alborar de un siglo de transición de vida aislada a la vida cosmopolita nacional, cuando profundos reajustes industriales, educativos y sociales están prestos a surgir, tal investigación es de máxima urgencia. (Wrench, 1946)

Realmente si la técnica occidental puede hacer mucho por el mejoramiento de las condiciones de vida de Oriente, también Oriente puede traer una útil contribución a la economía humana de Occidente. Y una de esas preciosas contribuciones es la que se hace a través de las doctrinas divulgadas por el creador del *Indore Process* en materia de agricultura. Hasta hoy, faltan realmente datos que demuestren de

manera categórica si el valor nutritivo de los alimentos producidos por los suelos abonados con fertilizantes es idéntico o es inferior a los de los suelos naturalmente ricos en humus o restaurados con abonos naturales. Pero los hechos hablan en el sentido de que los alimentos de los suelos abonados artificialmente son disminuidos en alguna cosa que torna precario su valor nutritivo. Y por eso Howard afirma, con convicción, que

...el veredicto lanzado por la *terra mater* entre el humus hecho con residuos animales y el humus hecho con activantes químicos siempre fue favorable al primero. Basta tocar y oler un puñado de fertilizante producido por uno u otro de esos métodos, para comprender la preferencia de los vegetales por el humus hecho con residuos animales. Este es suave al tacto y huele a buena tierra; el otro es áspero al tacto, y tiene olor ácido. Cuando se analizan las dos muestras de fertilizantes, los resultados de los análisis son, las más de las veces, favorables a los fabricados con activantes químicos. No obstante, cuando ambos se aplican al suelo, la planta no tarda en invertir el veredicto del laboratorio. (Howard, 1943)

Frente a esos hechos se llega a la conclusión de que los fertilizantes no constituyen correctivo integral de los desgastes de los suelos, aunque pueden prestar inestimables servicios, completando algunas de sus deficiencias más marcadas. Tenemos, empero, la impresión de que los fertilizantes actuales necesitan aun gran abundancia de estudios para tornarse plenamente satisfactorios. La ciencia de los suelos se encuentra aún lejos de su madurez; se halla en una etapa muy semejante a la de la ciencia de la nutrición a principios de nuestro siglo, antes de los descubrimientos de las vitaminas. En aquella época, la ciencia de la nutrición reducía el equilibrio vital al suministro de materia y de energía en dosis suficientes; pero las tentativas de aplicación de esos principios, en la práctica, alimentando animales con raciones sintéticas, químicamente equilibradas, revelaron la necesidad de algo más, para el equilibrio de la nutrición. De alguna cosa más que las raciones sintéticas de proteínas, hidratos de carbono y sales minerales no contenían: el indeterminado alimento que después vino a ser identificado con las vitaminas. La tentativa de alimentar los suelos con las sales minerales de los fertilizantes artificiales debe pecar por motivos semejantes. En la nutrición vegetal, se produce alguna cosa que no puede dispensar la presencia de materia orgánica en el suelo. Además, el problema de la vida en la planta no se limita a la composición química del suelo, sino también a su estructura física, principalmente tratándose de suelos tropicales, donde tal factor es preponderante. El agrónomo Beinaert, con su larga experiencia de los suelos tropicales africanos, afirmó siempre que la disposición natural de esos suelos para producir, depende más de su constitución física que de su riqueza en determinados productos químicos. Y que el complejo coloidal es el primer elemento de la fertilidad del suelo, al mismo tiempo que la mayor garantía de su facultad de absorber el agua y de su aireación. De ahí el punto fundamental de que lo más importante es conservar las reservas de humus de esos suelos. Sin el humus la planta puede germinar, crecer y fructificar, pero faltará a su vida algo fundamental, como les falta a los ratones

de laboratorio alimentados artificialmente; y por eso los ratones y las plantas así nutridos fácilmente enferman y mueren, por falta de resistencia natural. Como hasta hoy no fue posible mantener animales vivos y saludables exclusivamente con alimentos sintéticos, también parece difícil obtener idéntico milagro con las plantas. De esas actitudes antagónicas; de esos puntos de vista opuestos entre los adeptos de la agricultura occidental y los seguidores de Howard, se llega a la conclusión de que el camino cierto es el de la asociación de las técnicas y de las experiencias viejas y nuevas, preconizadas por los dos grupos, como medio ideal de renovar sin destruir, de ampliar cuantitativamente la producción sin mezquinar cualitativamente su valor nutritivo.

La ciencia abre nuevos caminos

No hay duda de que, por la aplicación de métodos racionales de agricultura y por la ampliación de las zonas de cultivo, es posible satisfacer las necesidades alimentarias de la creciente masa de población del mundo, sin que el espectro malthusiano pueda presentarse como una sombra negra delante del futuro de la humanidad. Los más optimistas como Colin Clark, llegan a admitir que no hay necesidad de conquistar nuevas tierras para el cultivo, y que basta utilizar científicamente las que están en uso en la actualidad:

Mostramos, más arriba, que la población mundial parece aumentar en la proporción del 1% al año, mientras que los progresos de la técnica agrícola pueden aumentar la producción —hombre-año— en la proporción del 1,5% o el 2% anual en ciertos países. Así, cualquier pesimismo malthusiano queda completamente desacreditado. Solo los progresos científicos serán capaces de atender al aumento de la población mundial, sin necesidad de agregar nuevas tierras al cultivo. (Clark, 1949)

Otros, aun más optimistas que Colin Clark, afirman que, aunque se acabasen las reservas del suelo, podríamos continuar la producción utilizando los procesos de la agricultura sin suelo. Con los estudios del doctor Gericke se va intentando, con algún resultado, la agricultura en agua enriquecida con los materiales nutritivos indispensables para la vida de las plantas. El cultivo de esas plantas hidropónicas, llevado a cabo durante la guerra en las islas estériles ocupadas por las tropas estadounidenses como la isla de la Ascensión e Iwo Jima, dio grandes esperanzas a los inventores del procedimiento. Pero como no debemos ser demasiado optimistas, y como no basta mantener los actuales niveles de consumo y es preciso elevarlos sensiblemente, es indispensable tomar en consideración la incorporación de nuevos suelos tropicales y subpolares dentro de la faja agrícola del globo. La incorporación de los suelos tropicales no constituye novedad, desde que cierta porción de ellos se encuentra en explotación activa desde hace mucho tiempo y las modernas adquisiciones técnicas podrán facilitar mucho su mejor y más rendidora utilización. El descubrimiento y la aplicación de la sorprendente hormona de crecimiento “2:4-D”,

que permite defender ciertos cultivos de la amenaza de las plantas dañinas que proliferan en los trópicos constituye un nuevo factor de posible éxito de la agricultura tropical. También la aplicación de insecticidas de tipo del DDT, en extensas zonas de la sabana tropical. Igualmente la aplicación de insecticidas, que las sanean de mosquitos transmisores de tripanosomiasis del ganado, podrá permitir amplia expansión de la cría del ganado en ciertas regiones africanas hoy completamente inaprovechables. En lo que respecta a la conquista de las tierras subpolares, hay mucho que esperar mediante los maravillosos resultados de la genética moderna, que obtiene variedades de plantas capaces de vivir con un mínimo de calor y de sol. Muchas de esas plantas que, conforme a la expresión del escritor ruso M. Iline, fueron enviadas a la escuela para aprender a vivir en los polos, están debidamente educadas y, hoy, sobreviven a los inviernos extremadamente rigurosos y fructifican en un verano de duración insuficiente para las plantas no educadas en esa escuela de sacrificios. Según Iline, en la Unión Soviética “se debe al agrónomo Lissenko la propuesta de enviar las plantas a la escuela. Esta las recibe cuando son aún simientes. El local de la escuela es una granja y la preparación consiste en dar a las simientes el calor y el frío, la oscuridad y la luz necesarias, según ciertas exigencias. Cuando la preparación está terminada, se manda la planta al campo” (Iline, 1946). Con plantas educadas por Mitchourine, por Lissenko y por otros educadores de plantas, Rusia está haciendo plantaciones en las tierras otrora desnudas de las estepas siberianas. Hoy, el trigo de invierno, la papa, la col y el nabo, crecen hasta el círculo polar ártico. En Canadá y en Alaska, se extienden también los límites de las zonas agrícolas a la costa de las tierras boreales. Así se transforman las florestas impenetrables de los trópicos y de los desiertos de hielo en huertas y plantaciones frutales para el mejor abastecimiento de la humanidad, y poco importa que los neomalthusianos continúen agitando en esos nuevos huertos los espantajos de sus teorías siniestras, desde que estas no tienen confirmación en la práctica. En la lucha contra el hambre se debe cuidar además la incorporación, al patrimonio de los cultivos agrícolas, de nuevas plantas silvestres que se han revelado a los modernos estudios de la bioquímica y de la nutrición, como excelentes fuentes de principios nutritivos. Hasta hace poco, los estudios llevados a cabo en el Massachusetts Institute of Technology (MIT) revelaron vastas reservas alimentarias aún vírgenes en la flora nativa de la América Central. Examinando cerca de doscientas especies de alimentos regionales de aquella zona del continente, los técnicos del MIT encontraron algunos extremadamente ricos en sales minerales y en vitaminas. A través del análisis que llevamos a cabo en el Instituto de Nutrición de la Universidad del Brasil, tuvimos también la revelación de la existencia, en la zona semiárida del noreste brasileño, de algunas plantas que constituían las fuentes naturales más abundantes de calcio y de vitamina A, en el mundo entero. La fuente excepcional de calcio así revelada es la harina de una bromeliácea (*Bromelia laciniosa*, Mart) que contiene aquel mineral en una proporción correspondiente a quince veces el contenido del calcio de la leche. La fuente de vitamina A que revelamos es el aceite de una palmácea —el buriti— (*Mauricia flexuosa*, Mart.) que contiene cinco mil unidades de esta vitamina por centímetro cúbico (Castro *et al.*, 1947). Con plantas de esos tipos cultivadas en cantidad apreciable, dispondrá el mundo de grandes reservas de

ciertos principios nutritivos esenciales, para luchar contra determinadas especies de hambres específicas.

La tentativa de promover la adaptación de nuevas plantas constituye, además, una provechosa forma de reaproximación del hombre a la naturaleza, un readaptamiento a esa tradición que el hombre casi perdió en los tiempos modernos. La verdad es que casi todas las plantas hoy cultivadas al servicio de las necesidades humanas, fueron adaptadas en los tiempos prehistóricos. Modernamente no hubo nuevas conquistas en ese campo, como no las hay en el campo de la domesticación de animales, lo que traduce el hecho ya mencionado, de la distancia a que está el hombre de la naturaleza, aislado en sus bastiones de cultura. No hay duda de que la adaptación de plantas y la domesticación de animales debe haber exigido un contacto mucho más íntimo y prolongado, una simpatía muy intensa del hombre por aquellos otros seres vivos, y una paciente observación de los hábitos y de las exigencias de las plantas y de los animales por domesticar. Y todo eso constituye hoy aptitudes despreciadas. Un hombre de ciencia como Fabre, interesado por los hábitos naturales de los pequeños seres vivos, que pasa días enteros en observación para verificar qué hacen y cómo viven las hormigas y otros insectos, constituye en los tiempos modernos una verdadera rareza. La curiosidad de los naturalistas de hoy no es por ver cómo viven los seres vivos sino cómo se comportan los mismos ante los complicados *tests* de laboratorio, y cómo se presentan después de muertos y descuartizados, bajo las poderosas lentes de sus microscopios. Una nueva búsqueda en ese depósito inmenso de la naturaleza, llevada a cabo con cariño y paciencia, ciertamente nos traería buena cantidad de nuevos recursos alimentarios cuya existencia ni siquiera sospechamos.

Pero no es solo en el suelo donde los hombres pueden encontrar disponibilidades para abastecerse de alimentos. Está también el gran dominio de las aguas —mares, ríos y lagos— con espectacular riqueza de alimentos, hasta hoy muy poco explotada. No existen estadísticas exactas sobre el rendimiento mundial de la pesca, pero los cálculos aproximados de la FAO dan un total de cerca de diez millones de toneladas, lo que representa menos del 1% de la producción de alimentos del mundo. Considerando el volumen de las reservas piscícolas mundiales, varios técnicos afirman que tal producción es ridícula y puede ser aumentada decenas de veces, a través de la organización eficiente de los métodos de pesca. La verdad es que si algunos países, como Japón, EEUU, Noruega, la Unión Soviética y el Reino Unido, utilizan los alimentos marinos en cantidades apreciables, muchos otros, principalmente los del hemisferio sur, no dan la menor importancia a esa inagotable y preciosa fuente de alimentos del más alto valor biológico.

Además, la técnica permite hoy la cría de peces, moluscos y crustáceos, tanto en el agua dulce como en la salada, en viveros o tanques artificiales, con altos rendimientos. La cría de esos animales por medio de residuos y detritus orgánicos, como se hace en China, rinde más que la propia tierra, usada según los métodos más ortodoxos (Bliven, 1949). El empleo de las hormonas de crecimiento, la fecundación artificial, el sembrado de abonos en las aguas piscícolas, para aumento de su valor nutritivo, son métodos que pueden ser puestos en práctica para multiplicar

en mucho el rendimiento de las aguas en alimentos. Con razón afirma Belgward que la “pesca moderna se torna, día a día, una agricultura marina” (Belgward, 1950). Agricultura marina que promete rendimientos tan compensadores como los de la agricultura terrestre.

Hace algún tiempo, han demostrado los investigadores la espectacular riqueza en minerales y vitaminas de ciertos vegetales y animales microscópicos que constituyen el plancton marino, y con los cuales se alimentan animales mayores; pero, solo recientemente, se verifica la posibilidad del empleo de algunas de esas plantas marinas como fuente de alimentación humana. El más rico de esos hallazgos es un tipo de alga verde —la *clorela*— que puede ser cultivada en grandes tanques con base de minerales y de un gas común, y suministra “muchas veces más alimentos básicos que los que se pueden obtener en un acre del mejor tipo de suelo” (Finney, 1949).

Alimentando otro ser vivo, la célula de fermento, con esa alga y creando así una cadena de producción alimenticia idéntica a la que es llevada a cabo por los agricultores que alimentan a los cerdos con el maíz de sus haciendas, para transformar los hidratos de carbono del maíz en carne y grasa porcinas, el doctor Richard Meyer y sus colaboradores obtuvieron una nueva fuente de producción de proteínas y grasas, de capacidad prácticamente ilimitada. Con esos nuevos alimentos —las *clorelas* y las células de fermento— esperan los técnicos revolucionar las condiciones de alimentación del mundo, acabando con las deficiencias de proteínas y grasas de toda la humanidad. Proyectan, para eso, la construcción de enormes parques industriales que harán funcionar racionalmente la cadena de producción de alimentos, partiendo de la *clorela*, y pudiendo producir, cada una, un total de proteínas capaz de alimentar a tres millones de personas y un total de grasas para abastecer a un millón y medio de criaturas. Con cada una de esas fábricas, ganaría la humanidad, según los cálculos del doctor Meyer, cerca de 150.000 acres de buen suelo cultivable.

En ese mismo dominio de la industria de los alimentos sintéticos, ya tenemos hoy, en plena realización, la producción de proteínas, a través del cultivo de otro fermento —el fermento *torula*— alimentado con melaza. En Jamaica, aplicando los principios técnicos del industrializador inglés A. C. Thaysen, fue instalada una fábrica que produce hoy cinco toneladas de proteínas por día, a precios económicamente compensadores. Aun más revolucionarios son los resultados obtenidos con la fabricación de grasas sintéticas a través del desarrollo del proceso Fisher Tropsch, de sintetizar aceites. Las fábricas de Alemania se lanzaron durante la guerra a la fabricación de esos productos, habiendo obtenido un rendimiento medio de diez mil toneladas anuales de grasas.

Sobre esa tentativa, coronada por el éxito, de la obtención de alimentos energéticos partiendo de las sustancias inorgánicas, los técnicos de la División de Nutrición de la FAO se manifiestan de esta manera:

Por primera vez en la historia se hace posible sintetizar, con material no biológico y hasta inorgánico, un alimento de valor calórico. El hecho en sí es extremadamente significativo y revolucionario. Sería todavía prematuro preconizar la fabricación en gran cantidad de grasas sintéticas para el

consumo humano, antes que se reunieran datos clínicos y experimentales más completos y satisfactorios. En el momento actual, el costo de las grasas sintéticas es superior al de las naturales, pero eso no constituye necesariamente un obstáculo. Nuevos procesos son siempre dispendiosos y el costo de estos se reduce gradualmente, con la marcha de las investigaciones industriales. Puesto que Alemania sufre por falta de grasas, convendría activar la fabricación de grasas sintéticas en el país, para fines industriales y, al mismo tiempo, la prosecución de los trabajos experimentales al respecto debe ser activada. (FAO, 1949)

Estas son algunas de las posibilidades más brillantes que la ciencia ofrece a la humanidad como armas de valor en la guerra, o a la amenaza del flagelo del hambre.

Capítulo 8

Geografía de la abundancia

Es bien amplio el campo de la aplicación de la ciencia y de la técnica para la solución del problema del hambre. Ya no queda duda de que la ciencia puede contribuir, de manera decisiva, para ampliar la producción de alimentos, a fin de satisfacer integralmente la necesidad de alimentos de todo el efectivo humano. Y la contribución de la ciencia podría ser aún más apreciable, si los estudiosos de los problemas biológicos hubiesen encontrado mayor estímulo y amparo por parte de las elites dirigentes de nuestros días. La verdad es que las ciencias biológicas siempre fueron relegadas a un plano secundario, en el cuadro social de nuestra civilización mecanizada y utilitaria. Concentrando su mayor interés en la producción de riquezas, nuestra civilización se interesó mucho más por las investigaciones en el campo de las ciencias físicas o químicas que en el campo de la biología. De ahí la visible disparidad en el progreso obtenido en esos dos campos de investigaciones. Según los conceptos del investigador inglés Julian Huxley, afirmaciones basadas en estadísticas mundiales, las investigaciones en el campo de la física son cinco o seis veces más abundantes que las que se producen en el campo de las ciencias biológicas. No es que se pueda olvidar la circunstancia de que los hombres de ciencia solo pueden trabajar pagados para ese fin, ya que ellos comen, se visten y tienen familia, como el común de los mortales. Y acontece que esos hombres de ciencia solo encuentran remuneración cuando sus trabajos son del interés de alguien, sea ese alguien la industria, el particular o el Estado. Ahora bien, en el último siglo de cultura occidental, el Estado, las instituciones y los patrones observan exageradamente nuestros problemas de explotación económica, desinteresándose, en general, por los problemas de categoría humana, viendo al hombre casi solo como una máquina de producción, como una pieza en su engranaje económico. Eso explica que haya mucho mayor número de puestos remunerados para los físicos y los químicos que para los biólogos, desde que las investigaciones fisicoquímicas son de mucha mayor utilidad al comercio y a la industria que las financian, mientras que las investigaciones biológicas son más útiles a la salud humana, patrimonio que no da rentas directas. Es de un sabio inglés la observación de que solo en un laboratorio de investigaciones de una organización industrial —The Imperial Chemical Industries— había, en 1940, un grupo de investigadores que procuraban descubrir nuevos progresos técnicos en los procesos químicos, mucho mayor que el número total de biólogos que hacían investigaciones en todo el Imperio británico. Es claro que, trabajando en mayor número, mejor pagados y mejor equipados, los químicos industriales tienen más probabilidades de descubrir mayor número de cosas y de hacer progresar su ciencia, mucho más de

prisa que los escasos biólogos, abandonados a su entusiasmo estrictamente personal, y a su extraño apego al estudio de los problemas que en general no son tomados en consideración por las fuerzas dirigentes del mundo.

Pero con el poco conocimiento que se posee de los fenómenos del mundo vivo, con el actual patrimonio de la ciencia *agrobiológica*, sería posible emprender una verdadera revolución en el campo de la producción de alimentos, si los obstáculos de ciertas fuerzas económicas y políticas no dificultasen la aplicación en forma continuada de las adquisiciones de la ciencia. Para mostrar hasta dónde actúa ese terrible impacto de la realidad social, trabando la permeabilización completa de la agricultura por la ciencia, escribió Whitney Cross las siguientes y expresivas palabras:

Evidentemente, sabemos cómo obtener más alimentos. Podemos restaurar florestas que harán revivir riberas estériles y regularán el curso de las aguas. Podemos retener la fertilidad de nuestros buenos suelos y aun aumentar esa fertilidad poco a poco. Podemos conseguir más carne de cada cerdo y más maíz de cada espiga. Podemos aprender a irrigar ricas regiones sin destruirlas. Podemos divisar horizontes aún más promisorios a medida que los conocimientos adquiridos vayan permitiendo que las actuales esperanzas se trasformen en potencialidades. Podemos predigerir y tornar comestibles ciertas hierbas y hasta ciertos árboles, capaces de crecer en suelos más pobres; utilizando las nubes podemos hacer llover donde hubiere necesidad de humedad, en vez de dejar llover donde ya hay mucha humedad, o aun aplicar la energía radioactiva u otra cualquiera a los suelos y a las plantas, para estimular el crecimiento de estas; o encontrar algún medio para restituir la vida al suelo de modo más rápido, por la bacteriología y por la química; utilizar en mayor proporción los recursos del mar y levantar tierras en los océanos; solucionar ciertas dificultades de la agricultura tropical y ártica. La energía más barata y más abundante de origen nuclear puede posibilitar económicamente ciertas empresas que hoy parecen imposibles. [...] Todas esas posibilidades dependen, por lo tanto, de un inmenso 'sí'. Tenemos que luchar contra la apatía humana. Supongamos que los hombres de ciencia van a descubrir todo eso. ¿Cómo podrán los hacendados de todo el mundo, muchos de ellos ignorantes, ser educados a tiempo? ¿Y cómo podrán los industriales del mundo, muchos de ellos egoístas o acaso también ignorantes, ser impelidos en esa dirección? He aquí el punto neurálgico del problema. En este punto toda la cuestión de la conservación pasa de la utopía de la ciencia hacia el campo terreno de la política humana. (Cross, 1948)

Dentro de estas contingencias políticas, el problema de la victoria contra el hambre sobrepasa los límites de la capacidad de los hombres de ciencia y de los técnicos. Como muy bien lo expuso el doctor Vannevar Bush, durante la reunión convocada por el Massachusetts Institute of Technology (MIT) para debatir los problemas de las implicaciones sociales de los progresos científicos en este medio siglo, los progresos científicos agrícolas están marchando bien y hacen prever para breve tiempo la posibilidad de la propia síntesis de la clorofila, o sea, de la matriz creadora de alimentos, a costa de la energía solar, lo que traerá para la humanidad posibilidades tan amplias o tal vez mayores que las premisas de la energía atómica. No hay, por lo tanto; deficiencia ni de recursos naturales ni de recursos técnicos para la realización de la tarea.

El problema, afirma el doctor Bush, es cómo aplicar los progresos conquistados por los físicos, a las condiciones existentes en el mundo real. No es tarea de los físicos, sino de los sociólogos y los políticos (Bush, 1949). La verdad es que no basta producir alimentos echando mano de todas las técnicas disponibles. Es preciso que esos alimentos puedan ser adquiridos y consumidos por los grupos humanos que de ellos necesitan, porque si no se procede a la adecuada distribución y a la expansión de los niveles correspondientes de consumo, luego se formarán excedentes agrícolas, y crearán el grave problema de la superproducción al lado del subconsumo. De allí la necesidad de que la política de alimentación cuide tanto de la producción como de la distribución adecuada de los productos alimenticios y de allí la necesidad de que esa política sea planeada en escala mundial. Tiene razón Frank Boudreau cuando afirma: “para que el progreso de la ciencia sea benéfico y no maléfico para la humanidad, debemos pensar en términos universales y construir, para nuestro mundo, instituciones económicas y políticas capaces de llevar a la humanidad al camino de la liberación de la miseria, de la necesidad, de las enfermedades y de la muerte prematura, males que vienen acompañando al hombre durante siglos” (Boudreau, 1946). Con las barreras aduaneras, con los bloqueos económicos antagónicos, con la política de los nacionalismos agrícolas y las economías de tendencias autárquicas, esa tarea de promover la vuelta al equilibrio del consumo internacional de los alimentos constituye un objetivo bastante arduo y difícil, pues, de ser alcanzado.

Y la verdad es que todos esos expedientes son consecuencias de las diferencias de niveles de la productividad en las variadas regiones del mundo. En último análisis, el hambre no es una consecuencia ni de la producción ni del consumo insuficientes, encarados en forma aislada, pero sí una consecuencia de los bajos niveles de la producción individual. Los pueblos o los grupos que pasan hambre son siempre pueblos o grupos de capacidad de producción insuficiente, de productividad ínfima, que no les permite adquirir los alimentos necesarios al uso de un régimen de equilibrio.

El camino de la abundancia

Para extirpar el hambre de la superficie de la Tierra es necesario, pues, levantar los niveles de productividad de los pueblos o de los grupos marginales, integrándolos a través de los progresos económicos, en la comunidad mundial. Y este aumento de productividad depende de innumerables factores, de los cuales el más importante es, sin duda, el tipo de organización de la explotación económica, de que participan los individuos. Hay ciertos tipos de explotación económica, que imponen, invariablemente, niveles de productividad infrahumana, de productividad mucho menor que las necesidades mínimas de vida; mientras imperen esos tipos de explotación económica, el hambre continuará desafiando nuestra civilización. La llamada “economía colonial”, por la cual prosperaron las potencias industrializadas, obteniendo en las colonias materias primas a bajo precio, constituye uno de esos tipos de explotación económica, incompatible con el equilibrio económico del mundo. Como vimos en capítulos anteriores, las grandes zonas del hambre endémica del

mundo son, exactamente, las zonas coloniales, sean colonias políticas, como los territorios africanos, sean colonias económicas como China y la mayor parte de América Latina, dedicadas a la producción de materias primas para alimentar la industria europea y la norteamericana. Sin una mudanza completa de la política colonial, que conduzca a los pueblos coloniales a producir de manera adecuada para satisfacer sus necesidades biológicas, no se puede esperar una solución definitiva del problema del hambre universal. Dedicando sus esfuerzos de manera preponderante a la producción de materias primas exportables, los habitantes de las regiones coloniales no consiguieron libertarse de la esclavitud del hambre, porque el juego de la economía mundial tiende siempre a desvalorizar su trabajo, en provecho del lucro de la industria. Algunos ejemplos de la ínfima capacidad adquisitiva de los pueblos que viven bajo el signo de la economía colonial dan una idea precisa de cómo actúa ese factor condicionando el hambre en masa. Vamos a tornar esos ejemplos, no de verdaderas colonias políticas, pero sí de países políticamente independientes que continúan manteniendo la estructura económica colonial.

De acuerdo con una encuesta llevada a cabo durante la última guerra por técnicos de la Asociación de Planeamiento de Washington, la cantidad de azúcar que un obrero de Cuba puede adquirir con el salario de un día es cuatro veces menor que la que puede adquirir un obrero norteamericano y, no obstante, Cuba es uno de los mayores productores de azúcar del mundo. Un obrero de Colombia tiene que trabajar cuatro horas para adquirir una cantidad de café correspondiente a una hora de trabajo en EEUU, y Colombia es uno de los países que está a la cabeza de la producción del café (Soule, Efron & Ness, 1945). La explotación latifundista y de monocultivo, con salarios bajos, presentada en sus variantes en las zonas coloniales del mundo entero, constituía, pues, el caldo de cultivo ideal para desarrollo del pauperismo, de la miseria y del hambre. Basando su economía en uno de los dos productos de exportación cuyos precios fueron siempre fijados por las metrópolis consumidoras, y teniendo que importar una infinidad de productos industriales con precios fijados por la metrópoli, los pueblos coloniales tienen que permanecer atontados en el pauperismo. Solo con su liberación económica de la política colonial, podrán esas zonas del hambre desenvolver su productividad de manera de disponer de lo suficiente para su sustento, lo que es posible no solo por la diversificación de su producción, sino también por la fijación del justo precio de las materias primas y por su beneficio industrial *in loco*.

No basta aumentar la productividad individual con el incremento de determinados productos, para que el problema esté resuelto. Es preciso valorizar debidamente la producción en correspondencia con las necesidades del grupo productor. Esto quiere decir que no se puede continuar la fijación de los precios de las materias primas sobre la base de los márgenes de lucro del juego de las competencias de los productos industriales, pero sin correspondencia con los precios de las utilidades básicas locales necesarias para los grupos productores de materias primas. Tiene toda la razón un economista francés del grupo *Economie et humanisme*, cuando llama la atención sobre los peligros y las desilusiones que envuelve la creencia de que todo se resuelve con un simple aumento de productividad (*Diagnostic Économique et*

Social, 1950). Es, sin duda, la productividad el punto llave del problema; pero, por eso mismo debe ser encarada en términos de una economía humanista. Y para mostrar que tiene razón aquel economista, basta citar el caso de Venezuela, donde la producción de petróleo per cápita es de las más altas del mundo. Como la monoexplotación del petróleo determina la inflación de los precios, los salarios nominales son altos, y dan la impresión de altos niveles de productividad individual, lo que no impide que el país sea una de las grandes zonas de hambre del mundo. Antes de la dinastía petrolera de Venezuela, la población del país se alimentaba razonablemente, con su producción de carne y de maíz. Hoy, no obstante, para que sus poblaciones no perezcan de hambre es necesario importar por año 200.000 toneladas de carne, un millón de toneladas de leche, 50.000 de queso, 50.000 de manteca, 200.000 de hortalizas, 75.000 de tubérculos, 70.000 de arroz, 40.000 de maíz, 50.000 de leguminosas y 60.000 de aceites (Ortiz, 1950). Y con estas importaciones se desvanecen todas las aparentes riquezas logradas por el petróleo, sin que el pueblo obtenga recursos de alimentación suficientes.

Cuando, en 1943, los delegados de las Naciones Unidas, reunidos en Hot Springs para tratar de los problemas de alimentación y nutrición, firmaron un protocolo en el que se comprometían a promover la elevación de los estándares de vida y de nutrición de esos pueblos, estaban tal vez lejos de apreciar el alcance y, al mismo tiempo, la complejidad del compromiso asumido. Solo con el correr de los tiempos se verificó la dificultad de estructurar una política realmente efectiva para la FAO, o sea, para el organismo encargado de encarar el problema en su expresión universal. En 1946, lord Orr, entonces director general de aquel organismo internacional, sometió a los gobiernos de las Naciones Unidas una propuesta de creación de una Junta de Alimentación Mundial destinada a promover los medios técnicos necesarios para convertir la necesidad humana en logro efectivo de los mercados mundiales (Boyd-Orr, 1950). Sería de competencia de ese organismo la fiscalización de la economía alimentaria del mundo, promoviendo la estabilización de los precios de los productos, comprando y vendiendo en los mercados mundiales, constituyendo reservas de alimentos y dirigiendo los excedentes de determinados productos a las zonas más necesitadas. Por desgracia, la propuesta no logró aprobación y la FAO, a falta de poderes decisivos, quedó limitada a una especie de órgano de consulta internacional o, como lo definió Le Gros Clark, “un cerebro mundial dirigido hacia todos los asuntos ligados a la producción, distribución y consumo de alimentos y demás productos del suelo y de los mares” (Le Gros Clark, 1949).

Esas limitadas atribuciones de la FAO dificultan la realización de su misión y, por eso, nuevas propuestas surgen en el sentido de reforzar su acción en el campo de la economía alimentaria del mundo. Preocupada con las perspectivas que se insinuaron desde fines de 1948, de los peligros de la superproducción relativa por inadecuamiento de los mercados consumidores mundiales, constituyó la FAO, en junio de 1949, un Comité Especial de Técnicos para trazar un plan general de acción en escala mundial. La preocupación de los dirigentes de la FAO nació al verificar estos que, después del esplendor económico de la agricultura norteamericana durante la guerra, los precios de los productos agrícolas en 1948 comenzaron a declinar, haciendo que

las rentas agrícolas fuesen un 10% menores en 1949 que en el año anterior. El Comité de Técnicos, integrado por notables especialistas como John Codlisse, Colin Clarck, J. K. Galtraith, D. Ghosh, Gustavo Polit y A. Radomysler, habiendo estudiado a fondo el asunto, propuso la creación de una Cámara Internacional de Compensación de Productos, con el objeto de fiscalizar la compra y la distribución de los alimentos. Justificaron los técnicos su proposición con las siguientes palabras:

Hacemos la presente propuesta debido a los excedentes agrícolas, amenaza que no se concretará si se comienza a obrar a tiempo. Esa acción, para ser eficiente, tendrá que ser internacional. Los gobiernos nacionales disponen de medios para regular los precios del trabajo y de la producción; pero no basta una acción nacional. Esta, por el contrario, puede fácilmente, como aconteció en 1930, degenerar en *dumping* de competencia. El nacionalismo agrícola —la experiencia ya lo demostró— puede ser más nocivo que cualquier otra forma de nacionalismo económico. Lo que proponemos es un instrumento internacional de consulta y de acción cooperativa, en el campo de las mercaderías, de modo que las naciones puedan unir sus esfuerzos en la guerra contra los enemigos de la humanidad —miseria, enfermedades y hambre— en vez de atacar la prosperidad una de las otras, en un vano esfuerzo de defender la propia prosperidad.

Al poner en evidencia el desequilibrio comercial del mundo, el comité preconiza la necesidad de un ataque eficiente contra el desequilibrio de la economía mundial y presenta cinco diferentes campos de actividad para ser tocados por ese ataque.

Hay cinco sectores principales en que el ataque debe ser llevado a cabo, todos ellos íntimamente ligados y todos de importancia vital. Cada uno, no obstante, tiene su lugar determinado y en ese orden pasamos a enumerarlos. Las medidas necesarias son las siguientes:

- 1) Manutención de alto nivel de producción y empleo, particularmente en los Estados Unidos de América. En ese caso, como en otros, la razón no es que la economía norteamericana sea menos estable que la de los demás países, sino que es una economía fundamentalmente importante dentro del panorama mundial.
- 2) Reducción de las restricciones al comercio, inclusive de las tarifas y restricciones cuantitativas y monetarias. El actual desequilibrio del dólar, en particular, exige providencias que faciliten el acceso al mercado norteamericano.
- 3) Elevación de los padrones de eficiencia productiva, particularmente en los países de Europa Occidental.
- 4) Suministro, por parte de empresas privadas y organizaciones nacionales e internacionales, de grandes y continuas inversiones de capitales de los países más adelantados en los menos desarrollados. Tal acción tendría en vista la financiación de los excedentes de exportación de los primeros y de los excedentes de importación de los segundos.
- 5) Restauración de las monedas convertibles y transacciones multilaterales, como base del comercio mundial. (FAO 1948e)

Este plan de acción podrá surtir efecto si fuera realizado, realmente, en vista de las condiciones de vida y las necesidades vitales de los grupos humanos mal alimentados,

y no como elixir para aliviar momentáneamente la asfixia de los mercados exportadores. No hay duda de que uno de los grandes obstáculos que se oponen a su cumplimiento es su forzada limitación a una parte del mundo, por la falta de cooperación de la Unión Soviética y los otros países de la órbita económica del mundo soviético. El ideal sería buscar un entendimiento en ese campo de las necesidades vitales, que permitiese el amplio aprovechamiento de las reservas del mundo, consolidando la economía de todas las naciones y promoviendo el levantamiento de los niveles de vida de toda la humanidad. La verificación, por parte de los responsables por los destinos de las dos mitades del mundo, de la dificultad de resolver los problemas mundiales dentro de un criterio de economía cerrada, tal vez eleve a la humanidad a una actitud de mayor comprensión y tolerancia, al punto de permitir una verdadera cooperación universal.

Ciertamente, el mejor camino para tal cooperación será el de disminuir las desigualdades económicas y sociales, por medio de una política de desenvolvimiento adecuado de las zonas más atrasadas de la Tierra. Implica, pues, la política mundial de alimentación una saludable política de asistencia técnica de esas zonas, que mire a su progreso económico real. No se debe, no obstante, limitar esa asistencia técnica al suministro de recursos y medios que permitan lograr con más eficiencia el mayor rendimiento de las materias primas ahora producidas en las zonas coloniales. Ese tipo limitado de asistencia técnica ya fue adoptado por Inglaterra en lo tocante a varias de sus colonias africanas y, en lugar de mejorar, contribuyó mucho a empeorar las condiciones de alimentación en aquellas regiones. La asistencia técnica para cada país debe variar de acuerdo con sus características, y debe mirar al aprovechamiento integral de sus posibilidades naturales, en beneficio de las colectividades respectivas. La asistencia técnica de las zonas de economía poco desarrollada debe significar explotación racional y científica del suelo, restauración de las tierras agotadas, industrialización de los productos locales, esquema de electrificación, irrigación y redes de transporte; finalmente, todo un tejido complejo de proyectos destinados a liberrar esas zonas del colonialismo económico. Con la aplicación de la técnica “en formas adecuadas y en dosis asimilables” (Milbank Memorial Fund, 1948) es posible obtener la libertad económica de esas zonas y su transformación en zonas de alta productividad y de pleno empleo, dentro de una economía mundial en expansión.

Emancipación colonial y reciprocidad de intereses económicos

La verdad es que es posible pasar de una economía colonial a una economía mundial cooperativa de reciprocidad de intereses, sin que las metrópolis colonizadoras entren en bancarrota. Todo depende de la forma en que las potencias coloniales encaren la nueva realidad del mundo. Trasformadas en grandes mercados consumidores, las zonas coloniales podrán cooperar sustancialmente en la estructuración de una economía más equilibrada, y absorber los excedentes de determinados productos de las regiones altamente desarrolladas. La revolución norteamericana, que dio independencia a trece colonias británicas en 1776, lejos de perjudicar la economía

inglesa, mucho colaboró para su expansión, y ello porque después de su libertad, esas colonias se volvieron mercado próspero para los productos británicos, mucho más amplio y variado que el mercado colonial. “Los Estados Unidos en franco desenvolvimiento —afirma Earl Parker Hanson— contribuyen tanto como la India a engendrar la grandeza británica de la época victoriana” (Parker Hanson, 1949b). La América Latina, África y el Extremo Oriente constituyen enormes mercados potenciales de nuestros días y, para entrar en acción en la economía mundial, esperan que sus habitantes, bien alimentados, puedan producir lo suficiente para alcanzar un nivel de vida coherente con las posibilidades técnicas del mundo moderno. En la mejoría de las condiciones de vida de esas zonas, hoy de hambre y de miseria, reposan, pues, la seguridad económica y la prosperidad del mundo entero. Dentro de una economía de abundancia, con diferentes grupos humanos que dispongan de recursos alimentarios adecuados, se producirá ciertamente una radical transformación en la estructura social del mundo. Con la *geografía de la abundancia* nacerán nuevas estructuras sociales, poseedoras de características generales que garantizarán la conquista de una nueva etapa en la búsqueda de la felicidad y del bienestar social.

Dos conquistas fundamentales deben ser destacadas, que se podrán alcanzar a través de la política de buena alimentación para todos: la conquista de la salud y la conquista de la seguridad, expresiones de victorias colectivas contra la enfermedad y contra el miedo. Enfermedad y miedo constituyen los dos factores de mayor degradación, uno físico y otro moral, de nuestra civilización. Ya tuvimos oportunidad de mostrar, en diferentes capítulos de este libro, cómo pesan en forma terrible las enfermedades en la marcha del progreso social, pero para dar una idea más concreta de su expresión económica, presentamos algunas cifras significativas: son calculados en 10.000 millones de dólares los perjuicios que las enfermedades acarrearán anualmente en EEUU (Falk, 1936) y se calculan los gastos por año en Inglaterra, por enfermedades, en cerca de 185 billones de libras (Balfour, 1949). Por las cifras de esos dos países, se puede tener idea de la tremenda disminución que la falta de salud determina en la economía mundial. Hoy está categóricamente demostrado que la mayoría de las enfermedades a que se halla expuesta la humanidad puede ser evitada o, por lo menos, disminuida en su intensidad y en sus estragos, mediante el uso de una alimentación adecuada. Con la liberación del hambre, escapan también los grupos humanos del estigma del miedo que los oprime y los lleva muchas veces a actitudes deplorables, incompatibles con la dignidad de la condición humana.

Crisis biológica y crisis política contemporáneas

Hay quien procura explicar la decadencia de nuestra civilización como consecuencia de la disminución progresiva del número de individuos capaces de sustentar sobre los hombros la enorme carga de la cultura, lo que conduce fatalmente a su desmoronamiento; y hay quien atribuye esa disminución más que a la decadencia biológica y psicológica del hombre, a su falta de fuerza y de coraje para enfrentar la realidad social. Esa flaqueza y ese miedo son, en gran parte, consecuencia del hambre o de

las amenazas del hambre a que están expuestos innumerables grupos humanos en nuestros tiempos.

La verdad es que muchos pueblos, sometidos a la acción disolvente del hambre, se entregan con humildad al dominio de las fuerzas destructivas y antisociales. Tuvimos ocasión de mostrar cómo el cerco del hambre entregó a Japón a las garras del fascismo. Tampoco fue otro el mecanismo que hizo triunfar el nazismo en la vieja Europa durante los llamados años decisivos de su historia, desde 1930 a 1940. Con el hambre asilada en los individuos, con su espectro amenazador que crea el pánico generalizado, fue fácil a los domadores de las masas, a los hipnotizadores de las multitudes, como los llamó Keyserling, convertir esas masas en una pasta maleable, sumisa a su mano de hierro. En aquella hora grave del mundo, ciertos pueblos europeos sintiéndose débiles para marchar hacia adelante con el peso muerto de la cultura sobre los hombros, y sintiendo que no era posible libertarse por sus propias fuerzas de la asfixia moral que los envolvía, se entregaron voluntariamente a la sugestión de los gestos dominadores. Sin saber qué hacer con sus manos, esos pobres esclavizados por la miseria cedieron al gesto imperativo y pasaron a repetir la actitud común, expresión de total renuncia a la personalidad. Expresión de la pérdida voluntaria de la libertad, pero también de la conquista de un sosiego momentáneo por haber evitado la responsabilidad. La psicosis colectiva a que Europa fue arrastrada en aquel momento, representando una crisis psicológica que se sobrepuso a la crisis biológica latente, tuvo mucha semejanza con el fenómeno observado por Pavlov, en los perros sometidos a las experiencias de reflejos condicionados. Animales que después de innumerables reflejos condicionados eran arrastrados por el terror del hambre o del sufrimiento, a un estado de inhibición que los hacía dejar todas las adquisiciones reflejas anteriores. Fue lo que aconteció con Europa, atacada de grave crisis de ansiedad, muy bien caracterizada por Pierre Janet con las siguientes palabras: “Hoy es enorme el número de deprimidos, de individuos que no poseen la energía suficiente para ocuparse de la causa pública, porque tienen terror de la acción social. De ahí que sientan enorme necesidad de orientación y protección y de ahí la seducción que sobre ellos ejerce la dictadura”. Cuando Europa se dejó envolver por la avasallante onda del nazifascismo, lo hizo bajo el impulso de defender la piel. De defender “la asquerosa piel”, como la llamó Curzio Malaparte (1949), simbolizando con esas palabras los instintos vegetativos que gritan imperiosamente dentro del animal-hombre, sobre todo el instinto del hambre. “Antes se sufría, se mataba y se moría para salvar el alma. Hoy, el hombre sufre y hace sufrir, mata y muere, realiza cosas magníficas y cosas horribles, apenas para salvar la piel”, dice Malaparte, en un tono de burla y de grotesca tragedia. Y ese exagerado amor a la piel, esa angustiosa necesidad de satisfacer las necesidades vegetativas deriva del sufrimiento, del pavor y de la angustia provocadas por la dura experiencia del hambre. Si el mundo deseara una recuperación de su panorama moral, si deseara ver crecer el número de hombres suficientemente fuertes y capaces de batirse no por la piel, pero sí por mantener en el mundo principios democráticos que dignifiquen la condición humana, el mundo tendrá, antes que nada, que eliminar por completo el degradante estigma del hambre.

Con el establecimiento de una economía de abundancia se da un gran paso no solamente en la solución de los aspectos cualitativos de la demografía de los pueblos, sino también en sus aspectos cuantitativos. No solo los grupos humanos serán más sabios y más capaces, sino también sus volúmenes demográficos se ajustarán mejor a las posibilidades naturales y culturales de cada grupo. En los grupos humanos que hoy parecen más expuestos a los peligros de la superpoblación, habrán de disminuir los exagerados índices de fertilidad o, como lo llamó Vogt, el apetito reproductivo fuera de fiscalización, determinando una curva de crecimiento demográfico tendiente al equilibrio de sus poblaciones.

El camino de la supervivencia del mundo no está, pues, en las tentativas prescritas por los neomalthusianos, de la eliminación de los excesos de gente, mediante una fiscalización de los nacimientos, sino en la tentativa de volver productiva a toda la gente que vive en la superficie de la Tierra. No hay hambre y miseria en el mundo porque exista gente en gran cantidad, sino porque hay poca gente que produce y mucha que come. La política neomalthusiana de economía deshumanizada, que preconiza que se deje morir a los débiles y a los dolientes, que se ayude a los famélicos a morir más de prisa y que llega al extremo de desaconsejar el uso de los recursos médicos y sanitarios a las poblaciones más miserables, como lo hace Vogt, traduce tan solo el sentimiento egoísta y mezquino de quien vive bien y se siente horrorizado con la inquietante presencia viva de los que viven mal. La verdad es que, para Vogt, el mundo debe ser considerado una recepción de gala para convidados de categoría y no una fiesta callejera abierta a todos, con la inquietante incomodidad de los codazos y los pisotones. Y por esto aconseja que se expulse sin piedad de su fiesta a aquellos importunos, a aquellos aguafiestas de la vida holgada de antaño. En su política de salvación, Vogt no tiene escrúpulos en prescribir los recursos más inhumanos. En su furia de depuración de la humanidad, llega a lanzar invectivas contra los médicos y contra la medicina moderna que intenta salvar vidas, por medio de la aplicación de métodos preventivos y curativos, en las regiones más atrasadas del mundo, porque para Vogt, esas vidas son indeseables.

Felizmente el mundo no se deja arrastrar por esas concepciones derrotistas y disolventes que, aun bajo la apariencia de concepciones científicas, lejos de conducirlo al camino de la supervivencia, lo arrastran a la muerte, a la revolución y a la guerra... al camino de la perdición.

El camino de la supervivencia aún está al alcance del hombre, y reposa en la confianza que debemos depositar en nuestras propias fuerzas. "Es grande la ciencia del hombre, mas aun mayor es el propio hombre" (Parker Hanson, 1949b), escribe un pensador de nuestros días, reafirmando en sus contemporáneos la confianza que debemos mantener en la grandeza de la especie humana.

Bibliografía

- Aguilar, R. (1944). Estudios sobre avitaminosis y perturbaciones del crecimiento en niños hipocalcémicos. *Gaceta Médica de México*, v. 75, p. 26.
- Allen, G. (1940). *Historia económica del Japón*. Madrid: Revista de Derecho Privado.
- Allende, S. (1939). *La realidad médico-social chilena*. Santiago: Ministerio de Salubridad, Previsión y Asistencia Social.
- Andrade, L. I. (1941). *Um aspecto regional de antropologia escolar*. Recife: Escola Normal de Pernambuco.
- Arruda Sampaio, P. (1944). *Aspectos do bócio endémico na infancia e na adolescência*.
- Aykroyd, W. (1937). *Human nutrition and diet*. London: Thornton Butterworth.
- Aykroyd, W. (1949). Medical resurvey of nutrition in Newfoundland in 1948. *Canadian Medical Association Journal*, v. 60, n. 4, p. 329-352.
- Azevedo, T.; Galvao, A. (1945). *Uma pesquisa sobre o suplemento nutritivo em escolares*. Bahía.
- Babicka, M. (1943). The current food situation inside Poland. *Journal of the American Dietetic Association*, v. 19, n. 4, p. 261-264.
- Baker, O. (1928). Agriculture and the future of China. *Foreign Affairs*.
- Baker, O.; Borsodi, R.; Wilson, M. (1939). *Agriculture in Modern Life*. New York: Harper.
- Balfour, E. (1949). *The living soil*. London: Faber & Faber.
- Barros Barreto, J.; Castro, J.; Castro, A. (1939). Inquérito sobre as condições de alimentação popular no Distrito Federal. *Boletim do Ministério do Trabalho da Indústria e Comércio*, p. 298-324.
- Bastide, R. (1935). *Éléments de sociologie religieuse*. Paris: Colin.
- Bateson, F. (1946). *Towards a socialist agriculture*. London: Gollancz.
- Beeson, K. (1941). *The mineral composition of crops with particular reference to soils in which they were grown*. Washington DC: United States Department of Agriculture (Miscellaneous Publication N° 369).
- Bejarano, J. (1941). *Alimentación y nutrición en Colombia*. Bogotá: De Cromos.
- Belgward, H. (1950). *Les espèces comestibles de mer et d'eau douce*. Paris: UNESCO.
- Benavente, A. (1942). *Public health in Bolivia*. En: Public Health in the Americas. Washington DC: Pan-American Sanitary Bureau. p. 13-14.
- Bengoa, J. (1947). *La FAO y la política alimentaria*. Caracas.
- Bernal, J.; Cornforth, M. (1949). *Science for peace and socialism*. London: Birch.
- Bigwood, E.; Trolli, G. (1937). *Problème de l'alimentation au Congo Belge*. Paris: La Science et l'Alimentation.
- Black, J.; Kiefer, M. (1948). *Future food and agriculture policy*. New York: McGraw-Hill.
- Bliven, B. (1949). Will the world starve. *This Week*.
- Boudreau, F. (1946). Nutrition as a world problem. *Transactions of the New York Academy of Sciences*, v. 8, n. 3, p. 112-123.
- Boudreau, F. et al. (1948). *International approaches to problem of underdeveloped areas*. New York: Milbank Memorial Fund.

- Boulding, K. (1946). *Économie de Paix*. París: Librairie de Médicis.
- Boyd-Orr, J. (1936). Food health and income: Report on a survey of adequacy of diet in relation to income. London: MacMillan.
- Boyd-Orr, J. (1943). *The role of food in postwar reconstruction*. Montreal: International Labor Office.
- Boyd-Orr, J. (1950). The food problem. *Scientific American*, v. 183, n. 2, p. 11-15.
- Brown, E. (s.f.). The History of the Zuiderzee works. La Haya: The Netherlands Association Abroad.
- Brozek, J.; Wells, S.; Keys, A. (1946). Medical aspects of semistarvation in Leningrad: 1941-1942. *American Review of Soviet Medicine*, v. 4, n. 1, p. 70-86.
- Buchanan, A. (1948). *Annual changes in population of Japan proper*. Tokyo: Supreme Commander for the Allied Powers.
- Buck, J. (1937). *Land utilization in China*. Nanking: University of Nanking.
- Buck, P. (1931). *The good Earth*. New York: John Day & Co.
- Buell, R. (1939). *Poland: key to Europe*. London: Knopf.
- Bulnes, F. (1889). *El porvenir de las naciones hispano-americanas ante las conquistas de Europa y Estados Unidos*. México: Imprenta de M. Nava.
- Bush, V. (1949). Social implication of science. *MIT Technology Review*.
- Calvo de la Torre, J. (1948). *Informe de la Conferencia Latinoamericana de Nutrición*.
- Cárcano, R. (1933). *800.000 analfabetos: Aldeas Escolares*. Buenos Aires: Roldán.
- Casas, B. (1552). *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*.
- Castro, J. (1936). *Alimentação e raça*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Castro, J. (1939). *O problema da alimentação no Brasil*. Rio de Janeiro: Companhia Nacional.
- Castro, J. (1945). Las zonas alimentarias en el Brasil. *América Indígena*, v. 5, n. 3.
- Castro, J. (1946). *La alimentación en los trópicos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Castro, J. (1949). Metabolismo das Vitaminas nos Tropicicos. *Trabajos e Investigaciones del Instituto de Nutrición*.
- Castro, J.; Pechnik, E.; Parahim, O.; Mattoso, I. V.; Chaves, J. M. (1947). Os "alimentos bárbaros" dos sertões do Nordeste. *Arquivos Brasileiros de Nutrição*, n. 3, p. 5-29.
- Chamberlin, W. (1947). *The European Cockpit*. New York: Macmillan.
- Chambers, E., Grant, C.; Bayley, C. (1943). *This age of conflict: A contemporary world history, 1914-1943*. New York: Harcourt, Brace & Co.
- Chandrasekhar, S. (1946). *India's population: Fact and policy*. New York: John Day & Co.
- Chandrasekhar, S. (1949). Problemas demográficos de la India y Pakistán. *El Correo de la UNESCO*.
- Chardonnet, J. (1947). *Les conséquences économiques de la guerre 1939-1946*. París: Hachette.
- Chomel, A. (1950). L'asphyxie de l'Europe: Les Échanges Est-Ouest. *Diagnostic Économique et Social*, n. 15.
- Christensen, R. (1948). *Efficient use of food resources in the United States*. Washington DC: United States Department of Agriculture (Technical Bulletin N° 963).
- Cilento, R. (1948). Underdeveloped areas in social evolutionary. *Milbank Memorial Fund Quarterly*, v. 26, n. 3, p. 292-299.
- Clark, C. (1949). The world's capacity to feed and clothe itself. *The Way Ahead*, v. 11, n. 2, p. 75.

- Claude, H. (1945). *De la crise économique a la Guerre Mondiale*. Paris: Ocia.
- Clavijero, F. (1944). *Historia antigua de México*. México DF: Delfín.
- Clerch, A. (1948). *Relatório apresentado a la I Conferência Latinoamericana de Nutrição*. Montevideo.
- Cohen, J. (1949). *Japan's economy in war and reconstruction*. Minneápolis: University of Minnesota Press.
- Committee on Diagnosis and Pathology of Nutritional Deficiencies. (1943). *Food and Nutrition Board: Inadequate Diets and nutritional deficiencies in the United States*. Washington DC: Bulletin of the National Research Council N° 109.
- Committee on Nutrition in the Colonial Empire. (1939). *Summary of information. regarding nutrition in the Colonial Empire*. London.
- Council of Chatham House. (1945). *A Food Plan for India*. London: Royal Institute of International Affairs.
- Cressey, G. (1939). *Géographie humaine et économique de la China*. Paris: Payot.
- Cressey, G. (1946). *Tierras y pueblos de Asia*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Cross, W. (1948). The road to conservation. *Antioch Review*, v. 8, n. 4.
- Cruikshank, E. (1946). *Food and nutrition*. Edinburg: Livingstone.
- Curschmann, F. (1900). *Hungersnöte im Mittelalter*. Leipzig: Teubner.
- Dantin Cereceda, J. (1934). *La alimentación española: Sus diferentes tipos*. Madrid.
- Davis, K. (1946). *Population trends and policies in Latin America*. Austin: The University of Texas.
- Debû-Bridel, J. (1947). *Histoire du Marché Noir: 1939-1947*. Paris: La Jeune Parque.
- Dennery, E. (1930). *Foules d'Asie*. Paris: Colin.
- Diagnostic Économique et Social (1950). Editorial productivité et bonheur humain. *Diagnostic Économique et Social*, n. 19.
- Doubleday, T. (1853). *The true law of population shewn to be connected with the food of the People*. London: Smith, Elder & Co.
- Dresch, J. (1948). *Villes Congolaises: Étude de géographie urbaine et sociale*. Paris: Gallimard (Revue de Géographie Humaine et d'Ethnologie, n. 3).
- Drummond, J. (1946). *Problems of Malnutrition and Starvation during the War*. Nottingham: Clough and Son.
- Duprat, R. (1948). L'Europe devant le Plan Marshall. *Économie et Humanisme*, n. 37.
- Dutra, F. (1940). *Borracha in Brazil, 1939-1940*. Ministério das Relações Exteriores do Brazil.
- Dutt, C. (1928). *Economic history of India*. Cambridge: University Press.
- East, W. (1935). *Historical geography of Europe*. London: Methuen.
- Erdman, H. (1945). The food problem. En: *The outlook for postward Europe*. California: University California Press.
- Escudero, P. (1933). Étude économique de l'alimentation de l'ouvrier de Buenos Aires. *Journal Sud-Américaine de Médecine et de Chirurgie*, n. 3.
- Escudero, P. (1934). *Alimentación*. Buenos Aires: Hachette.
- Escudero, P. (1947). *El presente y el futuro del problema alimentario en Bolivia*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Nutrición.
- Études et Conjonctures. (1947). *Inventair e économique de l'Europe*. Paris.

- Falk, S. (1936). *Security Against Sickness*, New York: Doubleday, Doran & Co.
- FAO. (1946). *World food supply*. Washington: FAO.
- FAO. (1947). *The German medical profession on the State of Nutrition in Germany*. Génova: FAO.
- FAO. (1948a). Primera Conferencia Latinoamericana de Nutrición. Montevideo.
- FAO. (1948b). *Rice and rice diets: A nutritional survey*. Washington: FAO.
- FAO. (1948c). *The state of food and agriculture*. Washington: FAO.
- FAO. (1948d). *Report of the mission for Poland*. Washington: FAO.
- FAO. (1948e). *Report on world commodity problems*. Washington: FAO.
- FAO. (1949). *Synthetic Fats*. Report by Nutrition Division of FAO. Washington: FAO.
- FAO. (1950). Segunda Conferencia Latinoamericana de Nutrición. Río de Janeiro.
- Faulkner, E. (1943). *Plowman's Folly*. New York: Grosset & Dunlap.
- Février, L. (1922). *La terre et l'évolution humaine*. Paris: La Renaissance du Livre.
- Ferenczi, I. (1938). *L'optimum synthétique de peuplement*. Paris: Institut International de Coopération Intellectuelle.
- Finney, N. (1949). Revolutionary food discovery. *Losk*.
- Fong, H. (1942). *The post-war industrialization of China*. Washington DC: National Planning Association.
- Fontes, L. (1950). *Homens e multidões*. Rio de Janeiro: Olympio.
- Franklin, J.; Schiele, B.; Brozek, J.; Keys, A. (1948). Observations on Human Behavior in Experimental Semistarvation and Rehabilitation. *Journal of Clinical Psychology*, v. IV, n. 1.
- Freud, S. (1934). Tótem y tabú. En: *Obras completas*, v. III. Buenos Aires.
- Furnas, C.; Furnas, S. (1942). *The story of man and his Food*. New York: New Home Library.
- Galín, A. (1950). Europe: split or united. *Foreign Affairs*.
- Gatheron, J. (1942). Le Pain et l'Or. *Économic et Humanisme*, n. 1. Paris.
- Gautier, E. (1928). *Le Sahara*. Paris: Payot.
- Gautier, E. (1939). *L'Afrique blanche*. Paris: Fayard.
- Gerbault, A. (1929). *A la poursuite du soleil*. Paris: Grasset.
- Gibertón, E. (1937). Alimentation des indigènes d'Algérie. *La Science de l'Alimentation*. Paris.
- Gillès de Pelichy, A. (1949). L'homme classique et le prolétaire en Afrique noire. *Idées et Forces*, n. 3. Paris.
- Gillman, J.; Gillman, T. (1947). Malnutrition and Pellagra in South Africa. *Nutrition Reviews*, v. 5, n. 12, p. 353-355.
- Goldberger, J.; Sydenstricker, E. (1927). Pellagra in the Mississippi Flood Dread. *Public Health Report*, v. 42, n. 44, p. 2706-2725.
- Goldsmith, G. (1945). Nutrition studies in the New Orleans area. *Federation Proceedings*, v. 4, n. 3.
- Gomes, R. (1948). Caminhos da Paz. Maior produção e melhor distribuição. Tesis. Curitiba: Biblioteca do Centro de Letras do Paraná.
- Gourou, P. (1947). *Les pays tropicaux*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Graves, R. (1917). Fearful Famines of the Past. *National Geographic Magazine*, v. 32, n. 1, p. 69-90.
- Guerra y Sánchez, R. (1944). *Azúcar y población en las Antillas*. La Habana: Cultural.

- Guevara, A. (1944). El poliedro de la nutrición: aspectos económicos y sociales del problema de la alimentación en Venezuela. *Revista de Sanidad y Asistencia Social*, v. 9, n. 2, p. 124-284, Caracas.
- Gunther, J. (1947). *Inside U. S. A.* New York: Harper.
- Hadley, E. (1948). Trust busting in Japan. *Harvard Business Review*, v. 26, n. 4.
- Hardy, G. (1933). *Géographie et Colonisation*. Paris: Gallimard.
- Harlow, V. (1926). *A History of Barbados*. Oxford: Clarendon Press.
- Harris, S. (1944). *Economic problems of Latin America*. New York: McGraw-Hill.
- Harrison, P. (1924). *The Arab at Home*. New York: Crowell.
- Hawk, E. (1934). *Economic History*. New York: Prentice Hall.
- Heiser, V. (1946). *La odisea de un médico en cuarenta y cinco países*. Buenos Aires: Joaquín Gil editor.
- Herouville, H. (1949). *L'Économie Européenne*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Hill, E.; Noguera, J. (1940). The food supply of Puerto Rico. *Agriculture Experiment Station of Río Piedras Bulletin*, n. 55.
- Howard, A. (1943). *An agricultural testament*. New York: Oxford University Press.
- Hughes, E. (1938). *L'Invasion de la Chine par l'Occident*. Paris: Payot.
- Humboldt, A. (1825). *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent*. Paris.
- Huntington, E. (1915). *Civilisation and climate*. New Haven: Yale University Press.
- Huntington, E. (1940). *Principles of economic geography*. New York: Wiley & Sons.
- Huxley, A. (1932). *Tour du Monde d'un Sceptique*. Paris: Plon.
- Huxley, E. (1949). British Aims in Africa. *Foreign Affairs*.
- Huxley, J. (1944). *On Living in a Revolution*. London: Chatto & Windus.
- Iline, M. (1946). *Les montagnes et les hommes*. Paris: Hier et Aujourd'hui.
- Inter-Allied Information Committee. (1942). *Rationing under Axis Rule*. London.
- Jacks, G.; White, R. (1939). *Vanishing Lands: A World Survey of Soil Erosion*. New York: Doubleday.
- Jacobs, E. (1948, March). Effects of Starvation on Sex Hormones in the Male. *The Journal of Clinical Endocrinology*, v. 8, n. 3.
- James, P. (1942). *Latin America*. New York: Odyssey Press.
- Jean, J. et al. (1938). *Le progres scientifique*. Paris: Félix Alcan.
- Jonxis, J. (1946). Nutrition Status of Dutch Children in Wartime. *Review*.
- Kellogg, C. (1943). *The soils that support us*. New York.
- Keyserling, H. (1919). *The Travel Diary of a Philosopher*.
- Klatt, W. (1950). Food and Farming in Germany. *International Affairs*, v. 26, n. 1.
- Koster, H. (1817). *Travels in Brazil*. London: Longman.
- Kuei, Chung-shu, (1937). *The Chinese year book*. Shanghai: The Commercial Press.
- Lachin, M. (1938). *La Chine capitaliste*. Paris: Gallimard.
- Le Diagnostic Économique et Social*. (1949). Monde Occidentale, 1950: Le Diagnostic. *Le Diagnostic Économique et Social*.
- Le Gros Clark, F. (1949). The scientist guide to global food. Symposium The Soil and the Sea. London.

- Lecoq, R. (1939). *Avitaminoses et déséquilibres*. Paris.
- Leroy-Beaulieu, P. (1882). *De la colonisation chez les peuples modernes*. Paris: Guillaumin.
- Lévi Provençal, E. (1938). *La Péninsule Ibérique au Moyen Age: d'après Kitab ar-Rawd al-Mi'tar fi Habar al-Aktar d'ibn 'Abd al-Mun'im al-Himyari*. Texte arabe des notices relatives a l'Espagne, au Portugal et au Sud-Ouest de la France, publié avec une Introduction, un Répertoire Analytique, une Traduction Annotée, un Glossaire et une Carte par E. Lévi-Provençal. Leiden: Brill.
- Levy, C. (1948). *Cristo si é fermato a Èboli*. Torino: Einaudi.
- Lippmann, E.; Coutinho, R.; Instituto do Açúcar e do Alcool. (1942). *Historia do açúcar desde a época mais remota até o começo da fabricação do açúcar de beterraba*. Rio de Janeiro: Leuzinger.
- Lipson, E. (1931). *Economic History of England*. London: Black.
- Llorens, E. (1942). *El subconsumo de alimentos en América del Sur*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Lobo, A. (1942). Bócio endêmico e doença de Chagas. *O Hospital*.
- Lusk, G. (1928). *The elements of the science of nutrition*. Philadelphia: Saunders.
- Madariaga, S. (1942). *Ensayo de historia contemporánea*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Malaparte, C. (1949). *La piel*. Madrid: Los libros de nuestro tiempo.
- Mallory, W. (1928). *China, land of famine*. New York: American Geographical Society.
- Maurizio, A. (1932). *Histoire de l'alimentation végétale*. Paris: Pavot.
- McCall, M. (1948). *Obligations of science toward freedom from want*. *Chronica Botanica*, v. 11, n. 4, p. 207-284.
- McClendon, J. (1939). *Iodine and the Incidence of Goiter*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Meek, C. (1949). *Land law and custom in the colonies*. London: Oxford University Press.
- Mendieta y Núñez, L. (1938). *La economía del indio*. México.
- Mickey, K. (1946). *Health from the fround up*. Chicago: Harvester.
- Mikhailov, N. (1936). *Nouvelle géographie de l'URSS*. Paris: Payot.
- Milanez, F. (1945). *Importancia y alcance de las enfermedades por deficiencia nutricional en Cuba*. I Congreso Nacional de Alimentación. La Habana.
- Millbank Memorial Fund. (1948). *International approaches to problems of underdeveloped areas*. New York: Millbank Memorial Fund.
- Ministry of Foreign Relations. (1947). *Information on Poland*. Warsaw.
- Minneman, P. (1942). The agriculture of Cuba. Washington DC: U. S. Departament of Agriculture. (Foreign Agriculture Bulletin n. 2).
- Miranda, F. (1947). La alimentación en México. México DF: Instituto Nacional de Nutriología.
- Morales Patiño, O. (1939). Primera encuesta sobre la alimentación de la familia obrera cubana. *Boletín Oficial del Seguro de Salud y Maternidad*. La Habana.
- Morgulis, S. (1923). *Fasting and undernutrition*. New York: Dutton.
- Myrdal, G. (1944). *An American dilemma: The negro problem and modern democracy*. New York: Harper.
- Nations Unies (1949). *Rapport sur l'Économie Mondiale*. Département des Affaires Économiques.
- Nearing, S.; Freeman, J. (1927). *La diplomacia del dólar: Estudio sobre el imperialismo yanqui*. México: Rivadeneyra.
- Niceforo, A. (1908). *Antropologia delle classi povere*. Milán: Vallardi.
- Nord, M. (1947). *Amsterdam Tijdens de Hongerwinter*.

- Nouvel, J. (1948). La crise agricole de 1945-1946 au Maroc et ses conséquences économiques et sociales. *La Revue de Géographie Humaine et d'Ethnologique*, n. 3.
- Odum, W. (1936). *Southern Regions of the United States*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Ortega y Gasset, J. (1940). *El libro de las misiones*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Ortiz, R. (1950). Fundamentos económico-sociales de la subnutrición en América Latina. *Forum*. Buenos Aires: Colegio Libre de Estudios Superiores.
- Osborn, F. (1948). *Our Plundered Planet*. Boston: Little, Brown y Cía.
- Palacios, A. (1939). *La defensa del valor humano*. Buenos Aires: Claridad.
- Parker Hanson, E. (1949a). Mankind need not starve. *The Nation*.
- Parker Hanson, E. (1949b). *New worlds emerging*. New York: Duell, Sloan & Pearce.
- Parsons, R. (1943). *Trail to light: A biography of Joseph Goldberger*. New York: Bobbs-Merrill.
- Passmore, R. (1948). *Nutrition and health in children in five countries in South America*.
- Patterson, J.; McHenry, E. (1941). A dietary investigation in Toronto Family having incomes between \$ 1.500/\$2.400. *Canadian Public Health Journal*, v. 32, n. 5, p. 251-258.
- Pearcy, G.; Fifield, R. (1948). *World Political Geography*. New York: Pearcy, Fifield & Assoc.
- Pearl, R. (1939). *The natural history of population*. London: Oxford University Press.
- Pedro y Pons, A. (1947). *Enfermedades por insuficiencia alimenticia observadas en Barcelona durante la guerra (1936-1939)*. Barcelona: Relieves Basa y Pages.
- Peres, D. (1947). Vasco da Gama. En: *Les explorateurs célèbres*. Paris: Mazenot.
- Peters, L. (1940). The contemporary food situation inside Holland. *Journal of the American Dietetic Association*.
- Philip, A. (1930). *L'Inde moderne*. Paris: Félix Alcan.
- Picó, R. (1937). Land tenure in the leading types of farming of Puerto Rico. *Economic Geographic*, v. 15.
- Picton, L. (1949a). *Medical testament*. New York.
- Picton, L. (1949b). *Nutrition and the Soil*. New York: Devin-Adair.
- Pirenne, H. (1941). *Historia económica y social de la Edad Media*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Platt, B. (1938). Chinese methods of infant feeding and nursing. *Archives of the Diseases of Childhood*, v. 13, n. 76, p. 343-354.
- Poblete Troncoso, M. (1942). *El "standard" de vida de las poblaciones de América*. Santiago: Prensa de la Universidad de Chile.
- Poland Today*. (1950). The Village: Past and Present.
- Prentice, P. (1939). *Hunger and History*. New York: Harper & Brothers.
- Price, A. (1939). White Settlers in the Tropics. New York: American Geographical Society. (Special Publication n. 23)
- Price, W. (1939). *Nutrition and Physical Degeneration*. New York: Hoeber.
- Quintana, E. (1942a). *La alimentación popular en Centro América*. Memoria del V Congreso Médico Americano, El Salvador.
- Quintana, E. (1942b). El problema dietético del Caribe. *América Indígena*, v. II, n. 11.
- Ramos Espinosa, A. (1939). *La alimentación en México*. México: Acción Moderna Mercantil.
- Randoin, L.; Simonnet, H. (1927). *Les données et les inconnues du problème alimentaire*. Paris: Presses Universitaires de France.

- Reclus, É. (1875-1894) *Nouvelle Géographie Universelle*. Paris: Hachette.
- Regatz, L. (1938). *The fall of the planter class in the British Caribbean, 1763-1883*. New York.
- Reh, E. (1946). *Paraguayan rural life, survey of food problem: 1943-1945*. Washington DC: Institute of Inter-American Affairs.
- Renner, G. (1948a). *Africa: A study in colonialism*. En: *World political geography*. New York: Pearcy, Fifield & Assoc.
- Renner, G. (1948b). A strategic appraisal of Africa. En: *World political geography*. New York: Pearcy, Fifield & Assoc.
- Reparaz, G. (1935). *Historia de la colonización*. Barcelona: Labor.
- Report of the Carnegie Commission. (1932). *The poor white problem in Africa*. v. 5.
- Ripley, L. (1902). *Races of Europe*.
- Roberts, L. (1944). Nutrition in Puerto Rico. *Journal of the American Medical Association*, v. 22, n. 5.
- Roed, E. (1943). The food situation in Norway. *Journal of the American Dietetic Association*, v. 19, n. 12, p. 817-819.
- Rorty, J.; Norman, N. (1947). *Tomorrow's Food*. New York: Prentice Hall.
- Rowe, D. (1945). *China among the Powers*. New York: Harcourt, Brace & Co.
- Ruellan, F. (1938). *La production du Riz au Japon*. Paris: Larose.
- Russell, F.; Leitch, I. (1948). *Diet in Relation to Reproduction and Viability of the Young*. Aberdeen: Commonwealth Bureau of Animal Nutrition. (Technical Communication N° 16).
- Russell, L. (1938). *To Hold this Soil*. Washington DC: United States Department of Agriculture. (Miscellaneous Publication N° 321).
- Saiki, T. (1937). *Organisation sociale de l'hygiène alimentaire au Japon*. II Congrès Scientifique International de l'Alimentation. Paris.
- Salter, R. (1948). World soil and fertilizer resources in relation to food needs. *Chronica Botanica*, v. 11, n. 4, p. 207-284.
- Salvat Navarro, A. (1936). *Tratado de higiene*. Barcelona: Manuel Marin.
- Santa María, J. (1948). *Esquema de la situación alimentaria chilena*. Trabajo presentado en la Conferencia Latinoamericana de Nutrición.
- Sauvy, A. (1944). *Richesse et population*. Paris: Payot.
- Schuman, F. (1941). *International politics: The Western State System in Transition*. New York: McGraw.
- Scott, L. (1902). In the Land of the Great Hunger. *Outlook*.
- Sée, H. (1925). *Esquisse d'une Histoire du Régime Agricole en Europe aux XVIII et XIX Siècles*. Paris: Giard.
- Seligman, G. (1935). *Les races de l'Afrique*. Paris: Payot.
- Shantz, H. (1941). *In conservation of renewable resources*.
- Shepard, W. (1945). *Food or famine: The Challenge of Erosion*. New York: Macmillan.
- Sherman, N. (1930). Glimpse of social economics in Puerto Rico. *Porto Rico Journal of Public Health and Tropical Medicine*, v. 6, n. 2, p. 221-228.
- Shub, D. (1943). *Starvation over Europe: Made in Germany. A documented record*. New York: Institute of the Jewish Affaire.
- Silone, I. (1933). *Fontamara*. Suiza: Oprecht & Hebling.
- Simonart, F. (1947). *La Dénutrition de Guerre*. Bruselas: Acta Médica Bélgica.

- Slonaker, J. (1925, 1928). *American Journal Physiology*, N° 71, 83, 96, 97, 98 y 123.
- Smith, A. (1927). *Moeurs curieuses des chinois*. Paris: Payot.
- Smith, H. (1949). *The State of Europe*. New York: Knopf.
- Smith, L. (1948). *Population Analysis*. New York: McGraw-Hill.
- Société des Nations. (1937). *L'alimentations dans ses rapports avec l'hygiene, l'agriculture et la politique économique*. Genève: Société des Nations.
- Sorokin, P. (1942). *Man and Society in Calamity*. New York: Dutton & Co.
- Sorre, M. (1947). *Les fondements de la Géographie Humaine. Tomo 1: Les fondements biologiques*. Paris: Colin.
- Soule, G.; Efron, D.; Ness, N. (1945). *Latin America and the Future World*. New York: Farrar & Rinehart.
- Southard, F. (1937). Famine. En: *Encyclopedia of the Social Sciences*, v. 3. Nueva York: MacMillan.
- Spaak, P. (1950). The Integration of Europe: Dreams and Politics. *Foreign Affairs*.
- Stare, F. (1945). Nutrition Conditions in Holland. *Nutrition Review*.
- Steggaerda, M. (1943). Statures of South American Indians. *American Journal of Physical Anthropology*. New series, v. 1, n. 1, p. 5-20.
- Stowe, L. (1947). *While time remains*. Nueva York: Knopf.
- Stowe, L. (1947). Hungary's agrarian revolution. *Foreign Affairs*.
- Strauss Hupe, R. (1945). *Geopolítica: la lucha por el espacio y el poder*. México: Hermes.
- Suárez, P. (1945). La situación real del indio en el Ecuador. *América Indígena*.
- Supreme Commander for the Allied Powers. (1949). *Japanese Economic Statistics*. Bulletin N° 38.
- Sylvestre, J.; Nadeau, H. (1941). Enquête sur l'Alimentation Habituelle des Familles de petits-salaires dans la ville de Quebec. *Canada Pub. Health Journal*. Vol. 32.
- Taine, H. (1883). *Les origines de la France contemporaine. Tomo III. La Révolution, L'Anarchie*. Paris: Hachette.
- Talberg, G. (1922). *American Journal of Physiology*, n. 25, p. 350.
- Tennent, D. M.; Silber, R.H. (1946). Perdas de vitaminas pelo suor. *Arquivos Brasileiros de Nutrição*.
- The Economist*. (1947). South Africa food supplies. *The Economist*. Londres.
- The Economist*. (1948a). Prospects of Japanese recovery. *The Economist*. Londres.
- The Economist*. (1948b). The agrarian crisis in Hungary. *The Economist*. Londres.
- The Economist*. (1949a). Japanese subsidies. *The Economist*. Londres.
- The Economist*. (1949b). Cooperative farms in Eastern Europe. *The Economist*. Londres.
- The Times*. (1940). Editorial. London.
- The Times*. (1947). Japan on the Brink. *The Times. Review of Industry*.
- Thompson, H. (1932). *Lands and Peoples*. Vol. 7. New York: Grolier.
- Thomson, J. (1943). The food problems of free China. *Nutrition Reviews*. Vol. 1, N° 9, pp. 257-259.
- Trewartha, G. (1945). *Japan. A Physical, Cultural and Regional Geography*. Wisconsin: University of Wisconsin Press.
- Trueblood, L. (1948). The complexity of India and Burma. En: *World Political Geography*. New York: Peary, Fifeild & Assoc.

- Uzin, M. (1938). Géophagie. *La Médecine chez lui*.
- Varela Fuentes, B.; Munilla, A. (1946). *Algunos aspectos de la alimentación en el Uruguay*. Ministerio de Salud Pública. Comisión de Alimentación. Montevideo: Rosgal.
- Vath, R. (1937). *Histoire de l'Inde et de sa Culture*. Paris: Payot.
- Vaucaire, M. (1947). *Les révoltés de la Bounty*. Paris.
- Vogt, W. (1948). *Road to Survival*. New York: Sloane.
- Walford, C. (1878). *The famines of the World: Past and Present*. London: Journal of the Royal Statistical Society.
- War Department. (1899). *Report of the census of Porto Rico*. Washington DC: Government Printing Office.
- Warwick, A. (1927). Farmers Since the Days of Noah. *The National Geographic Magazine*, v. 11, n. 4.
- Waterlow, J. (1848). Fatty Liver Disease in Infants in the British West Indies. *Medical Research Council Report*, n. 9, p. 263.
- Wattal, P. (1916). *The Population problem in India*. London: Bennett, Coleman & Co.
- Weigert, H., Stefansson, V.; Harrison, R. (1949). *New Compass of the World*. New York: Harrap, Mac-Millan.
- Wilder, R. (1943). Our Food Front. *Survey Graphic*.
- Wilson, C. (1942). *Central America. Challenge and opportunity*. London: Allen & Unwin.
- Winfield, G. (1948). *China: The land and the people*. New York: Sloane.
- Wiskemann, E. (1949). Poverty and population in the South. *Foreign Affairs*.
- Wrench, G. (1946). *Reconstruction by the way of the soil*. London: Faber & Faber.
- Youmans, J. (1941). An Assessment of the Nutrition of a Rural Population in Tennessee. *American Journal of Public Health*, v. 31, n. 7.
- Young, E. (1941). A dietary survey in Halifax. *Canadá Pub. Health Journal*. Vol. 32.
- Zimmermann, E. (1940). *Report to the Interdepartmental Committee on Puerto Rico*. Washington: U.S. Interdepartmental Committee on Puerto Rico.
- Zweig, S. (1932). *Freud (La guérison par l'esprit)*. Paris: Stock.



Quizás nunca pensamos que deberíamos hacer una “Ley contra el hambre” en nuestro país, cuando Argentina se ufana de ser el granero del mundo que podía dar de comer a 400 millones de personas con una población de 40 millones de habitantes. Pero el hambre llegó a la Argentina y sostenemos que fue la política llamada neoliberal o el imperialismo financiero o del dinero —como dice el papa Francisco— que logró sumirnos en esta calamidad.

En su libro *Tercera posición y unidad latinoamericana*, Perón sostenía que “...Es evidente que no hay región de la tierra que tenga mayores reservas que Latinoamérica. Es indudable que nosotros poseemos las mayores reservas de materias primas [...] pero no debemos olvidar que esto que representa quizás el factor de nuestra futura grandeza, representa también el más grave peligro para nosotros, porque la historia demuestra que cuando se carece de comida o se carece de medio, se la va a buscar por las buenas o por las malas” (Perón, 1984).

La universidad pública y gratuita se debe a su pueblo, que la sustenta para colaborar a resolver los problemas que nos aquejan. Porque el racionalismo o el cientificismo no da cuenta del hambre, ni de la salud, ni de la injusticia, ni de los fines de la educación, en síntesis, del bienestar de los hombres y mujeres en nuestra realidad. No existen variables científicas para cuantificar los índices de la angustia, la soledad, la depresión, la desesperanza, el hambre o la infelicidad entre otros problemas que, junto a quienes padecen, debemos resolver los políticos, los científicos y los académicos. Para eso, debemos trabajar más para buscar y lograr un conocimiento situado, de nuestra realidad, porque los que padecen son justamente los que nos sustentan.

Ana Jaramillo
Fragmentos del Prólogo